

**COLECCION
AELITA**

LA ODISEA DEL KIPSEDON

WALTER CARRIGAN



Lectulandia

Space opera adrenalínica y desinhibida, rebotante de sentido de la maravilla, «La odisea del *Kipsedon*» recupera la tradición de las razas alienígenas enfrentadas en un antagonismo sin punto de retorno, así como el gusto por la acción trepidante. Tomando como escenario nuestro sistema solar, lo modifica con maestría y sin ningún tipo de complejos, para ofrecer al lector una historia ágil y amena.

Publicada por entregas, la obra efectúa una apuesta decidida por la aventura y el exotismo. Eso sí, conviene tener presente que debe leerse como lo que es: un clásico, siendo pues tolerantes con ciertas licencias en el terreno científico que podrían escandalizar quizá a un lector demasiado minucioso; de sobra sabemos que en Venus no existen selvas tropicales pobladas de dinosaurios, ni Marte está surcado por canales construidos por una fabulosa raza marciana. Pero, ¿qué más da? ¿Acaso la certeza de la inexistencia de Lilibut nos impide disfrutar con los viajes de Gulliver? ¿Acaso rechazamos a las maravillosas películas de aventuras del Hollywood clásico alegando que sus guiones son más falsos que un duro de chocolate?

Lo importante, lo único importante, es que, dentro de sus parámetros, «La odisea del *Kipsedon*» es una excelente novela de aventuras y una de las mejores *space opera* publicadas jamás en nuestro país.

Lectulandia

Walter Carrigan

La odisea del *Kipsedon*

ePub r1.0

Titivillus 23.07.17

Título original: *La odisea del Kipsedon*
Walter Carrigan, 1955

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO PRIMERO
EL HOMBRE ROJO DE TACOM

CAPÍTULO I

UN RAYO DE ESPERANZA

Vertex, el anciano patriarca de los restos de una civilización antaño poderosa, sí, la más poderosa de su mundo galáctico, pasó la mano por su frente arrugadísima y suspiró hondamente. No le quedaba mucho de vida, mas no le preocupaba este pensamiento. Él había vivido lo suficiente para sentirse cansado de la vida. Durante los últimos treinta años, desde la muerte del gran Jumwha, había gobernado a los condenados del espacio. Durante treinta años, día tras día, había suspirado por hallar un mundo de parecidas características a las de Tacom; pero la peregrinación por los cielos siderales había sido una marcha sin fin.

Desde que salieron de Tacom... Casi cien años habían transcurrido desde entonces. Vertex lo recordaba perfectamente. Entonces era uno de los más jóvenes tacomis que embarcaron en la astronave *Kipsedon*. ¿Cuáles fueron los motivos que impulsaron a Jumwha y a mil de los suyos a emprender aquella larga peregrinación? Simplemente uno: Tacom era un mundo viejo, caduco, destinado a desaparecer en un plazo no muy lejano. Y la vida habría desaparecido muchísimo antes en todas sus manifestaciones. Los sabios, los astrónomos más competentes y los investigadores a cuyo cargo estaba la solución de los problemas científicos, físicos y bioquímicos de Tacom, habían predicho la muerte del planeta para un plazo no superior a cinco mil años ni inferior a tres mil.

Pero éste no era el único motivo. En el ánimo de todos los dirigentes tacomis pesaba la terrible vecindad de los hombres antena, asentados en los otros dos planetas que, con Tacom, giraban alrededor de mismo Sol. Los hombres antena no tenían ojos como los tacomis, sino dos cortos tentáculos colocados sobre la frente que cumplían las funciones de aquéllos actuando como las antenas de un perfeccionadísimo aparato de radar.

Vertex tampoco había olvidado la reunión de los altos dignatarios de Tacom. De aquella reunión salió el proyecto de la astronave más gigantesca que jamás surcara los espacios. ¿Cuántos embarcaron en ella con el único y exclusivo fin de buscar un mundo que reuniera las mismas condiciones de habitabilidad que el planeta Tacom, donde la vida fuera posible sin utilizar los adelantos ultramodernos? Fueron cerca de un millar, y la triste desgracia del caso es que, tratándose de una expedición interplanetaria, se excluyeron a las mujeres, según las costumbres ancestrales de Tacom. Mas el destino había querido que embarcase a bordo de la aeronave un polizón, una mujer descendiente de la casa reinante de Tacom enamorada fervientemente del gran jeddad Jumwha, sin que ninguno de los tripulantes del *Kipsedon* lo supiera hasta que fue ya demasiado tarde para volver.

El caso es que, después de casi un siglo vagando por el universo, habiendo ya perdido todo contacto con Tacom, quedaban muy pocos de los que partieron un tormentoso día del planeta. Y los que quedaban eran muy viejos. Cierto es que el promedio de vida entre los tacomis era de ciento cincuenta años, pero ¿no hacía ya cerca de cien años que marchaban errantes, como el dios mitológico Degón? ¿No habían sufrido con el pensamiento hasta casi perder la razón? ¿No habían asistido al prematuro envejecimiento de sus rostros y al insensible encorvamiento de sus cuerpos? ¿No presenciaron la lenta agonía del gran Jumwha y el triste final de gran parte de los suyos?

Pero Vertex confiaba en Yandot, el más joven de los expedicionarios, y en sus seis hermanos, nacidos todos a bordo del *Kipsedon* e hijos de Jumwha, el héroe nacional de Tacom y jeddad de la aeronave, y de Laya, la princesa que embarcara subrepticamente.

Vertex admiraba a los siete hijos de Jumwha, el mayor de los cuales, Temoc, contaba noventa años; pero en especial apreciaba a Yandot, el más joven, nacido treinta años atrás, porque en él veía reflejadas todas las cualidades que adornaron al gran Jumwha. Su inteligencia era portentosa y en el corto espacio de su vida había asimilado como ninguno los conocimientos avanzadísimos de los tacomis.

Vertex no podía moverse de su cámara. Era ya demasiado viejo. Todo le pesaba, incluso la vida. Ya sólo su cerebro se mantenía despierto. Su rostro retorcido y quemado carecía de expresión, y a no ser por el extraño fulgor que despedían los ojillos metidos en sus órbitas hundidas y violáceas se le habría podido tomar por una momia egipcia.

Pensó en Yandot. Hubiera querido manifestarle cuánto confiaba en él para llevar a feliz término aquella inacabada misión. Pero era inútil que lo dijera puesto que Yandot ya lo sabía. ¿Acaso no poseía el cerebro más desarrollado entre todos los mortales? ¿Acaso no era capaz de adivinar el pensamiento e incluso de transmitirlo a distancia? ¿Telepatía? La psicoquinética hubiera respondido satisfactoriamente a este fenómeno. Los ojillos del segundo jeddad del *Kipsedon* se iluminaron. Extendió una mano para apretar un botón azulado entre una serie ordenada de botones, colocados en un tablero junto al lecho. Deseaba hablar con Yandot.

De repente, sus dedos aún no habían llegado a pulsar el botón de llamada, cuando la puerta de la cámara se corrió silenciosamente y apareció en el umbral Yandot. Una vez más se había anticipado a los pensamientos del anciano.

—¿Me llamabas, jeddad? —su voz en el idioma tacomis era profunda, gutural, poderosa.

Vertex asintió con la cabeza, examinando satisfecho las enormes proporciones de Yandot. Si un terrestre hubiera tenido que describir al hijo menor del gran Jumwha tomándolo como prototipo de la raza tacomis hubiera empleado estos términos:

Es de gran estatura, pues pasa levemente de los dos metros. Su cuerpo es más

bien delgado, pero se advierte en seguida la extraordinaria vitalidad que se encierra en él. Los brazos son más largos que los corrientes humanos, parecidos a los de un mono, aunque sin vello. Cuando camina flexiona demasiado las rodillas, dándole un aspecto algo grotesco, que se olvida al admirar la suavidad de su andar y la flexibilidad y agilidad de sus movimientos. Su rostro es de pómulos salientes y de barbilla poco pronunciada. Tiene los ojos ligeramente oblicuos y muy penetrantes, la nariz aguileña, los labios gruesos, los dientes largos, no en extremo, y fuertes, y el cabello lacio y negro. La piel está desprovista de vello y su color es atezado, casi cobrizo.

Constitucionalmente, pues, los tacomis no se diferenciaban mucho de nosotros los terrestres. Yandot no hubiera sido considerado hermoso, según la clásica definición que tenemos de la belleza humana, pero su aspecto era agradable y se desprendía de su persona un cierto atractivo exótico.

—¿Alguna novedad, Yandot? —interrogó Vertex, con voz muy apagada.

—Buenas nuevas, jeddad. Hemos penetrado en un sistema planetario donde existen un par de mundos en los que es posible la vida.

El rostro del anciano se iluminó.

—¿Es cierto eso?

—Lo es, oh, gran Vertex. Un sistema planetario con nueve planetas que giran alrededor de un sol. Uno por lo menos está habitado. Mi hermano Temoc ha puesto rumbo hacia él.

El anciano se dejó caer blandamente sobre los almohadones. Durante unos segundos reinó el silencio en la cámara. Luego, la voz cansada brotó de nuevo de los labios del Jeddad, pero éstos apenas se movieron.

—Sabía que lo conseguiríamos. Tenía que llegar. Un siglo vagando por la inmensidad del cosmos, explorando miles de astros. ¿Te das una idea, Yandot, de lo que esto significa?

—Lo sé —respondió sencillamente el joven tacomis.

—No; no lo sabes, Yandot. Son miles de días y de noches, según nuestro calendario electrónico de a bordo, viviendo asidos a una loca esperanza; son miles de desengaños oprimiendo el corazón; es la desesperación atenazando con sus retorcidos brazos el cerebro; es el llegar a creer que se ha perdido la razón y la esperanza —el anciano dejó escapar un imperceptible suspiro. Hizo una pausa y prosiguió—. Hoy es un gran día para mí. Ahora ya puedo morir tranquilo porque sé que nuestro mundo no perecerá.

—¿Quién habla de morir? —exclamó Yandot—. Ahora que probablemente hemos encontrado lo que con tanta ansia buscábamos, debes mostrarte entero y saber aguardar el momento de regresar a nuestro Tacom, vencedores y con la grata noticia de que hemos hallado un nuevo mundo habitable.

—Mis días están contados, joven Yandot. ¿Supones que no sé que ninguno de los que partimos con el gran Jumwha regresará vivo a Tacom? Sois vosotros, los hijos del jedad, quienes debéis regresar para evitar que nuestra civilización se extinga. Sois pocos para conseguirlo, pero si existen habitantes en ese mundo de que me hablas, deberás encontrar en ellos el apoyo necesario para el viaje de retorno —el anciano se incorporó levemente en su lecho—. Quiero ver por el telescopio ese mundo semejante a Tacom.

Yandot se aproximó a la pared de la cámara y accionó varios conmutadores. Un lienzo se corrió dejando ver una pantalla de televisión. El joven manejó los mandos unos instantes y la pantalla se iluminó apareciendo un rostro tan arrugado como el de Vertex.

—Aquí, sala de derrota.

Yandot transmitió los deseos del jedad. Inmediatamente el rostro desapareció de la pantalla, siendo sustituido por una maravillosa visión en colores del planeta Saturno, ofreciendo dos espectáculos sorprendentes. Además de diez satélites que revoloteaban por su cielo, presentaba el singular encanto de sus famosos anillos.

Ante la muda mirada de Vertex, Yandot se apresuró a explicar:

—Hemos rebasado la órbita de este planeta. Esos tres anillos que se ven tienen un espesor de cuarenta kilómetros. Estamos colocados a unos 40° de latitud.

El anciano volvió a mirar a la pantalla. Veía los anillos cual ingentes arcos luminosos en los que proyectaba el planeta su propia sombra y a través de los cuales podían verse varios de sus satélites... Debían encontrarse a más de diez millones de kilómetros de la aeronave.

El espectáculo cambió repentinamente apareciendo un nuevo planeta. Su aspecto, visto por el telescopio, se presentaba como veteado, a uno y otro lado del ecuador, de grandes franjas paralelas grises, coloradas y blancas; pero el encanto mayor de este planeta era, indudablemente, su cielo.

—Penetraremos en la órbita de este planeta dentro de poco —explicó Yandot—. Por las noches se ven revolotear a su alrededor doce satélites que le dan un aspecto de fantasía a su firmamento. Hemos calculado en 778 millones de kilómetros la distancia que le separa del Sol. A causa de sus descomunales dimensiones, no ha tenido tiempo para su completa evolución y, a pesar de ser mucho más viejo que nuestro Tacom, se encuentra en un período geológico primordial, falto de solidez y como en estado pastoso y semifluido. No es nada probable que exista vida en este planeta, por la baja temperatura dominante que llega hasta 130 grados bajo cero, además de poseer una atmósfera mefítica llena de metano y amoníaco sin oxígeno y sin ácido carbónico.

Nuevamente la visión de la pantalla se transformó y ante los ojos emocionados de Vertex surgió el espectáculo de Marte, sanguinoso, rutilante, encendido en sus rojizos resplandores... La primera impresión que causaba, visto desde lejos, era la de un disco terminado en sus polos por un casquete blanco y resplandeciente, señalado todo lo restante con manchas oscuras de un gris ligeramente azulado, y de regiones claras,

amarillentas, algo rojizas o anaranjadas.

—Esos casquetes de referencia —dijo innecesariamente Yandot— son una inmensa aglomeración de nieves y hielos, depositada en cada uno de los polos del planeta. Las regiones claras y rojizas resultan ser continentes o relieves semejantes a los de Tacom... y lo que parecen manchas, no son sino verdaderos mares. Como ves, éstos ofrecen una tendencia muy marcada a formar golfos o bahías puntiagudos, de oscuridad ascendente hacia la extremidad de las mismas que, en varios sitios, suelen alargarse en forma de bandas más o menos anchas. Aunque la vida nos resultaría más benigna que en Tacom, lo hemos eliminado de nuestra ruta para descender en otro planeta seis veces mayor, donde las condiciones de vida son idénticas a las del antiguo Tacom antes de que éste empezara a enfriarse.

El telescopio había enfocado hacia otro planeta.

—Ése es el que hemos elegido, oh, gran jeddad.

Los ojillos del anciano Vertex se clavaron con suprema delectación en la pantalla. La meta soñada presentaba los más variados y alegres colores. La parte de los mares veíase con intensos resplandores azules, los de la tierra eran rojizos y dorados; los de los grandes bosques, verdes; una gran mancha semejaba un reverbero...

—Estamos a 750 millones de kilómetros de ese planeta. Tenemos la completa seguridad de que está habitado, aunque ignoramos todavía el grado de su civilización.

A un gesto de Vertex, Yandot cerró el conmutador de la televisión, dejando a oscuras la pantalla. El anciano se reclinó sobre los almohadones y entornó los ojos.

Adivinando los deseos del jeddad de quedarse solo con sus recuerdos, Yandot salió silenciosamente de la cámara, tras llevarse la mano derecha al pecho en señal de respetuoso saludo.

Como una gigantesca esfera voladora el *Kipsedon* devoraba raudo y febril los profundos abismos siderales, recto como una saeta fulmínea hacia la Tierra.

En su seno navegaban varios centenares de tripulantes de semblantes apergaminados y cuerpos envejecidos. Sus rodillas temblaban de debilidad; sus hombros estaban arqueados por la decrepitud; su piel arrugada se estremecía al menor sople; su voz era baja y rota; de sus ojos brotaban las lágrimas brillantes de la vejez y sus cabellos grises flotaban en los corredores circulares del *Kipsedon*.

Sin embargo, nunca en toda la historia de la Tierra peligro mayor y más amenazador descendería de los cielos. Nadie podía adivinar que navegando a velocidades prodigiosas por la órbita de Júpiter se aproximaba al planeta Tierra una gigantesca astronave que representaba el sordo peligro de una amenaza sombría y nefasta para el futuro de la civilización y vida terrestre.

CAPÍTULO II

SEÑALES MISTERIOSAS

Acababa de terminarse la instalación de las primeras estaciones de radar de la cadena o barrera tendida a través de la parte septentrional del continente americano, de Alaska a Groenlandia. Estas estaciones, alineadas en arco de círculo a unos 1.900 kilómetros aproximadamente del Polo Norte, estaban destinadas a dar la alerta, con una antelación de seis horas, en caso de ataques aéreos por aviones enemigos que fueran procedentes del norte.

Las primeras estaciones experimentales de esta cadena (bautizada con el nombre de *Distant Early Warning Line*. Línea Avanzada de Alarma Previa) habían sido instaladas en las proximidades de la isla de Barter en Alaska. El equipo detector, de concepción enteramente nueva, había sido estudiado por técnicos del Laboratorio Lincoln del Instituto de Tecnología de Massachusetts, al amparo del *Proyecto Lincoln*, el reciente y profundo estudio científico en que se determinaban los medios de que disponía América para sobrevivir a una guerra atómica. Al revés de lo que ocurría con las instalaciones de radar de la pasada guerra, la nueva cadena que acababa de montarse funcionaba automáticamente, sin exigir servidor u operador alguno, emitiendo señales tan pronto como detectaba la presencia de aviones enemigos.

La base de Thule, en Groenlandia, que había entrado en servicio recientemente, fue la primera en advertir las señales misteriosas que emitía una de las estaciones automáticas situada al norte del Canadá, cerca de Bathurts.

El capitán Derek Bedford examinó los instrumentos, que parecían haberse vuelto locos, y se rascó la coronilla completamente incrédulo. El cabo Jim Shandon que operaba con la radio miró a su superior y rezongó:

—Me parece, señor, que el nuevo sistema de alarma previa está resultando un fracaso. Diez mil kilómetros por hora. Esos aparatos deben estar estropeados.

—Puede tratarse de un proyectil cohete —comentó el capitán—. Ponme con el general.

Establecida la comunicación, Derek Bedford habló con voz serena, porque estaba muy lejos de imaginar la verdad de aquellas emisiones.

—¡Sí mi general! Diez mil kilómetros a la hora; primero recibimos las señales de la estación de Barter y seis minutos después las de Fort Mac Pherson...

—¿...?

—No, mi general. De Fort Hope no hemos recibido ninguna señal. ¿Que me ponga en contacto con la base canadiense de Goose Bay...? Sí, mi general... Opino como usted... Un proyectil cohete...

—¿...?

—Radiaré lo ocurrido a las bases de Blue West 1 y Blue West 8. Perfectamente, mi general... A sus órdenes, mi general...

Bedford colgó el auricular y se volvió al radiotelegrafista.

—Ya has oído, Jim —le dijo—. Comunica con Narsassuak y Sandreston, a ver qué saben de todo esto. Mientras el radiotelegrafista se apresuraba a obedecer, Bedford se inclinó sobre el teletipo, que funcionaba a ritmo acelerado. Leyó el mensaje:

Aparatos de radar dan cuenta de misterioso proyectil cohete caído en el Polo Norte. Estaciones emisoras de la D. E. W. L. señalan ruta Alaska-Océano Glacial Ártico-Norte Groenlandia. Aparatos registradores indican presencia de una gran fuerza magnética. Pedimos comprobación de observaciones realizadas. Base Blue West 1 (Narsassuak).

Bedford se volvió hacia el radiotelegrafista.

—Cuando consigas comunicar con Base 1, acusa recibo de mensaje y los mismos resultados de observación, Jim. ¿Dónde diablos se ha metido la gente?

El cabo abrió los ojos sorprendido.

—¿No lo sabe mi capitán? —exclamó—. Los muchachos están celebrando la Fiesta de la Independencia. Yo tuve mala suerte, pero dentro de una hora me relevarán.

Derek Bedford soltó un gruñido de asentimiento. En realidad había olvidado la fiesta a causa de aquel misterioso fenómeno. Durante unos minutos vaciló en interrumpir la alegría de los soldados. ¿Valía la pena hacerlo? ¿Qué pruebas había de que se tratara de un proyectil cohete? Ninguna. Pero todas las estaciones habían detectado un objeto volando a velocidades escalofriantes, y aquel objeto cayó en el Polo Norte. No se habían registrado los ecos de ninguna explosión. El sismógrafo descartaba la posibilidad de un meteorito, a no ser que se tratase de un meteorito de pequeñas proporciones tragado bajo las capas de hielo.

Las estaciones emisoras cesaron de transmitir señales casi en seguida. ¿No habría sido un fenómeno atmosférico? Por su mente pasó la idea peregrina de uno de aquellos platillos volantes, tan misteriosos, de los que tanto se hablaba en los últimos tiempos. Sonrió a su pesar. ¡A veces se le ocurría cada cosa...!

La entrada del sargento John Garry cortó en seco su sonrisa. Por su aspecto el sargento parecía verdaderamente preocupado. Pero Derek sabía que cuando John Garry estaba serio más feliz era en su interior.

El sargento, un neoyorquino amante de las peleas y de la bebida, lanzó una mirada de disgusto a los aparatos dispersos por la sala y gruñó:

—Hace una noche espléndida, señor. Si quiere usted gozar de la fiesta asómese al barracón de los muchachos. ¡Vaya jarana que están armando!

—Todos debieran estar en su sitio, sargento —reconvino Bedford—. Hay demasiado para Jim solo.

—Los muchachos vendrán dentro de un rato, señor —disculpóles John Garry—. Teniendo en cuenta que hoy es un día extraordinario en estas latitudes...

—No quiero enturbiar su alegría, sargento. Pero ordene al turno de guardia que ocupe sus puestos inmediatamente.

—No les gustará —murmuró John Garry, descolgando el teléfono.

—¿Eres tú, Bukson? —exclamó—. Bien. Di a los muchachos que se vengán para acá a continuar la juerga en la torre de radar. Orden del capitán.

El sargento colgó el auricular.

—Tenga cuidado, Garry —dijo Bedford—. Usted responde de todo lo que pueda pasar durante mi ausencia. Me voy a descansar un rato.

—Perdone, señor. ¿No quiere echar un trago con nosotros?

—En otro momento. Ahora no. —El sargento se sacó del bolsillo de su capote una botella aplanada.

—Whisky escocés —dijo—. Del mejor. Me lo envía mi hermano que tiene una taberna en Long Island. ¿Quiere probarlo?

Derek sonrió comprensivamente. Cogió la botella y echó un buen trago. Luego salió de la estación de radar, cruzándose con un grupo de soldados que llegaban cantando a voz de trueno. Hubo un general movimiento de brazos y una paralización súbita de gargantas, hasta que el capitán se perdió entre las construcciones de madera y aluminio de la base.

Derek Bedford andaba deprisa, midiendo el terreno a grandes zancadas. En la Academia Militar del Aire había ganado tres veces consecutivas la carrera de la milla. Siempre había dicho que lograría todo cuanto se propusiera. Fue al final de su última victoria cuando conoció a Lanca Hoppel, la hija del célebre profesor Joseph Augustus Hoppel, del Observatorio de Monte Palomar (California). Se enamoró perdidamente de ella, pero no tuvo ocasión ni tiempo para intimar, ya que fue trasladado a la base de Fort Worth (Tejas). En un baile volvió a tropezar con ella. Lanca le recordó. Salieron juntos algunos días hasta que, de pronto, Lanca desapareció sin dejar el menor rastro. A los pocos días recibía una carta fechada en Los Angeles. Se escribieron y Derek se declaró.

Recordó con nostalgia aquellos días. Lanca accedió a casarse con él. Fue a Los Angeles. Conoció al profesor Hoppel. Tres días después contraía matrimonio con la joven. Los primeros meses de casados jamás podría olvidarlos. Transcurrieron en una felicidad mutua. Pero luego las cosas cambiaron incomprensiblemente. Discutieron, volvieron a hacer las paces y tornaron a discutir, y así una vez y otra. Lanca no se avenía a los continuos desplazamientos impuestos por razón de su cargo. Le echó en cara repetidas veces que no era aquella vida la que ella deseaba. Quería tener una casa, un hogar propio, hijos que cuidar y no ir siempre deambulando de una parte a otra. Así pasaron dos años. Un día discutieron más vivamente. Derek acudió a la base

más enfurecido que de costumbre. Al regresar a su casa, Lanca había desaparecido, llevándose sus efectos personales. Le dejó una nota explicándole que no podía continuar a su lado por más tiempo y que se iba a Los Angeles con su padre. Derek esperó en vano que Lanca recapacitase y volviera a Fort Worth. Lanca no pidió el divorcio. Tampoco Derek dio ningún paso para conseguirlo, pero a pesar de todo continuaba queriendo a su mujer.

Derek era tozudo. Toda su vida lo había sido. Pasaron los meses sin que ninguno de los dos diera señales de vida, uno respecto del otro. Por su hermano que vivía en Los Ángeles, tenía Derek algunas noticias de su esposa. Sabía, de este modo, que Lanca ayudaba a su padre en el trabajo del Observatorio.

Comprendiendo que aquella situación no podía eternizarse, Derek pidió el destino a la base de Thule, en Groenlandia, comunicándoselo a su hermano con la seguridad de que la noticia llegaría a los oídos de Lanca. Llevaba en Thule tres meses y hacía nueve que no veía a su mujer. La necesitaba, pero su orgullo le impedía dar los pasos necesarios para la reconciliación.

De pronto dejóse oír un silbido ensordecedor. Era un silbido que sugería la vertiginosa carrera de un cuerpo y le sucedió un estruendo prolongado, que aumentaba, aumentaba hasta poner espanto en el ánimo. Poco a poco disminuyó de volumen y se apagó como si se perdiera en la lejanía.

A la primera nota Derek hizo alto, abrió mucho los ojos sorprendido. Escudriñó el espacio y creyó divisar... ¿qué? Lo ignoraba en realidad. Quizá fuera un surco borroso que pareció cruzar la bóveda celeste hasta fundirse en ella. Pero desde luego, no se trataba de una estela luminosa.

Casi simultáneamente las luces de la base se apagaron. Todo quedó envuelto en la oscuridad más profunda. Derek creyó que habría sido el jefe de la base quien había ordenado aquel súbito apagón, pero los soldados y los aviadores salieron corriendo de los barracones, de las salas y de los dormitorios hablando a gritos entre sí.

Sin detenerse a reflexionar, el capitán giró sobre sus talones y se encaminó hacia la torre de radar. Las luces del campo se volvieron a encender. Derek entró en la torre que dejara minutos antes en manos del sargento Garry.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Derek al ver la excitación que reinaba entre los soldados.

—A los pocos segundos de salir usted —contestó el suboficial— detectamos la presencia de un aparato volando a velocidades supersónicas. En un par de minutos se presentó sobre la base. Desde luego, no es ninguno de nuestros aparatos. ¡Volaba a cinco mil kilómetros por hora! Y no es esto todo, señor. El avión de transporte que venía del Canadá ha dejado, de improviso, de contestar a nuestras señales.

—¿Qué rumbo tomó el avión, o lo que fuera, que pasó sobre la base? —inquirió Derek.

—Marchaba recto hacia el sudoeste.

—Avisé inmediatamente a Base Blue West. Y póngame con el general.

Cuando Derek Bedford tomó el auricular para dar parte de lo ocurrido al jefe de la base de Thule, estaba muy lejos de imaginar la verdad. Si Derek o cualquiera de los jefes de la base hubieran adivinado la procedencia de aquellos objetos que cruzaban los cielos árticos a velocidades increíbles, muy distinto hubiera podido ser el destino de unos hombres que en aquellos momentos sufrían en un campo de concentración ruso enclavado en las costas del norte de Siberia. Y también muy otro hubiese sido el destino del capitán Derek y de varios pilotos americanos. Pero nadie pudo impedir los sucesos que, a partir del instante en que la estación de Barter, en Alaska, empezó a emitir extrañas señales, se desencadenaron alrededor del círculo polar Ártico y que iban a tener honda repercusión en el mundo entero.

* * *

Eran las once de la mañana. Dudinka, en la Siberia septentrional, era una extensión de nieve deslumbradora. El cielo parecía una enorme cúpula de color azul claro, en la que resplandecía un sol frío. El termómetro señalaba 35 grados bajo cero.

El gigantesco TuG-75 (Tipo 31), llamado el *bombardero de América*, equipado con seis turborreactores que le proporcionaban una velocidad de crucero de más de 500 millas por hora (800 kilómetros), se elevó rápidamente del aeródromo utilizado por el Comando Estratégico Aéreo, con todas sus instalaciones subterráneas. Las planchas metálicas resplandecieron a la luz del Sol. Los sirvientes de la base rusa vieron desaparecer en la distancia al enorme bombardero, efectuando un vuelo de prácticas.

Sergio Yemeneff, el comandante del TuG-75, habló suavemente. Su boca proyectó un vapor blanquecino y las palabras que enunció fueron captadas por el copiloto, que corrió una de las ventanillas laterales por donde hasta aquel momento había penetrado un aire en extremo gélido y desagradable.

Los quince hombres de la tripulación ocupaban sus sitios respectivos en el aparato. Pilotos, navegador, radiotelegrafista, lanzadores y artilleros vestían chaquetones felpudos y calzones de piel de gamo, de mucho abrigo. Calzaban gruesas botas de piel de foca y abrigan sus manos con unos mitones forrados de lana y piel.

Sergio protegía sus ojos, de color azul pálido, con unas gafas para la nieve, de tono verde oscuro. Instintivamente, accionó el volante de dirección.

El TuG-75 se elevaba rápidamente. Su proa, esbelta y puntiaguda, giró hacia el Norte. Pasó sobre Korevoks, Markovo y, poco después, dejaba atrás las islas Piasina. A oriente quedaba la península de Taimir y hacia el Norte la isla de la Sociedad y la tierra de Nicolás II. Volando sobre las capas de hielo, una tempestad de nieve cegadora, impulsada por fuerte viento, atacó al bombardero al tiempo que unas negras nubes acudían al encuentro del aparato, de tal manera que el cielo y la nieve quedaron ocultos por completo.

Sergio elevóse hasta 20.000 pies. El radiotelegrafista expedía constantes mensajes

por la radio. El comandante Yemeneff consultó su reloj e hizo un gesto a su copiloto, quien se limitó a inclinar la cabeza.

El potente bombardero moscovita ascendió aún más. La niebla, la tempestad y las nubes quedaron atrás.

Sergio miró hacia abajo con objeto de cerciorarse de que volaban por encima de la banca de hielo cortada a frecuentes intervalos por algunos canales. El cielo estaba claro y debía hacer mucho frío. Los turborreactores continuaban funcionando perfectamente, pero empezó a formarse hielo sobre las alas y aun en la superestructura del aparato. Sergio se limitó a dar una orden por el teléfono interior.

El radiotelegrafista se inclinó sobre sus instrumentos y en su rostro juvenil se advertía cierta preocupación y ansiedad. En sus mejillas había dos manchas de color rojizo y sus ojos se dirigían alternativamente a las esferas que tenía delante y a la pantalla de radar que había a su derecha. Habló por el teléfono, pero no consiguió hacerse oír por el comandante. Visiblemente nervioso, dejó los auriculares a un lado, se levantó y se dirigió a la cabina de los pilotos. Tocó en el hombro a Yemeneff.

—Algo pasa, mi comandante —dijo con un nudo en la garganta—. La radio y el teléfono han dejado súbitamente de funcionar. He captado un eco en la pantalla de radar.

El copiloto elevó pálido, a su vez, la voz:

—Fíjese en los instrumentos de a bordo, mi comandante. ¡Debo estar loco!

Sergio advirtió impresionado que todas las agujas indicadoras oscilaban terriblemente de un lado a otro. La misma aguja imantada de la brújula había dejado de señalar hacia el norte para sufrir una desviación de 35°.

De pronto, el radiotelegrafista gritó aterrado:

—¿Qué... qué es eso?

Sergio y el copiloto miraron hacia donde señalaba el muchacho y palidieron horriblemente. En frente de ellos, como a una distancia de media milla, se hallaba, completamente inmóvil en el cielo la aparición más prodigiosa que contemplaron jamás sus ojos.

Sergio agarró fuertemente el volante y tiró de él. El TuG-75 no respondió a los mandos. El copiloto se echó hacia atrás boquiabierto y extraviados los ojos.

—¡Algo... algo... nos arrastra...! —chilló Sergio Yemeneff—. ¡Nos ha cogido... los mandos no responden...! ¡Vamos a chocar...!

Se levantaron de sus asientos, en un intento desesperado por arrojar al espacio en paracaídas. Demasiado tarde...

El TuG-75 se arrojó a enorme velocidad sobre aquel gigantesco disco opaco, de color vítreo, inmóvil en el aire...

El bombardero moscovita chocó con terrible estruendo... Se arrugó el casco como si fuera un acordeón. Oyéronse roncros gritos de terror y el lado de la cabina se rompió como si fuese una cáscara de huevo. El comandante Yemeneff fue arrojado, dando vueltas, contra aquella abertura y desapareció dando horribles chillidos.

El TuG-75 se estremeció, y luego se cayó. Tres minutos más tarde resonó una formidable explosión y una gran columna de humo y de llamas se elevó del lugar donde cayera el avión. El humo rodeó con sus anillos el opaco artefacto de forma casi esférica...

CAPÍTULO III

EL HOMBRE ROJO

Fue de lamentar que nadie adivinara la verdad acerca de la presencia de aquel hombre vagando solitario por la estepa siberiana. Un mundo, prevenido, tal vez hubiera podido hacer frente a aquel peligro, pero ¿cómo iban a sospechar que se tratara de un ser de otro planeta? Ciertamente que físicamente no se diferenciaba mucho de los terrestres y bien se le podía tomar por un producto extraño de la Mongolia o del Turquestán; pero debieron advertir en su rostro, en sus ojos, una llama de astucia, de inteligencia, que descartaba inmediatamente la designación de bestia, de hombre imbecil, calificativos que le aplicaron en el juicio que se le siguió en la ciudad de Tomsk. Había aparecido inexplicablemente cerca de un campo militar de instrucción. Estuvo unos momentos parado contemplando las evoluciones de un pelotón de soldados hasta que llamó la atención del centinela que le ordenó que se alejara de allí.

Yandot miró al centinela impasible, comprendiendo la orden, pero no se movió de donde estaba. Deseaba conocer las reacciones de aquellos hombres primitivos que todavía empleaban armas parecidas a las que Tacom había desterrado hacía mil años. No comprendía aquel idioma brusco y tajante, pero tampoco el cerebro de aquellas criaturas resistían el choque de su poder avasallador.

Yandot había salido a recorrer aquel país, solo, sin ninguna clase de armas, vistiendo los harapos de un campesino que todavía se estaría preguntando de dónde había surgido aquella especie de energúmeno. Vio poco después un objeto de forma ahusada, sin brillo, cruzar raudo el espacio, pero no le concedió importancia ni lo relacionó con el ladrón de sus ropas.

El centinela volvió a gritar en aquel idioma restallante y sonoro, y al no hacerle caso, se le acercó amenazador, blandiendo su fusil, dispuesto a golpear. Yandot no se lo permitió. De un manotazo desvió la culata y descargó su puño contra la barbilla del ruso, que cayó rodando por el suelo, dando gritos de alarma y soltando maldiciones.

Yandot echó a correr, alejándose de aquel lugar. El centinela se incorporó y, empuñando su fusil, empezó a disparar rabiosamente, al tiempo que delante de Yandot aparecían varios soldados que percatados de lo ocurrido se lanzaron contra el tacomis. Una bala alcanzó a Yandot en la pantorrilla derribándole en tierra. Inmediatamente se incorporó golpeando con furia a los soldados que se abatían sobre él.

El tacomis tenía una fuerza poco común. Movía los brazos como aspas de molino, y a cada golpe hacía rodar a un enemigo por el polvo. Hubiera acabado con todos los hombres que le atacaban si no hubiesen intervenido los soldados que evolucionaban en el campo de instrucción a las órdenes de un sargento. Abrumado por la

superioridad numérica, Yandot, rápidamente, fue reducido a la impotencia.

El sargento ordenó que lo llevaran a un retén donde fue enfrentado a un impasible capitán, quien tras formular una serie de preguntas, ninguna contestada, mandó que lo encerraran en un calabozo. Dos días más tarde comparecía ante un tribunal militar que lo condenaba a trabajos forzados por espía, indocumentado y saboteador.

Fuera como fuese, Yandot no tenía el aspecto de lo que era, por lo menos racionalmente era imposible adivinarlo. Parecía un poeta de alma gentil con una larga melena de cabellos lacios y oscuros, una frente despejada y un par de ojos hundidos, en medio de un rostro cobrizo. Era muy alto y sumamente delgado y sus dedos, en particular, eran tan largos y delgados que tenían el tamaño de la mano de un hombre ordinario.

Yandot fue mandado al campo de prisioneros de Sibiriakof, una isla situada al norte de la desembocadura del río Yenisei. Centenares de millas de hielo y tundra infranqueables yacían al Sur. Al Norte se hallaban el Océano Ártico y el Polo. Una vez cada tres meses, un rompehielos llegaba a la colonia de prisioneros con alimentos y una nueva remesa de presos.

Nadie había escapado nunca del campamento. El rompehielos llevó a Yandot a la isla y regresó a su base, en Markovo.

Los rusos habían escogido la isla de Sibiriakof como lugar apropiado para la construcción de una base de submarinos, de una estación de radar y de un aeródromo con instalaciones subterráneas. Al frente de la base se encontraba el camarada Nerensky y dirigían las obras dos ingenieros especializados. Aparte de algunos técnicos y empleados el resto de la mano de obra lo integraban ciento veinte prisioneros de distintas nacionalidades. Había alemanes, búlgaros, rumanos, finlandeses, japoneses, polacos, rusos blancos e, incluso, mongoles. Unos se hallaban allí desde mucho antes de terminar la segunda guerra mundial. Otros por motivos políticos y los menos por crímenes contra el Estado o las personas.

La vida en la isla, verdadero campo de concentración, era muy dura. Los prisioneros trabajaban desde la mañana a la noche, cuando no en las largas temporadas de las noches árticas, recibiendo en compensación una comida miserable y algún que otro latigazo propinado por los capataces, esbirros complacientes del director Nerensky. La guarnición de la isla y la vigilancia de las prisiones corría a cargo de una sección de veinte soldados bajo el mando de un teniente.

Dos mujeres, rusa una y ucraniana la otra, constituían toda la población femenina de la isla. Ambas se encontraban allí en calidad de presas. La rusa, de nombre Niva, había dejado atrás los treinta años. Tenía el cabello dorado y verdes los ojos. Nadie sabía gran cosa de ella. Hablaba varios idiomas a la perfección y se comentaba entre los prisioneros que era la viuda de un célebre personaje moscovita caído en desgracia y liquidado posteriormente. En su porte se advertía distinción y pese a vestir burdos ropajes se adivinaba bajo ellos un cuerpo bien formado que las privaciones no habían logrado destruir.

Trabajaba como cocinera y se encargaba de la limpieza de la casa del director.

Olga Fedorova, la ucraniana, aún no había cumplido los veinticinco años, a juzgar por la juventud que se reflejaba en su rostro. Era muy bella, pero la escasa alimentación y el duro clima de aquellas regiones parecían ir marchitando rápidamente su belleza. Estaba muy delgada y su rostro, enmarcado por un cabello negrísimo, aparecía siempre pálido con dos pequeñas rosas en las mejillas. La tuberculosis había hecho presa fácil en su débil naturaleza. A la llegada de Yandot, yacía en su cabaña, que compartía con Niva, tras una fuerte hemoptisis que la debilitó aún más de lo que estaba.

Yandot fue agregado a la brigada encargada de la construcción de la pista aérea. Vestido parcamente contra el frío que se hacía sentir, el tacomis tenía la fuerza de cuatro hombres; sus músculos ganaron la admiración de los guardianes y su persistente mutismo despertó la curiosidad de sus compañeros de infortunio. Se le llamaba el Hombre Rojo, por el color de su piel y por este nombre le conocieron no sólo los prisioneros, sino también los soldados y hasta el propio Nerensky, informado de la valía de aquel extraño sujeto que nunca protestaba de nada.

Poco a poco fueron advirtiendo que una extraña sugestión, se desprendía de aquel fantástico ser, siempre impertérrito y silencioso. El Hombre Rojo apenas comía, apenas bebía; trabajaba más que nadie y, sin embargo, se mantenía tan fuerte como el primer día. Nadie se explicaba aquel portentoso poder de resistencia.

Yandot lo miraba todo; sus ojos agudos se percataban de la situación reinante en la isla, recogiendo en su cerebro los pensamientos de todos aquellos hombres, tratados peor que bestias, esclavizados y aterrorizados ante las arbitrariedades de Nerensky y de los capataces; dábase cuenta claramente de las ansias de libertad de los condenados, vivía sus momentos de angustia y simpatizaba abiertamente con ellos.

Tres prisioneros destacaban sobre todos los demás: Karl Müller, antiguo oficial de la Wehrmacht alemana, de fuerte complexión, pelo castaño claro y ojos grises. Foldvar, el húngaro, ingeniero de minas, de pequeña estatura, pelo negro y revuelto y ojos ligeramente oblicuos. Y finalmente, Dimitri Kazan, un ruso blanco de mirada astuta. Había algo sádico en la naturaleza de Kazan... le gustaba destrozar. Él quiso destruir el Gobierno soviético, pero no lo habían enviado al campamento a causa de eso, sino por haber matado a un hombre cuya esposa y cuyo dinero codiciaba.

Kazan tenía un aspecto bestial, pero no dejaba de poseer cierta inteligencia. Estaba en buenas relaciones con el director del campo, y, contrariamente a lo que era de esperar, también con los demás prisioneros, especialmente con la húngara.

Era el único que se había atrevido a dirigirle la palabra a Yandot. Pero éste se había limitado a mover lentamente la cabeza, negando.

Mientras hacían funcionar unos taladros mecánicos, Müller y Foldvar comentaban lo que Kazan les había dicho poco antes.

—Olga está muy enferma—decía el húngaro—. La enfermedad ha hecho muchos progresos y el médico choca con la obstinación de la ucraniana que no siente ningún

deseo de vivir.

—¡Pobre Olga! —exclamó el alemán—. Este infierno acabará con todos nosotros. Es rara la semana que no enferman cuatro o cinco hombres. De continuar así, cuando venga el buque no quedaremos uno en pie.

—¡Ya lo creo que quedaremos! Nerensky aumentará, como ha hecho otras veces, las raciones de comida. Antes de perder un trabajador más al que poder esclavizar, es capaz de pegarse un tiro. Pero siento lo de Olga, Müller. ¡Si pudiéramos hacer algo por ella!

—Nada se puede hacer. Sólo si lográsemos escapar... ¡Bah...! Eso es imposible. Mejor es no pensar en nada, de lo contrario uno corre el peligro de volverse loco.

—Pues Kazan tiene en perspectiva un proyecto —dijo el húngaro en voz muy baja.

—Más de uno tengo yo en la cabeza —replicó el alemán—. Llevo siete años en esta maldita isla y la conozco palmo a palmo. Sólo existe una salida viable: el rompehielos. Todo lo demás es perder el tiempo.

Ninguno de los dos hombres advirtió que el Hombre Rojo había estado suficientemente cerca para escuchar sus palabras. Los ojos de Yandot brillaron con extraño fulgor...

Aquella noche, mientras el campamento descansaba de sus fatigas y los soldados, fusil al hombro, se paseaban alrededor de los barracones de los prisioneros, una sombra se deslizó pegada a la pared del taller donde se guardaba la maquinaria. Poco después pasó por detrás de un centinela, sin que éste se percatara de nada, y avanzó, bajo la nítida luz de las estrellas árticas, hasta una pequeña cabaña, a través de cuyas ventanas salían unos chorros de luz.

Niva volvióse al oír un ruido en la puerta. Olga se agitaba inquieta en su camastro, murmurando palabras ininteligibles. Sólo la primera vio en el umbral la imponente figura del hombre rojo.

Yandot cerró la puerta tras sus espaldas y Niva retrocedió asustada.

—¿Qué quieres...? —tartamudeó la mujer—. ¿No sabes que está prohibido entrar en esta cabaña?

Yandot avanzó una de sus largas manos haciendo un gesto amistoso.

—Tranquilízate, mujer —dijo en un ruso gutural, pero bastante perfecto—. Quiero ver a Olga. Tengo un remedio que la curará.

Tal vez fue su gesto amistoso, o la sorpresa que dominó a Niva, o quizás las palabras tranquilizadoras de Yandot, el caso es que la rusa se hizo a un lado, evidentemente impresionada.

El tacomis se inclinó sobre el camastro donde yacía Olga. Sus ojos examinaron con atención la figura de la enferma; luego, la auscultó con suma delicadeza, percutiendo sobre su pecho con sus largos dedos.

El hombre rojo soltó un gruñido. De un bolsillo extrajo una jeringuilla de color azulado, la llenó con el líquido contenido en una ampolla de cristal e inyectó en el

brazo de Olga. Con la misma jeringuilla volvió a repetir la operación, inyectando esta vez en la espalda. A los diez segundos, la respiración de la enferma ya no era tan agitada.

El extraño personaje se incorporó. La jeringuilla y las ampollas habían desaparecido de la vista. En la palma de la mano derecha veíase una cajita de cristal transparente repleta de píldoras ovaladas.

—Toma —dijo el hombre rojo con su extraña voz—. Dale un comprimido cada cuatro horas. Olga se pondrá bien. No hables de mi visita a nadie. Todos deben ignorar que el hombre rojo ha salvado a Olga.

Niva cogió la cajita que le tendía el gigante, y antes de que tuviera tiempo de expresar las gracias o de hacer alguna pregunta, Yandot abrió la puerta y desapareció en la oscuridad del exterior.

* * *

La noticia corrió como una exhalación de boca en boca. Olga Fedorova, que quince días antes estaba en los umbrales de la muerte, se había recobrado milagrosamente, y según dictamen médico no había el menor rastro de la terrible enfermedad.

Niva no dijo una sola palabra a nadie de la misteriosa visita del hombre rojo. Tampoco Olga comentó la causa de su sorprendente curación. Y, sin embargo, entre los prisioneros circulaba el rumor de que había sido el hombre rojo el salvador de la ucraniana. El rumor partió de Mihaly el polaco, que dormía en el camastro vecino al de Yandot. Había visto salir incomprensiblemente del barracón al gigante. ¿Cómo era posible aquello si la puerta del barracón se sujetaba con una cadena por el exterior? Luego lo vio entrar, como una sombra, sin producir el más leve ruido.

El polaco habló más tarde con Kazan, Müller y el húngaro. Kazan se acarició sus hirsutas barbas y comentó:

—Me gustaría saber quién es en realidad ese hombre rojo. No me extrañaría descubrir que es uno de esos monjes de poderes sobrenaturales que habitan en la Mongolia y en el Tíbet. Si es verdad que tiene medios para salir sin dificultad del barracón, creo conveniente buscar una especie de alianza con él.

Los otros tres prisioneros asintieron con las cabezas.

Durante el transcurso de los días siguientes, los cuatro hombres intentaron entablar conversación con el hombre rojo empleando el repertorio de idiomas que entre los cuatro conocían. El gigante movía una y otra vez en silencio, la cabeza. Convencidos de que no había forma de entenderse con él, los prisioneros desistieron de sus esfuerzos, concentrándolos únicamente en la idea de escapar de la isla.

Una mañana en que un violento temporal de nieve impidió salir a los trabajadores de sus cabañas, Karl Müller hizo una seña disimulada al húngaro y al polaco, reuniéndose los tres junto al camastro que ocupaba Müller en un rincón.

Karl se inclinó ligeramente hacia adelante y tras echar una ojeada a su alrededor, murmuró en voz tan baja que sólo sus compañeros le oyeron:

—Dentro de quince días viene de nuevo el rompehielos. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

—Estoy dispuesto a todo antes que ser enterrado en este maldito lugar —exclamó con acento en el que vibraba el odio Mihaly el polaco—. Pero será preciso apoderarnos de algunas armas.

—Kazan nos las proporcionará —manifestó Foldvar el húngaro.

—¿Estás seguro de que no nos traicionará a ese perro de Nerensky? —quiso saber Müller—. Nuestro intento de fuga es descabellado y podría ser que alguien se sintiera atraído por la recompensa que Nerensky daría a quien fuera con el cuento del plan de fuga. Por eso no quiero decir nada a los demás presos hasta que llegue el día. Pero me preocupa Kazan. Le gusta demasiado jugar con dos barajas.

—Respondo por él —manifestó el húngaro—. No hay nadie en todo el campamento que odie tanto a Nerensky como Dimitri Kazan. Éste es muy astuto... Karl Müller le impuso silencio con hosco ademán. Todos levantaron la vista, encontrándose ante la mirada penetrante del hombre rojo.

—Lárgate —masculló entre dientes el ex oficial alemán.

El gigante no se movió. Y los tres hombres empezaron a sentirse nerviosos bajo aquella mirada que parecía penetrar hasta el rincón más apartado de su cerebro.

—¿No has oído? —volvió a gruñir Müller—. ¡Vete a curiosear por otra parte!

Los labios del extraño personaje se abrieron levemente. Durante la fracción de un segundo una sonrisa pareció bailotear en ellos, mas ninguno de los tres hombres lo advirtió. Una voz gutural, profunda, brotó de la garganta del hombre rojo. Los labios modularon unas palabras en ruso, idioma que empleaban los prisioneros para entenderse entre sí.

—Vuestros pensamientos buscan el camino de la salvación, trabajando en la idea de escapar hacia los hielos eternos. Yandot os dice: podréis escapar si aceptáis órdenes de Yandot. Sólo Yandot os puede conducir a la libertad. Obedeced a Yandot.

Los tres hombres abrieron las bocas de puro asombro. Estaban convencidos de que aquel extraño ser era mudo, puesto que aquella era la primera vez que le oían hablar. Pero más se hubieran asombrado de saber que Yandot hablaba por segunda vez en ruso.

—¿Quién habla de fugarse? —preguntó el alemán cautamente.

—Yandot penetra en vuestra mente. Conoce lo que estáis pensando. Tú eres alemán. Crees que Yandot puede ser un enemigo. No desconfíes. Yandot es fuerte. Gran fuerza aquí.

Se golpeó con la palma de la mano la frente. Los ojos negros se clavaron sucesivamente en cada uno de los tres hombres que temblaron nerviosos e inquietos. Sentíanse ante aquella mirada fascinados; como el pájaro se siente atraído por la mirada de la serpiente, así aquellos hombres endurecidos por las fatigas y los

trabajos, sintieron que sus voluntades flaqueaban ante la presencia de aquella criatura de poder casi hipnótico.

—Haremos lo que tú digas —dijo el alemán lentamente. Aquellas palabras salieron de sus labios, pero Müller estaba seguro de que no las pronunció él. Esto era algo extraordinario.

—Yandot dará órdenes.

Y el extraño hombre rojo se retiró del trío, echándose sobre su camastro. Medio minuto después parecía dormir profundamente.

El húngaro se pasó las manos por los ojos. Sacudió la cabeza y comentó haciendo un gran esfuerzo para dominarse:

—Me parece haber sufrido una pesadilla. Esa voz... y esa mirada...

—Mis manos tiemblan —musitó el polaco—. ¿Qué poder sobrenatural tiene ese... Yandot? He sentido como si me vaciasen el cerebro...

El día pasó rápidamente. Kazan, que había estado trabajando en la base de submarinos, entró en el barracón cuando la oscuridad en el exterior se adueñaba de todo. Nevaba copiosamente y soplaba una fuerte ventisca.

Kazan fue puesto al corriente de lo sucedido por el húngaro. Sonrió incrédulo, exclamando burlón:

—Os dejáis impresionar demasiado fácilmente. Seguidme y veréis.

Titubeantes le siguieron hasta el camastro que ocupaba el hombre rojo. Kazan le sacudió brutalmente por un hombro.

Yandot se incorporó en su lecho; instintivamente, todos, excepto Kazan, se hicieron atrás.

—Será la última vez que interrumpas el sueño de Yandot. En este momento deseas demostrar a los demás que no tienes miedo y que eres el más poderoso. Pero sí tienes miedo, Kazan... Tienes miedo de Yandot.

Todos vieron que una extrema palidez cubría las facciones del ruso. Luego, de pronto, su rostro adquirió el color de la púrpura y sus manos se alzaron.

—Yo no tengo miedo de ti, hombre rojo. ¡Y te lo voy a demostrar!

Kazan se lanzó hacia adelante con los puños levantados. Nadie fue capaz de prever los movimientos vertiginosos de Yandot. Éste adelantó sus largos brazos e hizo presa en las muñecas de Kazan. Efectuó una hábil flexión y el ruso salió disparado por encima de los camastros, dio dos o tres vueltas por el suelo y chocó contra la pared, donde quedó inmóvil, hecho un ovillo, mirando estúpidamente a la sorprendente criatura.

—No olvidéis lo que Yandot dice: él os sacará de esta isla. Pero debéis obedecer a Yandot.

El ruido de la tormenta era cada vez más intenso; caía la nieve furiosamente y el viento mugía, silbaba y aullaba haciendo temblar con violencia el techo del barracón. Los veinte hombres que ocupaban aquella construcción miraron temerosos al hombre rojo, erguido en toda su estatura en medio del pasillo. Habían sido testigos de la

derrota de Kazan, el más fuerte de los prisioneros. Sus naturalezas debilitadas a causa de las privaciones, de las fatigas y del clima, eran incapaces de resistir la tremenda vitalidad que desarrollaba el hombre que a sí mismo se llamaba Yandot.

El hombre rojo volvióse lentamente y se dirigió a la puerta. Después de entrar Kazan, los soldados la habían cerrado, asegurándola por medio de una cadena con un grueso candado. Y el asombro más infinito se apoderó de todos al ver que la puerta se abría al darle un leve empujón Yandot. Éste se encaró con los presos y dijo con su voz profunda:

—Nadie debe salir de la cabaña. Confiad en Yandot. Antes de quince días estaréis libres.

Y salió cerrando la puerta tras sus espaldas. Müller miró al polaco, mientras Foldvar el húngaro ayudaba a Kazan. No hubo explosión de júbilo entre los prisioneros al escuchar las palabras del hombre rojo, sencillamente porque estaban en verdad muy sorprendidos y porque hasta ese momento nadie había logrado escapar de la isla. Aguardaron ansiosos el sonido de una detonación, pero sólo el rumor del viento percibíase con claridad allí dentro. Todos estaban demasiado impresionados por lo que habían visto y oído; sin embargo, Müller, Kazan, el polaco y Foldvar se reunieron aparte.

—¿Crees que podemos fiarnos de él? —preguntó el húngaro al ruso.

—No lo sé. Si maneja el cerebro tan bien como sus brazos, desde luego. ¿Habéis sentido alguna vez miedo?

Los prisioneros asintieron.

—Yo lo he sentido —continuó Kazan—. Hoy por primera vez en mi vida. Hay algo en ese hombre rojo que inspira terror. Terror y confianza al mismo tiempo. Presiento, amigos míos, que antes de quince días nos veremos privados de nuestra voluntad, hoy lo he comprobado.

Los prisioneros guardaron silencio.

—Ese Yandot —siguió diciendo el ruso— parece contar con el apoyo de alguien en el exterior. No comprendo cómo ha podido abrir la puerta y deslizarse fuera del campamento sin que los centinelas le descubrieran. Y yo me pregunto: ¿Adónde habrá ido?

Aquella era una pregunta que se estaban formulando todos los ocupantes de la cabaña.

Si hubieran podido ver a Yandot en aquellos instantes, su asombro no hubiera conocido límites.

El hombre rojo caminaba a grandes zancadas entre remolinos de nieve, venciendo la fiereza del huracán, como si sus pies no tuvieran que vencer la oposición de la gruesa capa de nieve, que como albo manto cubría la tierra de Sibiriakof.

Era difícil orientarse en la oscuridad y entre el mar de copos blancos, pero Yandot no se detuvo ni vaciló un solo instante. Penetró en un pequeño bosquecillo de abetos y avanzó por él hasta detenerse en una especie de claro, al pie de un abeto gigante. Se

inclinó junto al tronco y excavó con las manos desnudas en la nieve. Quedó al descubierto una oquedad en el tronco del árbol. Yandot metió las manos en el agujero.

Sacó una escafandra de material opaco y vítreo. Se la colocó sobre los hombros y empezó a manipular en una serie de botones que tenía sobre una cajita conectada con la escafandra. Un minuto más tarde establecía contacto con una emisora receptora cercana, y aquella emisora le respondió en el lenguaje de los tacomis. Cuando terminó de transmitir dejó la escafandra, dotada de un perfeccionadísimo aparato de radio, en la oquedad del tronco. Las manos de Yandot palparon en el escondite. Allí en aquel agujero había un equipo completo de combate.

Desechando el fusil atómico por demasiado voluminoso, Yandot se proveyó de varias granadas de mano potentísimas y de una pistola eléctrica. Cubrió de nuevo la oquedad, y regresó al campamento.

Los centinelas estaban todos bajo lechado. Sabiendo que nadie podía escapar de la isla, apenas ejercían, una somera vigilancia. Yandot llegó ante la puerta del barracón. Su mano dio un leve giro, se oyó un chasquido y el candado se abrió.

Cuando la puerta giró sobre sus goznes y apareció en el umbral el hombre rojo, ninguno de los prisioneros vislumbró el menor rastro de la pistola eléctrica.

CAPÍTULO IV

REBELIÓN SANGRIENTA

La voz de un locutor de una emisora americana que leía un programa futuro a los radioescuchas surgió del aparato de radio, y con voz agradable y clarísima dicción se interrumpió, de pronto, para comunicar una noticia fresca al parecer.

—Fenómeno extraordinario que nos comunican desde varios puntos de la nación... —dijo la voz.

El sargento John Garry se dispuso a variar de estación.

—¡Aguarde! —le gritó el capitán Bedford—. Quiero oír eso.

—Varios testigos declaran haber visto surcar el espacio largos hilos flameantes acompañados de gran estruendo —decía el locutor—. Otros insisten en que no se trata de hilos, sino de esferas inflamadas y que se mueven por el aire a velocidades verdaderamente escalofriantes, sin producir el más leve ruido. Con todo, los astrónomos se mantienen en su idea primera, de que no se trata del paso de aerolitos por el cielo de la nación, porque no se ha visto caer a ninguno.

John Garry se rió con gana, comentando:

—No comprendo cómo hay gente que crea tales patrañas.

—La última estela de fuego que ha surcado los aires fue vista sobre Las Vegas, Nevada. Ello ha ocurrido hará cosa de una hora... —la voz se interrumpió. Durante la pausa que sobrevino a continuación, los hombres del capitán Bedford oyeron el leve crujido de papeles en la estación emisora.

—Aquí tengo otra importante noticia, la última recibida, que comunicar a ustedes. Nos dicen desde Los Angeles, que el profesor Hoppel ha sido comisionado por el Observatorio del Monte Palomar para investigar de cerca los fenómenos acaecidos durante estos dos últimos meses. Según parece, el profesor Hoppel tiene una idea arraigada sobre el origen de las estelas luminosas que no quiere dar a conocer. Ayer tomó el avión para Chicago. Se supone que el profesor se dirige a la base de Thule, en Groenlandia, para iniciar desde allí sus investigaciones.

Derek Bedford soltó un respingo. ¿Sería posible que Lanca, su mujer, viajara con el profesor Hoppel? Prestó atención.

—Han vuelto a surgir los casi olvidados platillos volantes —seguía diciendo el locutor—. Esferas luminosas y platillos volantes acaparan las primeras páginas de los grandes rotativos mundiales. Una vez más, las gentes se han lanzado a devorar con creciente interés las noticias referentes a supuestas naves interplanetarias.

John Garry comentó:

—Aunque nuestro radar detecte la presencia de misteriosos aparatos volantes y desaparezcan sin dejar rastro alguno cuatro aviones de la Air Force, mientras no vea

por mis propios ojos uno de esos platillos volantes no creeré en ellos.

—Y aquí concluye nuestra emisión de la tarde —dijo la voz del locutor—. Entrada la noche volveremos a radiar más detalles.

El sargento le dio vueltas al pomo de control del aparato hasta topar con una estación que retransmitía músicaailable.

—Oiga, sargento —dijo Derek de pronto—. Estando yo ausente, ¿ha llegado algún mensaje referente al profesor Hoppel?

—No, señor, pero han aterrizado algunos aviones procedentes de Goose Bay y de las bases de Terranova. Cualquiera de ellos ha podido traer la noticia al general.

—Ya lo había pensado. Cuide de esto. Voy a hablar con el capitán ayudante.

Cuando Derek salió de la torre de radar y transmisiones, un DC-4 evolucionaba sobre la pista de aterrizaje. El avión describió un semicírculo e inclinó la proa hacia tierra. Quince segundos después corría por la pista, deteniéndose no muy lejos de donde se encontraba el capitán. Éste se aproximó al avión, sintiendo un inquietante nerviosismo.

Cuando llegó junto al transporte, dos soldados de las Fuerzas Aéreas descendían por la escalerilla. De súbito, el corazón del capitán empezó a latir desenfrenadamente. ¡Había visto el rostro de su esposa asomando por encima del hombro del profesor Hoppel!

* * *

Nerensky, el director de la colonia de Sibiriakof, contempló el espectáculo que ofrecían los ciento veinte hombres trabajando sobre un fondo immaculado blanco. El ruido de las excavadoras, de los tractores, de los taladros y sierras mecánicas, arrancaba dormidos ecos del bosque de abetos. Los soldados, con el fusil colgado al hombro, se paseaban indiferentes a los aritos de los capataces y al restallido de los látigos descargados con furia satánica sobre las espaldas de los prisioneros que se rezagaban en su trabajo.

Nerensky sonrió cruelmente. Era posible que en ningún otro campo de concentración se emplearan, aquellos procedimientos laborales, pero allí él era el único amo y dictaba las disposiciones que tenía por conveniente. Además, así se obligaba a los prisioneros medio congeladas a entrar en reacción. Pronto sería destinado a otro lugar más confortable donde, con los beneficios obtenidos al frente de la colonia en tres años, podría vivir holgadamente el resto de su existencia.

Un soldado de la estación, de radio se le acercó corriendo dándole cuenta de la proximidad del rompehielos. Era una grata noticia. Frotándose las manos, se dirigió a su vivienda. En la entrada tropezó con Niva, la mujer que le servía de cocinera y se encargaba de la limpieza de su casa.

Niva se apartó para cederle el paso, pero Nerensky alargó el brazo y la cogió por el talle. La mujer no se resistió, pero la expresión de su rostro era más que suficiente

para demostrar la repugnancia que le daba el ruso.

—Niva —dijo el director, con algo de pasión contenida en la voz—. Has sido una mujer muy esquiva durante estos tres años. Dentro de unos días abandonaré para siempre esta isla. Seré destinado a una ciudad. Tendré todo lo que desee. Todo será luyo si quieres compartir mi destino. Me has rechazado muchas veces, y hoy me dirijo a ti por última vez. ¿Quieres acompañarme o prefieres quedarte aquí donde seguramente el frío o el hastío acabarán contigo?

La mujer desasióse del abrazo del director y espetó duramente, con una voz fría y silbante:

—Antes que acompañarle, prefiero morir con estos condenados por la barbarie comunista. ¡Me da usted asco! ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

Nerensky hizo un gesto de rabia. Acto seguido soltó varias maldiciones.

—¡Bruja! —gritó—. ¿Me desprecias? ¿No sabes quién es el amo? Hasta el presente te he respetado porque confiaba en que accederías a venir conmigo por las buenas. ¡Me he cansado de esperar! ¡Vendrás conmigo, quieras o no quieras!

—Antes me mataré.

—Eso lo veremos —dijo el ruso soltándola y entrando en la casa.

Niva se llevó la mano al pecho, sintiendo que el corazón le latía desahoradamente, con una violencia debida no toda al odio, sino al terror que le inspiraba aquel monstruo de crueldad.

Inclinándose cogió el pozal y se encaminó a la parte trasera de la casa. Sus ojos descubrieron al hombre rojo. Una sonrisa de simpatía asomó a los labios de Niva. En su memoria todavía estaba fresco el recuerdo de la extraña intervención de Yandot cerca de Olga, la joven cuya hermosura había defendido Niva con éxito contra el asedio de todos los empleados rusos de la colonia.

Yandot miraba fijamente un punto que se destacaba sobre las aguas cubiertas de grandes témpanos de hielo. Aquel puntito era el rompehielos que se dirigía hacia la isla. ¿Cuántas cosas sucederían con la llegada de aquel barquichuelo? Hasta los oídos de Niva habían llegado rumores vagos sobre una conspiración para escapar de la isla. Nerensky se mostraba demasiado confiado. ¿Estaría acaso enterado de lo que se proyectaba y esperaba el momento oportuno para reprimir duramente la rebelión?

Al oír los pasos de Niva, Yandot se volvió. La rusa sintió la intensidad de su mirada. Aquellos ojos resplandecían como carbunclos encendidos. Parecían penetrar a través de la propia mirada y descubrir los más recónditos pensamientos de una persona.

Yandot no dijo nada. Cogió del suelo un rollo de cuerda y, con él al hombro, se alejó de la casa. Niva corrió tras él.

—Espera un momento, hombre rojo.

Yandot se detuvo.

—Está prohibido hablar mientras se trabaja —recordó—. Podrían castigarte por ello.

—Ya todo me es igual. Quería sólo preguntarte si es cierto que piensas librarnos a todos de esta opresión.

—Las palabras que jamás debían haber sido pronunciadas han salido de tus labios. Pero antes salieron de otros. Sí, es cierto. Esta noche os libraré de Nerensky y de sus soldados, pero deberéis seguirme a donde yo os diga. Será el único medio de escapar a la persecución.

Dichas estas palabras, Yandot se alejó, dejando a Niva, la en otro tiempo bella intrigante, sumida en un mar de confusiones.

La jornada decaía y el rompehielos había dejado de ser una mancha en el horizonte para convertirse en lo que era, es decir, en un barco. El crepúsculo empezaba a invadir aquellas apartadas y frías regiones. En lontananza refulgía un pálido sol alumbrando difusamente las aguas surcadas por témpanos a la deriva, semejantes a almas en pena. El viento del atardecer arrojaba gélidos latigazos contra los cuerpos depauperados de los prisioneros colocados en lila ante el barracón donde se repartía la segunda comida del día.

Müller y todos los demás tenían la mirada clavada en el barco que se disponía anclar en la bahía, donde se construía la base de submarinos. Los marineros arrojaron varios cables a tierra, que algunos soldados recogieron atándolos a unos postes clavados a lo largo del pequeño embarcadero de madera.

Tanto Müller, como Kazan y el húngaro sabían que el único medio de escape lo constituía aquel barquichuelo; pero intentar cualquier rebelión en aquellos momentos era más peligroso que nunca, puesto que con el barco habían arribado veinte soldados para relevar a la guarnición de la isla siendo, por tanto, la fuerza armada en Sibiriakof más numerosa que de costumbre.

Lentamente los prisioneros desfilaron ante los pinches de cocina, recogiendo en sus platos de aluminio la bazofia de comida que se les daba en recompensa al arduo trabajo realizado durante la jornada. Entre ellos, Yandot parecía no haber advertido la llegada del rompehielos.

Müller, Mihaly el polaco y Foldvar el húngaro se recostaron contra el paredón de una de las cabañas. Comieron, en silencio, mirando codiciosamente los fusiles que pendían de los hombros de los guardianes. Había llegado el momento de intentar salir de aquel infierno blanco y no disponían, siquiera, de una miserable arma de fuego.

—El rompehielos permanecerá anclado, como de costumbre, unos siete días —dijo el polaco—. Es el tiempo que nos queda para decidirnos.

—Estamos todos dispuestos —murmuró Karl Müller—. Pero necesitamos armas, de lo contrario es completamente inútil todo cuanto hagamos.

—Kazan las traerá. Dos fusiles y tres revólveres que nos servirán para apoderarnos de más —manifestó el húngaro—. Esta noche daremos el golpe. Asaltaremos el retén de soldados aprovechando el momento en que estarán festejando la llegada del relevo. Pero habrá que abrir la puerta del barracón.

—No será necesario —dijo el alemán—. ¿Para qué, entonces, hemos estado

excavando un túnel estas últimas semanas?

—Chisst... —hizo el polaco.

Un soldado pasó a corta distancia echándoles una mirada recelosa. Pero no se detuvo. Cuando se halló a una distancia prudencial inquirió el polaco:

—¿Y Yandot? Prometió sacarnos de aquí. ¿Le debemos hacer caso?

—Depende —contesta Müller—. Como no exponga su plan antes de medianoche, actuaremos por nuestra cuenta. Ahí viene Kazan.

El ruso blanco se acercaba con el plato de la comida en la mano. Al llegar a la altura de sus compañeros, dijo en voz baja, sin dejar de caminar:

—Estad preparados para esta noche. A las doce en punto, Yandot nos ayudará.

Los capataces y soldados parecían recelar algo porque algo extraño notaban en el ambiente. Los prisioneros formaban grupitos y comentaban en voz queda cosas que ninguno de los vigilantes lograba oír, puesto que cuando se aproximaban a los grupos, los presos cambiaban automáticamente de conversación.

Mientras limpiaban los platos observaron la llegada de un pelotón de soldados, que rodearon a Yandot llevándoselo hacia el calabozo de la colonia de prisioneros.

Müller y sus amigos se miraron sobresaltados. Aquello sólo podía indicar una cosa: que la conspiración había sido descubierta y que todo se había venido abajo. Sin embargo, Kazan se limitó a sonreír levemente.

Los prisioneros fueron de nuevo recluidos en sus cabañas.

La noche descendió sobre el campamento. Fueron encendidos faroles de petróleo. En un gran pabellón, los soldados alborotaban trasegando grandes cantidades de vodka y llenando los estómagos con buena y abundante comida. Las horas pasaron lentamente para los prisioneros encerrados en sus barracones. Poco a poco fuéronse acallando los gritos de la soldadesca y de los empleados y capataces rusos, hasta que por fin todo quedó en silencio.

Tan sólo en la casa de Nerensky continuaba la fiesta. Se encontraban allí, aparte del director, el nuevo jefe de la base llegado en el rompehielos, el capitán y su segundo de a bordo, los dos tenientes de las distintas secciones de soldados y los dos ingenieros que dirigían las obras de la nueva base ártica rusa.

Los centinelas, metidos en unas torres de madera provistas de reflectores y de calefacción, echaban de vez en cuando una mirada distraída a través de las aspilleras de cristales. La oscuridad era casi absoluta; lo hubiera sido si no brillasen en la noche las luces de la casa del director y las del rompehielos anclado en el embarcadero.

Si alguien hubiera estado cerca de la puerta del calabozo hubiese podido percibir un leve chasquido en la cerradura. Casi en seguida, la puerta se abrió silenciosamente y una gigantesca figura se deslizó a la oscuridad del exterior.

Yandot, buscando la protección de los barracones, se aproximó a la torre más cercana. Ascendió por los peldaños de la escalera con movimientos felinos. Al llegar junto a la puerta, la empujó con la mano y, rápidamente, dio un salto penetrando en el interior de la garita. El centinela, medio dormido, no llegó a enterarse de lo que le

sucedió. Notó un fuerte impacto en pleno rostro y cayó desvanecido. El hombre rojo sacó un frasco pequeño del bolsillo y lo aplicó a las narices del ruso. Dando a inhalar su contenido al centinela, Yandot se aseguraba de que no despertaría antes de una hora.

El tacomis abandonó la torre y repitió la misma operación con los otros tres centinelas. En dos de las torres tuvo que romper un cristal y echar una granada anestésica en su interior. Eliminada la vigilancia del campamento, Yandot se dirigió al bosque, regresando al cabo de diez minutos escasos. Luego se encaminó al barracón de los prisioneros de su brigada. Su mano izquierda tendióse hacia el candado, que se abrió misteriosamente, aún los dedos del gigante no habían llegado a rozarlo.

Müller y Kazan, que se disponían a apartar el camastro del primero, debajo del cual se había excavado un túnel en el transcurso de muchas noches de duro trabajo, se volvieron sobresaltados al oír el grito de alarma del húngaro. Cuando vieron a Yandot dejaron escapar un suspiro de alivio.

—Escuchad todos con atención a Yandot —dijo el tacomis con su voz gutural—. Yandot cumple su palabra. No existe vigilancia en el campamento. Todos obedeceréis a Yandot. Kazan será mi lugarteniente —volvióse hacia el ruso, prosiguiendo:

—Coloca a dos hombres en cada torre, hombres que conozcan el manejo de las ametralladoras. No debéis causar ningún daño a los soldados que encontrarán desvanecidos. Tampoco dispararán hasta que no escuchen la explosión que hará volar la estación de radio. En todo caso respetarán la vida de los hombres que se rindan. Ordena primero el ataque al rompehielos. Y no os sorprendáis si veis algo fuera de lo natural.

Kazan asintió con la cabeza. Iba armado con dos revólveres de reglamento en las unidades rusas destacadas en los campos de prisioneros de Siberia, robados hacía más de un año y ocultados cuidadosamente debajo del suelo del barracón. Müller y el polaco empuñaban largos fusiles semiautomáticos y el húngaro una pistola de gran calibre. Con aquellas armas se disponían los prisioneros a iniciar la rebelión.

Kazan empezó a dar órdenes. Poco después, figuras furtivas salían del barracón, deslizándose sigilosamente sobre la nieve. Los prisioneros de los otros barracones fueron libertados. No se oyó un grito ni una voz de mando. Las figuras oscuras moviéronse hacia las dependencias de los rusos.

Yandot, seguido de Kazan, Müller y cinco hombres más, se encaminó hacia la estación de radio instalada junto a la casa de Nerensky. Simultáneamente sucedieron varias cosas. Sobre el fondo estrellado de la noche ártica, entre un claro del cielo anubarrado, vislumbróse un hilo de luz. Escuchóse un grito procedente del rompehielos y una detonación, precedida de un fogonazo, partió de la estación de radio. Uno de los prisioneros se derrumbó sobre la nieve soltando un estertor de agonía.

Müller echóse el fusil a la cara, pero antes de que llegara a apretar el gatillo,

Yandot hizo describir una parábola a su brazo y un objeto cilíndrico voló por los aires directo a la cabaña que albergaba la emisora. Yandot empujó a Kazan y a Müller e instintivamente los otros cuatro prisioneros se echaron de bruces sobre la nieve...

* * *

La cena había sido digna de un rey; en realidad, como correspondía, a los gustos de Nerensky. Éste había informado sucintamente a su sucesor en el mando de la isla del progreso realizado en la construcción de las obras militares. Mientras repartía excelentes cigarros puros a sus siete invitados, rió fuertemente al comunicar lo que los prisioneros habían preparado para aquella noche.

—Les he dejado hacer —dijo—. Así aprenderán. Hay varios presos que a cambio de un mejoramiento en el trato y en la comida no vacilan en vender a sus compañeros. He podido enterarme de la extraña influencia del hombre rojo, un gigante de piel colorada. Os digo sinceramente, camaradas, que uno se ve empequeñecido en su presencia. Para más seguridad lo he encerrado en el calabozo y he doblado el número de centinelas esta noche. Es imposible que logren escapar.

—¿Y por qué motivo quieren sublevarse?

Nerensky hizo un gesto vago con los hombros.

—Cualquier persona, al hallarse por espacio de más de un año en estas inhóspitas regiones, siente un vivo deseo de salir, de escapar sea como sea. Yo mismo he tenido que reprimir este impulso en varias ocasiones. Invariablemente, cada vez que el rompehielos ancla en la bahía se produce un conato de sublevación o algún prisionero intenta escapar. Pero hasta la fecha nadie lo ha logrado. Algunos, en su desespero, se lanzan sobre el mar helado, durante el invierno, pretendiendo alcanzar la costa de Siberia. Pero si escapan de nuestros hombres, los perros o en último término la nieve y el frío dan buena cuenta de ellos. Algunos, incluso después de haber estado vagando durante días por el campo de hielo, regresan al campamento porque el hambre los estaba matando. Sibiriakof es peor que la Isla del Diablo. Deseo que vuestra estancia en este lugar sea muy corta, camaradas...

Los rusos levantaron sus copas rebosantes de buen licor. Y de pronto sonó una detonación y, casi al instante, una explosión espantosa conmovió toda la casa. Los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos, al tiempo que una fuerte ráfaga de viento penetraba a través de las aberturas rasgando los cortinajes y desclavando los cuadros de las paredes.

Transcurrido que hubo un segundo oyeron un sonido prolongado que desgarraba el tímpano y por las ventanas destrozadas penetraron varios regueros cegadores de luz. Retumbaron dos nuevas explosiones acompañadas de un griterío ensordecedor.

Los rusos se levantaron de sus asientos y corrieron hacia las ventanas, pero antes de que consiguieran llegar hasta ellas, la puerta de entrada se vino abajo a consecuencia de una formidable explosión. Apareció Yandot empuñando en su

diestra un artefacto de brillo vítreo que por su forma recordaba la de una pistola. Detrás del Hombre Rojo asomaron sus rostros preñados de odio Kazan, Müller y cuatro prisioneros más, todos los cuales empuñaban una u otra arma.

Yandot se hizo a un lado, dejando enfrentados a los esclavos frente a sus amos. El sonido estridente del exterior había cesado siendo sustituido por un griterío espantoso y una serie fragorosa de estampidos y detonaciones. Müller alzó su fusil.

—Ha llegado vuestra hora, cobardes —dijo con metálica voz—. Defendeos si sois hombres porque vais a morir.

Nerensky fue el primero en reaccionar. Comprendió que no podía esperar compasión de aquellos hombres a quienes había tratado como si fueran bestias. Saltó a un lado, tratando de escabullirse de la habitación. Müller disparó casi sin apuntar. El ruso dio un brinco en el aire y se desplomó arrastrando una silla en su caída.

Acto seguido la estancia se llenó de fognazos y estampidos ensordecedores.

Yandot, el único que hubiera podido impedir aquella venganza, ya no estaba allí dentro.

Por el campamento corrían los prisioneros acallando los últimos focos de resistencia. En el cielo había un objeto singular. No era una estela luminosa. Se parecía a una bola opaca de vidrio. En diámetro aquella esfera se aproximaría a una veintena de metros y no era toda de la misma materia uniforme. Puntos claros y puntos oscuros formaban el dibujo liso e igual de su superficie...

CAPÍTULO V

VUELO ÁRTICO

El brigadier general Hamilton carraspeó un par de veces y luego... dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar la tapa del tintero y todos los papeles esparcidos sobre su superficie. Derek Bedford inclinóse para recogerlos, pero otra explosión del viejo se lo impidió.

—¿Es que usted no siente curiosidad ante nada? —gritó—. ¿No tiene sangre en las venas?

—La tengo, señor; pero acostumbro a no inmutarme fácilmente.

—Siempre tan irónico, ¿eh? —bramó el general—. Puede que esta vez su sangre altere su curso un poco más de lo normal. ¿Qué sabe del avión de reconocimiento que enviamos al Polo?

—Hace dos horas que dejó de comunicar. Lo hizo bruscamente, señor. Temo que haya ocurrido algún accidente.

—¿Algún accidente? Son ya demasiados los aviones desaparecidos sin dejar el menor rastro. Debemos investigar esto sin pérdida de tiempo. Por lo tanto va usted a encargarse del mando de otro vuelo de reconocimiento. Y mantenga el contacto por encima de todo. Es usted un experto en eso, ¿no?

—Bien, señor. ¿Cuándo salgo?

—Ahora mismo. He dado ya órdenes al teniente Wilson para que tenga listo el nuevo Boeing RB-47-E destinado al cumplimiento de misiones de reconocimiento fotográfico diurno o nocturno de gran autonomía. El sistema de acondicionamiento del compartimento en donde va alojado el equipo fotográfico permite la conservación de una temperatura y humedad uniformes y hace que las ventanas no se empañen ni se hielen. Quiero un informe detallado sobre ese misterioso objeto, meteorito, proyectil dirigido o platillo volante, lo que sea.

—¿Platillo volante, señor?

—Es un decir, ¡voto al diablo! No obstante, es la teoría que sustenta el profesor Hoppel, el cual le acompañará en este vuelo en calidad de observador. He tenido que concederle permiso por órdenes superiores. También su hija irá con ustedes.

—¿Por qué su hija, general?

—Es la ayudante del profesor y su secretaria y... ¿esto qué le puede importar a usted? Cumpla su cometido independientemente de las chifladuras que pueda realizar el doctor Hoppel.

—Muy bien, señor. ¿Ordena alguna cosa más, mi general?

—No. Puede despegar en seguida. —Bedford se levantó y tras saludar se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Un momento, capitán —el viejo rezongó unos instantes y añadió—: Tenga cuidado. La desaparición de esos aviones no es normal. Radie cualquier cosa extraña que observe, pues estamos verdaderamente preocupados. Hemos interceptado algunos partes rusos que dan cuenta de la desaparición misteriosa de un TuG-75 y de otros varios aparatos.

Derek volvió a saludar y salió del aposento. No estaba preocupado por aquel vuelo. Pensaba en el día en que Lanca Hoppel, su mujer, llegó a la base de Thule. Al descender del transporte militar que la trajo, sus miradas se cruzaron. Derek inició un movimiento de aproximación, que cortó bruscamente al advertir que Lanca desviaba la mirada, haciendo un mohín de disgusto. Él había dado media vuelta y echando fuego por todos los poros de su piel se encaminó de nuevo a la torre de radar. Durante varios días ni una sola vez se habían tropezado en la base. Lanca parecía querer huir de él y Derek, por su parte, tampoco buscó el encuentro *casual*. El profesor Hoppel le había saludado muy amablemente y con cariñosa simpatía, cosa que le sorprendió. Pero tampoco había preguntado por Lanca a su padre, ni siquiera por educación. Después de nueve meses de separación el destino les había juntado a bordo de un avión sobre el cielo ártico.

La niebla era espesa, pero esto no obstante, el teniente Wilson plantado junto al RB-47-E, pudo ver a un hombre de poca estatura, rechoncho, de cara inteligente y alegre mirada dulce, que avanzando presuroso hacia él, le cogió las dos manos y se las sacudió con vigor.

En el curso de los minutos siguientes tuvo el teniente tiempo sobrado para percatarse del compañero que el Instituto de Investigaciones Astronómicas le había deparado en suerte. Hablaba y gesticulaba con volubilidad desconcertante; sus pensamientos habían de abrirse camino y salir fuera so pena de que reventase la máquina; sus ojos, pequeñitos, como suelen ser los de los hombres inteligentes; su boca grande y siempre abierta, eran otras tantas válvulas de seguridad que dejaban escapar el exceso de plenitud de sí mismo. Hablaba y hablaba sin tomar aliento, pero tan bien y con tanta rapidez y alegría, que Wilson no acertaba a comprender una sola palabra de las que, espesas como una terrible granizada, le dirigía.

Aprovechando una fracción de segundo que su interlocutor se tomó para respirar, lanzóle rápidamente esta pregunta:

—¿El profesor Hoppel?

—¡El mismo en persona, señor capitán! Más de un cuarto de hora hace que le ando buscando y preguntando a todo el mundo por usted. ¿No concibe usted mi impaciencia? ¡Cinco minutos más de espera y me vuelvo loco! ¿Con que es usted el capitán Wilson, el aviador más intrépido de la base de Thule, el que conoce como nadie el manejo del Boeing?

—Sí, profesor; soy Wilson, pero...

—Es lo lógico —contestó Augustus Hoppel, después de haber aspirado una provisión de aire para expirarlo juntamente con las palabras—, es lo lógico. He aquí

por qué me encuentra usted tan contento... ¡Claro! ¡Como que veo colmados mis deseos! Hace mucho tiempo que aguardaba yo esta coyuntura, que anhelaba emprender un viaje como el que tenemos en perspectiva y emprendiéndolo con usted, capitán...

—Perdone usted...

—Con usted, capitán —repitió el profesor, sin cuidarse de lo que intentó decir su interlocutor—; abrigo la seguridad de que llegaremos muy lejos y de que nadie pensará en retroceder.

—Pero...

—Es usted un hombre probado, capitán; conozco perfectamente su hoja de servicios... ¡Ah! ¡Pocos aviadores pueden rivalizar con usted!

—Si usted quisiera...

—¡No... no quiero! ¡No quiero que nadie, ni usted siquiera, ponga en tela de juicio su audacia, su bravura y su habilidad! Con usted tenemos asegurado el éxito de este viaje; yo se lo fío.

—¡Pero no se trata ahora de eso! —exclamó el teniente Wilson exasperado.

—¿De qué se trata, pues? ¡No me haga usted morir de impaciencia!

—¡Pero demonios coronados! ¡Si no me deja usted meter baza! Sepa en primer lugar, que no soy capitán, sino teniente; que no mando en este vuelo ni sé nada del viaje a que usted se refiere. Vamos a realizar un simple vuelo de reconocimiento bajo las órdenes del capitán Bedford y no encuentro yo motivos para que usted estalle de placer.

—Usted está equivocado, capitán. Derek Bedford es mi yerno y no me han dicho que mande este vuelo. Por otra parte, pertenezco al Observatorio del Monte Palomar y he estado en contacto con todos los observatorios del país y con las estaciones de radar de la Air Forcé. Estoy plenamente convencido de que el objeto caído en el Polo Norte no es ningún aerolito, sino un fantástico y maravilloso platillo volante. ¿Sabe lo que esto significa?

Wilson exhaló un suspiro de resignación.

—Ah, vamos. Un platillo volante. Comprendo —dijo para evitar cualquier discusión—. ¿Le ayudo a subir a bordo?

—No es necesario, joven. Tengo todavía suficiente vitalidad para andar solo por el mundo. En realidad estaba esperando a mi hija, que se retrasa más de lo debido.

—¿Su hija? —exclamó extrañado el teniente—. El vuelo que vamos a emprender, profesor, no es ningún viaje de turismo.

—Mi hija Lanca me acompaña a todas partes, aunque sea al Polo Norte. No constituirá ningún estorbo. Ahí llega.

Un *jeep* destacóse de la niebla patinando sobre sus cuatro ruedas. Del vehículo descendió una joven. Tenía el rostro moreno, tostado por el Sol y una cabellera endrina, sus ojos presentaban un bellissimo color verde y sus blancos dientes hubieran figurado honrosamente en el anuncio de un dentífrico. Sin embargo, no era la sonrisa

la que los ponía de manifiesto a la sazón, sino un gesto que pretendía ser de decisión. Y el teniente Wilson estaba convencido de que aquel gesto no era artificioso.

El profesor realizó las presentaciones.

—Encantado, señorita Hoppel —dijo el aviador—; pero soy simplemente un teniente. Su padre se empeña en ascenderme de grado.

Lanca sonrió encantadoramente y Wilson ya no lamentó que una mujer tomara parte en aquel vuelo.

—Pasen ustedes a bordo —dijo—. Todos sus aparatos han sido instalados adecuadamente. Partiremos en cuanto se presente el capitán Bedford.

Al piloto no le pasó desapercibido el gesto de sorpresa de la joven. ¿Sería realmente la esposa del capitán? Y si era así, ¿por qué Bedford no le había dicho nada? ¿Por qué se mantenía alejado de su mujer? ¿Estarían separados?

—Pon los motores en marcha, Tom —le dijo al piloto—. El capitán no debe tardar.

Efectivamente, Derek llegó casi en seguida. Subió en silencio al avión, dirigió una mirada ligera a Lanca Hoppel, saludó con la cabeza al profesor y ayudó al sargento Garry a cerrar la portezuela del Boeing.

—Puedes despegar, Wilson —ordenó con voz inexpresiva.

El piloto obedeció y un minuto más tarde, el RB-47-E de reconocimiento se remontaba en el aire frío de la mañana.

Como rayo de luna apresado, congelado y vuelto a poner en libertad, el Boeing, astilla de plata contra un cielo subártico, voló por encima del noroeste de Groenlandia a una velocidad singularmente grande para dicha clase de aviones. Hora tras hora, el aparato avanzó sobre la gran extensión desierta, elevándose más y más a medida que se aproximaba al polo geográfico.

En el interior, tripulantes y pasajeros estaban cómodamente instalados. El teniente Wilson se hallaba sentado ante los mandos. El cabo Jim Shandon, encargado de las comunicaciones radiotelegráficas, se mantenía en continuo contacto con la base, mientras el piloto Tom Morse, navegante de aquel viaje, se pasaba la mayor parte del tiempo consultando mapas. El sargento Garry, técnico en radar, ayudaba a Bedford en su labor, en tanto que el profesor Hoppel y su hija se entretenían, por el momento, en mirar por las ventanillas del aparato la superficie helada que se deslizaba bajo sus pies.

John Garry volvióse hacia Bedford y preguntó:

—Mi capitán, ¿tiene usted idea acerca del lugar donde desaparecieron los dos últimos aviones?

—Sí —respondió Derek—; la tengo.

—¿Hum? Yo creí que después de sobrevolar Groenlandia íbamos a volar a ciegas.

—Navegaremos sobre los hielos usando el radar y nuestro detector de radio para ver si localizamos disturbios específicos de estática.

El sargento parecía algo preocupado. Abrió la boca, un par de veces antes de

hablar.

—Mi capitán —dijo—, no pude evitar escuchar la conversación del teniente Wilson con el profesor Hoppel antes de subir al aparato. ¿Es cierto eso de los platillos volantes?

El capitán movió lenta y negativamente la cabeza.

—El doctor está un poco... —se llevó el índice significativamente a la sien—. Ya entiendes...

—Mi padre no está loco, capitán —dijo la voz de Lanca Hoppel a sus espaldas. Los dos hombres se volvieron.

—No me negarás —dijo lentamente Derek, mirando con fijeza a su mujer— que la afirmación de tu padre carece de base consistente para sostenerla. ¿En qué se apoya para haber llegado a esa conclusión tan... descabellada?

—Papá consiguió localizar un objeto extraño, en forma de disco, cuando caía sobre la tierra. Comprobó que no seguía la invariable ruta de un meteoro. Cambió de dirección antes de que desapareciera sobre el Polo Norte. Después, están esas estelas luminosas, las esferas volantes y los platillos vistos en las cinco partes del mundo...

—La gente ve visiones o posee demasiada imaginación —replicó Derek. Era la primera vez que hablaba con Lanca desde hacía nueve meses. Su esposa se expresaba fríamente, con aplomo y seguridad desconcertantes. Por su parte, permanecía vivamente grabado en su memoria el día que al regresar a la casita que tenían alquilada en las afueras de Fort Worth la encontró desierta, con una breve nota sobre la mesita del teléfono. El resentimiento guardado durante tanto tiempo brotó a sus labios—. Cada uno es libre de pensar como quiera. Tu padre, en verdad, merece mis mayores respetos; pero no he podido olvidar, al hacer ese gesto inoportuno y descortés, el hecho de que es padre de una mujer trastornada, de una mujer que abandonó a su marido sin motivos aparentes, dando lu...

—¡Eres odioso! —exclamó, pálida y descompuesta, la joven. Giró bruscamente sobre sus talones. Derek no lo advirtió, pero el sargento Garry, testigo mudo de esa escena conyugal, vio brillar unas lágrimas en los maravillosos ojos verdes de Lanca Hoppel.

Empezó a sonar por el altavoz una mezcla de ruidos, disturbios conversacionales de estática, distrayendo la atención de los dos hombres. Se oían chirridos, zumbidos, gemidos y chasquidos. Pero se hubiera podido oír lo mismo en cualquier punto de la Tierra. Derek ordenó a Wilson que hiciera bajar el aparato hasta los mil metros. El radar funcionaba, pero no había registrado todavía ningún eco en su pantalla.

Derek cogió una especie de auriculares y se los colocó sobre los oídos.

Escuchó atentamente por espacio de un minuto. Entonces levantó la cabeza y miró a Garry.

—¿Observas algo en la pantalla del radar?

—Sí, mi capitán. Acaba de aparecer un eco muy débil —informó con acento muy excitado el sargento.

Bedford ordenó al teniente Wilson que variara ligeramente el rumbo, tomando como objetivo el eco aparecido en la pantalla.

Antes de haber transcurrido quince minutos, el extraño disturbio de estática, que sólo oyerá Derek por los auriculares, se hizo audible para todos. Era una pulsación alta, rítmica, cortada cada nota de sobrenatural manera para volver de forma más sobrenatural todavía.

El eco se fijaba con evidente claridad en la pantalla.

—Jim —gritóle Derek al radiotelegrafista—, transmite a la base que, posiblemente, hemos detectado alguno de los aviones de reconocimiento. Eco fijado en la pantalla; sonido cada vez más claro.

Al poner el teniente Wilson rumbo hacia el sonido, éste se fue haciendo mayor, llenando el avión con su extraño y palpitante clamor. Se hizo tan insistente que Derek bajó el volumen del altavoz hasta casi el mínimo posible.

De pronto, los dos pilotos soltaron unos bramidos de excitación.

—¡Aquí todo el mundo! ¡Mirad! —exclamó Wilson, sin volverse.

El profesor Hoppel fue el primero en acudir.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Luego tenía yo razón.

Derek asomó por la carlinga. Lo que vio le hizo palidecer de sorpresa. Aquello era la aparición más fantástica que su cerebro pudo soñar. Un extraño objeto, opaco, vítreo, de color azulenco se destacaba nítidamente contra el fondo blanco de la nieve. Era liso y desde aquella altura parecía tener la forma de una cúpula.

—Jim —rezongó Derek, saliendo de su expectación—. Comunica a la base que hemos tropezado con un...

—... platillo volante —acabó el profesor, soltando exclamaciones de puro regocijo.

Los comentarios más diversos estallaron en un minuto de intensa sorpresa. Fueron interrumpidos por un grito de Jim.

—Mi capitán —chilló—. La radio no funciona. Y tampoco se oye el sonido del detector.

Derek corrió hacia los instrumentos.

—No puede ser —gritó, comprobando los asertos de sus hombres—. Esto no tiene ninguna explicación lógica.

Regresó junto a los pilotos.

—Cambia el rumbo, Wilson —ordenó—. No me gusta esto. Podríamos tener el mismo fin que los otros aparatos.

—No des esa orden, Derek —chilló emocionado el profesor—. Se nos presenta una ocasión única para poder mirar de cerca ese enorme disco volante. Muchos sabios darían su mano derecha por encontrarse en nuestro lugar. Además, debemos sacar fotografías...

—Yo no soy ningún sabio y no deseo acabar mis días sobre el Polo Norte. Nuestras cámaras automáticas han registrado la presencia del platillo volante. Mi

misión está acabada. Regresa, Wilson.

—Me parece que va a ser imposible —contestó el piloto—. Los motores se están parando.

—¿Qué les pasa? —preguntó alarmado seriamente el capitán—. ¿Te olvidaste de llenar los tanques?

—No. Posiblemente será alguna avería. Tendremos que aterrizar en ese campo de hielo.

—¿Y morir de frío, sin poder, siquiera, comunicar por radio a la base nuestra exacta posición?

—No queda otro remedio.

Contrastando con los semblantes serios de los tripulantes, el del profesor Hoppel resplandecía, de gozo.

—¿De qué se ríe usted? —le preguntó enfurecido Derek.

El profesor se quitó los lentes, sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiar los cristales.

—¿No han pensado ustedes —dijo— que la paralización de los motores y la interferencia de las ondas de la radio puedan ser debido a causas lógicas, tal como por ejemplo, la influencia de aparatos adelantadísimos en el campo de la mecánica? Ese disco que se halla a nuestros pies, no cabe duda, es una aeronave de otro planeta cuyos habitantes han alcanzado un grado de civilización y progreso privilegiados. En estos momentos creo que nos deben estar observando. Quieren cogernos vivos, pues de lo contrario, habríamos sido destruidos, ya que deben disponer de armas espantosamente eficaces y mortíferas. Alegrémonos de que se dignen respetar nuestras vidas. Ello nos dará ocasión para estudiarlos de cerca. Bueno, tal vez quieran estudiarnos ellos a nosotros.

Nadie respondió al comentario del profesor. El avión perdía rápidamente altura, y las manos hábiles del teniente Wilson lo llevaban hacia el campo de hielo próximo al extraño disco de brillo opaco.

Los patines del Boeing RB-47-E tocaron suavemente la pista helada, se deslizaron sin bruscas sacudidas y, finalmente, se detuvieron a menos de un centenar de metros de la enorme cúpula azulada.

Derek y sus hombres requirieron las armas que para una eventualidad como aquella llevaban a bordo. Durante cinco largos minutos contemplaron la gigantesca aeronave interplanetaria. Luego, Derek, incapaz de resistir por más tiempo aquella tensión, dijo:

—Voy a echar un vistazo de cerca a eso.

—Yo le acompañaré, mi capitán —dijo John Garry.

—Y yo —manifestó Wilson. En unos momentos estuvieron los tres hombres equipados con un traje especial para operar en los climas más rigurosos. En las pruebas que se habían hecho con ellos, un individuo, después de estar sometido durante un cierto tiempo a una temperatura de 54° bajo cero, se comportó como si

estuviera en un clima normal.

Descendieron del aparato, armados con los fusiles ametralladoras. Caminando penosamente se acercaron al disco azul, terminado en cúpula.

Derek iba delante. De pronto, notó una sensación desconocida. Era algo parecido al miedo que uno siente cuando se enfrenta con algo que no puede precisar. Sobrecogido de terror, giró sobre sus talones y echó a correr hacia el avión. Wilson y Garry le imitaron, sin saber por qué. El capitán vio el rostro palidísimo de Lanca asomado a la cabina del aparato. Y el rostro de su mujer reflejaba un terror sin límites.

Llegó junto al avión. Allí en el hielo de aquel paraje desolado, algo limoso y blando le envolvió, una especie de neblina de la que hizo desesperados esfuerzo por librarse sin conseguir nada. Aquella neblina extraña fue pegándose más y más a su semblante, haciéndole arder los ojos y la garganta, debilitando al propio tiempo sus miembros.

Uno por uno vio derrumbarse a sus compañeros, retorciéndose hasta debilitarse por completo y quedar inmóviles.

Derek soltó su fusil, dio dos o tres traspiés, tosió y, por fin, exhalando un ligero grito de angustia, se derrumbó pesadamente sobre la nieve endurecida...

CAPÍTULO VI

EL EXTRAÑO OBJETO AZUL

Transcurrieron dos semanas antes de que la Unión Soviética se conmoviera y enviara aeroplanos con el fin de saber lo que había ocurrido en la Isla Sibiriakof. Hubiera podido ahorrarse la gasolina que los motores de los aparatos quemaron, pues hallaron algunos montones de ceniza y más de medio centenar de cadáveres allí donde había estado emplazado el campamento y nada más.

No hallaron siquiera un montón de escombros que les dijera qué había sido de los prisioneros, del rompehielos y de la tripulación.

En el preciso momento que uno de aquellos aviones de reconocimiento soviético volaba sobre las ruinas del campo de concentración, Yandot subió al puente de mando del rompehielos y ciento cincuenta personas retrocedieron, acobardadas unas, respetuosas y agradecidas otras. Aquello gustaba a Yandot que se complacía en doblegar a su voluntad las almas de aquellas débiles criaturas.

Nadie había muerto aún, a pesar de que sólo habían podido embarcarse muy escasas provisiones para un número tan crecido de bocas que alimentar. Entre los ciento cincuenta hombres se contaban la tripulación del rompehielos y algunos soldados que llegaron a la isla para relevar a la guarnición, pues un capricho de la extraña naturaleza de Yandot hacía que prefiriese hombres antes que cadáveres que de nada podían servir. Sólo los directores, los capataces, los empleados administrativos y los soldados y marineros que se resistieron habían encontrado la muerte a manos de los vengativos forzados.

El rompehielos avanzaba penosamente a través de los hielos, y no tardaría en quedar completamente inmovilizado; no parecía sino que todos estuvieran condenados a morir.

Hasta entonces, nadie sabía la existencia del *Kipsedon*. Tampoco podían imaginar que fueran a constituir una ayuda inapreciable para los tacomis errantes, en busca de un mundo habitable para sus mayores. Menos aún podían sospechar que Yandot fuera un ser de otro planeta, pese a haber sido testigo de la aparición sobre el campamento de aquella esfera opaca.

Dimitri Kazan era el principal ayudante de Yandot. Kazan había contribuido a la sublevación del campamento de prisioneros. Él fue quien condujo a sus compañeros, una vez Yandot hubo escapado misteriosamente de su encierro. Kazan y Müller, y con ellos el polaco y el húngaro, eran los únicos, quizás, que sospechaban algo de la verdad del poder sobrenatural que parecía poseer el hombre rojo. Los dos primeros habían visto lanzar a Yandot una pequeña granada y acto seguido volar desintegrada toda una casa. Habían visto disparar a Yandot su extraña pistola y pasaron por encima

del cadáver carbonizado de un soldado. Habían visto, en fin, la esfera opaca suspendida sobre el campamento y el devastador efecto de unos chorros amarillentos de luz que consumieron en unos segundos las construcciones del campamento.

El rompehielos iba al garete prisionero de los hielos árticos. Mataban focas de vez en cuando; pero morían lentamente de inanición y de frío.

Dicen que las mujeres tienen más resistencia que los hombres, pero esto no explica que Niva y Olga no cayeran de debilidad. Era Yandot quien se cuidaba personalmente de su alimentación. Sin embargo, estaban convencidos de que al cabo de otra semana estarían todos muertos... pero no murieron, pues fue entonces cuando vieron al extraño Objeto Azul.

Había niebla, una niebla que no tendría más de veinte pies de profundidad y podían subir al puente superior del rompehielos y mirar por encima de ella. Fue así como vieron por primera vez el *Kipsedon*.

—¡Ballena azul a proa! —gritó débilmente el vigía.

Niva y Olga corrieron al puente superior como si corriesen ante el público de un teatro de variedades. La mayor parte de los hombres las imitaron, algunos arrastrándose y diez de ellos no pudieron llegar hasta allí. Yandot surgió, andando lenta y reposadamente, vestido con un traje de azulado brillo. Era la primera vez que lo veían sin los harapos que lo recubrieron hasta entonces. Tenía una presencia imponente y todos se apartaron a su paso.

Miraron el extraño Objeto Azul largo rato y se sintieron fuertemente intrigados. No se trataba de ballena alguna, ni tampoco de una roca.

Era algo extraño, algo de doscientos metros de diámetro, luminoso y brillante, que se destacaba de una alfombra de niebla gris. Su forma era la de un gigantesco platillo casi esférico, terminado en su parte superior por una especie de cúpula, y su color el de un cristal azul opaco.

Todos lo contemplaron conteniendo la respiración.

Un crujido formidable les sacó de su ensimismamiento. El casco del rompehielos se abrió de repente sin previo aviso. Se oyó un chirrido de metal que se hunde, de remaches que saltan y los gritos ahogados de los hombres demasiado débiles para subir a cubierta y que estaban cogidos debajo.

—¡Sacad a esos hombres! —ordenó Yandot.

No quería que murieran, pues los muertos no le servían de nada.

Eran diez los hombres que quedaron debajo de cubierta. Sacaron a seis, pero cuatro estaban aplastados y muertos.

El hielo estaba amontonado contra una isla de roca y eso fue lo que provocó la catástrofe del rompehielos, según no tardaron en descubrirlo.

La isla de roca era tan lisa como un guijarro, sin vegetación alguna, ni siquiera tierra. Se deslizaron por su superficie en medio de la niebla y hallaron aquel lugar más inhospitalario, frío y tétrico de lo que creían que nada podía ser.

Todos anhelaban la muerte, excepto Yandot, Müller, Kazan, el polaco y el

húngaro.

—¡Descansad! —ordenó el hombre rojo. Y sus ojos ardían en el fondo de las órbitas—. ¡Esperad y descansad!

Se volvió y les miró fijamente a todos, uno tras otro.

—Ninguno de vosotros debe acercarse al *Kipsedon Azul* —dijo con autoridad.

No les dijo lo que les ocurriría si desobedecían. No profirió amenaza alguna. No acostumbraba a lanzar amenazas físicas. Nadie le había oído nunca hacerlo, pues es cosa fácil amenazar el cuerpo de un hombre; pero resulta difícil explicar las cosas terribles que pueden suceder a su espíritu. Esa clase no sería convincente y más bien parecería necia.

Pero todos sabían a qué atenerse y él sabía también que nadie, a excepción de un hombre solo, se acercarían al Extraño Objeto Azul, pues no en vano había ejercido su poder sobre ellos durante semanas enteras.

Y Yandot echó a andar hacia el *Kipsedon*.

Éste se había confundido ya con la niebla. El tacomis anduvo lentamente, dando, al parecer, cada paso con gran cuidado, pues estaba más débil que sus compañeros. Desde el principio tomó menos alimentos que cualquiera de ellos, porque no deseaba verlos morir. Eran suyos, sus instrumentos, y los apreciaba como un carpintero aprecia sus mejores cepillos y sierras, aunque en mucho mayor grado.

Así, pues, les había dado la mayor parte de su ración para conservarles la vida y poder servirse de ellos en el futuro. Hubiera podido pedir auxilio al *Kipsedon*, como había hecho para destruir la colonia de prisioneros, pero sabía cuán escasos de comida estaban los tacomis.

En el extremo de la desolada isla de roca gris, el viento había barrido toda la nieve, pero hacia el interior esta era espesa y casi impracticable para un hombre que no llevara raquetas en los pies. Debía haber estado nevando copiosamente aquellos últimos días. Es dudoso que un hombre fuerte, valiente y bien alimentado hubiera podido cruzar aquella nieve hasta el Extraño Disco Opaco, pero Yandot lo logró y, al llegar frente a aquella cosa fantástica, emitió un gruñido sordo.

Los forzados de Sibiriakof vieron desaparecer a Yandot en la niebla. Los cuatro cabecillas de los ex prisioneros se reunieron aparte. Tal vez fuesen los que más vitalidad mantuvieron y los únicos capaces de comprender el misterio que rodeaba al hombre rojo.

—No cabe la menor duda —dijo el alemán—. Estamos en presencia de uno de esos misteriosos platillos volantes de los que tanto se ha hablado en estos últimos tiempos. Muchas veces he podido sorprender la emisión de noticias de estaciones europeas y americanas cuando trabajaba en el local de la radio de la isla. Estoy por asegurar que Yandot es un hombre de otro planeta.

—¿Y cómo puede haberse adaptado tan fácilmente a nuestro clima? —quiso saber el húngaro.

—Tal vez su país de origen tenga las mismas condiciones climatológicas que la

Tierra —insinuó Müller.

—De todos modos es sorprendente —manifestó Kazan—. ¿Os acordáis de aquella esfera que permaneció suspendida sobre el campamento y que luego se alejó dejando en el cielo un inmenso rastro azul? Estaba compuesta del mismo material que ese Extraño Disco Azul, y también el traje que ahora lleva Yandot parece haber sido fabricado de idéntico material. Y el fusil eléctrico, y las explosiones, y los rayos de fuego, y sus facultades portentosas de adivinación, todo concuerda.

—¿Qué crees que hará con nosotros? —preguntó Mihaly el polaco—. Estoy verdaderamente intrigado. Temo, sin embargo, que quiera emplearnos como cobayas en alguna de sus experiencias extraterrestres.

—Yo confío en él —dijo Foldvar el húngaro, dando patadas en la nieve para calmar el frío que atenazaba todos sus músculos.

—Voy a investigar —exclamó el ruso.

—No lo hagas —opuso el alemán—. Yandot podría tomarlo a mal, y yo me cuidaría de desobedecer alguna de sus órdenes.

—De todos modos yo no aguanto esta incertidumbre. Esperadme.

—Seguro que estaremos aquí —sonrió burlón el húngaro—. Pero puede que tú no regreses para verlo.

Kazan se encogió de hombros y siguió las huellas de Yandot. Desapareció entre los jirones de nieblas grisáceas arrastrado por el viento.

Tras ímprobos trabajos consiguió llegar medio rendido hasta el Extraño Objeto Azul. Empezó a darle la vuelta, sin hallar la entrada. Miró ante todo en la base, pero las paredes azules que parecían de cristal se confundían con la roca. Dimitri Kazan clavó las uñas en aquella superficie azul que era tan dura y fría como el acero. Acercó la cara e intentó mirar a través de aquella substancia, fuese lo que fuese. Tenía aparentemente cierta transparencia, pero no logró ver nada.

A continuación, Kazan dio la vuelta completa al disco sin hallar puerta, ni ventana, ni abertura de ninguna clase.

El disco no estaba hecho de acero ni siquiera de grandes planchas de aluminio. Parecía ser de una substancia sólida de naturaleza desconocida... No era de cristal ni tampoco de ningún metal conocido... Era algo misterioso...

Kazan estuvo largo rato para convencerse que no había allí puerta alguna. A continuación regresó al lado de sus compañeros. No se explicaba por dónde había penetrado Yandot en el Disco Azul.

* * *

El hombre rojo habíase detenido ante el *Kipsedon*. Levantó un brazo en el aire y... un gran portal se abrió en la aeronave. El tacomis penetró en el interior y el lienzo azul se corrió a sus espaldas.

Soltó un gruñido gutural, saludando al tacomis de piel apergaminada que había

accionado el mecanismo de entrada. Luego, sin vacilar, se dirigió al camarote de Vertex, el jeddad de los tacomis.

El anciano yacía en su lecho. Nunca, como entonces, vióse su rostro tan arrugado y cansado. Sólo los ojos aumentaron su brillo al mirar al joven tacomis que estaba erguido a su lado.

—¡Yandot! —exclamó, levantando la cabeza de la almohada—. Mis ojos se alegran de volverte a ver. Desde hace días he luchado con la muerte, sabiendo que tarde o temprano regresarías al *Kipsedon*.

Abatióse nuevamente la cabeza, agotadas las energías que la mantuvieron en el aire unos segundos.

—He recorrido una parte muy pequeña de este planeta —dijo lentamente Yandot—. Me mezclé sin dificultad con las gentes que lo pueblan. Ya sabes que físicamente no se diferencian de nosotros. Son más cortos de estatura, menos fuertes y viven atrasados varios centenares de años respecto a nosotros. Su inteligencia no está muy desarrollada, pero su astucia no alcanza límites. Son crueles y vengativos. No están sometidos a un gobierno único, sino que viven divididos manteniendo una lucha enconada por la supremacía mundial. No podrían oponer una resistencia considerable a una invasión procedente de otro planeta. He estado en una región inhóspita que llaman Siberia, que no obstante reúne excelentes condiciones de vida para los tacomis. He convivido con prisioneros de muchas nacionalidades y he escuchado sus conversaciones una y otra vez. He leído sus libros y he oído sus emisiones de radio. Todo ello me ha llevado a juzgar con cierta exactitud las condiciones de vida de estos hombres que llaman Tierra a su planeta, y Sol al Bonz.

Vertex levantó una mano deteniendo las explicaciones del joven tacomis.

—Aguarda. Yandot —murmuró—. Durante muchos *bonzs* navegamos por el espacio buscando un planeta que reuniera las mismas condiciones de habitabilidad que Tacom. Lo hemos encontrado, pero yo pregunto: ¿Son felices los hombres que lo pueblan?

Yandot denegó con la cabeza.

—No hay ningún ser feliz. Tampoco en Tacom lo encontraríamos, según has dicho tú, oh, Vertex repetidas veces. Pero hay millones de seres en la Tierra que viven oprimidos bajo la más abyecta esclavitud. No perderían mucho si nuestras naves cayeran sobre este sistema planetario.

—He enviado las esferas volantes a las regiones más apartadas de este mundo siguiendo el consejo de mis capitanes. He examinado día y noche las cintas de colores impresionadas. He visto sus ciudades y sus campos. Es un planeta joven, Yandot, ¿pero cómo regresar a Tacom si todos somos viejos? ¿Cómo participar a nuestra Humanidad la existencia de Tierra? Dudo que podamos regresar. Pienso que si alguna vez pisamos nuestro Tacom habrán transcurrido tantos miles de años que ya nada quedará de nuestro planeta. Y si aún existiera, los hombres antena o los hombres amarillos de Tumpa se habrán asentado en él esclavizando a los tacomis. Es la ley de

los espacios.

Yandot asintió, sin contestar.

—Me quedan pocas horas de vida —murmuró el anciano—, y antes de morir quisiera ver personalmente a un habitante de este planeta. Durante tu ausencia hemos tenido que destruir varios aparatos que volaron demasiado cerca del *Kipsedon*. Hemos capturado a ocho terrestres, todos los cuales, excepto uno, están todavía bajo el efecto de los gases anestésicos. Hay una mujer entre ellos. Tráela también.

—Tus órdenes serán cumplidas —replicó Yandot—. Debo comunicarte una noticia que creo será grata para ti, jeddad. He traído conmigo ciento cincuenta habitantes de este país. Ellos podrían ir sustituyendo a nuestros navegantes a medida que fueran aprendiendo el manejo de los instrumentos de a bordo. Ellos podrían ayudarnos a volver a Tacom. Su existencia es muy limitada, pero con cuidados especiales podríamos hacer que vivieran más de cien años. Están junto al campo de hielo. Solicito tu permiso para hacerlos entrar en el *Kipsedon*.

—Puedes hacerlo —convino el anciano—. Parno se puede encargar de ellos. Luego que haya visto a los terrestres convocaré consejo de capitanes. No faltes.

Vertex semicerró los ojos, y Yandot, comprendiendo que el jeddad deseaba quedarse nuevamente solo, saludó, llevándose la mano al pecho, y salió de la estancia.

Se dirigió por un ancho y resplandeciente corredor hasta un ascensor que lo dejó en el quinto piso de la astronave. Se cruzó con varios tripulantes, todos de cabellos blancos, piel sarmentosa y figura encorvada. Todos vestían igual: un traje de amianto y kass cerrado hasta el cuello, muy ligero. Este traje, con la adición de unos guantes especiales y de una escafandra de kass, el material de que estaba construido el *Kipsedon*, protegía al hombre que lo llevase de la radioactividad y de la acción de los rayos paralizadores, de los gases asfixiantes y de los rayos ígneos. Tan sólo no resistían el efecto de los rayos desintegradores tacomis, que también empleaban los hombres antena.

Yandot se detuvo ante la puerta que interceptaba el paso a la cámara donde se hallaban los terrestres. Al acercarse, una célula fotoeléctrica puso en funcionamiento el mecanismo que movía la puerta, un trozo de lienzo de la pared del corredor corrió suavemente. Yandot dio dos pasos hacia adelante. Instintivamente presintió el ataque de que iba a ser objeto, pero su rápida intuición no pudo librarle del golpe que descarga sobre su cabeza. Cayó hacia adelante...

CAPÍTULO VII

DESPERTAR

Derek Bedford cerró nuevamente los ojos y buscó apoyo en la pared.

—No es posible —murmuró—. ¡Todo es un sueño!

Sintió que las rodillas le temblaban y que un espantoso terror le atenazaba la garganta. Aquello era demasiado fuerte, incluso para él, que no recordaba haber sentido auténtico miedo ante nada.

Creó que había estado sometido a una cegadora luz azulada, pero esto sólo era debido a una ilusión óptica que persistía todavía, cediendo poco a poco.

Abrió los ojos y volvió a mirar a su alrededor. Indudablemente la impresión de haber estado sometido a la influencia de una luz azulada debíase a que la estancia estaba alumbrada por varias lámparas que esparcían una luz de aquel color. Entonces vio al hombre de hombros anchos y de mediana estatura. Tenía bolsas cárdenas debajo de sus ojos y su cabello estaba recortado al cepillo. Su voz no mintió, anticipando que se trataba de un hombre joven.

Pronunció unas cuantas palabras ininteligibles. Vestía un traje extraño de brillo vítreo, pero opaco cerrado hasta el cuello. Sobre el pecho llevaba dibujado un sol amarillo, que se destacaba sobre el fondo azul del traje.

A Derek no le cupo duda de que se encontraba frente a uno de los tripulantes de aquel platillo volante que permanecía inmóvil sobre el campo de hielo en el cual se vieron obligados a aterrizar.

—¿Quién es usted? —preguntó, echándose hacia atrás.

Cosa rara. El individuo sonrió de oreja a oreja. Tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre terrestre.

—¿Norteamericano?

Derek soltó un respingo.

—Mi nombre es Sergio Yemeneff —dijo en mal inglés y con terrible acento el desconocido—. Yo ser prisionero como usted.

—¿Ruso?

El joven asintió.

—Comandante de un TuG-75. Mi aparato caer... ser atraído por fuerza terrible, fuerza magnética... chocar. Yo, único superviviente. Sin heridas. Mucha suerte.

Derek se pasó la mano por la frente. Ésta le ardía.

—¿Cuánto tiempo he permanecido sin conocimiento? ¿Tiene usted alguna idea sobre este fantástico disco volante?

—Estar aquí encerrados cinco... seis días. Tal vez más. No saber gran cosa. Hombres altos mucho. Caras muy estropeadas... arrugadas... —hizo con las manos

una especie de retorsión—. Yo no comprender muy claramente. Sospechar ser hombres de otro planeta. Yo no saber. ¿Camaradas? —inquirió señalando hacia un lado.

Derek se volvió. En una litera vio la mancha pálida del bellissimo rostro de Lanca Hoppel, hija del profesor y esposa suya. También vio al resto de la escuadrilla del RB-47-E: Fred Wilson, piloto; Tom Morse, navegador, y Jim Shandon, radiotelegrafía. En otra litera yacía John Garry, sargento técnico en radar. Más allá se veía al profesor Hoppel. Todos durmiendo el pesado sueño de la inconsciencia.

Fuertemente impresionado por el profundo silencio reinante, por aquellas personas yacentes y por la pálida luz siempre fija que daba a la estancia la apariencia de un depósito de cadáveres, Derek Bedford comprendió que su destino y el de todos sus compañeros había sufrido un rudo golpe.

—Estar unidos ante el infortunio —dijo la voz del ruso—. Yo amigo.

Yemeneff extendió con timidez su diestra, que el americano estrechó cordialmente.

—Soy el capitán Derek Bedford, de la Air Force.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

Era la voz de John Garry.

—¡Diablos! ¿Qué es esto?

El sargento se hallaba sentado en su litera mirando con ojos sorprendidos a su alrededor.

—¿Estamos embarcados en algún buque, capitán?

Derek movió negativamente la cabeza.

—Algo mucho peor, Garry. Nos hallamos a bordo de un platillo volante de extraordinarias dimensiones.

—¡Diablos! —repitió el sargento, rascándose la coronilla—. ¿Y quién es ese tipo? ¿Un marciano?

—No. Es el comandante Yemeneff. Un prisionero como nosotros.

—¡Vaya! ¡Hasta en Marte tropezamos con los rusos!

—El comandante Yemeneff es un amigo, sargento —dijo Bedford, a quien, no obstante, le hizo gracia el comentario de Garry—. En las actuales circunstancias debemos aunar todos nuestros esfuerzos para salir con bien de este trance. Ayuda a despertar a los demás. Parece que les ha dado más fuerte que a nosotros.

El sargento saltó al suelo. Tambaleóse levemente.

—¡Uf! Estoy mareado. ¿Qué nos hizo perder el sentido?

—Probablemente algún gas anestésico, pero inofensivo —contestó Derek, inclinándose sobre Lanca.

Emitió un imperceptible suspiro. Su esposa continuaba siendo una mujer verdaderamente hermosa. Sus mejillas estaban pálidas, pero su pecho subía y bajaba en acompasada respiración. La cabellera endrina suelta sobre la almohada enmarcaba su semblante de tez morena. Tuvo que contener el impulso que le arrastraba a besar

aquellos labios que se le ofrecían como un capullo de rosa.

Le dio varios golpecitos en las mejillas con las puntas de los dedos. Lanca empezó a dar señales de vida.

—¡Ah, maldita sea! —gritó la voz del teniente Wilson—. ¡Ya me figuraba yo que los motores no podían dejar de funcionar así como así!

—Tranquilícese, Wilson —dijo Bedford—. Por más gritos que dé no podrá remediar lo que ocurre.

—¿De veras cree eso? ¡Pues se equivoca! ¡En cuanto entre aquí el primer marciano le echaré las manos al cuello y le obligaré a que nos conduzca a Thule o a mi pueblo, de donde no debía haber salido jamás! ¡Vaya si le obligaré!

Derek se encogió de hombros y ayudó a Lanca a incorporarse. La joven miraba a su alrededor con asombro. Al percatarse de que estaba sostenida por Derek, le dirigió una mirada de desconfianza y soltóse de sus brazos. El capitán separóse de su lado y se acercó al comandante Ymeneff, que estaba hablando con Tom Morse y Jim Shandon, ya repuestos. El sargento Garry informaba al profesor de lo que ocurría. Lanca oyó lo que decía John Garry.

—¿Es eso verdad? —preguntó, encarándose con Fred Wilson.

—Ya lo creo —afirmó el teniente—. Nos hallamos a bordo del disco que descubrimos desde el aire y sospecho que en calidad de prisioneros. Nos han tenido por lo menos cinco días privados del sentido.

—Dicen que son hombres viejos —susurró Lanca—. Me horroriza pensar que pueda tratarse de seres carentes de sentimientos, fríos... usted ya sabe lo que quiero decir.

—No tema, señorita Hoppel. Si llegara la ocasión, daría gustoso la vida por usted.

Lanca recompensó con una sonrisa encantadora al galante aviador. Por desgracia aquella sonrisa no pasó desapercibida para Derek, que sintió un extraño vacío en el estómago.

—Su padre —comentó Fred Wilson— parece resplandecer de felicidad.

—No lo juzgue mal —dijo la joven—. Mi padre es capaz de darlo todo en pro de la ciencia y de la investigación.

Así era en efecto. El sabio astrónomo estaba emocionado. Recorría la estancia examinando uno por uno todos los objetos que hallaba a su paso. Tom Morse le seguía escuchando con interés las explicaciones que el profesor daba con prodigalidad.

—¡Atiza! ¿De dónde ha salido ése? —exclamó Jim Shandon.

Volviéronse todos hacia el lugar que señalaba el cabo radiotelegrafista.

Vieron a un hombre vestido con un traje idéntico al que llevaba el ruso, alto de estatura, ligeramente encorvado. Su cabeza estaba coronada por una masa de cabellos blancos y lacios. Tenía el rostro surcado de arrugas, la nariz aguileña y la mandíbula angulosa. Pese a la ancianidad que se desprendía de su persona, mantenía una apostura altiva y serena y sus ojos brillaban con el fulgor de la juventud.

Aquel hombre les dirigió una mirada escrutadora. No llevaba en sus manos sarmentosas ninguna clase de armas, pero de su ancho cinto pendía un objeto que por su forma parecía una pistola.

El anciano volvió la cabeza y moduló unas palabras guturales. Por la puerta que misteriosamente se había corrido en la pared aparecieron otros tres ancianos llevando en sus manos varios trajes de aquel material que parecía estar compuesto de plástico, vidrio y acero. Los dejaron sobre una litera e hicieron señas significativas al grupo reunido en medio de la grandiosa estancia. Luego, sin que pronunciaran una palabra más, se retiraron y un trozo de pared se corrió silenciosamente cerrando la salida.

Wilson y el sargento Garry corrieron hacia la puerta.

—¡Por mi abuela! —exclamó el sargento—. Aquí no se ven señales de ninguna cerradura.

—No existe —dijo el profesor—. La puerta se abrirá por medio de un mecanismo eléctrico. Tal vez una célula fotoeléctrica. Bien. Creo que está claro lo que han querido indicar con sus gestos. Debemos ponernos estos trajes, nos vendrán un poco holgados, pero son cómodos y ligeros.

—¡Yo no acato órdenes de esos viejos!

—No juzgo razonable su actitud, teniente Wilson —reconvino el profesor—. Esos viejos, como ha dicho usted, parecen bien dispuestos hacia nosotros. Si quisieran hacernos algún daño, no nos habrían dejado acercarse al disco volante.

—Pues a pesar de todo yo...

—Obedezca, teniente —ordenó Bedford—. El profesor tiene razón.

Wilson, de mala gana, cogió uno de los trajes. Lanca volvióse de espaldas mientras los hombres procedían a intercambiar su vestimenta.

—Aquí hay uno para usted —dijo en tono irónico Wilson—. Le hemos dejado el más pequeño. De todos modos, no crea que le vendrá grande. Estos trajes se adaptan al cuerpo como si fueran de goma. ¡Es asombroso!

Ahora les tocó a los hombres volverse de espaldas. Derek advirtió las sonrisas de sus compañeros. Él mismo sintió tentaciones de volver la cabeza, pero consiguió reprimirlas como los demás.

—Bueno. Ya estamos todos vestidos como para un baile de máscaras —dijo Tom Morse, el copiloto—. E imagino que no nos van a faltar emociones.

—Tú lo has dicho —exclamó el impetuoso Wilson—. Yo también saco deducciones como el profesor. Si nos han vestido con sus ropajes quiere decir que no piensan dejarnos morir de hambre. Si no quieren que fallezcamos de inanición y por falta de vitaminas, vendrán a traernos comida. Si vienen a traernos comida, esa puerta invisible se abrirá. Y si se abre, el teniente Wilson estará situado a un lado para partírle el cráneo al primero que entre. ¡Palabra mía! Yo no aguanto más tiempo en este condenado disco volante. Me da la impresión de que vayamos a servir de conejos de Indias a esos vejstorios marcianos.

—No son marcianos —dijo el profesor.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabe usted?

—Muy fácilmente. Es seguro que la presencia de esta astronave se debe a un viaje de exploración. Es dudoso que viniendo de Marte embarcaran ancianos, dado que el viaje es relativamente corto. La naturaleza de esos hombres me convence de que vienen de más lejos. Tal vez de otra galaxia.

—¿Quiere decir que han envejecido viajando a través de los espacios? —preguntó extrañado el capitán Bedford.

—Ni más ni menos, eso es lo que quiero decir. Sean marcianos, venusinos o de la constelación de Sagitario —se burló Wilson—, también es seguro que deben tener la cabeza tan frágil como nosotros los terrestres. Al primero que entre se la abro de un puñetazo o de un estacazo, si encuentro algo con que pueda aporrear.

—No creo prudente su actitud —volvió a decirle el doctor Hoppel.

—Dejemos las violencias aparte, Wilson, y aguardemos con calma los acontecimientos.

—¿Esperar con calma, señor, cuando nuestra piel está en juego? Debemos escapar antes de que sea demasiado tarde. Y demasiado tarde será si este platillo emprende el vuelo, alejándonos para siempre de la Tierra. Y yo tengo mi novia en Nueva York, señor.

—Tal vez las mujeres de estos hombres sean bellezas arrebatadoras —sonrió irónico el teniente Morse.

—Demasiado altas para mi gusto —dijo sonriendo John Garry.

—A mí me gustan las altas —intervino el cabo Jim.

—¡Silencio, estúpidos! —gritó Wilson—. Podéis reiros lo que queráis ahora. Dentro de poco no lo podréis hacer. Primero nos someterán a observación. Luego nos abrirán poco a poco para examinar nuestra constitución anatómica. Por último, nos serrarán el cráneo para estudiar nuestro cerebro y disertar durante horas sobre la poca inteligencia de los terrestres que se dejaron atrapar como incautos. Ahora estamos vivos y asentados sobre el Polo Norte. Si logramos escapar, probablemente los aparatos de la base Thule nos encontrarán, cosa que no ocurrirá si permanecemos quietos... esperando los acontecimientos.

Los semblantes de los hombres estaban serios. Las palabras de Wilson, no desprovistas de razón, les había hecho ver en cierto modo el peligro que corrían de no volver a pisar la Tierra.

—Me parece que el teniente tiene razón —dijo el sargento Garry, amigo también de la violencia—. ¿Para qué esperar que los marcianos o lo que sean den el primer paso? Quien pega primero da dos veces.

—Estoy de acuerdo con Wilson, capitán —manifestó Morse.

Jim Shandon, tras una breve vacilación, bajó la cabeza.

—Analizando bien la situación —murmuró—, creo que no nos queda otra salida.

—Bien, muchachos —dijo Derek, con la mano en la barbilla—. En este caso, no quiero opinar. Seguiré la voluntad de la mayoría. Nos abriremos paso hasta el campo

de hielo, mas mucho me temo que no lo consigamos; pero por lo menos habremos puesto de nuestra parte lo indispensable para tranquilizar nuestras conciencias en el caso de que ocurra lo peor.

—Yo estar con usted, camarada —dijo el comandante Sergio—. Yo perder TuG-75 y tripulación. Tener cuenta pendiente con los tripulantes de este disco volador.

Todos se volvieron hacia el profesor.

—Sé lo que ustedes están pensando, pero a pesar de todo yo me quedo.

—Cada uno es libre de hacer lo que le venga en gana —dijo Derek, encogiéndose de hombros—. Pero no querrá que Lanca siga su misma suerte, ¿verdad?

—Yo me quedo con papá —dijo con acento resuelto la joven.

Derek abrió la boca para argüir algo, pero cambió bruscamente de parecer. Se encaró con sus hombres.

—Buscad objetos contundentes —ordenó—. Tenemos que apoderarnos de las armas que llevan colgadas de sus cintos. ¡Su manejo debe ser sencillo! ¡Manos a la obra!

Momentos después, los cinco americanos y el ruso estaban en disposición de hacer frente a sus enemigos. Se dividieron, en tres parejas y se turnaron en la vigilancia de la puerta.

Pasaron cuatro horas de nerviosa y ansiosa espera. De repente, cuando Wilson y el sargento Garry, los dos más fuertes del grupo, se hallaban apostados junto a la puerta, ésta, o mejor dicho, la pared, se corrió suavemente dejando una abertura por la que penetró uno de aquellos hombres de traje azul. El teniente Wilson descargó la barra de la que se había provisto sobre el cráneo del gigantesco ser.

El individuo debió presentir algo de lo que se le venía encima. Ladeó la cabeza, al tiempo que se dejaba caer hacia adelante para amortiguar el golpe. Sin embargo, no pudo evitar que la barra de Wilson le rozara el cráneo, dejándole aturdido.

John Garry levantó su brazo blandiendo una especie de cachiporra y atacó con fiereza.

Yandot, pues de él se trataba, protegióse con el brazo izquierdo parando el golpe. Luego estiró las piernas y derribó a Wilson, alcanzándole en los tobillos. Rodando sobre sí mismo se alejó de Garry, que le siguió tratando de asestarle el golpe definitivo que acabara con él, mientras Bedford y los demás, exceptuando el profesor y su hija, corrían en ayuda de sus compañeros.

Yandot se puso de rodillas. Flexionó violentamente el cuerpo hacia atrás al atacar el sargento. Consiguió hacer presa en la muñeca del americano y se la retorció fuertemente. La porra cayó al suelo. El tacomis se puso en pie sin soltar su presa. Golpeóle entre los ojos con la mano abierta. Garry se desplomó como si hubiera sido alcanzado en el corazón por un disparo.

Wilson hizo varios molinetes con su barra sin comprender cómo aquel extraño ser podía esquivarlos. De súbito, sintióse arrojado como una pelota contra sus

compañeros que llegaban corriendo. Wilson cayó, arrastrando en su caída a Morse y Yemeneff.

Derek y Jim Shandon se abalanzaron sobre Yandot, esgrimiendo únicamente sus puños. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez entonces. Un instante Yandot se halló bajo la punta de sus dedos, parecía imposible que dejaran de cogerle. Pero un instante después, el Hombre Rojo les esquivó con rapidez increíble y el capitán y el radiotelegrafista se encontraron agarrados el uno al otro.

Dando la vuelta, los dos americanos volvieron a cargar contra Yandot. Cuidadosamente esta vez y decididos, Wilson tapaba la puerta mientras Yemeneff y Morse se incorporaban y avanzaban con precaución.

De pronto, Yandot dio un fantástico salto y cayó sobre Wilson. El teniente salió tropicado, rodó por el suelo y quedó inmóvil casi a los mismos pies de Lanca Hoppel y del profesor, que miraban impresionados la rápida lucha.

Yandot quedó plantado en el umbral de la puerta, mirando a los cuatro hombres que ahora avanzaban amenazadoramente hacia él.

—No podréis escapar —dijo en ruso—. Será mucho mejor para vosotros que depongáis vuestra actitud. Si lo hacéis se os tratará con toda clase de atenciones. Yandot lo promete. No abrigamos ningún mal contra vosotros. Es más, necesitamos vuestra ayuda.

El comandante Sergio tradujo en su defectuoso inglés las palabras de Yandot.

—Ya lo decía yo —dijo el profesor Hoppel—. Estos hombres no han venido a la Tierra en plan de conquista, sino por mero accidente. Necesitan nuestra ayuda. Será mejor que le obedezcamos.

Derek depuso su actitud hostil.

—Dígale, Yemeneff, que estamos dispuestos a prestarles ayuda si nos promete la libertad.

El ruso tradujo estas palabras a Yandot. El hombre rojo respondió con viveza.

—Dice —manifestó el comandante ruso— que él no poder prometer libertad, pues no ser jefe... Querer que la señorita Hoppel y usted, capitán, salir y hablar con jefe.

—¿Por qué Lanca?

—Decir que jefe muy... anciano, querer ver mujer terrestre. Ser moribundo.

—Está bien. Dígale que accedemos a ir a ver a su jefe.

Wilson y Garry recobraban el conocimiento y miraban con ojos estupefactos a Yandot. Era incomprensible para ellos que un solo hombre hubiera hecho frente con éxito a media docena.

Yandot hizo un gesto con la mano y Derek cogió del brazo a su mujer, pero ésta soltóse y echó a andar delante de él. Salieron de la sala y la puerta se cerró a espaldas de Yandot.

El Hombre Rojo les condujo por el corredor, envuelto en un silencio ominoso, hasta un ascensor que los dejó en el piso duodécimo. Se cruzaron con varios

tripulantes de piel arrugada, que no parecieron fijarse en ellos.

Yandot apretó un botón situado junto a una puerta y ésta deslizóse sin producir el más mínimo chirrido, dejando ver el interior de una cámara amueblada con sobriedad y repleta de extraños aparatos. Al fondo, entre unos cortinajes, descubrieron un lecho y en él la figura de un hombre.

Yandot pronunció unas cuantas palabras en un idioma gutural y desconocido, y desde el lecho respondió otra voz más débil y en el mismo idioma. El Hombre Rojo cogió dos sillones extraordinariamente ligeros y los acercó a los cortinajes, haciendo señas a los dos americanos para que se sentaran. Derek y Lanca obedecieron y Yandot salió de la estancia.

Derek miró la figura yacente. Aunque no tenía nada en su fisonomía que revelase al primer llegado nada superior o inferior al hombre, el asombro que experimentó ante su aspecto se mezclaba a un sentimiento de respeto y de terror irresistibles. Era aproximadamente de su estatura. Estaba bien proporcionado; pero su constitución no anunciaba ni un vigor particular ni nada notable. Pero era la singularidad de la expresión que reinaba sobre su rostro, era la intensa terrible, sobrecogedora evidencia de la vejez, tan completa, tan absoluta, lo que creaba en su espíritu un sentimiento y una sensación inefables. Su frente, muy arrugada, parecía llevar el sello de una miríada de años. Sus cabellos blancos eran archivo del pasado y sus ojos negros eran sibilas del porvenir. Aquel anciano, el jefe de aquella extraña aeronave, murmuró en voz baja y penosa algunas sílabas en lengua desconocida, y aunque Derek estaba muy cerca, le pareció que su voz llegaba a sus oídos desde una milla de distancia.

El anciano alzó la cabeza de la almohada, clavando su mirada en Lanca, la cual se agitó inquieta en su asiento. Instintivamente, la joven agarró el brazo de Derek, como buscando en él protección. Y el capitán sintió entonces una oleada de calor y ternura que invadía todo su ser.

De pronto se oyó un pequeño zumbido y una pantalla de televisión se iluminó a la derecha de ellos y enfrente del lecho del anciano. Derek y Lanca miraron, con la respiración contenida, la escena que apareció en la pantalla. Vieron un campo de hielo azotado por la ventisca. Jirones de niebla, arrastrada por el viento pasaban ante sus ojos como nubes sin forma. Por el campo de hielo, doblegándose ante la furia del huracán, avanzaban muchos hombres cubiertos de pieles. Al aproximarse más, los dos jóvenes reconocieron en el que iba delante al hombre que les había conducido hasta allí. A su lado caminaban dos mujeres, una de ellas de rostro muy hermoso, y detrás marchaban penosamente hombres de distintos rasgos físicos.

Lentamente la comitiva pasó ante la cámara de televisión. Un minuto después la pantalla quedaba nuevamente a oscuras.

Derek preguntóse quiénes serían los hombres que marchaban en pos del gigante de músculos tan vigorosos. Claramente habían visto que se trataba de hombres terrestres, pero ¿de dónde procedían? ¿Qué hacían en aquel campo de hielo?

Una voz gutural dijo algo a sus espaldas. La pareja se volvió sobresaltada. Era el

Hombre Rojo. El anciano acostado en el lecho respondió con unas cuantas palabras del todo incomprensibles. El joven que había entrado saludó e hizo una seña significativa a Derek y a Lanca. Éstos le siguieron fuera de la cámara.

El rápido ascensor los dejó en el piso donde se hallaban los demás del grupo. El corredor circular estaba atestado de hombres que vestían parkas y chaquetones de pieles. Eran los que vieron en la pantalla de televisión. Y estaban entrando en la sala donde habían despertado varias horas antes. Varios de aquellos extraños seres de figura encorvada les guiaban y les despojaban de sus armas conforme penetraban en la espaciosa sala.

Penetraron con el joven que les acompañaba, reuniéndose con el profesor y los demás.

El hombre rojo llamó a unos cuantos hombres de los que Derek y Lanca habían visto en el campo de hielo.

Kazan, Müller, el húngaro y Mihaly miraron con extrañeza a los americanos, escuchando las explicaciones de Yandot. Sergio Yemeneff tradujo las palabras del Hombre Rojo.

—Estos ser los jefes de todos esos hombres. El hombre rojo llamarse Yandot. Decir que el gran Vertex, jefe del *Kipsedon*, nombre de esta astronave, estar ilusionado con presencia de mujeres en el *Kipsedon*. Querer que ocupen un camarote particular. No hacer ningún daño. Haber amistad. Traer comida.

—Pregúntele que se proponen hacer con todos nosotros —dijo Bedford.

Sergio habló con Yandot, el cual contestó con unas cuantas palabras guturales. El ruso se volvió, explicando:

—Haber consejo de capitanes. Él no saber. Pero pronto decir nuestra suerte. Entre tanto, esperar pacientemente.

—Creo que es mejor obedecer, Derek —dijo el profesor—. Estoy seguro de que no causarán ningún daño a Lanca.

El capitán se encogió de hombros. Lanca y las dos mujeres que habían llegado del campo de hielo siguieron a Yandot. La puerta del gigantesco camarote se cerró silenciosamente, dejando sumidos en la incertidumbre más completa al grupo de americanos. Müller señaló al grupo y dijo:

—Son aviadores americanos.

—Ahora son prisioneros como nosotros —replicó Kazan.

—Prefiero ser prisionero aquí que en Sibiriakof.

—No os llaméis a engaño —manifestó el ruso blanco—. Aquí estamos tan prisioneros como en la isla. Pero es muy posible que podamos hacer valer nuestra condición de auxiliares de Yandot.

—¿Tienes algún proyecto? —inquirió el húngaro.

—Todavía no.

—¿Para qué nos habrá traído Yandot aquí?

—No lo sé; pero pronto lo averiguaremos. Ahora conviene recuperar fuerzas. Tal

vez las necesitemos.

Ni Kazan, ni sus compañeros, ni los demás prisioneros, ni siquiera el grupo de americanos podían imaginar el destino que se les reservaba a bordo de aquel gigantesco y misterioso platillo volante. Si hubieran podido asistir a la reunión que se iniciaba en aquellos instantes en la cámara del jeddad del *Kipsedon* y hubieran entendido el lenguaje de los tacomis, tal vez sus pensamientos hubiesen derivado por otros derroteros y no se hubieran sometido tan pacíficamente a los designios de Yandot. Aunque, en verdad, bien poco podían hacer...

CAPÍTULO VIII

EL KIPSEDON

La estancia estaba alumbrada por una luz azulenta que esparcían varias lámparas fluorescentes en el techo. Una mesa de cristal hallábase dispuesta en el centro y, a su alrededor, se sentaban los capitanes del *Kipsedon*.

Presidía la reunión el hijo mayor de Jumwha, Temoc, de rostro arrugado como la mayoría de los presentes. Pese a su avanzada edad, casi centenaria, se mantenía todavía fuerte y erguido. En realidad, estaba en la plenitud de la vida tacomis. Ancho de espaldas y algo encorvado, Temoc iba a ser, a la muerte de Vertex, el sucesor del jeddad del *Kipsedon*. A su alrededor estaban sus seis hermanos: Kanak, jefe de la artillería del *Kipsedon*; Rumbal, jefe de máquinas; Zanu, capitán de guerra; Utor, velador de las armas secretas; Parno, de cuarenta años, físico y médico, y finalmente, Yandot, el más joven, dotado de un cerebro extraordinario.

Los siete hijos de Jumwha contrastaban con los otros cinco miembros del Consejo de capitanes, ancianos todos, de facciones apergaminadas y cuerpos encorvados. Faltaba Vertex, el gran jeddad, cuyo final esperaban de un momento a otro. Yandot dio cuenta en pocas palabras de su estancia en Siberia y de su reclusión en el campo de forzados de Sibiriakof, así como de la aportación de ciento cincuenta terrestres destinados a ayudarles en un futuro no muy lejano a regresar a Tacom.

Luego se levantó Zanu, el más fuerte de los hermanos, quien dio cuenta de las explotaciones realizadas por sus esferas y platillos volantes de todas las regiones de aquel mundo llamado Tierra.

Al terminar de hablar entró en la sala un individuo delgado de escasos cabellos y provisto de unos lentes de forma extraña. Era el médico que asistía a Vertex, y todos advirtieron en su semblante una tristeza infinita.

Saludó respetuosamente a los jefes del *Kipsedon*, y aunque todos presentían el motivo de su entrada, Temoc le invitó con un gesto a que hablara.

—Insignes miembros del Gran Consejo —dijo el médico—. Soy portador de una funesta noticia —hizo una pausa. Reinaba un profundo silencio. Continuó—. El jeddad Vertex acaba de fallecer. Sus últimas palabras han sido éstas: «*Di a mis jefes que regresen a Tacom. Que tengan presente que la vida de varios millones de hermanos dependen del Kipsedon. Dejo esta misión en manos de Yandot, el hijo de Jumwha*».

No hubo exclamaciones de pesar ni el menor comentario. Los tacomis no acostumbraban a expresar sus emociones. Las cabezas se abatieron unos instantes. Luego TJarvo, el más anciano de los presentes, se levantó.

—Nunca olvidaremos a Vertex, segundo jeddad del *Kipsedon* —dijo con voz

opaca—. Su recuerdo siempre estará con nosotros. Fue justo y supo sobrellevar con dignidad su pesada carga. Vertex quiso que Temoc le sustituyera en el mando. Temoc es hijo del gran Jumwha. Tampoco podremos olvidar al más intrépido hombre de Tacom, constructor del *Kipsedon* y artífice de las victorias contra los odiados hombres amarillos de Tumpa, planeta de la constelación de Tacom. Temoc merece nuestra aprobación, pero siguiendo las costumbres tacomis debemos elegirlo por medio de votación. Nadie, después de la votación, podrá quitarle la autoridad, si resulta elegido. La votación no puede ser secreta. Los que estén de acuerdo en que Temoc sea nuestro nuevo jeddad, que ponga su mano derecha sobre la mesa, como la pongo yo.

Todos movieron a una la mano. Temoc quedó elegido en menos de un segundo como jeddad del *Kipsedon*.

—Temoc es nuestro nuevo jeddad —prosiguió el anciano—. Le obedeceremos, le respetaremos y le defenderemos con nuestra vida. Lo juramos firmemente. Tacom dispondrá las exequias de Vertex y el embalsamamiento de su cadáver para que repose en su día en Tacom, con los otros navegantes muertos en esta empresa. Temoc tiene la palabra.

Se levantó el hermano mayor de Yandot. Abarcó de una mirada a todos los jefes y manifestó con voz ronca:

—Me habéis elegido jeddad vuestro. Procuraré estar siempre a la altura de mi padre el gran Jumwha y de Vertex. Sólo quiero deciros una cosa: regresaremos a Tacom por encima de todos los obstáculos. Dentro de poco partiremos, después de haber cargado nuestros motores de combustible atómico y de haber hecho provisión de alimentos. Necesitamos tener una idea más exacta de este planeta. Quiero saber hasta qué extremo puede oponerse a una invasión procedente del espacio. Yandot, tú conoces el idioma de los terrestres. Procura informarte bien acerca de ellos.

Temoc dio en breves palabras un resumen de la situación en que se encontraban. No existía a bordo del *Kipsedon* suficiente energía para emprender el regreso a Tacom. Tampoco tenían víveres para alimentarse durante la travesía que iba a durar como mínimo treinta años. Víveres y energía. Era preciso, pues, aprovisionarse antes de partir de la Tierra. Sabían por Yandot y por las exploraciones aéreas, que podían hallar energía atómica por lo menos en tres países. Hacia el sur, concretamente en la dirección de la isla del hielo (Groenlandia) se hallaba un gran país (Estados Unidos) muy rico, que poseía formidables industrias y grandes fábricas de energía eléctrica y atómica. No quedaba otro remedio que apoderarse por unos días de aquellas plantas atómicas.

* * *

Llevaban varios días en el interior de la aeronave. Aunque no habían visto desde que despertaron de su sueño la luz del sol polar, sabían por el comandante Yemeneff

y por el reloj del profesor Hoppel, el tiempo transcurrido desde que se vieron obligados a aterrizar en el campo de hielo. El profesor se hallaba preocupado por su hija y el propio Derek se preguntaba qué habría sido de Lanca.

Los americanos no habían intentado confraternizar con los demás ocupantes de aquella vasta sala. El comandante Sergio había estado preguntando para informarse de lo ocurrido. Al cabo de dos horas sabía cuanto había que saber acerca de la hazaña corrida por los evadidos del campo de concentración.

Tras una larga conversación con Derek Bedford, éste informó a sus compañeros.

—La mayor parte de estos hombres son evadidos de un campo de forzados ruso, situado en una isla del Norte de Siberia —dijo—. No han querido contestar a las preguntas del comandante al saber que éste era jefe moscovita. Pero entre los presos hay un cierto número de soldados y marineros rusos quienes han informado gustosos a Ymeneff. Yandot estuvo recluido dos meses en esa isla. Con el auxilio de una misteriosa esfera volante pudieron apoderarse del campo. Embarcaron en un rompehielos, y Yandot les condujo hasta aquí. Ninguno sabe para qué han sido traídos.

Durmieron varias horas interiormente preocupados aunque ninguno quiso decirlo. Al despertar y después de haber ingerido alimentos comprimidos que el profesor examinó lamentando no disponer de un laboratorio para analizar las substancias que servían, de base a la alimentación de los tripulantes del *Kipsedon*, apareció Yandot por una de aquellas puertas que eran la pesadilla del teniente Wilson.

Los americanos comprobaron sorprendidos el absoluto dominio que Yandot, el único entre los tripulantes que no tenía rostro arrugado y cuya presencia no era nada desagradable, ejercía sobre los ciento cincuenta evacuados de Sibiriakof. Yandot llamó a Kazan y le habló en voz baja. El ruso asintió varias veces con la cabeza y se separó del hombre rojo, acercándose a Foldvar, y el húngaro, a Müller y al polaco. Habló unos instantes con ellos y, luego, se aproximó al grupo de americanos.

—Yandot —dijo— desea que tres de ustedes vayan con él. Le gustaría que el comandante Ymeneff, el profesor Hoppel y usted, capitán, aceptaran su invitación. Espera poder mostrarles algunas partes del *Kipsedon*. Los tres hombres aceptaron encantados. Siguieron a Yandot fuera de la sala. Derek vio cómo el mamparo se corría a sus espaldas, sin que Yandot hiciera ningún movimiento o apretara un botón. Atravesaron, en pos del hombre rojo, un corredor ligeramente curvo. Las paredes eran todas de un extraño material ligero, infinitamente superior en densidad, resistencia y dureza al acero mejor. Yandot empezó a hablar en ruso. Ymeneff se encargaba de traducir sus palabras a los dos americanos, los únicos que desconocían este idioma.

—El *Kipsedon* es una gigantesca aeronave interplanetaria de doscientos metros de diámetro. Su forma es semejante a la de un disco casi esférico, ahusado en su parte inferior y rematado por una cúpula en la superior. La parte de abajo se encuentra por completo enterrada en la nieve y en el hielo, por ello vosotros sólo habéis visto el

disco y la cúpula, en donde se hallan las cámaras de control y dirección de la aeronave. Ésta consta de quince pisos y su altura alcanza cerca de los setenta y cinco metros. El sistema de propulsión está constituido por una serie de motores movidos por energía atómica capaces de desarrollar una fuerza equivalente a cien millones de caballos de vapor. Los motores están situados en el tercer piso y sus depósitos completamente llenos, tienen energía suficiente para ciento diez años.

El *Kipsedon* ha sido construido con un material arrancado a un satélite de Tacom, el planeta de donde procede, llamado Kass. Es veinte mil veces más denso que el hierro y capaz de resistir una avalancha de torpedos atómicos o de hidrógeno con cabezas atómicas. Es inmune a los rayos cósmicos y a los rayos electrónicos, pero no totalmente invulnerable a los rayos desintegradores, mil veces más potentes que la mayor de las bombas de cobalto. El *Kipsedon* está construido de modo que puede moverse en todas direcciones accionado desde la cámara de control.

Los terrestres escuchaban asombrados las explicaciones de Yandot. Sus cerebros no alcanzaban a comprender ciertas explicaciones del hombre rojo de Tacom. Empleaba términos que sólo el profesor Hoppel era capaz de entender, pero muchas de las palabras de Yandot se perdían al ser traducidas por Yemeneff en su infame inglés.

—Estamos en el quinto piso —siguió diciendo Yandot—. Aquí se hallan los camarotes de la tripulación. Ninguna clase de comodidad se ha ahorrado al construir el *Kipsedon*. Todos los servicios imaginables se hallan a bordo. Poco a poco iréis conociendo los secretos de la astronave. El sistema de defensa del *Kipsedon* está construido por medio centenar de lanzatorpedos, repartidos por toda su superficie, que se cargan automáticamente, hacen la puntería, calibran distancias y disparan guiados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos. Los torpedos, al salir del *Kipsedon*, se dirigen rectos hacia su objetivo, y, a menos de que sean destruidos, persiguen a la aeronave contraria hasta acabar con ella. El *Kipsedon* posee además, baterías de cañones atómicos, proyectiles dirigidos de gran alcance, proyectores ígneos, cañones eléctricos, rayos paralizadores capaces lo mismo de parar cualquier clase de motor que de interferir las ondas del radar y de la radio y anular la fuerza locomotriz de un individuo, y, finalmente, lanzarrayos desintegradores, arma de terribles efectos. Así mismo, posee la potencia necesaria para crear un campo magnético que destruye inevitablemente a todo aparato, proyectil o torpedo que no esté construido de kass. El *Kipsedon* cuenta, por último, con un cargamento de un millar de bombas atómicas, de hidrógeno y de cobalto de pequeño tamaño, pero muy perfeccionadas.

Subieron en ascensor al décimo piso situado en la misma cúpula. Yandot les fue mostrando la especial disposición de los compartimentos del *Kipsedon*, que los terrestres miraban maravillados.

La cúpula parecía de cristal. El kass era allí transparente. Podían observar las montañas de hielo próximas, los enormes icebergs y el cielo grisáceo del que caían

espesos copos de nieve.

—Esta parte del *Kipsedon* —explicó Yandot— es transparente a voluntad. Desde la cámara de control, accionando un simple botón, hace tornar opaco el kass. Ahora vemos todo cuanto ocurre en el exterior, pero desde fuera sólo se ve el kass impenetrable.

Yandot les condujo a una especie de hangar, que mediría no menos de noventa metros de longitud por cuarenta de anchura, situado en el piso séptimo. Derek y el profesor sufrieron una sorpresa agradable. El Boeing RB-47-E, el avión de reconocimiento, estaba allí junto a unas extrañas naves ahusadas que tenían la forma de un submarino. Medían estas naves quince metros de eslora, por cuatro de manga y tres de altura. Era difícil imaginar cómo podrían sostenerse en el aire sin superficies de sustentación.

En el piso inferior había otro hangar de las mismas proporciones, pero que en vez de contener veinticinco naves ahusadas encerraba dieciocho platillos volantes de unos ocho metros de anchura total.

En el cuarto piso penetraron en un hangar de mayores dimensiones en el que se veían perfectamente alineadas ocho gigantescas esferas de veinte metros de diámetro.

Había poca luz en el hangar. Confusamente distinguían los cascos redondos, velados por la luz azulenca que se desprendía de los tubos fluorescentes.

Derek y el profesor Hoppel se acercaron a una de aquellas aeronaves mientras Yandot se volvía para dar instrucciones a varios tacomis vestidos con monos azules. Con la proximidad, la esfera adquirió proporciones impresionantes. Derek palpó su lisa superficie. Parecía de cristal. Describiendo una vuelta en torno del aparato, reparó en el brillo mate de su pulida envoltura. Probablemente debía haber sido construida así para disminuir el roce con la atmósfera. Mas aún así, debía ser espantoso el calor que desarrollaba.

Pero lo que más sorprendió al capitán Bedford fue que careciera de perfil de líneas correspondiente a un vehículo capaz de alcanzar velocidades escalofrantes. Su forma difería de la usual, fusiforme, que adoptan los ingenieros que diseñan aparatos aéreos. Era perfectamente esférica.

Ello quizá tuviera una explicación maravillosa por su alcance y significado. Los planetas en el espacio, el Sol, la Luna, las estrellas, son cuerpos redondos o semirredondos, como resultado, más que de su rotación, en opinión de muchos astrónomos, de la aplicación de la ley misteriosa de la gravitación.

¿Sería también la mencionada ley responsable de la forma esférica de la aeronave?

Por su carencia de líneas rectas cabía encontrar otra explicación más razonable que la primera, a saber: que la forma esférica es la más perfecta que puede darse a un cuerpo que deba moverse en todas direcciones y no cabía dudar que la astronave se movía así, y tal vez girando sobre sí misma.

Yandot regresó invitándoles a subir a una de las esferas, la que se hallaba más

cerca de la pared del *Kipsedon*. Una especie de pequeña rampa daba acceso al interior de la aeronave. Esta rampa se replegaba sobre sí misma y era al mismo tiempo puerta y escalera de bajada y subida.

Las paredes eran gruesas, casi de cuatro pies. En rigor constaba de una dermis liviana de kass, debajo de las cuales acumulaba, capa tras capa, el amianto, entrelazado de tuberías de refrigeración, de cañerías, de misteriosos canalillos relacionados probablemente con el manejo del aparato.

El interior de la esfera era circular; la maquinaria ocupaba el centro de la esfera y a su alrededor había un corredor que daba la vuelta completa al interior de la esfera. Pero lo más notable era, sin duda, el hecho de que la cabina de mando carecía de techo y de suelos, dada la disposición del mecanismo del vehículo. En uno y otros formaban un enrejado resplandeciente diversos tubos dorados de uso desconocido.

El profesor avanzaba en el examen de los aparatos que constituían la maquinaria de la astronave. Le seguía Derek Bedford. A la sazón tenían delante la mayor y más complicada masa de ellos. Ya su vista les había inspirado un respeto extraordinario por el ser inteligente que los había inventado. Mas su respeto adquirió proporciones ilimitadas al contemplar la serie de grandes motores atómicos. Su escape explicaba los regueros chispeantes que dejaban en pos de sí, de vez en cuando.

A lo largo de la pared corrían un par de vías sobre las que iban montados dos tubos con aspecto de cañones; uno era un proyector de rayos cósmicos y el otro un cañón atómico. Sobre el techo y el suelo veíanse otros tipos de cañones cuya finalidad no alcanzaban a comprender los terrestres. Una plataforma con dos sillones corría también a lo largo de las paredes, destinados para los pilotos de la aeronave. Enfrente de ellos había una pantalla de televisión y gran número de palancas, aparte de un monstruoso y complicadísimo cuadro de instrucciones donde brillaban luces de todos los colores imaginables y oscilaban una cantidad abrumadora de indicadores.

Las esferas iban tripuladas por dos hombres tan sólo, y las armas de a bordo eran cargadas, apuntadas y disparadas por cerebros electrónicos que nunca fallaban la puntería.

Un hombre de piel apergaminada y oscura subió y sentóse en uno de los sillones. Accionó una palanca y la rampa de acceso a la esfera se replegó dejando la aeronave completamente cerrada. De pronto, se oyó un amortiguado rumor y comprendieron todos que los motores habían sido puestos en funcionamiento.

El profesor y Derek se reunieron con Yandot y los demás. El hombre rojo se había sentado en el otro sillón. Apretó un botón rojo y las paredes de la esfera se tornaron transparentes. Los terrestres pudieron ver entonces el interior del hangar y las otras esferas inmóviles. Un gran lienzo del *Kipsedon* corrióse ante sus asombrados ojos permitiendo ver la extensión blanca del campo de hielo azotado por el gélido viento del Polo.

Aquella aventura debía quedar eternamente grabada en el corazón y en la memoria de los terrestres.

Sus cuerpos metálicos y pegados adquirieron, de súbito, una misteriosa ligereza. La esfera despegó, por así decirlo, del hangar y abandonó, lenta y majestuosa, el *Kipsedon*. Derek, instintivamente, alzó un brazo. La acción fue increíblemente fácil. Pero lo más sorprendente del caso fue que, una vez alzado, ya no lo pudo bajar. No parecía tener peso. Hizo un esfuerzo... y se alzó del suelo sin querer, permaneció inmóvil en el aire. El volver a poner los pies en el suelo le costó ímprobo trabajo.

Derek vio que los demás debían haber sido advertidos por Yandot de aquel suceso. Sucedieron cosas que hubieran vuelto loca a una persona más supersticiosa. El compañero de Yandot se levantó de su sillón y empezó a andar por el techo y las paredes de la esfera, moviendo palancas, abriendo o cerrando tuberías.

La red de tuberías entrelazadas que a Derek le pareció tan inútil poco antes, era, en realidad, una red de pasamanos que se utilizaban para pasar de una parte a otra. El tacomis corrió con la mano puesta sobre uno de ellos, a la manera de una araña. De pronto se soltó de su asidero y quedó flotando en el aire.

Derek se humedeció los labios con la lengua. Rara vez se dejaba llevar de una emoción, mas a la sazón estaba excitado. Y lo mismo les pasaba a Yemeneff y a los evadidos del campo de concentración.

El profesor Hoppel estaba entusiasmado. Allí, ante sus ojos, se estaba demostrando el producto de un nuevo descubrimiento científico, de un invento tan avanzado que le dejaba aturdido a pesar de sus conocimientos.

Si interpretaba correctamente lo que veía, tenía forzosamente que admitir que el creador de aquella aeronave había asimismo descubierto la manera de anular la fuerza generalmente designada de impulsión, así como las varias formas de atracción, gravedad, etc.

Difícilmente se hubiera mostrado una persona culta tan sorprendida como lo estaba el profesor Hoppel en aquellos momentos. ¡Vamos, que era cosa extraordinaria dirigir las fuerzas de la inercia en todas o casi todas sus formas! Una inteligencia extraordinariamente viva y profunda había penetrado, por lo visto, en uno de los campos científicos menos explorados. La ciencia moderna conoce la ley de la gravedad, pero no lo que es en sí esta gravedad. Ahora bien; allí había unos hombres que dominaban, al parecer, la materia.

La bola marchaba, entre el zumbido de sus motores, a una velocidad triple que la del sonido, y, sin embargo, los terrestres no notaban ninguna clase de molestias. Veían desfilar el paisaje helado bajo sus pies como si se encontraran suspendidos en el aire. Un profundo asombro les dominaba, haciéndoles impotentes para comentar, siquiera, lo que estaban experimentando.

* * *

En aquella cámara todo parecía de vidrio, desde la mesa y las sillas hasta los objetos más insignificantes. Varios hombres de piel sarmentosa se encontraban

sentados alrededor de la mesa y miraron con curiosidad a los terrestres, cuando éstos entraron en la estancia siguiendo a Yandot.

A una indicación del hombre rojo, tomaron asiento en los sillones de cristal, recubiertos con almohadones para hacerlos más cómodos. Esperaron con gran interés a que el jeddad del *Kipsedon*, por boca de Yandot, expusieron los motivos de aquella entrevista.

Temoc empezó a hablar lentamente para dar tiempo a su hermano a que tradujera al ruso sus palabras y que Yemeneff lo hiciera al inglés a los dos americanos.

—Soy Temoc, el jeddad del *Kipsedon* —dijo— y príncipe heredero de la dinastía Jumwha que reina en Tacom, que así se llama nuestro mundo. Nosotros los tacomis procedemos de una galaxia situada a más de ciento veinte mil millones de kilómetros de la Tierra, vuestro planeta. Impulsados por las circunstancias emprendimos un vuelo de exploración para alcanzar o descubrir otro mundo donde las condiciones de vida fueran semejantes a las del nuestro, condenado a desaparecer en un futuro no muy lejano. Después de vagar errantes por los profundos espacios siderales durante un siglo, vinimos a caer, accidentalmente, en este mundo. Nosotros, los tacomis, no abrigamos ideas de conquista. Somos pacíficos si no se nos ataca. En este sistema solar hay otros dos planetas que pueden servir para nuestros fines, evitándonos el empleo de la violencia. Pero necesitamos combustible, energía para los motores del *Kipsedon* y víveres para mis hombres, de lo contrario, no podríamos regresar a Tacom.

El jeddad hizo una pausa, miró, uno tras otro, a todos los terrestres, y prosiguió:

—Nuestras esferas volantes han tomado películas de todos los centros industriales de este mundo. Sabemos que existen fábricas atómicas en dos o tres países. El propósito es apoderarnos de esas plantas atómicas durante unos cuantos días, el tiempo necesario para hacer acopio de combustible atómico que nosotros mismos fabricaremos. Luego abandonaremos la Tierra. No temáis; no pensamos causar ninguna muerte a menos que sea inevitable. Emplearemos los rayos paralizadores y los gases anestésicos para evitar derramamientos de sangre. Si vosotros cooperáis seréis recompensados, os lo aseguro. Podéis advertir a los gobiernos de vuestras naciones que no tomen medidas radicales contra nosotros, pues nos veríamos obligados a emplear las armas mortíferas del *Kipsedon*, y esta es una cosa que nosotros, los tacomis, no queremos hacer, ¿qué respondéis?

Kazan, el húngaro y Mihaly el polaco se mostraron en seguida dispuestos a cooperar. Yemeneff y Müller permanecieron absortos unos instantes, mientras el profesor y Derek Bedford se consultaban con la mirada.

Fue el profesor quien primero habló:

—Comprendo que sería contraproducente oponernos a tus planes, jeddad. No queremos ser traidores a nuestra patria, pero accediendo a tu proposición podemos evitar males mayores. Acepto.

Sergio y Müller asintieron también. Era lo más razonable. Pero Derek tenía algo

que preguntar.

—Yo estoy de acuerdo con mis compañeros —dijo—. Pero desearía saber una cosa. ¿Se nos concederá la libertad en el momento que vayáis a partir de la Tierra?

Después de que la pregunta hubo pasado por los labios del ruso y de Yandot, Temoc habló con su extraño acento gutural. Yandot tradujo las palabras y Sergio se encaró con Derek. Su semblante estaba serio.

—No, capitán —dijo—. Continuaremos a bordo del *Kipsedon*. Necesitan nuestra ayuda para conducir la astronave. Por eso Yandot se ha traído a los prisioneros de Sibiriakof.

—Bien —musitó Derek—. Es todo lo que quería saber.

Temoc se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Yandot os dará órdenes —dijo. Salieron de la cámara...

* * *

Lanca Hoppel no estaba asustada. Nada turbio ni horroroso se desprendía del comportamiento de los hombres rojos. Sus compañeras de habitación eran amables y muy sociables. Niva, la de más edad, le recordaba el personaje femenino de una tragedia de Tolstoi, llena de sensibilidad y ternura. Le hubiera sorprendido saber que se trataba de la viuda de un célebre miembro del partido comunista, que mató al hombre que llevó la ruina a su hogar. Tampoco Niva estaba asustada. Agradecía aquel cambio inesperado en su existencia, tenía abrigo, no le faltaban alimentos, aunque éstos fueran comprimidos, y había huido del terror de un campo de prisioneros y del asedio odioso de Nerensky. Olga Fedorova, la joven, poseía el semblante más hermoso que viera Lanca en su vida. Estaba sumamente delgada por causa de las privaciones sufridas. En sus maravillosos ojos negros brillaba todavía el horror, y parecía no haberse percatado de que había dejado de trabajar para los rusos.

Olga conocía el inglés. Había sido intérprete en un ministerio. Sus relaciones con un empleado de la embajada americana le valieron ser acusada de traidora y espía y ser deportada a Siberia.

Olga era fría, o por lo menos lo parecía. Había adoptado un aire atroz de indiferencia que estremecía de estima a Lanca. Su conversación con las dos mujeres le ayudó a sobrellevar con calma las largas horas que transcurrían monótonas.

La puerta del camarote no estaba cerrada. No sabían si era una muestra de confianza de los hombres rojos o un síntoma peligroso para su seguridad.

Las tres mujeres vestían uno de aquellos monos azules que realzaban su figura, ciñéndose considerablemente al talle. Los cabellos largos de Niva y Olga y su extrema palidez contrastaban con el semblante de Lanca Hoppel, bronceado por el Sol del sudoeste americano.

A pesar de que Niva procuraba distraerla hablando por medio de Olga, Lanca estaba preocupada por su padre, de quien no tenía noticias, y, por qué no decirlo,

también por Derek, su marido. Cierto que Derek era un insufrible orgulloso, pero su fino instinto de mujer había descubierto llamas de pasión en los ojos del capitán, lo que quería decir que Derek continuaba enamorado de ella.

Una de las veces que se asomó al corredor vio un hombre que avanzaba por él. Por su constitución física comprendió que era uno de los evadidos del campo de concentración. Llamó a Olga para que le preguntara por el profesor. Aquel hombre, de mirada astuta y rostro bestial, sonrió ampliamente al ver a las mujeres. Paróse haciendo una reverencia. Era Dimitri Kazan.

—Hola, Olga —dijo—, compruebo con agrado que tu aspecto físico ha mejorado mucho.

La joven no le hizo caso. Preguntó por el padre de Lanca.

—¿El viejo? —contestó el ruso—. Está bien. Acabamos de tener una entrevista con el jefe del *Kipsedon*. ¿Sabes, Olga, que voy a ser poderoso? Si no hubiera intentado derribar al gobierno no estaría aquí en estos momentos. Siempre he sido ambicioso. Por fin voy a tener a la humanidad a mis pies. Tendré lo que siempre he deseado y nunca he tenido.

—Tu ambición te perderá, Dimitri —respondió la joven—. ¿Por qué no cambias de modo de pensar? Eres intrigante, falso y rastrero.

Kazan sonrió sardónicamente.

—Sufres un error, pequeña —replicó con desfachatez—. Toda mi vida he mantenido la misma norma de conducta. Si por fin puedo lograr lo que tanto ansié, ¿crees, acaso, que voy a desperdiciar la ocasión? No soy falso, ni tampoco rastrero. ¿Intrigante? Quizás. Empleo mi materia gris. Eso es todo.

—¿No estás agradecido a tu libertador? Adivino por tus palabras que el día menos pensado traicionarás a los hombres rojos...

—Al contrario. Pienso estar unido a ellos durante mucho tiempo. Y ciertamente estoy agradecido a Yandot. Si no fuera por él me estaría pudriendo en la estepa siberiana. Hasta la vista, Olga. Y procura pensar en mí de vez en cuando. Yandot había destinado una cámara especial para el grupo de terrestres a quienes estaba enseñando algunos secretos del *Kipsedon*. Kazan entró en la cámara sin preocuparse de la mirada de disgusto que le lanzó el comandante Yemeneff.

Sergio se inclinó sobre la litera en la que descansaba Derek Bedford y dijo cautelosamente en voz baja:

—Ese Kazan ser un diablo. Ser muy ambicioso. Lanzar a los tacomis contra las ciudades indefensas. Querer mucho mal.

—Tranquilícese, comandante. Yandot no les dejará moverse. Los tacomis no abrigan malas intenciones, a menos que sean unos perfectos embusteros.

—Yo desconfiar de Kazan. Mal sujeto.

Derek miró al jefe de los evadidos. Tampoco le resultaba simpático aquel tipo. En su vida normal ignoraba qué ocupación habría tenido, pero parecía hallarse en su elemento a bordo del *Kipsedon*. El húngaro tenía aspecto de persona culta y, sin duda

lo era. Sin embargo, se dejaba dominar por el ruso. El polaco había sido un bravo militar, que tomó parte en la resistencia anticomunista. Karl Müller era un joven prematuramente envejecido. Los padecimientos habían hecho mucha mella en él, hasta el punto de convertirle en un ser amargado. Decía haber sido miserablemente engañado sirviendo de juguete a los designios de los gobernantes. Había luchado por unos ideales reducidos a polvo por el azar de la guerra, había sufrido el yugo de los vencedores. Sólo conservaba tristes recuerdos en su memoria. Los buenos, hacía tiempo que desaparecieron.

No podía haber encontrado Kazan mejores colaboradores para sus manejos.

Porque Yemeneff no se equivocaba. Kazan era ambicioso, muy ambicioso, y astuto. Tampoco carecía de inteligencia. Era el único, entre los evadidos, que había resistido el poder avasallador de Yandot.

Todos ignoraban cuáles eran los planes de Kazan. Sus resultados lanzarían a una Humanidad aterrorizada contra el *Kipsedon*. Ellos lograrían despertar los deseos de conquista de los tacomis, y su furor no alcanzaría límites...

CAPÍTULO IX

PELIGRO MORTAL

Derek Bedford levantó la cabeza de la almohada. El camarote estaba a oscuras. Oía las respiraciones acompasadas de los demás ocupantes de la cámara, pero no distinguía sus cuerpos tendidos sobre las literas. Con grandes precauciones puso los pies en el suelo y de puntillas, procurando no hacer el más leve ruido que le delatase, se dirigió hacia la puerta. No estaba cerrada.

Salió al corredor. Caminando de puntillas, corrió hacia los ascensores. Derek sabía que se estaba exponiendo a una muerte cierta, pero no podía dejar que los acontecimientos se desarrollasen del modo como los había previsto el jeddad de los tacomis. Sabía positivamente el gran peligro que corría la Humanidad, y él estaba dispuesto a conjurar ese peligro. Temoc había dicho que no abrigaban intenciones de conquista. Aquello era falso. Una vez provistos de energía atómica y de víveres volverían a Tacom para caer más tarde sobre la Tierra y adueñarse de ella en breves días. Su deber como oficial y americano era dar la voz de alarma. Y para eso se dirigía a la cabina de radio que Yandot les había mostrado unas horas antes.

No tomó ningún ascensor. El ruido podía poner sobre aviso a los centinelas tacomis. Subió por una escalera de caracol hasta llegar al piso decimotercero. Debía ir con mucha precaución, pues la radio estaría vigilada con toda probabilidad. Avanzó sigilosamente aplicando su cuerpo contra la pared. Oyó un ligero zumbido que salía de la cabina de radio. Con suma cautela se asomó por la puerta. Vio una masa de cabellos blancos sobre un cuerpo encorvado ante la radio.

El corazón de Derek latía desaforadamente. Conteniendo la respiración se acercó por detrás al tacomis, que con los auriculares puestos sobre los oídos no le oyó llegar. El capitán descargó un fuerte golpe con un trozo de cañería de plomo en la nuca del radiotelegrafista. El anciano cayó sin lanzar un gemido.

Inmediatamente, Derek ocupó su puesto. Conocía suficientemente todos los secretos de la radio y no le fue difícil aislar la comunicación de cualquier altavoz colocado en el *Kipsedon*. Seguro sobre este punto, hizo funcionar el manipulador.

De repente, la radio pareció estallar en pedazos delante de sus ojos. Sintió como si le clavasen un millón de hierros al rojo vivo en el cerebro y perdió el conocimiento.

Kazan sonrió hurañamente depositando el cuerpo del americano junto al del tacomis. Luego cogió el transmisor y empezó a hablar empleando la onda corta. Habló primero en ruso. Luego repitió casi las mismas palabras en inglés. Si Derek hubiera podido escuchar, sin duda que hubiese palidecido horriblemente. ¡Porque Dimitri Kazan estaba lanzando al éter la posición exacta del *Kipsedon*! ¡Pero sus palabras iban a tener consecuencias funestas para el destino futuro de toda la

Humanidad!

Transmite el profesor Joseph Augustus Hoppel. He llegado al término de mis investigaciones encontrando la base de los platillos volantes que han sido vistos sobre las cinco partes del mundo. La situación es la siguiente: longitud, 86° 33'; latitud, 86° 13'... El frío del Polo dificulta la transmisión. Envíen cuanto antes todos los aviones de combate disponibles. Los tacomis, tripulantes de las aeronaves interplanetarias, se están preparando para lanzar una ofensiva contra todo el mundo. Su base, una gigantesca astronave en la que yo me encuentro, es casi inexpugnable. Pero enviando una cantidad suficiente de aviones con los adelantos más modernos será posible impedir que salga de aquí y llegue a su destino. Se requiere la acción combinada de las escuadrillas de varias naciones. La suerte de los Estados Unidos y probablemente del mundo entero depende de la rapidez con que se obre. Debo terminar. Profesor Hoppel.

Una sonrisa diabólica observóse en el rostro de Kazan. En aquel instante reconoció que había tenido una feliz idea en seguir los pasos del americano. Con el mensaje enviado se pondría en acción a las escuadrillas ruso-americanas, por lo menos para comprobar la veracidad de las palabras del supuesto profesor Hoppel. ¡Iban a llevarse buena sorpresa! El ataque de los reactores norteamericanos y rusos despertaría el furor de los tacomis, y entonces habría llegado el momento tan esperado por Dimitri Kazan.

Sin dejar de sonreír, el ruso cargó sobre sus robustas espaldas el cuerpo desvanecido del capitán y salió de la cabina de radio. Cuando despertase el tacomis golpeado por Bedford se pondría en conmoción todo el *Kipsedon*, y a Kazan no le interesaba que Derek Bedford fuera descubierto, por lo menos hasta que no llevara más adelante sus planes.

El interior del *Kipsedon* semejaba un espantoso mausoleo. Kazan no era impresionable, pero estaba convencido de que muchos pares de ojos estaban clavados en él. Llegó, no obstante, sin novedad hasta los ascensores. Se metió en uno de ellos y apretó el botón de bajada. El capitán empezaba a dar síntomas de querer recobrar el conocimiento. Cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso, Kazan salió apresuradamente dejando en la jaula metálica el cuerpo inconsciente del americano.

El ruso se metió tranquilamente en su litera y permaneció con los ojos abiertos hasta que vio penetrar tambaleante a Derek Bedford. Con una sonrisa burlona, Dimitri Kazan durmióse regocijado ante el profundo asombro que debía invadir al capitán.

Pero Kazan se equivocó en un punto. Estaba persuadido que los tacomis buscarían implacablemente al autor de la agresión al radiotelegrafista, pero Yandot, que se presentó por la mañana, no dio muestras de haberse enterado de lo ocurrido la

noche anterior.

El hombre rojo prosiguió mostrándoles el interior del *Kipsedon*. Derek no comprendía nada de lo que había pasado. Cuando despertó en el ascensor tardó varios minutos en percatarse de que aquello era su litera. Al recordar el motivo de su salida del camarote. Sobresaltóse vivamente. Estaba seguro de haber llegado hasta la radio y de haber golpeado en la pierna al tacomis que cuidaba del aparato, pero sus recuerdos no alcanzaban más allá. El dolor que tenía en la cabeza había sido producido, evidentemente, por otro golpe semejante al que él propinara. ¿Pero quién le había atacado cuando se disponía a retransmitir a la base de Thule la presencia del *Kipsedon* en el Polo Norte y los proyectos de los tacomis y la sorda amenaza que éstos engendraban? ¿Quién lo había transportado hasta el ascensor, dejándole en el piso donde tenía su alojamiento? No pudiendo hallar respuesta a sus preguntas, Derek optó por olvidar lo sucedido; pero una y otra vez, las mismas preguntas venían a martirizar su doliente cerebro.

Cuando acabó Yandot su plan de enseñanza, Derek pidió y obtuvo permiso para hablar con sus compañeros. Los encontró a todos con los nervios tensos y decididos a cometer cualquier barbaridad. El teniente Wilson miró irritado a su capitán.

—Esto no puede continuar así, señor —masculló—. Estamos dejando pasar el tiempo lamentablemente, pero ya estoy más que harto de los tacomis y de sus comprimidos. Tenemos que escapar y poner sobre aviso a la Air Force.

—Ya lo intenté anoche, pero fracasé —respondió Derek, dando a continuación un breve resumen de lo que le sucedió—. Pienso igual que tú, Wilson; pero me preocupa el profesor y su hija. Creo que Yandot, adivinando nuestros propósitos, ha separado a Lanca de nosotros para tenernos sujetos y acaba de hacer lo mismo con el profesor.

—Usted goza de cierta libertad, señor —intervino el sargento Garry—. Si las cosas no suceden como nosotros esperamos, procure apoderarse de algunas armas. Usted, Yemeneff y los cuatro jefes de los evadidos podrían intentar algo.

—No creo que Kazan ni los demás deseen cooperar con nosotros. Le temen en gran manera a Yandot y a sus poderes infernales.

—De todos modos, yo lo intentaría, mi capitán —dijo el teniente Morse.

—Lo haré —asintió Derek—. No quiero que quede por mí. Hasta pronto, muchachos. Y no desesperéis. Saldremos de esta.

Bedford abandonó a sus hombres convencido de que había de intentarse la fuga por encima de todo. Mientras atravesaba el corredor fue madurando la idea que anteriormente había germinado en su mente, de pronto.

Pasaron unas cuantas horas antes de que Derek pudiera encaminarse al aposento que ocupaba Lanca en unión de las dos mujeres rusas. Encontró a Lanca mirando una pantalla de televisión en colores. Saludó con una inclinación de cabeza a Olga y a Niva, y dijo:

—¿Podría hablar un momento contigo a solas, Lanca?

La joven, por toda respuesta, se levantó de su asiento y salió de la cámara.

—¿Qué quieres? —preguntó fríamente.

—Escucha —dijo Derek, cogiéndola fuertemente por un brazo—. He venido para llevarte conmigo. No me seduce la idea de vagar por el espacio durante treinta años en esta aeronave, predestinada a convertirse en tumba de los tacomis. Los muchachos están de mi parte. Vamos a intentar salir de esta ratonera.

—Suelta —gimió la joven—; me haces daño.

—No hay tiempo que perder. Vamos.

—Espera, no me has preguntado si yo quiero ir contigo.

—No —repuso secamente el capitán—, pero te lo pregunto ahora. ¿Vienes?

—En realidad, no me seduce la idea de abandonar la Tierra. Pero ¿y mi padre?

—Lo encontraremos. No nos iremos sin él. Si podemos apoderarnos de una esfera volante estaremos salvados. Nadie podrá detenernos.

—¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes. Ante todo conviene sacar a mis hombres de su encierro. Sígueme. Quiero hablar antes con Ymeneff.

—¿Y Niva y Olga?

—¿Qué piensan acerca de esto?

—No quieren saber nada del mundo que tan mal las ha tratado.

—Entonces no les digas nada. Vamos.

Atravesaron el corredor que estaba desierto y silencioso. Derek sabía lo arriesgado de la empresa que iban a emprender. Muy pocas probabilidades tenían de salir con vida del *Kipsedon*, pero había que intentarlo.

Bajaron en ascensor hasta el piso inferior y se encaminaron al camarote que ocupaban los antiguos prisioneros de Sibiriakof y Sergio Ymeneff. Estaban los cinco tumbados sobre sus respectivos camastros y se incorporaron al ver entrar a Bedford seguido de Lanca Hoppel. Derek, en pocas palabras, puso al corriente del plan de fuga que había proyectado a los cinco hombres.

El comandante ruso se mostró en seguida de acuerdo. Müller permaneció callado, mientras el húngaro y el polaco esperaban la contestación de Kazan, Dimitri movió la cabeza con lentitud.

—No sabe usted lo que se dice, capitán. Escapar de aquí es tan imposible como querer entrar sin permiso de los tacomis. Es una empresa descabellada. Además, estoy muy a gusto en esta aeronave.

—Mi intención es apoderarnos de una esfera volante —insistió Derek—. La hemos visto manejar y me atrevo a llevarla hasta donde sea. Podemos contar con la ayuda de muchos hombres que se hallan encerrados con mis muchachos.

—Aun así, no llegarían muy lejos. Yandot lo impediría.

—No lo sabrá hasta que sea demasiado tarde.

—No lo conoce usted bien. Adivina cuanto va a ocurrir o lo que piensa uno con una facilidad de verdadero brujo. No quiero ponerme en su contra. Sin embargo, ustedes actúen como mejor les plazca. No pienso decir nada ni mover un dedo por

nadie.

—¿Y usted, Foldvar?

—Yo me quedo. Sólo les deseo que tengan suerte.

—Yo tampoco voy —manifestó el polaco.

—¿Müller?

El alemán levantó su abstraída mirada.

—Me gustan las empresas difíciles —dijo— y más cuando se halla comprometida la suerte de una linda señorita. Me uno a ustedes.

—Bien. Entonces escuchen atentamente. Hay un guardia delante de la puerta donde están mis hombres...

Kazan, el húngaro y Mihaly, el polaco, se apartaron discretamente. El ruso estaba convencido de que el americano no lograría su intento; pero la vida le había enseñado a que cada uno resolviera sus propios problemas. No pensaba sacar beneficio alguno denunciándoles a Yandot. Permanecería en el camarote sin moverse mientras durara la revuelta.

Quince minutos más tarde, Derek, Lanca, el alemán y Yemeneff salieron del camarote encaminándose a su primer objetivo.

Al llegar al recodo, Derek se asomó echando un rápido vistazo. Había un tacomis montando guardia delante de la puerta, sentado en una especie de taburete y muy entretenido, al parecer, en la contemplación o lectura de un libro de láminas de metal.

Derek hizo una seña a Yemeneff y a Müller y éstos avanzaron despreocupadamente hacia el centinela que levantó la cabeza al oírles llegar. No recelaba nada y no previó el ataque de que fue objeto. Los dos hombres cayeron violentamente sobre él, y mientras Müller le aplicaba un fuerte puñetazo en la mandíbula, Sergio se apoderaba de la pistola eléctrica colgada de su cinto.

El tacomis se derrumbó pesadamente al suelo. Un segundo puñetazo del alemán lo dejó insensible. Derek se acercó corriendo y cogió el dispositivo que hacía correr la puerta. Ésta se abrió, replegándose hacia un lado. Penetró en el interior de la sala, seguido del ruso. Todos los presos le miraron con estupor. El grupo de americanos corrió a su encuentro.

—¡Bendita sea! Lo ha conseguido, capitán —exclamó entusiasmado el teniente Wilson.

—Salgan pronto de aquí y espérennos en el pasillo. Le hago a usted responsable de la señorita Lanca.

—A sus órdenes, mi capitán. Ya habéis oído, muchachos. Andando.

Wilson, Morse, Garry y Shandon salieron atropelladamente. El comandante Sergio habló en ruso incitando a todos a escapar. Le escucharon en silencio. Luego, treinta hombres se adelantaron decididos. Eran los soldados y marineros rusos supervivientes de la matanza del campo de Sibiriakof. Muchos de ellos estaban sobrecogidos de terror; temían de modo extraordinario a Yandot, el hombre rojo. Querían escapar, pero el miedo les restaba muchas energías.

Derek dio una orden y salieron todos de la sala cerrando la puerta a sus espaldas. Müller y los americanos aguardaban junto al cuerpo desvanecido y maniatado del centinela.

—Hay que procurarse armas —dijo Derek—. Dividámonos en tres grupos. El objetivo es el hangar donde se encuentran las esferas volantes. Müller, usted tome el mando de quince hombres. Usted, comandante, de otros quince. Yo mandaré el resto, o sea mi tripulación. Así nos podremos entender mejor. Adelante.

Siguieron juntos por el corredor sin encontrar a nadie. Llegaron delante de los ascensores.

—Nosotros subimos en busca del profesor —dijo Derek—. Bajen ustedes al hangar y apodérense de una esfera por encima de todo. Conocemos su manejo y cabemos todos en ella. Mucho silencio y eviten que se dé la alarma. Suerte.

Se metieron en los ascensores. Los americanos hicieron funcionar la jaula metálica y empezaron a subir. Derek detuvo el ascensor en el piso doce, donde cabían más probabilidades de encontrar al profesor. Las puertas del ascensor se abrieron y... se dieron de bruces con un tacomis.

Como una tromba, los cinco americanos se lanzaron sobre él, tapándole la boca y sujetándolo fuertemente. Derek le despojó de su pistola eléctrica encañonando con ella al prisionero. Éste tenía el rostro arrugadísimo. Debía ser muy viejo, pero no había la menor expresión de miedo en sus ojos oscuros.

—Profesor Hoppel —dijo Derek lentamente—. Profesor Hoppel.

El tacomis denegó con la cabeza. Derek, impaciente, le golpeó con la culata de la pistola, derribándole. Le sabía mal emplear la violencia con aquellos ancianos, pero no le quedaba otro recurso si querían escapar.

—Atadlo y amordazadlo —ordenó—. Luego ocultad su cuerpo en cualquier habitación.

Fue cuestión de segundos hacer lo que el capitán había ordenado. Después siguieron a Bedford a la sala de conferencias.

Reinaba un silencio de muerte en el *Kipsedon*. Todo aparecía en calma. Los corredores y las estancias estaban desiertos, alumbrados únicamente por aquella luz azul tenue y difusa.

Derek avanzaba con precaución. Un sudor frío le corría por todo el cuerpo. Sin poderlo remediar volvió un par de veces la cabeza, asegurándose de que nadie, a excepción de sus hombres y de Lanca, le seguía. Llegaron al otro extremo del corredor circular. Hacia la parte del centro se abría una espaciosa sala con una serie complicadísima de aparatos. Aquello era un fantástico laboratorio, uno de los más complejos que viera Derek en su vida. Tres tacomis trabajaban junto a unas mesas de vidrio, en tanto que dos robots, dos hombres mecánicos, se movían por la estancia a cada orden que daban en su idioma gutural los tacomis. El profesor Hoppel se hallaba muy enfrascado mirando por un potente microscopio electrónico.

La presencia de los robots dejó desconcertados unos instantes a los americanos,

pues no sabían de qué eran capaces aquellas máquinas dotadas de cerebros electrónicos.

Derek, sin vacilar más, dio un salto y penetró en la estancia encañonando a los tres tacomis. El profesor Hoppel levantó la vista de su trabajo y miró estupefacto al capitán. La expresión de éste y del grupo que le seguía no daba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Derek hizo un gesto para que levantaran los brazos. Los tacomis obedecieron. Estaban desarmados.

—¡Lanca! —exclamó el profesor—. ¿Qué significa esto?

—Significa —respondió Derek— que nos hemos arriesgado por venir a buscarlo, doctor Hoppel. Venga con nosotros.

—Yo estaba...

—No me importa lo que estaba haciendo. El general Hamilton me ordenó que velase por usted y debo obedecer. Vendrá con nosotros tanto si quiere como si no quiere. ¡Wilson!

El teniente se adelantó cogiendo por un brazo al profesor. En aquel momento, uno de los tacomis pronunció unas palabras en voz gutural. Los robots, que continuaban impertérritos en su trabajo, se volvieron lentamente. El tacomis volvió a hablar.

—Haz callar a ese tipo, Garry —gritó Derek.

Pero ya era tarde. ¡Los robots se movían en dirección al grupo de americanos! Y sus largos brazos empuñaron las pistolas que llevaban al cinto.

—Dispare, mi capitán —gritó frenético Jim Shandon.

Derek oprimió el botón de su pistola. Se escuchó un aullido parecido al de una sirena y como el restallar de un látigo. Por el cañón de la fantástica pistola salió unía deslumbrante chispa azul que fue a dar en mitad del pecho del primer robot. Al chocar contra la envoltura acorazada del hombre mecánico, la chispa ardió con un fulgor verdooso y un crujido siniestro, pero no detuvo el avance del robot.

Derek volvió a disparar apuntando esta vez a la cabeza con el mismo efecto negativo. El hombre-máquina levantó rapidísimamente su pistola y apuntó a Derek que estaba más cerca.

El capitán se consideró perdido. El terror le sacudió todos los nervios. Abrió la boca en busca de aire para gritar, pero en aquel preciso segundo retumbó en la estancia una palabra gutural. Los robots se detuvieron en seco. Bajaron lentamente sus armas y las enfundaron.

Los americanos se volvieron sorprendidos. Enmarcada en el umbral de la puerta, vieron la figura imponente de Yandot, el Hombre Rojo de Tacom. Yandot, que acababa de salvar la vida del capitán, no llevaba ninguna clase de armas. Mantenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo y miraba profundamente a todos los allí reunidos.

De súbito, un ruido extraño, parecido al zumbido de una sirena que tocara, rompió el silencio en que se hallaba sumido el *Kipsedon*. Yandot no dio muestras de

haber oído aquel ruido. Pero su significado estaba bien claro para los terrestres. ¡Estaba sonando la alarma!

Vibraron unos altavoces con palabras pronunciadas en idioma tacomis.

—Sus amigos han logrado apoderarse de una esfera volante —dijo Yandot ¡en un inglés perfecto!—. Un grupo de fugitivos ha sido reducido. El otro grupo penetró por sorpresa en el hangar, matando a dos guardianes. Se ha encerrado dentro de la esfera. Mientras permanezcan allí son invulnerables. Pretenden que les abramos las puertas del hangar. Amenazan con disparar los cañones atómicos si no obedecemos. Esto sería catastrófico para el *Kipsedon*, que no está construido para resistir un ataque desde el interior. El comandante Yemeneff ordena que les llevemos a ustedes a bordo sin pérdida de tiempo.

—¡Bravo por el ruso! —exclamó Wilson—. ¡Larguémonos mi capitán!

—Y en el caso de salir del *Kipsedon* ¿creen que llegarían muy lejos? —dijo Yandot—. Los torpedos dirigidos aniquilarían inmediatamente a la esfera. No tienen escapatoria posible. Ordene al comandante, su amigo, que se entregue.

—No lo pienso hacer —replicó decidido Bedford—. Abra paso.

Yandot negó con la cabeza.

—Escuchen —dijo.

Los altavoces continuaban vibrando con estrépito. Una voz pausada y monótona daba noticias repitiendo casi siempre las mismas palabras.

—Se aproximan varios centenares de aparatos procedentes de varios países. Los terrestres han decidido presentar batalla. Nuestro radar los ha detectado a cien millas de aquí y nuestros cerebros electrónicos han dado el número, velocidad, posición y tiempo que tardarán en presentarse en este punto.

—¡Magnífico! —gritó Wilson—. No se nos pueden presentar mejor las cosas. Vayamos con el ruso.

Derek apuntó a Yandot.

—Le he dicho que deje paso.

Yandot negó de nuevo con la cabeza.

—Todos los aviones serán destruidos. Esto puede evitarse si ustedes se entregan voluntariamente. El *Kipsedon*, entonces, emprenderá el vuelo huyendo del enemigo que se acerca.

Derek vaciló.

—Dispare, capitán —gritó Wilson—. No podemos confiar en la palabra de este hombre.

—No seas loco, Derek —gruñó el profesor—. ¿No ves que está tratando de ayudarnos?

—Salgamos de una vez de aquí —dijo el teniente Morse—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Dispare, señor —dijo el sargento Garry.

—Por última vez, Yandot —ordenó Derek—. Apártese o me verá obligado a

hacer fuego.

El hombre de Tacom no se movió. Derek empezó a apretar el botón que hacía entraren función la pistola. Admiraba, a su pesar, la tenacidad del tacomis, pero su vida y la de todos sus compañeros estaba pendiente de un hilo. Ya decidido, apretó el disparador. Resonó un estallido y un chispazo verdeazul alumbró la estancia.

Pero Yandot no cayó fulminado. En el último instante, sin que nadie lo pudiera impedir, Lanca, dando un leve grito, desvió de un golpe el cañón del arma hacia arriba. La chispa dio contra el techo y allí murió.

Yandot dio uno de sus fantásticos saltos y atenazó la muñeca del capitán. De un violento tirón lo desarmó, apoderándose de la pistola, al tiempo que en la estancia hacían irrupción cinco tacomis armados de fusiles atómicos y eléctricos.

Derek se volvió furioso a Lanca, diciendo irónico:

—Tu intervención ha sido muy oportuna. Gracias.

Yandot dio varias órdenes a sus hombres. Luego, volviéndose hacia el profesor y su hija, dijo en inglés:

—Pueden considerarse desde este momento huéspedes de honor de los tacomis. Sus personas son sagradas para todos los tripulantes del *Kipsedon*. Usted, profesor, continúe su trabajo, haga el favor...

Derek no pudo oír más. Dos minutos después era metido, en compañía de sus hombres, en una habitación donde se encontraban Müller y catorce de sus hombres.

—Fracasamos, capitán —explicó el alemán—. Conseguimos inutilizar a dos tacomis y apoderarnos de sus armas; pero nos rodearon casi enseguida. Uno de los soldados disparó su pistola y liquidó a un viejo, pero al instante cayó fulminado. Yo preferí arrojar mi pistola porque, de lo contrario, habrían acabado con todos nosotros. Aprovechando la consiguiente confusión, el comandante Yemeneff logró penetrar con sus hombres en una esfera después de matar a un guardián. Allí abajo están; en el hangar esperándoles, me figuro, o aguardando a que les abran la puerta del *Kipsedon*.

Derek contó por su parte lo sucedido a su grupo. Apenas había acabado su relato, se abrió la puerta y apareció Yandot.

—Venga conmigo, capitán —dijo.

Bedford, extrañado, le siguió.

—Los aviones terrestres están muy cerca del *Kipsedon*. No podremos evitar el combate, a menos que Yemeneff deponga su actitud. Háblele usted, dándole cuenta de la situación.

Derek no contestó. Pensaba en Lanca y en su extraña intervención. ¿Por qué había desviado su pistola? ¿Acaso el hombre rojo había ejercido una influencia nefasta sobre ella? Miró a su acompañante. Yandot caminaba balanceando levemente el cuerpo, moviendo apenas sus brazos y flexionando en demasía, como siempre, las rodillas. El tacomis no dejaba traslucir sus emociones. Su semblante era tan inescrutable como el de un piel roja.

Yandot le condujo a la cámara de derrota, donde se hallaban varios tacomis

consultando una serie complicadísima de aparatos. Yandot manipuló en los mandos de una pantalla de televisión, apareciendo el semblante de Sergio Yemeneff.

—Es mi último aviso, Yandot —dijo—. Trae a bordo a mis amigos o no respondo de las consecuencias. Corred la compuerta para el despegue.

Derek cogió el micrófono que le alargaba el tacomis.

—Es inútil que nos espere, Sergio. Yandot no piensa soltarnos. Si sale del *Kipsedon* será inmediatamente destruido por los torpedos dirigidos o los rayos desintegradores. Pero de todos modos, haga lo que crea más conveniente.

—Escaparemos, capitán. Han pasado los cinco minutos que di de plazo. Que abran la compuerta. Sé que han puesto los motores del *Kipsedon* en marcha, pero no conseguirán cogermé.

En su excitación, el comandante había hablado en ruso y Derek no había entendido ni una sola palabra. De todos modos, dijo:

—Suerte, Yemeneff.

Súbitamente, la sala de derrota se iluminó completamente, las paredes se tornaron transparentes y varias pantallas de televisión conectadas con patentes telescopios, se iluminaron con las imágenes de los aparatos a reacción que volaban a gran altura y sobre los que no cesaban de dar detalles los cerebros electrónicos.

Derek, sin embargo, tenía los ojos clavados en lo que sucedía en el hangar de las esferas. Vio en la correspondiente pantalla de televisión cómo se corrían las compuertas del hangar y la esfera tripulada por Yemeneff y los quince hombres que le seguían salía volando a poca velocidad del *Kipsedon*. Las compuertas se cerraron, y Derek apartó la vista de la pantalla para mirar a través de las paredes transparentes de la cúpula.

Temoc, el jeddad de los tacomis, empezó a dar órdenes en voz gutural. El zumbido de los motores se hizo más intenso. El *Kipsedon* se elevó en el aire, lentamente, como si le costara un gran esfuerzo. Desde la sala de derrota veíanse unos puntitos que eran otros tantos aviones acercándose a toda velocidad al campo de hielo. El *Kipsedon* continuó ascendiendo.

La esfera del comandante Sergio describió un círculo alrededor del *Kipsedon*. De pronto, de la esfera brotó un chorro de proyectiles atómicos que explotaron sobre la coraza de kass del *Kipsedon*. Resplandores inmensos iluminaron aquel sector del Polo Norte. La astronave estremeciéndose violentamente, sin que, empero, se notara la menor variación de temperatura en su interior y el más leve fallo en el funcionamiento de los motores o en las instalaciones eléctricas.

Dentro de la sala de mando del *Kipsedon* reinaba gran actividad. Kanak, jefe de la artillería, gruñía órdenes a sus hombres que iban locos, abriendo y cerrando llaves. Los cerebros electrónicos de los torpedos y proyectiles captaron las ondas de la esfera. Un aluvión de torpedos se abatió sobre la esfera del comandante Yemeneff. Formóse ante los ojos estupefactos de Derek una fantástica danza de colores y resplandores vivísimos, de fogonazos, llamaradas, de bloques de hielo que se fundían

en el aire, de columnas de humo radioactivo, y de pedazos de kass al rojo vivo describiendo enormes parábolas sobre el campo de hielo, desintegrándose a medida que iban cayendo dentro del campo de los rayos desintegradores tacomis.

Los aparatos de radar parecían haberse vuelto locos, de tantos ecos que señalaban a cortísima distancia. Derek miraba, conteniendo el aliento, hacia las formaciones ruso-americanas de cazabombarderos y aviones de asalto.

De pronto, el mundo pareció estallar delante del *Kipsedon*. La astronave vibró fuertemente, derribando de rodillas a Derek y a dos o tres tacomis. Se elevó en el campo de hielo una imponente bola de fuego. Las radiaciones de calor hicieron que el aire circundante se tomara incandescente. ¡La bola de fuego, centro de una explosión atómica, conteniendo los productos vaporizados de la desintegración, se elevaba rápidamente a la estratosfera, formando la característica nube en forma de seta, de extraordinaria radiactividad!

La bomba atómica había estallado a menos de cuatrocientos metros del *Kipsedon*. Las paredes de kass transparentes absorbieron la fuerza de las radiaciones y del terrible resplandor. La onda explosiva hizo bambolear a la aeronave, que empezó a subir vertiginosamente al encuentro de los reactores, lanzados ya en picado.

Por todas partes, incluso a través de las nubes radioactivas, se lanzaban los aviones sin piloto, los proyectiles dirigidos y los cohetes que estallaban por proximidad al objetivo. Colocados en segundo término, los aparatos de propulsión a chorro disparaban contra el *Kipsedon* una verdadera lluvia de cohetes y granadas que cubrían el cielo de cintas y rastros luminosos de todos los colores.

Las armas de la nave interplanetaria entraron en funciones. Alrededor del *Kipsedon* habían formado un campo magnético en el que estallaban, a poco de penetrar, todos los proyectiles terrestres.

Los que conseguían pasar la barrera magnética eran abatidos por los torpedos provistos de cerebros electrónicos. Los torpedos salían del *Kipsedon*, en verdaderos racimos, buscando con saña los fuselajes metálicos de los B-56 americanos, de los TuG-75 soviéticos y de los Camberra ingleses.

Los proyectiles ígneos y los cañones atómicos destruían sistemáticamente a todo avión que escapaba de la persecución incansable y tenaz de los torpedos tacomis. Los reactores se precipitaban envueltos en llamas o desintegrados en miles de pedazos sobre las capas heladas del Polo Norte. Los icebergs temblaban y se desmoronaban, produciéndose espantosos aludes, ante el retumbar ensordecedor de las explosiones, aunque en el interior del *Kipsedon* sólo se oían las voces de mando de Temoc, de Kanak o de Yandot.

Como una exhalación, la astronave ascendió hacia la estratosfera pasando entre los bombarderos terrestres, muchos de los cuales entraron en barrena al chocar contra el aire desplazado por el *Kipsedon* en su formidable marcha.

Los aviones desaparecieron en la lejanía en pocas décimas de segundo...

Derek cerró los ojos consternado. ¡Todo se había consumado! Decididamente,

nadie podía oponerse a los deseos de Yandot. ¡Si hubieran escapado con el comandante Yemeneff habría tenido su mismo horrible final!

Los tacomis no tardarían en poner rumbo hacia las plantas atómicas norteamericanas. Y este hecho podía representar el fin de los Estados Unidos. La Humanidad reaccionaría vivamente contra los hombres rojos espoleada por la derrota de sus aviones sobre el Polo Norte o impulsada por el terror. Del miedo que atenazaría los corazones humanos surgiría el deseo de sobrevivir creyéndose amenazados. Y con su reacción sólo lograrían despertar los instintos de lucha y de conquista de los tacomis, y nada más que calamidades, sangre y un pánico feroz traería consigo una guerra entre dos mundos distintos.

Kazan podía sonreír satisfecho en su camarote. Sus planes se estaban desarrollando a la medida de sus deseos.

Derek sintió que le tocaban en un brazo. Era Lanca Hoppel. La joven tenía los ojos bañados en lágrimas, reflejando la honda impresión que habían dejado en su ánimo los últimos acontecimientos.

—Derek —musitó—. Yo... oh, Derek. ¿Por qué lo habré hecho?

El capitán la miró sorprendido. No sabía a qué se refería, si al momento en que le desvió el arma o al día en que se marchó de su lado.

—Ha sido horrible... Todo... Yo tuve la culpa. Perdóname...

Derek no comprendía bien sus palabras, pero de una cosa estaba cierto y era de que su mujer le pedía perdón, y nunca como en aquel momento necesitaba Lanca su cariño y su protección.

Abrió los brazos y Lanca refugióse en ellos, llorando mansamente.

—Lanca, vida mía. ¡No sabes cuánto tiempo he esperado este momento! Me parece imposible tenerte otra vez en mis brazos...

—Oh, Derek. Te quiero... te quiero... ¿Pero qué va a ser de nosotros?

—Me temo que tendremos que ir acostumbrándonos a vivir en esta aeronave. Pero no sufras, yo velaré por ti.

El capitán se encogió levemente de hombros. Para él, la cuestión de su destino había quedado relegada a segundo término. Lanca le quería. Esto sólo le bastaba.

—De todos modos —agregó Lanca—, donde quiera que tú estés, será el lugar más hermoso para mí.

Derek besó a su esposa. Al levantar la cabeza su mirada se encontró con la de Yandot. El hombre rojo desvió la vista, inclinando el cuerpo sobre los instrumentos de la sala de derrota. Un momento después, pudo sorprenderle el capitán con la mirada perdida soñadoramente en el cielo azul por el que volaba el *Kipsedon* a increíble velocidad. Aunque por primera vez advertía Derek un síntoma de emoción en él, no supo interpretar correctamente la ausencia de su mirada. Por demás, el semblante de Yandot continuaba tan impasible, inescrutable y pétreo como de costumbre...

LIBRO SEGUNDO
EL REINO DE LAS SOMBRAS

CAPÍTULO I

¡PELIGRO...!

Una ola de terror se extendió sobre la Humanidad. La masa se lanzaba ávida a leer las noticias en la prensa, escuchaba afanosa junto a los aparatos de televisión y radio y discutía histéricamente la verosimilitud de los hechos relatados por los Estados Mayores de la Aviación. Procurábase en los medios militares ocultar y silenciar cuanto ocurría, pero esto fue contraproducente, pues la imaginación de las gentes galopaba desbocada por los caminos de lo irreal.

Primero habían sido los misteriosos platillos volantes. Aparecieron en las cinco partes del mundo... En realidad, sólo se vieron las estelas luminosas y los rastros de fuego dejados en sus vertiginosos desplazamientos por el cielo. Luego había estado aquel mensaje del profesor Hoppel, anunciando el peligro que amenazaba a la Tierra. Fue cuestión de horas llegar a ponerse de acuerdo las principales potencias. Como naciones más poderosas y más directamente amenazadas, los Estados Unidos y la U.R.S.S. contribuyeron a la aventura con numerosos e importantes efectivos aéreos. El ataque a la imponente astronave de color azul resultó un tremendo fracaso. Escuadrillas enteras quedaron destruidas en cuestión de segundos, sin que pudieran impedir el despegue majestuoso de la aeronave y su increíble ascensión hacia el espacio.

Pero he aquí que cuando se consideraba, si no cancelado, sí temporalmente alejado el peligro de la Tierra, los telescopios de los distintos observatorios del mundo entero habían descubierto algo asombroso. La noticia no se pudo ocultar. Trascendió al público y a la masa de lectores y radioescuchas. Al principio no hubo terror alguno, tan sólo curiosidad morbosa. Después, sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica, el pánico cundió entre las gentes.

El motivo no era para menos: La Tierra poseía desde hacía unos días un nuevo satélite, muy pequeño, que describía su órbita a cuarenta mil kilómetros de distancia. Se supuso era la fantástica astronave que desapareciera sobre el Polo Norte.

Y desde el momento que permanecía allí, describiendo diariamente una vuelta completa en torno a la Tierra, es que existía alguna razón. ¿Y qué otra razón podía ser sino la futura conquista de la Tierra por habitantes de otro mundo desconocido? Estos hombres interplanetarios, no cabía la menor duda, estaban vigilando, observando, sacarlo deducciones, calibrando la posibilidad de invadir y adueñarse del planeta.

Y el terror se apoderó de la Humanidad...

* * *

Las grandes compuertas de los hangares se abrieron dejando paso libre a las naves tacomis. Impulsados por sus potentes motores atómicos, los extraños aparatos siderales se alejaron del *Kipsedon*, cayendo a plomo sobre la Tierra y saliendo de la órbita descrita por la astronave.

La flota de combate tacomis volaba en densa formación. Las siete esferas (una había sido destruida por el propio *Kipsedon* al intentar el comandante Ymeneff escapar en ella) marchaban en el centro, rodeadas por los dieciocho platillos votantes y precedidas por los veinticinco destructores de forma ahusada, yendo cada aeronave tripulada por tres hombres.

En la esfera almirante, mandada por el sut Zanu, viajaba el profesor Hoppel, del Observatorio de Monte Palomar; el capitán Bedford, de la Air Force, y Karl Müller, evadido del campo de concentración de Sibiriakof. En otra esfera, bajo las órdenes de Yandot, iban el intrigante Dimitri Kazan y sus compañeros de aventuras: el Húngaro y Mihaly, el Polaco.

Los terrestres contemplaban fascinados, a través de las paredes transparentes de kass, material de que estaban construidas las aeronaves, la curvatura del planeta que parecía subir a increíble velocidad a su encuentro. Suspensos y aturdidos, no acertaban a formular palabra alguna como no fuera para admirar la extraordinaria inteligencia de aquellos seres que habían conseguido vencer la fuerza de gravedad e inercia.

Al entrar en contacto con la atmósfera terrestre, se notó como un suave choque y un chirrido, al tiempo que un aumento rápido de temperatura. El sut Zanu manipuló en el tablero de control, donde brillaban luces de todos los colores imaginables y oscilaban una cantidad abrumadora de indicadores. La temperatura volvió a ser la de antes, el chirrido desapareció y la velocidad disminuyó considerablemente.

A cuarenta kilómetros de altura, la flota asumía el vuelo horizontal. Zanu iluminó la pantalla de televisión y habló con aquella voz gutural peculiar de los tacomis. A través de las paredes transparentes de kass, los terrestres observaron cómo la formación se disgregaba en dos grandes grupos, tomando direcciones opuestas.

La formación de Yandot perdióse rápidamente de vista dejando tras de sí fugaces y luminosos rastros que tenían el aspecto de colas de fuego.

Las aeronaves de Zanu describieron un semicírculo y se abatieron hacia tierra. Volando a poca altura sobre el Océano Pacífico, podía apreciarle la blanca estela de un buque que empenachaba de negro el horizonte con el humo de sus chimeneas. Casi en seguida divisóse en lontananza una delgada línea de costa.

Derek Bedford asistía silencioso al vertiginoso avance de las aeronaves. Las costas se echaron encima. Apareció un puerto. El capitán lo reconoció. Era el de Los Ángeles. Se imaginó la profunda consternación que la presencia de las naves interplanetarias habría causado entre los habitantes de la ciudad, sobre cuyo cielo pasaron a velocidades fantásticas. Casi bruscamente, el paisaje que se deslizaba raudo bajo su asombrada mirada, se detuvo, por así decirlo. En realidad, eran las aeronaves

las que se habían quedado estáticas en el aire, y, sin embargo, ni una sola sacudida ante el violento frenazo se sintió en el interior de la esfera almirante. Y lo mismo debía haber pasado en los otros aparatos.

A cinco mil metros de profundidad pudieron los terrestres distinguir perfectamente unas construcciones modernísimas enclavadas en un terrero desértico. Eran las plantas atómicas de Oak Ridge. Lo sabían sin necesidad de mirarlas, como asimismo conocían el objetivo perseguido por los tacomis: combustible atómico y víveres que pudieran concentrar en suficiente cantidad para emprender el viaje de regreso a Tacom.

Las esferas y los platillos volantes se cernieron sobre Oak Ridge, lugar celosamente guardado por los americanos contra enemigos de todo género, quedando inmóviles a menos de doscientos metros de altura, mientras las naves de forma ahusada, los destructores, colaban describiendo lentos y majestuosos círculos a doce mil pies de altura y constituyendo un techo de protección contra las incursiones aéreas norteamericanas que no se harían esperar.

En tierra reinaba una enorme agitación. Las sirenas de alarma debían estar sonando desaforadamente, pues veíase correr a la gente en todas direcciones, en tanto que los guardias, fusil ametralladora en mano, miraban boquiabiertos y con los ojos espantados hacia las naves estacionadas en el aire. *Jeeps*, automóviles y grandes camiones rodaban por las carreteras que conducían a las plantas atómicas a desenfadada velocidad. En su nerviosismo, un chófer no controló el volante y se salió de su ruta, volcando en la cuneta. Los guardianes, repuestos un tanto de su sorpresa, empezaron a disparar locamente. Cerrábanse puertas y ventanas. La confusión y el terror llegaron en breves instantes a su máximo.

Derek Bedford, angustiado, presenciaba el movimiento de aquella colmena humana aterrorizada por la presencia de las naves interplanetarias y por la siniestra amenaza que ello representaba.

La voz gutural de Zanu le sobresaltó. Vio cómo los tacomis apretaban una serie de botones encarnados. Una diminuta pantalla reflejó una onda intermitente. Volvió los ojos hacia Oak Ridge y soltó un respingo. En los pocos días que llevaba al lado de los tacomis había hecho esfuerzos considerables para no asombrarse de nada cuanto viera. Vano intento. Segundos antes las plantas atómicas de Oak Ridge parecían una colmena en ebullición. Ahora eran un cementerio. Nada se movía: ni automóviles, ni los grandes camiones que circulaban por la carretera, ni las máquinas, ni los hombres; en una palabra: nada.

Yandot les había hablado de la acción de los rayos paralizadores. En este momento estaba observando sus efectos. Los motores habían dejado de funcionar. Los hombres estaban completamente inmóviles en las más extrañas actitudes: con la cabeza levantada, una pierna a punto de dar un paso o con los fusiles alzados apuntando hacia arriba. Era algo grotesco y sorprendente. Risible y aterrador.

Zanu dio una orden ante la pantalla de televisión y las esferas y los platillos

volantes descendieron hasta posarse suavemente en el mismo interior de las fábricas atómicas. Allá arriba, en el cielo azul, seguían los destructores girando y describiendo círculos.

Las puertas de las esferas y de los platillos se abrieron convirtiéndose en rampas. Por éstas empezaron a bajar los tacomis, embutidos en trajes especiales de kass, provistos de escafandras y armados de fusiles eléctricos. Algunos descendieron con raros y extraños aparatos que fueron transportados por hombres robots al interior de los edificios. Escucháronse rumores sordos.

Zanu se encaró con los dos americanos y el alemán. En su mano sostenía una especie de micrófono que alargó al profesor. En la pantalla de televisión apareció el rostro rojizo de Yandot. Los labios del Hombre Rojo se movieron levemente hablando en ruso.

—Dice mi hermano Zanu que sus aparatos de localización han detectado varias escuadrillas de combate que se dirigen hacia las aeronaves. Hable usted, profesor Hoppel, a sus compatriotas advirtiéndoles del peligro que corren. Que se abstengan de luchar. De lo contrario, lamentaríamos tener que defendernos. Yo estaré escuchando sus palabras. Conozco bastante bien su idioma y no me podrá engañar. Recuerde que su hija está a bordo del *Kipsedon*.

Müller tradujo estas palabras al inglés. El profesor empezaba a lamentar haber secundado en cierto modo los proyectos tacomis. Claro está que lo había hecho llevado de su espíritu científico, admirado de los progresos alcanzados por los hombres rojos en todas las ciencias y también impulsado por la idea de que si no lo hacía caerían grandes males sobre la Humanidad. Pero veía que, de todos modos, los tacomis tendrían que emplear sus terribles armas para conseguir combustible atómico y víveres.

Cogió el micrófono que le alargaba Zanu. Sabía que su voz sería escuchada no sólo por los pilotos de los aviones que se aproximaban a toda velocidad sino también por todos cuantos estuvieran junto a un aparato de radio o de televisión sintonizado con las emisoras enclavadas en un radio de cien millas a la redonda.

—¡Atención! ¡Atención! Habla el profesor Hoppel del Instituto Astronómico de Monte Palomar —volvió a repetir las mismas palabras y prosiguió—. Al Gobierno de los Estados Unidos, al Comando Estratégico del Aire y a los comandantes de las escuadrillas que vuelan hacia este punto: desistan de cualquier intento violento de arrojar las naves interplanetarias del cielo de Oak Ridge. Hablo así porque comprendo que es imposible resistir ni siquiera oponerse al intenso poder de estos seres llamados tacomis. Ningún daño causarán a menos que sean atacados. Repito: No ataquen a las aeronaves estacionadas en el cielo de Oak Ridge. Dentro de poco abandonarán la Tierra.

Zanu cortó la comunicación y el rostro de Yandot desapareció de la pantalla. El sut hizo una seña a los terrestres para que bajaran. Aunque no les hacía ninguna falta, fueron provistos de escafandras de kass. Derek, el capitán, sabía por qué. Las

escafandras iban provistas de pequeños aparatos de radio que les servían para comunicarse entre sí siempre que la distancia no fuera superior a tres millas. Llevando puestas las escafandras, los tacomis oirían todo cuanto pudieran hablar entre ellos.

Cruzaron un patio vallado por el que se movían varios robots transportando aparatos de formas raras al interior de los edificios donde ya trabajaban dos docenas de tacomis bajo la dirección de Utor, hermano de Zanu y Yandot.

De súbito, oyeron fuertes zumbidos que aumentaban en intensidad por momentos. ¡Los aviones americanos atacaban a los destructores de forma ahusada! ¡Y disparaban con todas las armas de a bordo!

El corazón de Derek se encogió dentro de la caja torácica, viendo cómo los destructores, hasta entonces estacionados en el cielo, se movían adquiriendo una velocidad terrible y apartándose de la trayectoria de los proyectiles, inofensivos contra la coraza de kass.

Las naves tacomis describieron una semiluna en el aire punteado por los fogonazos de las ametralladoras, y se lanzaron sobre las formaciones yanquis. No intentaron chocar contra los reactores y mucho menos hacer uso de sus armas, limitáronse a desorganizar la formación, realizando varias pasadas a toda velocidad por encima de las escuadrillas yanquis.

Derek no se percató de que había sido Zanu quien, desde el suelo, había dado aquella orden. Los cazas americanos continuaron revolviéndose como locos en el espacio disparando sin cesar y causando el mismo daño que un niño con una escopeta cargada de perdigones hubiese producido a los aparatos yanquis. Los pilotos americanos debieron recibir órdenes de retirarse o comprendieron que estaban perdiendo el tiempo, lo cierto es que variaron súbitamente el rumbo y tras pasar sobre las esferas y los platillos, sin disparar ni arrojar ningún cohete o bomba debido a la proximidad de las fábricas atómicas, emprendieron el regreso a sus bases.

Zanu hizo una seña a sus compañeros y penetraron en el edificio. El capitán Bedford y Karl Müller quedáronse un poco atrás.

—No se nos presentará una ocasión mejor que ésta para escapar —dijo el alemán—. Podemos apoderarnos de Zanu e imponer condiciones. Zanu es un jefe y los tacomis lo cambiarían gustosos por la hija del profesor.

—¿Olvida usted que Zanu está armado y nosotros no? —replicó el americano a través de la radio de que iban provistas las escafandras—. Además, Zanu estará oyendo nuestra conversación y quién nos asegura que no conoce el inglés. Estos individuos son portentosos. Puede haberlo aprendido escuchando las emisiones de nuestras estaciones de radio.

—No se nos presentará ocasión mejor que ésta —repitió Müller.

El alemán tenía razón, pero Derek pensaba en Lanca. ¿Qué ocurriría si salía mal la intentona? Además, Zanu podría montar en cólera y destruir en un santiamén unas cuantas ciudades americanas como represalia. Mas, aquella amabilidad tacomis... ¿No podría ser todo un juego sucio? ¿Qué harían después? ¿Les dejarían libres? ¿Se

volverían contra la humanidad? ¿O partirían de la Tierra una vez tuvieran el combustible necesario para llegar hasta su lejana galaxia?

—Esperaremos los acontecimientos —dijo—. Si nos precipitamos lo echaremos todo a rodar.

Siguieron a Zanu y al profesor. Todo el personal de las plantas atómicas, profesores, técnicos, doctores, empleados, guardianes, etc. parecían figuras de cera. Ni uno sólo se movía. Mantenían los ojos abiertos, pero era difícil adivinar si veían a las extrañas criaturas que pasaban por delante de ellos embutidas en pintorescos atuendos azules.

Docenas de tacomis trabajaban afanosos. Medio centenar de sorprendentes robots les ayudaban en su trabajo. Movíanse con una seguridad pasmosa, sin tropezar con ningún obstáculo, obedeciendo las órdenes que les trasmitían los hombres rojos como si fueran soldados perfectos.

—Merecía la pena ver esto —exclamó maravillado el profesor Hoppel—. Es realmente magnífico, como todo lo que se refiere a estos hombres.

Sonó en sus oídos una voz tacomis. Entendieron que se llamaba a Zanu. Éste contestó guturalmente y continuó inspeccionando el trabajo de sus hombres.

Sobre el ruido de los aparatos eléctricos y del gordo rumor de la maquinaria percibióse el estrépito de varios disparos de armas de fuego. Zanu habló por la radio. Le contestó una voz inexpresiva. El sut salió de las fábricas llevando pegados a sus talones a los tres terrestres.

Por las carreteras que conducían a Oak Ridge avanzaban grandes masas de tanques, unidades acorazadas y batallones del Ejército, armados con todos los ingenios bélicos ultramodernos. Aproximadamente a dos kilómetros de Oak se detenían y establecían posiciones. Divisábanse cañones autopropulsados de gran calibre, artillería antitanque y antiaérea, bazookas y lanzacohetes, reflectores lanzanieblas y ametralladoras, todo en gran profusión.

Más lejos, en el cielo azul de California, volaban numerosas escuadrillas de aparatos. Todo indicaba que se proponían lanzar un ataque conjunto contra las plantas atómicas.

—Supongo que no recurrirán al extremo de lanzar una bomba de hidrógeno sobre nosotros, destruyendo todas las instalaciones —comentó Derek preocupado.

—No sería nada extraño —dijo Augustus Hoppel— teniendo en cuenta el pánico que debe haber cundido entre la población. A estas alturas todo el mundo debe saber que las naves interplanetarias se han apoderado de las fábricas atómicas con una facilidad asombrosa. Los Estados Mayores del Ejército y de la Aviación dudan en lanzar un ataque presintiendo que nada conseguirían. Pero debe ser destruido este peligro que amenaza a la humanidad y esto les atormenta. El Gobierno estará buscando una salida al asunto. Nadie sabe si las intenciones de los tacomis son las que yo he anunciado por la radio. Se darán explicaciones, se discutirá, se observará, pero Dios quiera que no tomen medidas radicales. Sería catastrófico para el mundo.

—Pero ¿qué daño pueden causar a estas esferas y al *Kipsedon*? —dijo enfurecido Derek—. Estas aeronaves son completamente invulnerables.

—No lo creo. Debe existir algún medio de vencerlas, mas, por ahora, está fuera de nuestro alcance. Yandot no nos mintió al decirnos que podían destruir en varios segundos toda la vida sobre Id superficie terrestre.

Pasaron las horas. La noche tendió su negro manto sobre la tierra. Las fuerzas americanas se mantenían en sus posiciones sin adelantar un paso. Habían excavado trincheras y parapetos y desde allí contemplaban con ayuda de potentes reflectores el movimiento en las plantas de Oak Ridge. Los tacomis, por su parte, continuaban sin descanso su labor amparados por la cobertura de los destructores, inmóviles en el cielo.

Derek sentíase incapaz de aguantar por más tiempo aquella situación. Tuvo que presenciar impasible el rapto de los científicos más eminentes de Oak Ridge. Los robots cargaron con todos los cuerpos paralizados que había en las plantas atómicas y los metieron en las esferas y en los platillos. Fue un secuestro colectivo. Más de doscientos hombres fueron hacinados en el interior de las aeronaves.

Aprovechando un momento en que Zanu les perdió de vista, Derek se quitó la escafandra e hizo señas a Müller para que le imitara, cosa que éste hizo al instante. El profesor Hoppel no se hallaba con ellos.

—¿Ha decidido hacer algo? —inquirió el alemán sonriendo.

—Sí. No aguanto más esta situación. Escuche, Müller. El profesor Hoppel y yo nos encontramos imposibilitados de hacer un solo movimiento en contra de los tacomis porque éstos retienen en su poder a la persona que más queremos los dos. Sabe usted que estoy casado con la hija del profesor. Su seguridad me importaba más que el resto del mundo. Pero he estado pensando detenidamente la situación. Juzgo que mi comportamiento no es digno de un oficial norteamericano y, más genéricamente, de un terrestre. Voy a intentar la fuga con el único y exclusivo objeto de documentar a mi Gobierno sobre las armas, el poder, los pensamientos y todo lo que sé de los tacomis. Mis palabras valdrán de mucho...

—No tiene usted por qué sacrificarse, capitán —cortó el alemán—. Yo soy un hombre libre. No tengo parientes y me es indiferente morir hoy que mañana. Yo iré...

—De ningún modo, Müller. Usted es una persona decente. Prométame que cuidará de mi esposa y del profesor. Usted no sería escuchado por mi gobierno, y lo más seguro es que se encontrara con dificultades insuperables. A mí me conocen y atenderán a mis explicaciones.

En pocas palabras puso Derek en conocimiento del alemán su plan de fuga.

Instantes después, los dos hombres, con las escafandras puestas, salieron al patio principal. Sin precipitarse, se encaminaron hacia la valla que rodeaba Oak Ridge. Dos robots bajaban de un platillo volante. Necesariamente tenían que cruzarse con ellos. Derek vaciló, pero siguió andando. Los hombres mecánicos pasaron de largo.

Ya junto a la valla, Derek la salvó ayudado por el alemán. Protegido por la

oscuridad, echó a correr hacia las posiciones de sus compatriotas. Mientras corría miraba frecuentemente hacia atrás. Al parecer, nadie había advertido su fuga. Todo estaba en silencio. Las plantas atómicas parecían dormir bajo el manto protector de los destructores, uno de los cuates se perfilaba contra las estrellas a poca altura. Los reflectores americanos continuaban asaltando la noche con sus haces amarillentos. Cuando se encontraba en medio de la zona muerta, en campo de nadie, uno de aquellos reflectores le cogió de lleno.

Derek siguió corriendo. Por un segundo se imaginó estar tomando parte en una de aquellas carreras de la milla que le hicieron famoso en la Academia del Aire, primero y en todos Estados Unidos, después. Su zancada seguía siendo poderosa y su andar rápido. Pero por mucho que lo fuese, no se podía comparar en absoluto con el avance de las balas.

Allá enfrente apuntaron los fogonazos de una ametralladora. Las balas rebotaron casi en sus mismos pies, aullando y silbando, al tiempo que oía el estampido de los disparos. Derek agitó desesperadamente los brazos. Olvidóse de que su escafandra le había identificado con uno de aquellos seres interplanetarios.

Su acción tuvo como resultado encender la noche de resplandores rojizos. Un aluvión de balas se abatió sobre su persona. Sintió los secos impactos en el pecho, y en sus oídos sonó el repiqueteo de los pequeños abejorros metálicos contra la escafandra de kass.

Un segundo después, Derek Bedford se desplomó de bruces en tierra...

De las posiciones americanas surgió un clamor de victoria; de las plantas atómicas elevóse una especie de aullido quejumbroso...

CAPÍTULO II

LA VENGANZA DE KAZAN

Dimitri Kazan rumiaba sus propios pensamientos. Era un sádico. Pero poseía inteligencia y sabía cómo emplearla. Era vengativo. Aquellos que lo habían hundido, desterrándole al campo de concentración de Sibiriakof, se hallaban disfrutando de la vida sin acordarse para nada de Kazan. Pronto todos ellos temblarían de pavor al solo anuncio de su nombre.

Volando sobre Siberia en ruta hacia las fábricas atómicas soviéticas descubiertas y localizadas por los tacomis en sus exploraciones aéreas, la flota de Yandot cruzó por encima de ciudades entregadas tranquilamente al descanso, con sus salas de espectáculos repletas de gente ansiosa de divertirse. Los poderosos industriales y los dirigentes del pueblo a los que siempre había aborrecido Kazan porque llegaron a triunfar donde él había fracasado, serían los que más sufrirían a consecuencia de las represalias tacomis.

Kazan habló con Yandot. Sabía que era muy difícil engañar al hombre rojo, mas él era un artista en el arte de reflejar pensamientos y actitudes contrarias y estaba seguro de que Yandot no se apercibiría de sus planes hasta que estos estuvieran consumados.

—Conozco perfectamente estas regiones —manifestó—. Sé donde radican las mejores industrias y los almacenes de víveres que vosotros buscáis. Considérame como uno de los tuyos, Yandot. Yo puedo guiar a las aeronaves hacia esos centros mientras tú te apoderas de las fábricas atómicas. Y no olvides que los habitantes de este país son crueles y reaccionarán vigorosamente ante nuestra presencia.

El tacomis miró al ruso sintiendo éste toda la intensidad de aquella mirada y temiendo que su máscara no bastase para engañar al hombre rojo. Consiguió sobreponerse.

—Guiarás cuatro platillos volantes y el mismo número de destructores hacia esos centros industriales y agrícolas —dijo Yandot.

Dimitri pasó a otra aeronave tripulada por tres tacomis de faz apergaminada. La pantalla de televisión iluminóse con el rostro de Yandot, el cual dio órdenes con su voz gutural y solemne.

El ruso entendió las palabras y sonrió levemente. Ahora ya nadie podía apartarle de sus proyectos. Sumamente complacido tomó asiento junto al piloto y le indicó la ruta que conducía a la ciudad de Novosibirks.

* * *

Peter Kruniev era un idealista, un buen ciudadano de la República Soviética, además de ser un hombre de mano dura, hechos reconocidos por sus superiores en el gobierno ruso. Le miraban con benevolencia y poco después del servicio que prestó deteniendo y enviando a Sibiriakof al terrorista Dimitri Kazan, obtuvo su recompensa.

La recompensa de Peter Kruniev consistió en ser nombrado comisario político en Novosibirks. Era un trabajo agradable y que forzosamente había de complacer a un comunista convencido. En los ocho años que llevaba en la capital siberiana había ascendido de categoría hasta ser nombrado comisario jefe del sector. Trabajaba con extraordinario celo. Sus superiores sonrieron y observaron que ahí estaba un hombre merecedor de nuevos ascensos. Mientras, Peter Kruniev se sentía feliz en Novosibirks.

Luego, una noche corrió a su casa presa de hondo terror.

Corrió literalmente, embistió la puerta de su mansión situada en la parte alta de la ciudad y entró cerrando de golpe. Permaneció con la espalda apoyada en la puerta como si la cerrara contra algo que le perseguía.

Sus criados se fijaron en su jadeo y explicaron luego a la policía que respiraba con dificultad y sollozaba de terror.

La casa de Kruniev era de piedra gris y distinta en eso de la mayoría de las casas de la ciudad; se erguía en un gran patio adornado de matorrales bien cuidados por un jardinero. Había dos entradas. Una de ellas daba acceso a un camino que llevaba detrás de la casa, donde había una gran extensión de césped y un plantío de árboles, un garaje y las habitaciones del chófer, situadas sobre éste.

La otra puerta daba a un camino que llevaba en línea recta a la puerta de la casa.

Kruniev corrió hacia su despacho. Un instante después, los criados de la gran mansión le oyeron gritar y se sobresaltaron.

Aquel alarido hizo subir a todos los criados corriendo. Entraron en el despacho y allí se pararon. No lograban dar crédito a sus ojos.

Era imposible comprender cómo Peter Kruniev se había transformado en un hombre negro.

Peter Kruniev estaba completamente negro. No sólo su piel, sino sus uñas, sus ojos, dientes, su boca que estaba abierta en una mueca horrorosa... todo negro. Aquella noche se había puesto un traje gris y un gabán del mismo color, pero esas prendas tenían a la sazón el color de la tinta china.

El mayordomo gimió, el chófer lanzó un gruñido sordo, mientras del teléfono descolgado partían las llamadas del policía de servicio en la comisaría a quien Kruniev había empezado a transmitir sus temores.

—¡Camarada comisario! —chilló el mayordomo.

La estatua de azabache se transformó en un espectro que se retorció, o así les pareció a los criados. El hombre de hierro de Novosibirks —era él, pues había reconocido sus facciones— pareció transformarse en una nube de vapor pardo, que se

mea y cambiaba de forma. De pronto se inclinó hacia ellos, monstruosidad irreal, espectral, sin forma humana. Flotó hacia ellos en línea recta.

El mayordomo chilló y retrocedió al mismo tiempo que los demás criados, pero el chófer se sacó una pesada llave inglesa del bolsillo de la cadera y lo tiró al horror negro.

La llave pasó a través de éste y dejó una señal en el yeso de la pared de enfrente.

Entonces, repentinamente y delante de sus ojos, aquella cosa negra desapareció en silencio. No se extendió, sino que pareció desvanecerse, deshacerse, esfumarse.

—¡Lo he matado! —gritó el chófer.

Y el único sonido que se oyó en el cuarto durante largo tiempo fue su respiración anhelosa. Buscaba con los ojos los restos de Peter Kruniev, pero no los distinguía.

—¡No puedo... haberlo matado! —graznó aterrorizado.

Una carcajada les cogió por sorpresa. Subía de abajo... Era una risa sarcástica. La cocinera exclamó algo con voz ronca y se desmayó. Cayó en el umbral, con el cuerpo en el interior del despacho del comisario, instalado en el desván. Los demás criados la dejaron allí y corrieron abajo con el fin de saber quién había reído y por qué.

Hubo un fuerte silbido, un estruendo gimiente que desgarraba los tímpanos, precisamente cuando los criados, excepción hecha de la cocinera, llegaron a la planta baja. Salía del patio situado detrás de la casa y el vecindario entero lo oyó.

Los criados salieron atropelladamente pero no hallaron nada. No vieron más que la noche oscura y fría y los matorrales, que por ser de siemprevivas no sufrían los efectos del frío siberiano. Se oían los ruidos propios de la ciudad, las bocinas de los automóviles que pasaban por las calles, el fragor de un tranvía, la música que surgía de los altavoces de una sala de fiestas.

Buscaron y rebuscaron sin que a nadie se le ocurriera mirar hacia el cielo estrellado. De haberlo hecho apenas salieron de la casa, hubiesen apreciado un rastro de fuego que desapareció casi instantáneamente en la lejanía.

* * *

El gobierno moscovita sufrió un gran sobresalto con las noticias que, una tras otra, en rápida sucesión, llegaron procedentes de Siberia. Las fábricas atómicas de Georgia habían sido atacadas por extraordinarias aeronaves que se suponía eran interplanetarias. En Novosibirks habían sido divisadas varias estelas azules en el cielo y el comisario Kruniev había desaparecido desintegrado misteriosamente ante los ojos aterrorizados de sus sirvientes. En Cheliabinks, cerca de los Urales, un centro industrial había sido ocupado por extraños hombres vestidos con trajes azules y provistos de escafandras. Cuando se presentaron las fuerzas de seguridad y una escuadrilla de cazas, las industrias desaparecieron en medio de una tremenda explosión atómica y varios platillos volantes se elevaron vertiginosamente hacia el espacio, sin que los reactores comunistas pudieran darles alcance.

A continuación, los almacenes de la Costorg de Perm fueron saqueados e incendiados, siendo además destruidas las casas de los principales comunistas de la ciudad. Unos rayos misteriosos se abatieron sobre las construcciones, que se consumieron en breves minutos.

Pese a su organización inertemente policíaca y a la censura de prensa y radio, los sucesos no tardaron en ser del dominio público. El gobierno de Moscú estaba consternado ante aquel ataque extraterrestre. Comprendía que si no reaccionaba tomando medidas radicales, el terror y el pánico se apoderarían de las multitudes, que confiaban en las promesas de seguridad dadas por los dirigentes del Kremlin.

* * *

Sesenta kilómetros al sur de la ciudad de Minsk, en la Rusia Blanca, se erguía rodeada de campos feraces una de esas granjas agrícolas colocadas bajo la tutela estatal. Su director, Feodor Gurevich, era un hombre de suerte. Originariamente aquellas tierras habían sido suyas, pero al sobrevenir una reforma agraria más importante que las anteriores, fueron expropiadas estableciéndose en ellas una granja agropecuaria de primer orden. Si *de iure* habían dejado de ser suyas aquellas tierras *de facto* continuaba siendo tan dueño como antes.

Feodor se consideraba satisfecho. Su hijo Iván había ingresado en el Ejército del Aire y le habían pronosticado una carrera brillante. Su hija Tania, tan cariñosa y alegre, le ayudaba en su labor.

Hallábase tumbado en su sillón preferido, fumando calmosamente su vieja pipa de ébano y sumido en agradables pensamientos, cuando Tania penetró en la habitación. Venía muy excitada. Nunca la había visto de aquel modo.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó—. ¡Mira por la ventana y verás algo fantástico!

—Pero Tania. ¿De qué se trata? ¿Son los inspectores del Gobierno? —inquirió en tono de chanza.

—Algo mucho peor. ¡Platillos volantes! ¡Y se dirigen hacia aquí!

Feodor, sonriendo, se levantó de mala gana y echó un vistazo por la ventana. La pipa se le cayó de la boca. Abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que dejaba escapar una exclamación de asombro. ¡Era cierto lo que decía su hija! ¡Y aquellos quiméricos platillos volantes se disponían a tomar los terrenos de su granja como campo de aterrizaje!

Saliendo de su estupor, corrió hacia el armario donde guardaba sus armas de caza y empuñó un rifle automático de gran alcance y potencia. Con el arma fuertemente empuñada se encaminó hacia la puerta.

—No vayas, padre. No te expongas —le rogó Tania.

—Quédate en esta habitación y no salgas pase lo que pase. Pero no debemos preocuparnos. Sin duda, son aparatos rusos de extraña forma en vuelo de pruebas.

Cuando salió al porche, la luz del Sol le hirió en los ojos, mas sin impedirle

apreciar cuatro enormes discos opacos y brillantes posados en tierra a menos de cincuenta metros del cuerpo principal de la granja. Al levantar la vista, sufrió otro sobresalto. Cuatro aeronaves más, éstas de forma ahusada, permanecían estacionadas a distintas alturas, completamente inmóviles en el aire, en clara contraposición a la fuerza de la gravedad. Los platillos tenían unos ocho metros de diámetro aproximadamente y no se advertía ninguna abertura en su pulida superficie. Pero, de súbito, corrióse un lienzo en la pared lateral de cada uno de los platillos y aquel lienzo se tendió hacia tierra formando una rampa.

Feodor, con los nervios en tensión y sintiendo en su pecho los latidos desenfrenados de su corazón aguardó.

Una fantástica criatura de la que el Sol arrancaba cegadores reflejos azules surgió del interior del platillo volante más cercano a la casa. Dominado por un terror infinito, que le mantenía clavado en el porche, Feodor comprendió que se hallaba frente a un ser interplanetario, tema de palpitante actualidad en la prensa de todo el mundo.

Aquella criatura tenía aproximadamente su misma estatura, pero su cuerpo estaba formado de escamas y su cabeza era prodigiosa por lo grande. Detrás de este primer extraño ser aparecieron varios otros, mucho más altos, algo encorvados, empuñando armas que parecían de vidrio semejantes a fusiles. Se encaminaron todos hacia él, avanzando en primer término el de menor estatura.

Aunque todos empuñaban armas, su actitud no era amenazadora. Sin embargo, Feodor levantó su rifle, apuntándoles. No por esto detuvieron su avance los seres azules.

Al estar más cerca, vio con asombro que lo que le parecieron escamas era un traje de malla, y la cabeza extraordinaria una escafandra transparente. Más animado, Gurevich gritó:

—¡Alto! ¡Ni un paso, más o disparo! Los individuos de mayor estatura se detuvieron. El que descendiera primero del platillo más cercano, se aproximó hasta colocarse a unos tres metros del porche. Era el único que aparecía desarmado.

—¿Quién eres tú? ¿Qué buscáis en esta granja? —preguntó Gurevich asombrándose de su propio valor.

Aquel extraño ser se llevó las manos a la escafandra y se la quitó tranquilamente.

—¡Viento del Norte! —exclamó Feodor bajando su rifle.

Estaba asombrado. Esperaba encontrarse ante un hombre de horrible aspecto, y veía un semblante algo pálido, recubierto de una larga barba de pelo castaño y unos ojos brillantes y muy vivos. Era un hombre todavía joven, pero la expresión de su rostro era despiadada, algo bestial.

—¿No me conoces, Feodor?

Había hablado en ruso. Se trataba, pues, de un terrestre y que le conocía además. Fijóse bien en sus rasgos físicos. Recordaba haber visto aquella cara con anterioridad, pero de esto debía hacer mucho tiempo.

—No recuerdo quién eres —contestó—. Pero me parece haberte visto antes de ahora.

—¡Ya lo creo que sí! ¿No te acuerdas de Dimitri Kazan?

—¡Kazan!

Una lividez cadavérica cubrió las mejillas del ruso. Levantó de nuevo el rifle.

—Una vez te arrojé de mis tierras —dijo entre dientes—. No parece que hayas cambiado mucho desde entonces. Es más, en aquella ocasión todavía tenías un aspecto inocente con el que engañabas a tus semejantes. Hoy ni siquiera eso te queda. Estás muy desmejorado. Hay algo brutal en tu semblante.

—No te extrañe. He permanecido más de siete años en un campo de concentración. Días atrás era una ruina de hombre. Ahora soy otro muy distinto, pues tengo amigos poderosos. Me alegra ver que no te has olvidado de mí, Feodor, porque yo siempre te he tenido presente. ¿Recuerdas lo que dije cuando me arrojaste de estas tierras?

—No me importa lo que dijiste. Entonces te expulsé porque lo merecías. Hoy lo volvería a hacer si...

—... ello te fuera posible, ¿verdad? —Kazan soltó una carcajada—. No, Feodor. Ayer eras tú quien poseía la fuerza. Hoy..., ya ves. No soy aquel pobre idealista.

—¡Lárgate de mis propiedades antes de que mi dedo se canse de acariciar el gatillo!

Kazan volvió a reír, más fuerte esta vez. Avanzó unos pasos y, tranquilamente, cogió el cañón del rifle y lo apartó a un lado.

—No eres el de antes, Feodor —escupió—. La buena vida te ha reblandecido. Es una verdadera lástima. Supongo que sabrás a qué he venido. Encabezabas la lista, y por esto te he reservado para el final. Mira, ¿ves esos hombres? Son tacomis, seres de un planeta muy lejano. Han venido a la Tierra procedentes de otra galaxia. Necesitan víveres. En tu granja hay de todo. El contenido de tus almacenes pasará a bordo de las aeronaves. Quedarás arruinado y seré yo el causante de tu ruina. Luego el Estado te pedirá cuentas, te juzgará. No valdrán excusas. Lo sé perfectamente. Claro está, suponiendo que sigas con vida cuando...

—¡No lo consentiré! ¡Te mataré...!

Kazan alargó el brazo y de un tirón arrebató el rifle de manos de Gurevich. Luego volvióse hacia los tacomis y grito unas palabras en lengua gutural.

Los tacomis, hasta entonces inmóviles, adquirieron, de pronto, una gran actividad. Algunos robots descendieron de los platillos, hombres mecánicos que obedecían las órdenes de sus amos como si fueran seres vivientes. Feodor retrocedió espantado cuando uno de aquellos monstruos se le acercó. Kazan rió divertido.

—No temas —burlóse—. Ése no viene a por ti. Se dirige en busca de una persona que se halla oculta en la casa. Ha recibido órdenes, como los otros robots, de apresar a cuantas personas se encuentren en los alrededores de la granja. Tienen una habilidad especial para *olfatear* a los terrestres.

—¡Tania! —gimió aterrado Gurevich.

La joven apareció en el porche. Con movimientos velocísimos, el robot se arrojó sobre ella y, antes de que pudiera retroceder, el hombre mecánico la atenazó entre sus férreos brazos inmovilizándola. Luego, mientras la joven prorrumpía en gritos de espanto y forcejeaba por escapar de la terrible presa, el robot, calmosamente, se dirigió con su tenue carga hacia el platillo más cercano.

Kazan gruñó una orden en voz gutural. El robot se detuvo.

Dimitri, admirado, contempló las suaves líneas de la joven. Era esbelta y muy hermosa. Su cabellera trigueña se desparramaba en abundante cascada sobre sus hombros, que a través de los desgarrones del vestido aparecían mórbidos y atezados.

Gruñendo sorprendido, Kazan dijo algo en aquella lengua extraña, y el robot dejó en el suelo a la muchacha —no tendría más de veinte años—, que corrió presurosa a los brazos de su padre estallando en sollozos histéricos y convulsivos.

—¿Es tu hija, Feodor? —preguntó Dimitri—. ¿Aquella mocosa que jugaba conmigo y me daba todos los días parte de su merienda? ¡La pequeña Tania!

—Sí; es mi hija. Haz de mí lo que quieras, pero a ella no la toques, porque te mataría.

Kazan se acarició la barba. Luego, de pronto, ordenó:

—Entrad en la casa. Ya hablaremos después. Y no intentéis escapar porque estará este hombre robot vigilando.

Feodor, pasando su brazo en torno a los hombros de su hija, que se había serenado un tanto al oír las palabras de Kazan, obedeció mansamente, entrando en el edificio.

Padre e hija se acomodaron en el saloncito donde sorprendiera a Feodor la brusca aparición de los platillos volantes. Fuera se escucharon gritos de terror. El granjero no quiso asomarse, sabiendo que aquellos gritos eran proferidos por sus sirvientes y trabajadores perseguidos como alimañas por los terribles hombres robots.

Instantes después, el griterío cesó por completo. Tania, calmada completamente, empezó a formular preguntas a su padre, el cual le explicó lo que sabía de aquellos hombres, es decir, lo que le había dicho Dimitri Kazan.

—Ha realizado un largo viaje para vengarse —manifestó luego—. ¿Te acuerdas de cuando lo expulsé de nuestras tierras? Tania asintió.

—No debiste hacerlo padre. Me dio mucha lástima. Yo lo quería. Era como un hermano mayor para mí. Tenía yo entonces ocho o nueve años, pero me acuerdo como si fuese ahora.

—Le di su merecido —replicó Feodor—. Kazan era muy orgulloso y vivía dominado por una sola pasión: la de mandar y ser poderoso. No quiso aceptar nunca el trabajo que le ofrecí. Metía cizaña entre los trabajadores e interrumpía el trabajo de los hombres con discursos fantásticos y revolucionarios. Aun me porté demasiado benévolamente con él. Debí haberle denunciado a las autoridades, ahora pagaré cara mi debilidad. No, Tania, Kazan nunca fue bueno. Tú eras muy pequeña para poder

percatarte de estas cosas.

Pasaron, lentas y fatídicas, las horas de la tarde. Nadie entró en la casa. Dos o tres veces que se asomaron a la ventana vieron, a los robots transportando pesados fardos de víveres a los platillos. Feodor se extrañaba de que las fuerzas aéreas rusas, avisados por los habitantes de las cercanías, no se presentaran a interrumpir el saqueo de sus almacenes. Cuando la noche empezaba a tender sus negros cendales sobre la Tierra, apareció Dimitri Kazan en el saloncito seguido de cerca por uno de aquellos tremendos robots.

—Hemos concluido nuestra misión —dijo—. Vamos a partir inmediatamente.

—¿Qué piensas hacer de mí? —inquirió Feodor sintiendo un extraño cosquilleo por la espalda y un sudor frío en la frente al observar el terrible aspecto del hombre mecánico, dotado de un perfeccionadísimo cerebro electrónico y obediente a la voz de sus amos.

—Durante años fomenté en mi mente la idea de venganza —contestó inexpresivo Kazan—. Nunca te perdonaré lo que hiciste aquel día conmigo. A la primera ocasión, he venido a cobrarme lo que me debías y a cumplir mi palabra. Pero cuando te vi en el porche, solo e indefenso, cambié de pensamiento. No te mataría, pero haría algo peor. Te arruinaría para siempre saqueando los almacenes y quemando después la granja y todas tus propiedades. Luego, al aparecer Tania, recordando que fue la única persona que se portó bien conmigo, mis propósitos de venganza se esfumaron. He pensado mucho y he llegado a una decisión. Entrégame tu hija a cambio de tu vida y de tus propiedades. No te horrorices. Tania merecerá siempre mi mayor respeto. Tengo en perspectiva un viaje larguísimo en el que necesitaré una compañera. Te juro que sabré velar por ella; la aprecio, tendrá todo lo que desee y yo pueda proporcionarle. Si pasado el tiempo me acepta como marido, me casaré con ella. ¿Qué respondes?

—Jamás te entregaré mi hija, ¿me oyes? ¡Jamás!

El rostro de Kazan se puso como la púrpura. Clavóse las uñas de los dedos en la palma de las manos y se mordió los labios hasta hacerse sangre consiguiendo así dominar su cólera.

—No pienso escuchar tus palabras, Feodor. En este caso no cuentas para mí. Que Tania decida.

La joven entrelazó nerviosamente sus manos. Miró angustiada a su padre. Luego su mirada se posó en el robot. Sufrió un estremecimiento de terror. Desvió la vista. Sabía que la vida de su padre estaba pendiente de un hilo. En realidad, de lo que ella decidiera. Si se negaba a las pretensiones de Dimitri, éste lanzaría el robot sobre su padre y luego se la llevaría a ella por la fuerza. No le quedaba otro remedio que, aun en contra de la voluntad de su padre, acompañar por las buenas a Kazan. Tal vez no volviera a ver a Feodor, ni a su hermano, ni las tierras en las que había nacido. Ignoraba lo que el destino le podía deparar. Por de pronto, Kazan la apreciaba... Sintió que sus ojos se humedecían. Encaróse con su padre y dijo, con un nudo en la

garganta:

—Voy con él, padre. Es mejor así. No te quedas solo. Iván cuidará de ti.

—No, Tania —gritó Feodor—. ¡No puedo consentir que te sacrifiques por mí!

La joven se abrazó a su padre, quien echaba fuego por los ojos.

—Tu hija ha decidido, Feodor —dijo Kazan—. Vamos, Tania. Se hace tarde.

La muchacha se separó valientemente de su padre y se dirigió hacia la puerta.

—¡Tania! —llamó Feodor. Luego, en vista de que su hija no se detenía, se arrojó sobre Kazan, chillando.

—¡No te la llevarás, maldito! ¡Antes te mataré!

Kazan dio una voz gutural y el robot, saliendo de su inmovilidad, cayó de un salto sobre el granjero aprisionándolo con sus brazos. Tania se volvió y chilló aterrorizada, pero Dimitri le cogió del codo diciendo:

—No le hará ningún daño, Tania. No te preocupes. Cuando estés a bordo, lo soltaré. Vamos.

La joven, angustiada, se dejó conducir por Dimitri. En el estado en que se encontraba le fue imposible percatarse de sus propios movimientos. No se dio cuenta de que estaba en el interior de uno de aquellos fantásticos platillos volantes, hasta que vio subir por la rampa al robot. Notó como una suave vibración. Las paredes de la aeronave se tornaron transparentes y vio, en el porche de la granja, a su padre, agitando desesperadamente los brazos. Luego, aquella escena se alejó rápidamente de su campo visual y, segundos después sólo vio oscuridad y estrellas por todas partes.

Tania, roto ya su valor, abatió la cabeza hundiéndola entre sus brazos y lloró desconsoladamente.

Dimitri Kazan la miró enternecido, sintiendo por primera vez en muchos años un poco de compasión por una persona. Tímidamente, alargó su mano y la posó sobre la cabeza de la muchacha.

—No llores, Tania —pidió—. Nadie te hará daño.

Levantó ella bruscamente la cabeza.

—¡No me toques! —chilló—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Kazan se apartó como si le hubiera picado una víbora. Permaneció un momento estupefacto sin acertar a moverse ni a decir nada y luego, lentamente, giró sobre sus talones y subió al piso superior de la nave. Todos sus planes se estaban desarrollando conforme los proyectara. Habíase vengado del comisario que lo condenó enviándolo a Sibiriakof. Lo había matado sirviéndose de un arma secreta tacomis. Logró de los tacomis que destruyeran algunas industrias y edificios e incendiaran varios almacenes. Los platillos iban atiborrados de víveres. Había sido una buena labor de saqueo. Los rusos buscarían a los tacomis y los encontrarían en Georgia, hacia donde se dirigían ellos ahora a unirse a las aeronaves de Yandot. Cuando fuesen atacados por las escuadrillas aéreas rusas, los tacomis se revolverían furiosos y serían muchos los hombres que morirían, muchos de aquellos que años atrás se burlaron de él confinándole en la isla del frío y de la muerte que era Sibiriakof.

Le preocupaba Tania. Tan sólo en lo que se refería a Feodor Gurevich había mudado sus planes. ¿Habría hecho bien encadenando a la muchacha a su suerte? ¿Y por qué no? ¡Qué diablos! Tania atravesaba el natural momento de desesperación al sentirse de pronto separada de su padre. Ya se le pasaría y tendría que amoldarse a la fuerza a su nuevo destino.

Exhalando un suspiro contenido, Dimitri Kazan se dejó caer en el sillón, situado junto al del piloto.

CAPÍTULO III

FURIA ATÓMICA

El traje de kass de los tacomis no sólo resguardaba al que lo vestía de las radiaciones atómicas y de los efectos de los rayos paralizadores y gases anestésicos, sino también de las balas, amortiguando extraordinariamente su pesado impacto.

Derek Bedford había sido alcanzado en el pecho y en la escafandra por una ráfaga de ametralladora. Cayó a tierra cuan largo era, pero debido no a las balas, sino a consecuencia de haber tropezado contra una piedra que no había visto en su precipitada carrera.

Al tiempo que se incorporaba percibió las exclamaciones de victoria de sus compatriotas y el quejumbroso aullido de la alarma tacomis. Echó a correr de nuevo y, por segunda vez, las balas volvieron a silbar por todas partes. ¡Estúpidos! ¿Es que no comprendían que intentaba unirse a ellos? Le veían vestido de un modo extraño y este solo hecho bastaba para que le disparasen.

Repentinamente un destructor se dejó caer del cielo delante de él. Ofrecía un espectáculo impresionante en medio de la noche estallando sobre su coraza toda clase de proyectiles. El ruido de las explosiones era ensordecedor y sus resplandores iluminaban el cielo nocturno de una manera prodigiosa.

Confundíanse los rastros rojizos de los proyectiles trazadores con los haces blancos y amarillentos de los reflectores y los fogonazos anaranjados y carmesíes de las explosiones. Las granadas rebotaban contra la coraza de kass o estallaban a distancia por efecto del campo magnético creado por el destructor.

El aerocohete ahusado posóse en tierra cortando el camino que seguía Derek. Abrióse una compuerta del costado y la consabida rampa se deslizó hasta tocar el suelo. Tres enormes robots descendieron por ella.

Durante un par de segundos quedáronse quietos, oscilando sus cabezotas metálicas a un lado y otro. Sus ojos de radar *vieron* a Derek Bedford y se lanzaron de repente contra él dando saltos escalofriantes y rapidísimos.

El capitán se consideró perdido. No podía huir, pues aquellos hombres mecánicos le alcanzarían enseguida. Estaba irremisiblemente perdido, sí, pero el deseo de vivir le hizo esperar a pie firme la acometida de los monstruos.

El primer robot dio un salto tremendo llevando por delante sus brazos armados de fuertes pinzas que por sí solas podían desmenuzar a un hombre. Derek, ágilmente, se ladeo esquivando en el último instante la acometida del monstruo. Éste arrancó chispas del suelo al frenar violentamente según las indicaciones, que recibía de su cerebro electrónico y revolvióse con extraordinaria precisión al tiempo que el segundo robot atacaba.

El capitán se agachó y saltó hacia adelante. Apenas sus pies tocaron en tierra, describió una vuelta sobre sí mismo y cargó por la espalda contra el tercer robot. El choque fue espantoso. El monstruo ni se percató de la acometida en tanto que Derek salía rebotado aparatosamente y antes de que pudiera sobreponerse los tres robots convergieron sobre él. Uno le asió con sus temibles pinzas de una pierna. El otro le rodeó la escafandra con sus poderosos tentáculos de hierro. El último le sujetó por la cintura, sintiendo el americano su terrible presión.

Derek gritó rabioso, aterrorizado, lleno de dolor. Movi6 los brazos frenéticamente. La presión en su pierna y en su cintura disminuy6. Se sintió transportado, llevado como un muñeco de paja, subido por la rampa, metido en el destructor, echado al suelo como un fardo.

Cuando la facultad de razonar volvi6 a su cerebro, estremeci6se involuntariamente de horror. Apoyándose en los codos se incorpor6. Respiraba con dificultad y el sudor le cubría todos los poros de su piel.

Un tacomis, de faz arrugadísima, le contemplaba con sus ojos negros dotados de maravillosa vida. Los tres robots permanecían a un lado del camarote como si fueran armaduras de hierro antiguas, inm6viles, silenciosos, sin la luz que adornaba su ojo mágico cuando se ponían en movimiento.

El tacomis le hizo señas de que se quitara la escafandra. Derek obedeci6 y el hombre rojo, recogiendo el armatoste, sali6 de la cámara dejando encerrado al americano en compaía de sus siniestros aprehensores.

Derek se tumb6 en la litera que había adosada a una de las paredes y no tard6 en dormirse, rendido como estaba. Su sueño, empero, fue una terrible pesadilla en la que tomaron parte principal los monstruos de kass. Cuando despert6 estaba todo cubierto de sudor, y lo primero que sus ojos vieron fue la extraña luz azulada que penetraba a través de las paredes del destructor. Luego su mirada se pos6 sobre los impasibles robots y otro estremecimiento sacudi6 sus nervios al recordar lo cerca que estuvo de la muerte la noche anterior.

Era de día, sí. Lo podía apreciar a través de las paredes transparentes de kass. Bajo sus pies, como si se encontrara suspendido milagrosamente en el aire, distingui6 las construcciones de Oak Ridge. Más lejos divis6 centenares de soldados americanos moviéndose tras sus posiciones construidas precipitadamente. En el cielo seguían danzando los reactores Convair, pero se encontraban a respetable distancia y era poco probable que se decidieran a lanzar un ataque contra los invulnerables destructores.

Sin embargo, cosa de dos horas después, no tenía precisión del tiempo transcurrido puesto que uno de los robots le había destrozado el reloj, los reactores ascendieron por encima de las aeronaves tacomis y se dejaron caer en picado sobre éstas.

Derek hubiera querido gritarles que se abstuvieran de hacer tamaña locura. Pero los pilotos americanos no podían oírle... ni verle. Quiso cerrar los ojos para no asistir al desastre al que iban abocados. Pero no pudo. Algo más fuerte que su voluntad le

obligaba a mantener la vista clavada en las formaciones yanquis.

De pronto un aluvión de pequeños torpedos surgió de los destructores al tiempo que los cazas disparaban sus proyectiles radiodirigidos, que estallaban por proximidad al blanco.

Los torpedos tacomis, apenas salieron de sus tubos, fueron guiados hacia los aviones enemigos por sus propios cerebros electrónicos. Los cazas empezaron a desintegrarse en medio de cegadoras llamaradas. El cielo vióse surcado por colas flamígeras, que eran otros tantos aviones destruidos cayendo en barrena o reventados en mil fragmentos. La lluvia de metales incandescentes se abatió sobre los terrenos circundantes a Oak Ridge. Los proyectiles dirigidos yanquis hicieron explosión a más de cincuenta metros de los destructores, que se mantuvieron indemnes.

Derek se derrumbó sobre su camastro. El combate había durado apenas dos minutos, y ni un solo reactor logró escapar. Después de aquello, ¿qué pensarían los soldados parapetados alrededor de Oak Ridge?

Varias horas después, la puerta de la cámara se corrió silenciosamente y apareció el tacomis que le pidiera la escafandra haciéndole una seña para que le siguiese. Salió a un corredor por el que tan sólo podía pasar un hombre, que desembocaba en la cámara de control. Allí le indicaron un sillón y le entregaron unos comprimidos de distintos tamaños que Derek tomó sabiendo que se trataba de la primera comida del día.

Los comprimidos tenían un gusto agradable y contenían tantas o más calorías que una buena comida terrestre. Derek los despachó en un minuto escaso.

La pantalla de televisión estaba iluminada y veíase el interior de una esfera volante. Derek distinguió, con una claridad perfecta y en una gama de colores maravillosos, las figuras del profesor Hoppel y de Müller junto a la corpulenta de Zanu. El padre de Lanca, su mujer, se acercó a la pantalla.

—Hola, Derek —saludó—. Otra vez que intentes la fuga asegúrate que tienes todos los triunfos en las manos. Si no hubiera intervenido cerca de Zanu, te hubieran matado. ¿Te encuentras bien, muchacho?

—Bien. Ya ve —contestó Derek colocándose enfrente de la pantalla—. ¿Qué se proponen hacer los tacomis?

—Su trabajo ha concluido en Oak Ridge. Vamos a partir inmediatamente. Zanu dice que regresamos al *Kipsedon*. Ninguno de nosotros volverá a la Tierra, Derek. Los tacomis se han apoderado, como ya sabes, de la mayor parte de los trabajadores de estas plantas. Considero que es un acto reprobable, pues muchos de éstos tienen familia, mujer e hijos. He intentado que Zanu comprendiese, pero me ha contestado que el destino de millones de tacomis depende de que el *Kipsedon* logre regresar a Tacom, y no lo podría hacer si no fuese con la ayuda de los terrestres. Hasta luego, Derek.

La imagen del profesor fue sustituida por la de Zanu, el cual pronunció unas cuantas palabras guturales.

Al momento, las aeronaves se elevaron a increíble velocidad, desapareciendo en breves segundos y en la lejanía, las plantas atómicas.

Las aeronaves tacomis no precisaban desarrollar la terrible fuerza de impulsión necesaria para contrarrestar la gravedad terrestre, ya que los hombres rojos habían descubierto el modo de vencer la fuerza gravitatoria de los astros y de los objetos pesados.

La flota de Zanu ascendía a una velocidad prodigiosa. Siete mil... ocho mil... diez mil... quince mil... treinta mil... kilómetros por hora en el breve transcurso de pocos minutos...

Fuera ya del campo gravitatorio terrestre, las aeronaves entraron en la órbita descrita por el *Kipsedon* en su viaje alrededor de la Tierra. La gigantesca astronave se movía a velocidades prodigiosas por el espacio. El aterrizaje en ella hubiera revestido para otros seres que no fueran los tacomis dificultades insuperables, pero éstos lo tuvieron resuelto desde el momento que lograron penetrar en los secretos de la inercia.

Al aproximarse el *Kipsedon* las naves tacomis, moviéndose suavemente penetraron en sus hangares, en cuyo momento Derek Bedford se preguntó si la flota de Yandot habría arribado ya al *Kipsedon* antes que ellos.

* * *

Una hora después de separarse de Kazan, se hallaba Yandot con el grueso de sus aeronaves sobre las fábricas subterráneas construidas por la U.R.S.S. en el río Sanga, al norte de Erivan, capital de Armenia, para la producción de derivados atómicos de uranio.

Los trabajos de construcción de dichas fábricas implicaron la excavación de doce enormes cavernas en las laderas de las montañas, entre 22 y 60 kilómetros al norte de Erivan y cerca de las villas de Kanakiri, Akhti, Gimush y Sanchigay. Además, había sido necesario demoler con dinamita y remover, aproximadamente, un millón de metros cúbicos de roca viva de la margen oriental del Sanga.

La mayor parte del uranio extraído de Sajonia y de la región de Jachymov (Checoslovaquia) se enviaba a este centro de producción y experimental. Depósitos de uranio habían sido descubiertos en Osetia, al norte de Tiflis y al noroeste de Georgia, relativamente próximos a las fábricas atómicas del río Sanga.

Los rayos paralizadores fueron empleados contra los soldados que vigilaban el acceso a las cavernas, pero carecían de eficacia contra los que se encontraban bajo tierra. Tuvo, pues, que emplearse la fuerza.

Las esferas, en número de tres, y los platillos volantes, cinco en total, descendieron suavemente posándose en la misma entrada de las fábricas, mientras en el aire quedaban ocho destructores protegiendo la operación. Un diluvio de plomo de ametralladora saludó la presencia de los aparatos tacomis, uniéndosele al instante el

fuego combinado de varios cañones antitanques, cuyos proyectiles rebotaban en las esferas y en los platillos como si fueran de goma.

Yandot ordenó emplear los proyectores ígneos de rayos cósmicos. Chorros invisibles partieron hacia su destino, concentrándose en las casamatas de cemento y en los nidos de ametralladora que defendían las entradas de los subterráneos y haciendo estallar con terrible estruendo los depósitos de municiones y las mismas granadas a punto de ser metidas en las recámaras de los cañones.

Una vez el campo libre, Yandot ordenó desembarcar. Medio centenar de tacomis recubiertos con sus trajes especiales de kass y amianto bajaron por las rampas llevando pegados a sus talones otros tantos robots mecánicos, armados todos de fusiles eléctricos.

Desde una casamata camuflada en la ladera de la montaña disparó un cañón de grueso calibre, estallando la granada en medio del grupo. Los cuerpos de los tacomis y de los robots fueron lanzados en todas direcciones. Casi todos volvieron a levantarse, pero tres tacomis y dos robots quedaron destrozados en tierra.

El hombre rojo gritó una orden por su transmisor de boca. Inmediatamente, antes de que el cañón volviera a disparar, un proyector de rayos cósmicos enfocó la casamata abrasando a todos sus ocupantes y haciendo estallar los proyectiles, La casamata se desintegró en cien mil pedazos.

Los tacomis penetraron en las fábricas subterráneas. Desde todos los recodos disparaban con ametralladoras y fusiles automáticos, pero los seres interplanetarios avanzaron, impertérritos bajo aquella espesa granizada de balas disparando sus fusiles eléctricos y llenando los túneles de chispazos azules y de olor a carnes quemadas. En las salas de los isótopos radioactivos lanzaron granadas silenciosas de gas anestésico, eliminando prontamente la furiosa resistencia. Y una hora después de haber hecho su aparición sobre el río Sanga, las fábricas estaban en poder de los tacomis sin más bajas que las sufridas ante la entrada de las cavernas.

El húngaro y Mihaly, el polaco, participaron en la matanza de soldados rusos. Todavía estaba latente su odio por los moscovitas que les habían tenido durante años en campos de concentración.

Yandot había visto y sentido de cerca la crueldad rusa y no le importaba emplear sus poderosas armas contra ellos. Presentía que no tardarían en ser atacados, pero esto a él no le importaba particularmente.

Los tacomis, ayudados por los robots, trabajaron aprisa para cargar de combustible atómico las esferas, combustible que fabricaban empleando para ello aparatos especiales desembarcados de las aeronaves, aparte, claro está, de los que contaban las mismas fábricas.

Durante un día entero no fueron molestados. Tan sólo algunos aviones de reconocimiento se acercaron a explorar, manteniéndose, no obstante, a prudente distancia de los destructores, inmóviles en el cielo.

Pero el segundo día, por la mañana, hicieron su aparición densas formaciones de

cazas y bombarderos soviéticos al tiempo que toda la región del río Sanga se veía invadida por una división mecanizada que se dirigía hacia las fábricas subterráneas.

Yandot subió a la esfera almirante seguido de los dos terrestres que no querían aguantar el chaparrón que se avecinaba en tierra.

Dos esferas y tres platillos volantes se remontaron para unirse a los ocho destructores en su combate contra los aviones rusos.

Los reactores soviéticos picaron, sobre los destructores, los cuales simultáneamente adquirieron una velocidad prodigiosa, entablándose una lucha enconada. Mientras los cohetes, los proyectiles radiodirigidos y las balas moscovitas rebotaban contra la coraza de las naves tacomis o estallaban antes de llegar a su blanco, los cañones atómicos, los rayos eléctricos y los proyectores ígneos dirigidas por cerebros electrónicos que no fallaban un disparo, entraron en funciones.

En breve, el cielo se pobló de negras estelas que eran otros tantos aviones derribados. Las formaciones de caza rusas eran sistemáticamente destruidas sin que por su parte pudieran hacer nada para evitarlo.

Los gigantescos TuG-75 descargaron toneladas de bombas que cayeron como racimos sobre la esfera y platillos volantes posados en tierra. Los destructores ascendieron rapidísimamente lanzando nubes de torpedos. Los pesados bombarderos quedaban reducidos a palmeras resplandecientes de metales derretidos.

Yandot gobernó su esfera, que se lanzó como una tromba contra un TuG-75. No llegaron a chocar. El cerebro electrónico conectado con uno de los proyectores ígneos había detectado al bombardero, apuntado su proyector y hecho fuego. El avión ruso se incendió en el aire como si fuera de resina.

El suelo retemblaba con las explosiones de las bombas y de los aviones que chocaban incendiados y destruidos. Por fin, los supervivientes de aquel desastroso ataque huyeron hacia el Norte, perseguidos por los destructores hasta que Yandot dio orden de cesar la persecución.

Los cañones de todos los calibres de la división mecanizada habían abierto fuego contra las márgenes orientales del río Sanga. Las esferas volantes y los platillos los atacaron con extraordinario ímpetu y terrible eficacia, lanzando pequeñas bombas atómicas.

En menos de diez minutos, de todos los accesos a las fábricas atómicas subterráneas se elevaban imponentes bolas de fuego. Se produjeron radiaciones de calor haciendo que el aire circundante se tornara incandescente. Las bolas de fuego, centros de las explosiones atómicas, conteniendo los productos vaporizados de la desintegración, se elevaban rápidamente a la estratosfera formando la característica nube en forma de seta de extraordinaria radiactividad.

Desde la esfera de Yandot, el húngaro y Mihaly presenciaron entusiasmados el aniquilamiento de la división mecanizada soviética. Los árboles ardían, las casas habían desaparecido y todo el terreno a sus pies parecía arder.

Las bombas alcanzaron de lleno a la esfera posada en tierra sin que hiciesen mella

en su coraza.

Después de aquel fracaso, no cabía duda de que los rusos harían todo lo posible para expulsar a los tacomis de sus fábricas, aunque para ello tuviesen que arrojar bombas atómicas.

Al día siguiente por la noche se marcó la aproximación de las aeronaves que Kazan se comprometiera a guiar a los centros industriales y agrícolas más importantes del país. La Luna estaba en cuarto menguante, pero las estrellas brillaban con todo su esplendor en la negra bóveda celeste. Los tacomis cargaban en las esferas y en los platillos el combustible atómico almacenado por los rusos en las fábricas y el fabricado por los hombres rojos durante aquellos tres días. Divisáronse unos tenues rastros azules en el horizonte apareciendo, casi enseguida, las aeronaves de Kazan. Los cuatro destructores se unieron a los que formaban el techo de protección en el aire mientras los cuatro platillos se posaban junto a las esferas volantes.

Kazan dio a Yandot cuenta detallada de su expedición, presentándole acto seguido a Tania Gurevich, la cual se encontraba como sumida en una especie de postración.

El hombre rojo no dio a entender, según su costumbre, si la presencia de la joven le molestaba o si aprobaba la conducta de Kazan. El húngaro estrechó la mano de su camarada, mientras Mihaly no apartaba su vista de la bella muchacha.

—¿Cómo te ha ido, Dimitri? —inquirió Foldvar.

—Perfectamente, húngaro —contestó sonriendo Kazan—. Todos aquellos que tomaron parte en mi detención han pasado a mejor vida.

—¿Y esa muchacha?

—Es la hija de un viejo enemigo mío. Pero la aprecio. Tiene un corazón de oro. No se parece a nosotros. A propósito Yandot, he observado gran movimiento en los aeródromos rusos. No me extrañaría nada que de un momento a otro fuéramos objeto de una visita.

Los destructores detectaron innumerables ecos en sus pantallas de radar. Yandot recibió el oportuno aviso.

—Yo emprendería el vuelo antes de que esos aviones se aproximaran más —insinuó Kazan.

—¿Qué temes? —preguntó el hombre rojo.

—Temo que nos obsequien con unas cuantas bombas atómicas...

—Podemos destruirlos antes de que lleguen hasta aquí —declaró Yandot.

—Pero ¿podrás destruir también las bombas atómicas volantes y los proyectiles atómicos disparados desde tierra?

—Quizás. Pero estoy de acuerdo contigo. Es mejor no exponerse. Una explosión en este centro donde hay almacenadas algunas bombas atómicas podría tener funestas consecuencias para nosotros. Daré orden de que carguen, las bombas en las esferas y en los platillos. Hemos terminado de todos modos nuestra labor y me urge regresar al *Kipsedon* adonde ya ha llegado mi hermano Zanu con su flota.

Yandot transmitió las órdenes necesarias para evacuar los subterráneos. Los

destructores, estacionados sobre el río Sanga, se desperdigaron lanzando sus torpedos contra los aviones detectados a cien millas de distancia.

En el espacio sideral estos torpedos eran infalibles, ya que no encontraban ningún obstáculo que los pudiera desviar de su ruta. Pero rozando la capa terrestre cualquier avioneta que se cruzara en su camino les atraería irremisiblemente. Y los rusos lo sabían. Un buen número de cazas dirigidos por radio rodeaban a los gigantescos bombarderos para protegerlos de los torpedos tacomis.

Por las pantallas de televisión y de radar los tacomis seguían el curso de sus torpedos que en cuestión de segundos se presentaron ante las formaciones moscovitas. Empezaron a estallar contra los aviones de cobertura. Los tacomis se percataron de la treta enemiga y se lanzaron con sus destructores al encuentro de los bombarderos, momento que fue aprovechado por los soviets para lanzar sus bombas volantes y sus proyectiles atómicos contra las esferas y platillos a punto de despegar del río Sanga.

Yandot, Kazan, el húngaro y el polaco ya estaban a bordo de la esfera almirante, donde también había sido conducida Tania Gurevich que lo miraba todo con pasmo, aturdida, un tanto asustada, sin comprender nada de lo que pasaba.

El hombre rojo accionó el mecanismo de despegue, mientras los cerebros electrónicos daban cuenta de la proximidad de los proyectiles y bombas volantes enemigos. Fue cuestión de segundos. Los cerebros electrónicos se pusieron a manejar los proyectores ígneos, los cañones atómicos y los lanzarrayos eléctricos. A menos de una milla empezaron a estallar los artefactos atómicos. Un proyectil logró atravesar la barrera tacomis y estalló sobre las mismas fábricas subterráneas. La explosión arrojó a la esfera de Yandot hacia arriba. Casi todas las aeronaves tacomis estaban ya en el aire y no sufrieron nada, pero quedaban dos platillos en tierra, uno de ellos cargando todavía las últimas bombas atómicas.

Una, dos, tres inmensas bolas de fuego se elevaron del mismo lugar donde se encontraba el platillo volante con sus compuertas abiertas todavía. Yandot permaneció impasible contemplando la catástrofe, pero los terrestres, incluyendo a Kazan, soltaron exclamaciones de horror.

Grandiosas, gigantescas columnas de humo radioactivo ascendían de las fábricas; todo ardía, incluso la tierra. Todo aparecía pulverizado, incendiado, quemado, destruido. A través de las nubes radioactivas surgió el otro platillo que se encontraba en tierra al producirse las explosiones. Volaba majestuosamente sin haber sufrido ningún daño su coraza de kass, invulnerable a los proyectiles atómicos terrestres de poca potencia.

Pero el platillo alcanzado de lleno y con las compuertas abiertas era un montón informe de chatarra incandescente.

Yandot lanzó una bomba atómica sobre sus restos para acabar de destruirlos completamente y evitar que los rusos pudieran extraer enseñanzas de ellos. Instantes después los destructores se unían a la formación que se elevó hacia el espacio

dejando tras de sí fugaces estelas azules y lo que había sido el río Sanga convertido en un volcán radioactivo.

Aunque Yandot no atacó como represalia ninguna ciudad moscovita, Kazan se sintió satisfecho. Por fin se consideraba en paz con los rusos ya que habían recibido lo suyo, una lección que tardarían muchos años en olvidar. Sonrió. Su sonrisa se hizo más amplia al tropezarse con la mirada de Tania Gurevich.

Las aeronaves tacomis seguían ascendiendo a velocidad prodigiosa hacia la órbita del *Kipsedon*.

CAPÍTULO IV

¡CATÁSTROFE!

La destrucción de las fábricas subterráneas rusas, el aniquilamiento de centenares de aparatos ruso-americanos, la muerte de miles de hombres y el rapto de famosos físicos nucleares de las plantas atómicas de Oak Ridge, constituyeron un golpe de aviso y sumieron al mundo entero en una fiebre de preparativos bélicos dirigidos a formar un frente unido, integrado por todas las naciones del planeta que por primera vez en la historia olvidaron sus rencillas particulares, y a diseñar y construir aparatos que pudieran batirse, si no en condiciones de igualdad, sí menos desventajosamente con las aeronaves tacomis.

Los observatorios terrestres anunciaron una grata nueva. El pequeño satélite que giraba alrededor de la Tierra había desaparecido del campo visual de los grandes telescopios. ¿Qué podía significar esto?

Miles de respuestas diferentes se dieron a esta pregunta, pero ninguna se acercó a la verdad de los hechos.

El *Kipsedon*, recogidas en su seno las aeronaves de Zanu y Yandot, había emprendido el viaje de regreso a Tacom, pero una circunstancia imprevista hizo que variara su rumbo para ir a posarse suavemente en el interior de un gigantesco cráter lunar. El paisaje, fantástico hasta el punto de parecer un decorado magnífico, lleno de riscos y montañas puntiagudas, extendíase ante los tripulantes de la astronave como algo fuertemente triston y sobrecogedor. Sorprendente y luminosa, la Tierra aparecía suspendida en el espacio como una gigantesca Luna, apreciándose el contorno oscuro de los continentes y las manchas azules de los mares, las regiones de verde vegetación y la anchurosa extensión rojiza que era el desierto del Sahara.

Habíase detectado un objeto que desapareció tras la sombra lunar. Ello había ocurrido a poco de que el *Kipsedon* dejara su órbita para iniciar el viaje de regreso a Tacom. Encontrábanse en la cámara de control y dirección los principales jefes o sus tacomis y algunos terrestres en los que aquellos confiaban para que, en su momento oportuno, se hicieran cargo de la enorme astronave... cuando los tripulantes tacomis, ancianos y sin fuerzas, fueran cayendo y muriendo lentamente.

Temoc, el jeddad, almirante supremo, tenía los ojos fijos en las pantallas de televisión que reflejaban las imágenes que los potentes telescopios de a bordo recogían del espacio.

Yandot, el hombre rojo, ayudaba a Rumba, otro de los hermanos, en la dirección del *Kipsedon*. Varios tacomis de piel cobriza y arrugada se movían por la amplia cabina.

Kazan, Müller, el húngaro, Mihaly y el capitán Derek Bedford miraban callados y

sumidos en sus propios pensamientos el cúmulo de indicadores, las luces de todos los colores imaginables, las imágenes de las pantallas de televisión y mil instrumentos más cuya utilidad no alcanzaba ni remotamente a comprender.

Todos concentraron su atención de pronto en Temoc, al gruñir éste unas palabras en su extraño lenguaje.

El jeddad señalaba una de las pantallas de televisión. Los terrestres, siguiendo su indicación, vieron como una diminuta estela azulada surcando el espacio en dirección a la Luna. Al mismo tiempo los aparatos de radar señalaron un eco muy débil en su campo de delectación.

Al aproximarse a la Luna, la casi imperceptible estela desapareció absorbida por la luz que reflejaba el satélite de la Tierra.

Temoc supuso que era el rastro dejado por una nave sideral de gran tamaño. Alarmado, porque la presencia de otras naves interplanetarias cerca de la Tierra podía poner en peligro el descubrimiento tacomis, decidió investigar su procedencia y su destino. De aquí que el *Kipsedon* tomara contacto con la Luna. Temoc dio órdenes...

En el camarote de las mujeres, donde se había instalado a Tania Gurevich, la joven que coaccionada tuvo que acceder a los deseos de Kazan, Olga, Niva y Lanca Hoppel, esposa esta última de Derek Bedford, escucharon el silencioso rumor que provenía del fondo del pasillo y salieron para averiguar su causa.

Una larga fila de tacomis se dirigía hacia los ascensores. En último término pasó Yandot.

El hombre rojo las miró impertérrito. Sin embargo, sentíase molesto ante las mujeres. Cuando se enfrentaba con un hombre, su poder semihipnótico, la fuerza avasalladora de su inteligencia, imponíanse de tal modo que era capaz de adivinar el pensamiento y aun de transmitirlo a distancia, influyendo en la voluntad de sus oponentes. Con las mujeres era débil. No las comprendía. Jamás había tenido tratos con ninguna. No se atrevía a penetrar en sus pensamientos. Era demasiado fácil y muy poco halagüeño.

Quiso pasar de largo pero Niva le detuvo por un brazo.

—Perdona, Yandot —dijo—. Quisiéramos saber a qué se debe esta súbita detención, y este movimiento.

El hombre rojo la miró largamente... Si hubiera sido como Kazan, o Müller, o el húngaro, quizás hubiese fijado su conducta hacia un determinado extremo. Pero era un tacomis, y para aquellas mujeres terrestres un tacomis era una especie de fenómeno, muy inteligente, sí, pero demasiado alto y desgarbado y de distinta coloración de piel.

—Vamos a explorar la superficie lunar —contestó guturalmente según era su costumbre—. Se ha detectado la presencia de un aparato desconocido.

—¿Podríamos ir? —inquirió rápidamente la rusa—. Estamos cansadas de permanecer horas y horas en nuestro camarote...

Si la proposición asombró a Yandot, éste no lo demostró.

—Podéis venir —dijo escuetamente.

Olga tradujo el resultado de la conversación, a Lanca, que no conocía el ruso, y las tres mujeres echaron en pos del hombre rojo.

Descendieron a los hangares en un ascensor rápido y silencioso.

Lanca vio a su marido Derek hablando con los tenientes Fred Wilson y Tom Morse, piloto y navegador, respectivamente, del avión de reconocimiento que despegara de Thule hacia el Polo Norte para no volver.

—Van a salir ocho platillos volantes a explorar —dijo Yandot—. El capitán Bedford y sus hombres irán con mi hermano Zanu, Kazan y los demás vendrán conmigo. Elegid vosotras la compañía.

Lanca no había visto a Derek desde el día en que las escuadrillas aliadas terrestres les atacaron sobre el Polo Norte. Recordaba aquel momento como si fuera ahora. Derek y ella habían estado separados nueve meses, pero después del ataque habían hecho las paces. Lanca deseaba asegurarse de que las palabras de su marido fueron sinceras y no fruto de la emoción del momento.

—Yo voy con el capitán Bedford —decidió—. ¿Toma parte mi padre en este vuelo?

—No. Él se queda en el *Kipsedon*.

Niva hizo un gesto de entendimiento a su compañera Olga. Habían intimado mucho con Lanca y estaban al corriente del conflicto que tenía con su marido. Era mejor dejarles solos para que hicieran definitivamente las paces. Así pues Niva, por boca de las dos, dijo:

—Nosotras iremos contigo, Yandot.

El tacomis asintió con la cabeza, sin responder. Encaminóse a continuación hacia uno de los platillos. Estos discos de color azul y unos ocho metros de diámetro estaban contruidos de kass, material extraído de uno de los satélites de Tacom. Esta coraza de kass podía hacerse transparente a voluntad y era invulnerable a todas las armas terrestres, a los proyectiles atómicos y a los rayos eléctricos, paralizadores o ígneos. Iba armado con dos cañones atómicos, dos proyectores de fuego y lanzarrayos eléctricos y paralizadores, cargados, dirigidos, apuntados y disparados por maravillosos cerebros electrónicos. Al igual que las esferas, no poseían lanzatorpedos, arma propia y peculiar de los destructores.

Por la rampa que servía de acceso y que se replegaba sobre sí misma al solo contacto de un botón y a veces bajo la influencia de una célula fotoeléctrica, Niva y Olga subieron al platillo de Yandot. Dentro había dos tacomis sentados en sus correspondientes sillones, mientras Müller, Kazan, el húngaro y el polaco se mantenían en pie esperando las órdenes del hombre rojo.

Kazan estaba inclinado observando los manejos de uno de los viejos. De inteligencia despierta, Kazan chapurreaba el tacomis, cosa que ningún otro terrestre aparte del profesor Hoppel lograba hacer. Al oír las pisadas de los recién llegados, se volvió. Frunció las cejas al ver a las dos mujeres y luego sonrió con aquella sonrisa

tan suya, que prestaba a su rostro un aire sarcástico y pedante.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Vaya sorpresa! Mi querida Olga y nuestra entrañable Niva, la mujer de hielo.

—Eres un grosero, Kazan. Y un salvaje —replicó Niva—. ¡Lo que has hecho con la infeliz Tania es imperdonable!

Era una mujer sorprendente. Decíase viuda de un personaje moscovita víctima de una depuración. Queriendo vengar la muerte de su marido, atentó contra la vida del comisario político que condenó a aquél, fracasó en su empeño y fue enviada a Sibiriakof, de donde fue libertada por Yandot. Tenía el rostro atrayente y un cuerpo divino que había causado la admiración de los grandes hombres de Moscú. Las privaciones, el frío de Sibiriakof, así como el asedio constante del director del campo, muerto a manos de los evadidos, no habían logrado arrebatarse la belleza y mucho menos su orgullo. A los treinta años conservaba íntegra toda la fragancia de los veinticinco. Su cabello rubio y sus ojos azul verdosos eran la atracción inconsciente de Yandot, el hombre rojo. Kazan soltó una carcajada.

—Puede que sea un poco salvaje en algunos casos —manifestó— y tal vez algo grosero, pero me guardaré bien de enemistarme contigo. Te conozco bien... y te admiro.

El ruso se aproximó a Niva deslizando los dedos sobre el brazo de ella, que no hizo nada por retirarlo. Los ojos de Yandot despidieron unas chispitas amenazadoras.

—Sí, te admiro —repitió.

—Pues mantén tu admiración a distancia —replicó la mujer—, no vayas a estrellarte.

Kazan se hizo hacia atrás. Volvió a reír.

—No temas. No me estrellaré.

Luego fijó su atención en Olga. Era una ucraniana de singular belleza. Sus magníficos ojos negros tenían la profundidad de las oscuras noches del Mediterráneo. Su cabellera de azabache enmarcaba un rostro pálido de piel satinada y rasgos perfectos. Estaba delgada. Habíase hallado al borde de la muerte y sólo la intervención milagrosa de Yandot la salvó. Reponíase rápidamente de los estragos causados por su enfermedad y pronto, a juicio de todos, gozaría de las formas que antaño poseyera. Estuvo enamorada de un empleado de la embajada norteamericana en Moscú. Acusada de traición y espionaje había ido a parar a Sibiriakof, que estuvo a punto de convertirse en su tumba.

—Te encuentro preciosa, Olga —dijo Dimitri—. Me gustas.

—Siento no poder decir lo mismo de ti —replicó con morbosidad la joven.

Kazan, riendo, giró sobre sus talones y se colocó junto al tacomis que tripulaba la aeronave.

La rampa habíase corrido sobre sí misma y el platillo volante estaba ya herméticamente cerrado. Yandot ocupó su asiento ante el tablero de mandos y gritó una orden gutural. El húngaro y el polaco se pusieron a su lado, expectantes.

Era la primera vez que las dos mujeres subían a una de aquellas naves siderales, por lo que no era de extrañar que contuviesen el aliento ligeramente atemorizadas. Müller, el alemán, antiguo oficial de la Wehrmacht, el hombre amargado, como le llamaban sus compañeros, les dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No temáis —dijo—. Esto se desliza con la misma suavidad que una pluma y no se nota ninguna sensación extraordinaria, a no ser la sorpresa que domina a uno cuando observa la inteligencia de estos seres.

—¿Tomaste parte en el ataque a las plantas atómicas? —preguntó Olga.

—No me quedó otro remedio. Pero aquello fue fantástico. Debierais haber visto a los destructores dispersando a los aviones americanos, a los robots mecánicos trabajar como personas humanas y a los empleados de las fábricas inmóviles como estatuas. Vamos a salir del *Kipsedon*. Las paredes del platillo se tornan transparentes. Sentaos en estos sillones adosados a la pared. Son más cómodos de lo que parecen. Hasta ahora.

Las grandes compuertas del hangar habían sido ya corridas, y las aeronaves designadas para la exploración salían lentamente hacia el exterior. Cada una tomaba una dirección diferente para cubrir el máximo terreno posible.

Lanca Hoppel había sido recibida por Derek Bedford con una sonrisa de satisfacción. Quedáronse mirando a los ojos, sin pronunciar palabra. Lanca leyó en los de su marido una infinita ternura. Conmovióse tanto que se lanzó impetuosa a sus brazos, siendo estrechada con fuerza.

El impulsivo teniente Wilson y el pacífico Morse, mayor contraste no podía darse entre ellos, sonrieron y, discretamente, subieron a su platillo. En el vecino asomó el rostro achatado del sargento John Garry, técnico en radar. Abrió los ojos al ver a su capitán abrazando a la hija del profesor y volviéndose prestamente, emitió un tenue silbido de sorpresa.

—¿Qué le pasa, sargento? —gruñó Jim Shandon, cabo radiotelegrafista y casi tan amigo de peleas como Garry.

—Echa una ojeada al platillo del capitán.

El cabo escupió despectivamente, pero hizo lo que le insinuaba su compañero.

—¡Recórcholis! —exclamó—. ¿Pues no parece el final de una película? ¡Vaya con el capitán! Qué reservado se lo tenía, ¿eh?

—No seas animal. Si te oye, te mete un mes en el calabozo.

—Ojalá pudiera hacerlo —murmuró súbitamente grave el joven, rascándose la coronilla y apartándose de la rampa—. Demostraría que aún estábamos en la Tierra.

—Mira, muchacho. No te pongas sentimental porque eso no va con tu carácter, ¿me entiendes? Nos han traído aquí para que aprendamos el manejo de este cacharro y por mi parte no pienso desperdiciar el tiempo. Espera que sepa lo mismo que estos tipos y...

Dejó sin acabar la frase, mas su significado estaba bien claro.

Los platillos volantes se alejaban a gran velocidad del *Kipsedon*, gigantesca

cúpula azul en medio del cráter lunar. Manteníanse en contacto con la astronave, dorado Temoc el jeddad y los otros suts seguían la marcha de las pequeñas naves siderales por radio de las pantallas de televisión y radar.

Yandot puso rumbo hacia la cara oscura de la Luna, donde era entonces de noche, la cual desde la Tierra jamás había sido vista ni aun a través de los potentes telescopios por una razón muy sencilla: La Luna invierte el mismo tiempo en su movimiento de traslación que en el de rotación sobre su eje, de modo que siempre presenta la misma cara a nuestro planeta. La Luna es cuarenta y nueve veces menor que la Tierra, por tanto su diámetro ecuatorial es sensiblemente más reducido que el terrestre. Su vista producía la desolación más completa. Era árida, enteramente seca, sin atmósfera, sin agua; en fin, como un erial o peñasco gigantesco...

—¡Qué paisaje más triste! —murmuró Olga Fedorova.

Kazan la oyó y se volvió diciendo:

—Es cierto, pero tiene un encanto especial. La Luna es ya un astro muerto; algún día tuvo, quizá, mares y vida, pero hoy ha desaparecido todo; para ella ha sobrevenido ya su fin del mundo, como estaba a punto de acontecerle a Tacom cuando los hombres rojos partieron en busca de un planeta que reuniera parecidas condiciones de habitabilidad. No le quedan más que montañas abruptas y prodigiosamente altas, algunas de las cuales llegan hasta cerca de los ocho mil metros, el doble o el triple, proporcionalmente, a las de la Tierra.

Los terrestres miraban a través de las paredes transparentes la superficie que pasaba rauda ante sus asombrados ojos. Aparecía agrietada, llena de elevaciones, que tomaban la apariencia de grandes cráteres de volcanes y anfiteatros inmensos de muchos kilómetros de diámetro.

—Todo esto —prosiguió Kazan— es lo que nos explica el aspecto que la Luna nos ofrecía desde la Tierra. Allá la veíamos semejante a la cabeza y rostro de un hombre; hasta nos figurábamos divisar los ojos, la nariz, la boca... ¡Curiosas ilusiones! Lo que teníamos por nariz es una gigantesca cordillera de 6.000 metros de elevación; el extremo de la misma, es un macizo circular con un inmenso cráter en medio, llamado de Copérnico, de muchos kilómetros de diámetro. El ojo derecho es una depresión, como el lecho de un antiguo mar, tiene 700 kilómetros de diámetro y se llama Mar de la Alegría. El ojo izquierdo es otro mar de mil kilómetros, el Mar de las Lluvias...

—¿Dónde has aprendido todo eso, Dimitri? —inquirió Niva mordaz.

—Esto lo sabe cualquiera que posea una mediana cultura —replicó con intención el ruso de Minsk.

Sonrió al apreciar el fruncimiento de ceño de Niva y continuó:

—La temperatura aquí es extrema. Como no hay atmósfera ni nubes, los rayos solares caen de plano sobre la superficie y la calcinan, con un calor de 100 grados. No hay sucesión de días y de noches; mejor dicho: los días de Luna duran catorce de los nuestros; al fin de ellos, vienen repentinamente las tinieblas y duran otros catorce;

la temperatura baja entonces verticalmente hasta 100 grados y más, bajo cero. En verdad, que no es nada agradable vivir en la Luna a pesar de los sueños de los poetas.

—Los terrestres —intervino Olga— sólo conocemos una cara de la Luna, ¿no es así? —ante el gesto de asentimiento de Kazan, la joven siguió—. Entonces será muy interesante explorar esa parte desconocida.

Kazan sonrió.

—El día que abandones esa sonrisa —exclamó Niva resentida aún por las palabras anteriores del ruso— tu semblante dejará de ser el de un idiota.

Dimitri continuó sonriendo y, sin prestar la menor atención a la orgullosa mujer, respondió a las palabras de Olga:

—Da la casualidad que la noche reina en la cara que desconocemos los terrestres. No obstante, creo que algo veremos con la ayuda de los reflectores. Observa, el Sol desaparece. Pronto no veremos nada a no ser las estrellas rutilantes del espacio.

Efectivamente, el platillo volante no tardó en hundirse en la noche más oscura que uno pudiera imaginarse.

A una orden de Yandot, uno de los ancianos tripulantes accionó una palanca y se encendieron potentes reflectores que iluminaron una región no mucho más agradable que la conocida; cráteres y riscos, montañas y hendiduras, fisuras, grietas, rocas y aristas, desierto espantoso y opresivo. Máquinas de filmar funcionaban ininterrumpidamente por si acaso algo escapaba a la observación de los hombres.

Pronto el aparato de radar señaló un eco movible a una distancia de cincuenta millas. Yandot, impertérrito, puso rumbo hacia él de manera que el eco se fue acercando al centro mismo de la pantalla.

Súbitamente, cuando ya debían estar muy próximos al objeto cuyas ondas recogía el radar, el eco desapareció de la pantalla.

—¿Qué significa esto? —preguntó Müller confuso.

—Tal vez ese objeto, lo que sea —contestó Kazan—, posea los medios de anular la acción, del radar tacomis, como éstos tienen aparatos que destruyen los ecos de los radares terrestres. Significa, además, que la Luna está habitada, y que los selenitas poseen inteligencia y conocimientos ultramodernos.

Yandot gruñó asintiendo. Tenía los ojos fijos en el tablero de centro. Miró hacia la pantalla de televisión y luego hacia la del radar. Gritó una orden. Un tacomis accionó una palanca y los reflectores se apagaron, quedando todo envuelto en la más densa oscuridad.

Los terrestres vieron que Yandot y los tacomis se colocaban unas gafas de lentes ahumados. Recibieron, a su vez, gafas idénticas que se pusieron sobre la nariz, tapando los ojos.

—Mirad ahora —dijo Yandot—. Estamos empleando la luz negra para evitar ser descubiertos a simple vista. Veréis la superficie de este satélite como si fuera el crepúsculo.

Tenía razón. Un sorprendente colorido amarillento y difuso, que dejaba, empero,

apreciar perfectamente el contorno de los objetos y de las cosas, invadía todo el tenebroso y desértico paisaje lunar.

—¡Mirad! —rugió de pronto el húngaro.

El platillo volante avanzaba a escasa velocidad. A través de las paredes de kass y valiéndose de las gafas y de la luz negra pudieron distinguir cómo se movía un sector de la montaña que tenían ante ellos y aparecían unas extrañas cúpulas verde oscuras. Un segundo después, la noche se encendió con el resplandor de terribles llamaradas y alrededor del platillo empezaron a estallar luces de todos los colores, que eran otras tantas explosiones atómicas.

—¡Disparan con cañones atómicos! —advirtió Yandot—. Y emplean también rayos cósmicos, cañones eléctricos y torpedos dirigidos por cerebros electrónicos.

En su voz no se advertía la más leve emoción. Mientras hablaba no dejó de mover interruptores, llaves, palancas y apretar botones. Todas las armas de a bordo entraron en juego al unísono. Los cañones atómicos, los proyectores ígneos y eléctricos, los rayos paralizadores y las bombas atómicas y de hidrógeno propulsadas a chorro y dirigidas hacia el objetivo por sus correspondientes cerebros electrónicos, lanzaron y descargaron un vendaval de fuego, metralla, radiaciones radioactivas, verdaderamente terrible y destructor.

La montaña parecía desintegrarse enviando piedras y rocas en cantidades asombrosas hacia lo alto. Elevábanse columnas de fuego que adoptaban la forma de gigantescos hongos. Estallaban los proyectiles y las bombas contra las extrañas cúpulas que resistían impávidas el furioso bombardeo a la vez que enviaban un aluvión de torpedos aéreos ante los cuales los cohetes receptores del platillo volante se veían impotentes para contener, haciéndolos estallar antes de que chocaran contra la coraza de kass.

El platillo se tambaleaba, saltaba, se hundía, se elevaba al compás de las explosiones, silenciosas por demás, y a no ser porque Yandot había neutralizado la fuerza de la gravedad en el interior del platillo, el daño hubiese sido considerable para los tripulantes.

—No podremos resistir la acción concentrada de todas las cúpulas —dijo Yandot con una serenidad escalofriante y hablando en ruso—. Pronto emplearán torpedos de cobalto y nos abatirán. Colocaos las escafandras por si esto ocurriera.

Mientras Yandot lanzaba el platillo volante a toda velocidad hacia arriba, los terrestres y los tacomis, vestidos ya con el traje azul de kass y amianto, se colocaron las escafandras y unos guantes que se cerraban en torno a la muñeca, aunque sin taponar la circulación de la sangre.

De repente, el platillo volante sufrió una tremenda sacudida. Olga y Niva fueron arrojadas contra Müller y el húngaro, rodando los cuatro en confuso montón. El mecanismo que neutralizaba la fuerza, de la gravedad había dejado de funcionar. Como una peonza, el platillo se puso a girar por el espacio; luego describió una parábola y empezó a caer a una velocidad escalofriante. Los motores atómicos ya no

zumbaban.

Yandot trabajaba en los mandos como un loco. Soltó varias palabras guturales. Los tacomis corrieron por el interior de la nave. Uno de ellos descendió por una escalerilla al piso inferior. Casi al instante, se oyó una especie de ronroneo y la aeronave comenzó a perder velocidad. Pero aunque los motores de urgencia funcionaron a tiempo de impedir una catástrofe mortal, no evitaron, sin embargo, que el platillo volante chocara violentamente contra la superficie lunar, llevado por la mano poderosa de Yandot.

La nave corrió arrastrándose sobre su panza por un suelo agrietado y no se detuvo hasta que se aplastó contra un peñasco de enormes dimensiones. El choque fue espantoso. Arrojó a unos contra otros. Se apagaron las luces, se escuchó el chirrido de metales, el escape de un gas y los chasquidos de unos chispazos sorprendentes. Luego, el silencio y la oscuridad reinaron en los alrededores de aquel cráter lunar.

CAPÍTULO V

LOS HOMBRES ANTENA

Derek Bedford conducía el platillo bajo la mirada atenta de Zanu, el sut de la guerra. Zanu era, de todos los tacomis que viajaban en el *Kipsedon*, el más fuerte y uno de los más jóvenes. Cuando la astronave salió de Tacom llevando en su seno a mil hombres bajo el mando del gran Jumwha, los sabios tacomis habían previsto la muerte del planeta para un plazo no superior a los cinco mil años. Constantemente Tacom se veía amenazado por las incursiones de los hombres antena, instalados en Tarka y enemigos seculares de los tacomis. Ambos adversarios se abstenían de atacar sus respectivos planetas, ante el temor de destruir sus atmósferas y aniquilar la vida animal. Por este motivo dirimían sus odios y rencillas en Tumpa, habitado por los hombres amarillos y cuyo dominio se repartían por partes casi iguales.

El *Kipsedon* había permanecido casi cien años vagando por el espacio y lentamente fueron muriendo sus tripulantes, incluso el gran Jumwha, el cual tuvo de Laya, una princesa de la casa reinante de Tacom embarcada subrepticamente en la astronave y enamorada del jeddad, siete hijos, el mayor de los cuales, que contaba ya noventa años, Temoc, había sucedido en el mando al jeddad Vertex, sucesor del primer almirante y muerto en la Tierra a causa de su avanzada edad.

De los mil tacomis que partieron de Tacom con el gran Jumwha, tan sólo cuatrocientos diez quedaban, y todos eran viejos, terriblemente ancianos; sus rostros estaban retorcidos, arrugadísimos, y sus cuerpos debilitados y encorvados; pero había algo en su porte y en su mirada que decían de una misteriosa vitalidad que les impulsaba a vivir.

El promedio de vida entre los tacomis era de ciento cincuenta a ciento sesenta años, edad que todos los que salieron de Tacom contaban ya. Estaba, pues, próximo su fin. De ahí que Vertex confiara en Yandot, el hombre rojo, y en sus seis hermanos para que, con la ayuda de los terrestres, condujeran el *Kipsedon* hasta su destino.

Los tacomis físicamente no se diferenciaban mucho de los terrícolas. Se les hubiera podido tornar por representantes extraños de la Mongolia o del Turquestán. Eran altos, delgados y tremendamente ágiles. Tenían los brazos muy largos; esto junto con las piernas que flexionaban en demasía al andar les daba un aspecto un poco grotesco, que se olvidaba al ver la completa armonía de todos sus movimientos... Su cabeza, coronada por una masa de cabellos largos y lacios, era alargada y aparecía afeitada en su parte derecha cuando el tacomis era joven; su nariz aguileña, la mandíbula angulosa y los ojos muy negros. El color de su piel, desprovista de vello, era rojizo, de aquí que les llamaran los Hombres Rojos de Tacom.

Tenían idénticos sentimientos que los terrestres. Reaccionaban de la misma manera ante el amor y discernían con más clarividencia entre lo bueno y lo malo. Pero apenas sabían sonreír, debido, quizá, a tener algo atrofiados los músculos de la risa. Eran serios, terriblemente serios, y no les gustaba hablar inútilmente.

Temoc era el hermano mayor de Yandot y jeddad del *Kipsedon*. Seguía Kanak, jefe o sut de la artillería; Rumbal, jefe de máquinas; Utor, técnico de gran valía e investigador; Zanu, el sut de la guerra, y Parno, médico y físico.

El platillo volante de Zanu, conducido por las hábiles manos de Derek Bedford, volaba describiendo anchurosos círculos sobre la superficie lunar.

Fred Wilson y Tom Morse estudiaban los instrumentos de a bordo, mientras Lanca Hoppel se entretenía mirando a través de las paredes de kass o el panorama que reflejaba la pantalla de televisión. De vez en cuando miraba amorosamente a su marido.

De repente oyóse un zumbido y la pantalla de televisión se iluminó con la faz de Temoc. Lanca vio cómo movía sus labios y en el interior del platillo retumbaron unas palabras guturales. Cuando la imagen del jeddad desapareció, Zanu hizo una seña a Derek para que le dejara los mandos, y sentándose en el sillón, dijo en un inglés bastante perfecto, si se tenía en cuenta el poco tiempo que había tenido para aprenderlo:

—Malas noticias. En la parte oscura de este satélite desaparecer platillo volante de Yandot. Gran combate. Enemigo muy poderoso. Nosotros investigar.

Accionó una palanca, y la aeronave arrancó por así decirlo, adquiriendo en breves segundos una velocidad superior a los cinco mil kilómetros por hora. Volando sobre los picachos desnudos pronto se sumergieron en la parte ignorada por los terrestres y en la que, como sabemos, reinaba la noche.

En la pantalla de radar aparecieron unos puntitos luminosos.

—No preocupar amigas —informó Zanu.

Eran los otros siete platillos que acudían al lugar donde se había desarrollado el combate. Púsose en funcionamiento la luz negra. El sut estaba alerta. A su alrededor se agruparon los otros platillos volantes formando un semicírculo defensivo. En la montaña donde habían estallado los proyectiles atómicos vislumbrábanse todavía imponentes columnas de humo radioactivo, así como resplandores más o menos vivos, a veces adquirían intensas tonalidades rojas, azules o amarillentas...

Bruscamente, de la base y de las laderas de la montaña, surgieron las cúpulas y la noche volvió a encenderse con las trayectorias luminosas de los cohetes, de los torpedos y proyectiles atómicos.

Un platillo volante cayó envuelto en llamas antes de que los tacomis llegaran a apercibirse de ello. La formación se disgregó y cada parte inició por su cuenta el ataque contra las cúpulas.

Las explosiones se sucedieron a ritmo aterrador, aunque dentro ni fuera de las naves tacomis se apreciara el menor ruido. La montaña parecía un volcán en erupción

arrojando lava radioactiva en todas direcciones. Los platillos pasaban en cadena ante las extrañas cúpulas verde oscuras dejando caer su carga mortífera y disparando con todas sus armas. Una cúpula, más castigada que las demás, estalló en fulgores aframbuesados y carmesíes. Oleadas de rocas se venían abajo por las laderas rebotando contra las corazas de aquellas imponentes casamatas, casi invulnerables.

Otro platillo siguió en breve la suerte del primero. Se disgregó en centenares de grandes fragmentos, cayendo sus trozos incandescentes esparcidos y formando una gigantesca palmera.

El combate proseguía con extraordinario denuedo, sin que Zanu diera la orden de retirada. De súbito, por encima de las cumbres vecinas aparecieron enormes cohetes de propulsión atómica que se arrojaron sobre los platillos volantes. Aquellas aeronaves tenían una forma alargada, tal vez midieran unos cincuenta metros de longitud y unos diez de anchura. Derek pudo contar media docena de aparatos. Pero Zanu debió comprender lo que ocurriría si aceptaban el combate y gruñó una orden gutural. Los platillos, lanzados a ocho mil kilómetros por hora, ascendieron hacia el espacio, perseguidos por los aerocohetes de cuyas fantásticas bocas surgían centenares de torpedos aéreos dotados de cerebros electrónicos, que se lanzaban a enorme velocidad sobre las naves tacomis.

Un platillo volante fue alcanzado de lleno; rodando sobre sí mismo y dejando tras sí un reguero de chispas, se estrelló contra la cresta de una montaña. Las armas defensivas tacomis abatían sin cesar torpedos y más torpedos, hasta que al acercarse a la cara iluminada de la Luna, torpedos y aerocohetes desaparecieron repentinamente.

Momentos después, los cuatro platillos supervivientes de la derrota entraban en el *Kipsedon*.

Derek ayudó a Lanca a descender del platillo. La joven estaba muy pálida, no repuesta todavía de la emoción que le produjo el combate.

Tom Morse aparecía consternado, imbuido del claro significado que tenía la presencia de seres tan omnipotentes cerca de la Tierra. Fred Wilson mostrábase serio. Comprendía, al fin, el terrible poder que poseían los tacomis y sus enemigos, fueran estos quienes fuesen.

—¿Les habrá pasado algo a Garry y a Shandon? —preguntó.

—No. Ahí vienen.

Ninguno de los dos jóvenes parecía estar muy impresionado por lo que habían presenciado y sufrido. Es más, el sargento sonreía.

—¡Vaya batalla! —exclamó—. ¡Ha sido magnífico! Creo que nos vamos a divertir de lo lindo.

El teniente Morse soltó un gemido.

—Este hombre está loco —dijo—. ¡Que se lo lleven de aquí!

—Pero, mi teniente —replicó el suboficial—. ¿Usted preferiría un viaje de treinta años sin nada que rompiera la monotonía?

Morse se llevó las manos a la cabeza y se alejó del grupo.

—Con el mayor respeto —dijo el sargento—, pero me parece que el teniente está un poco... impresionado, ¿no es verdad?

Todos comprendieron que había omitido intencionadamente la palabra *asustado*. Sin embargo, ni el capitán ni Wilson dijeron nada.

Salieron de hangar en pos de Zanu.

Lanca no había querido preguntar qué había sido de sus compañeras Niva y Olga Fedorova. Sentía un extraño presentimiento que le atenazaba el corazón. Llegó a apreciar a las dos mujeres por la confianza y la comprensión que encontró en ellas. Le dolería terriblemente que no se hubiesen salvado. Zanu les había dicho que el platillo de Yandot había sido derribado, y ella había visto las terribles explosiones que seguían a la caída de un platillo envuelto en llamas. No existía salvación posible para sus tripulantes. En esta convicción, no quiso indagar cerca de Zanu. Por demás, a éste le gustaba muy poco hablar, y Lanca no quería importunarle sabiendo además que Yandot era el hermano preferido y mimado de los hijos de Jumwha. Y ella estaba convencida de que los tacomis sentían el dolor tanto como los terrestres, aunque no lo reflejaran en sus impasibles semblantes.

Zanu les guió hasta la sala de conferencias. Puesto que estaban destinados a ser los futuros lugartenientes del *Kipsedon* era conveniente que asistiesen a todas las entrevistas y conocieran las decisiones del jeddad.

Se encontraban en la cámara todos los hermanos de Zanu excepto Yandot, TJarvo, el más anciano de los tacomis, y cuatro personajes más, por cuyos rostros parecían haber pasado varias generaciones. El profesor Hoppel compareció casi al mismo tiempo que ellos.

Zanu llevóse la mano al pecho, según el clásico saludo de Tacom. El jeddad le devolvió el saludo de la misma manera y, tras indicar unos asientos a los recién llegados, empezó a hablar sin que ninguno de los terrestres a excepción del profesor, entendiera sus palabras.

Al final de la conferencia, Zanu dijo:

—Desde el *Kipsedon* presenciar desarrollo batalla. Tripulantes de tres platillos muertos. Desconocer paradero de Yandot y hombres que iban con él. Caber pequeña esperanza. Nosotros buscar.

Lanca respiró aliviada. ¡Había una esperanza! Derek apenas se había relacionado con Yandot y los evadidos del campo de concentración. Tan sólo había tratado con Müller, el único que le secundó allá en la Tierra en su intentona de fuga. Le interesaba más conocer otras cosas. Preguntó:

—¿De dónde proceden esas aeronaves tan poderosas? ¿Qué hacían allí esas cúpulas enterradas en la montaña? ¿Sabes algo de esto, Zanu?

—Sí. Yo saber.

—Pero ¿quiénes tripulan esos aerocohetes propulsados?

—Los hombres antena. Nuestros peores enemigos. Muy poderosos. Tanto como los tacomis. Sus cohetes y sus cúpulas estar contruidos del mismo material que el

Kipsedon. Ser kass. Nosotros destruir su base en este satélite de la Tierra. Habrá guerra. Mucha guerra. Sangre correr. Ignorar tiempo que estar asentados en Luna. Nosotros averiguar. No saber cuántas naves tener y cuántos hombres antena en base. También averiguar. Ellos conocer quizás destino de Tacom, Tarka y Tumpa. Nosotros querer saber. Gran guerra.

—¡Los hombres antena!

Los cinco americanos se miraron estupefactos. Lanca, intuyendo días difíciles, acogióse al brazo protector de Derek. Los jefes tacomis desfilaron ante ellos. Sus semblantes estaban más serios que de costumbre.

* * *

—Ya vuelve en sí.

Olga oyó esta voz como viniendo de muy lejos. Le zumbaban los oídos y le dolían la cabeza y el antebrazo izquierdo. Abrió los ojos, por lo menos así creyó hacerlo, pero lo cierto es que no vio nada absolutamente.

—Olga... querida...

Era Niva la que le sostenía cariñosamente la cabeza. Reconocía su voz bien timbrada.

—¿E... estoy... ciega? —tartajeó débilmente.

Recordaba confusamente lo sucedido. Caían a toda velocidad sobre la Luna... Luego percibió un chirrido y a continuación un choque espantoso.

—No, Olga —dijo la voz llena de alegría de Niva—. Estamos envueltos por una densa oscuridad pero si usas esta lámpara de luz negra nos verás al húngaro y a mí.

La muchacha intentó incorporarse. Estaba segura de que le iba a costar un gran esfuerzo, mas su sorpresa fue grande al comprobar lo fácil que le resultó ponerse en pie. Sentíase algo mareada, pero notaba al mismo tiempo una gran liviandad en todos sus movimientos.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

—Nos estrellamos contra un peñasco colosal. El choque fue espantoso. A no ser por ese material llamado kass, y principalmente, por los trajes que llevamos, ninguno hubiéramos sobrevivido. Un tacomis fue aplastado por la masa del motor que se desprendió de su centro. Los demás estamos bien. Yandot nos sacó a ti y a mí del platillo. Aparte de unas leves contusiones no tememos nada más. Tú recibiste un golpe muy fuerte en la cabeza y otro en el brazo. La escafandra te salvó. Yandot, llevándote en sus brazos, nos guió a esta cueva. Ha regresado con los otros para sacar del platillo armas y víveres, por si tenemos que defendernos y permanecer mucho tiempo en estos lugares. Te asombrarías, Olga, si te dijera lo poco que pesamos en la Luna. He oído decir a Kazan que la fuerza de gravedad es mucho menor que en la Tierra. Algo de eso estudié cuando era pequeña. Si hubiese sabido entonces que tenía que visitar la Luna hubiera prestado más atención a los libros, ¿no habrías hecho tú

igual?

Olga sonrió, asintiendo con la cabeza. Se encontraba ya mejor.

—No te preocupes, muchacha —dijo la voz de Foldvar, el húngaro—. Yandot nos sacará de ésta.

Habló con tanta firmeza que la misma Niva se impresionó. Sí, Yandot era poderoso, ¿acaso no lo había demostrado librándoles del yugo comunista? Podían confiar ciegamente en él en la seguridad de que les salvaría.

A través de los amplificadores de que iban provistas las escafandras percibieron, el leve ruido de unos pasos sobre el terreno rocoso.

Foldvar enfocó la entrada de la cueva con su lámpara, de luz negra. Las escafandras, mediante la simple acción, de apretar un botón del pequeño cuadro de mandos que cada uno llevaba en su cinto, adquirieron un tono oscuro que no podía ser visto dada la oscuridad reinante, y actuaron como complemento adecuado para la luz negra. Olga pudo ver así la alta figura de Yandot, cargado con algunos aparatos y fusiles que parecía llevar con suma facilidad, y las menos impresionantes de Kazan, Müller, el polaco y la del viejo tacomis superviviente.

—¿Te encuentras bien, Olga? —inquirió el alemán depositando su carga junto a la que cada uno había traído desde el platillo.

—Sí; muy bien. Gracias, Karl.

—Escuchadme todos —dijo Yandot.

Los terrícolas se congregaron a su alrededor mientras el tacomis, tomando un fusil atómico, se apostaba en la entrada de la cueva.

—Nuestra situación no es muy halagüeña, mas bajo ningún aspecto desesperada. Hemos sido derribados por los hombres antena, enemigos tradicionales de Tacom. Ignoro cómo han venido a parar a este sistema planetario. Lo cierto es que han establecido varias bases en este satélite y poseen naves capaces de enfrentarse con las nuestras. Me propongo investigar cerca de la montaña donde surgieron las cúpulas verdosas para averiguar sus efectivos. Nos pondremos en contacto con el *Kipsedon* por medio de un aparato de radio que he sacado del platillo volante. Estamos bien armados y tenemos víveres suficientes para mantenernos durante una temporada sin necesidad de recibir auxilios del *Kipsedon*. Cuando lo crea conveniente y antes de que se agote nuestra provisión de oxígeno seremos recogidos por el *Kipsedon*. ¿Estáis dispuestos a secundar mis planes?

Müller, el húngaro y Mihaly se apresuraron a contestar afirmativamente. No les atraía la perspectiva de enfrentarse con los hombres antena, fueran estos como fuesen, pero temían en cierto modo más el poder misterioso de Yandot, que era más tangible. Además, ¿qué otra cosa podían hacer entonces?

—Esos hombres antena —insinuó Kazan— nos buscarán...

—Indudablemente —afirmó el hombre rojo—. Y debo advertir que son enemigos muy peligrosos. No tardarán en venir a echar una ojeada al platillo, y previniéndolo les he reservado una pequeña sorpresa. Un consejo: si alguna vez os tropezáis con un

hombre antena no creáis que la oscuridad os protege, antes al contrario, las tinieblas son el mejor aliado de esos seres que se mueven mejor de noche que de día. Ya os explicaré más adelante el porqué. Ahora no tenemos tiempo que perder. Voy a repartir el equipo sacado del platillo.

Yandot fue llamándoles uno por uno. Cada terrestre fue armado con un fusil atómico, cuyas características se asemejaban mucho a las de un fusil ametralladora terrestre, una pistola eléctrica y una docena de bolas metálicas del tamaño de una granada de piña. Les fue entregando, además, una lamparilla de luz negra y otra corriente, latas de comprimidos y encendedores eléctricos.

El tacomis estaba equipado de la misma guisa que los terrestres. Kazan fue cargado además con un prismático de gran alcance y potencia y una brújula. Yandot llevaba lo mismo que el ruso, amén del aparato de radio de gran longitud de onda. A las mujeres se les entregó una pistola, dos lamparillas y una lata de comprimidos.

A continuación y en breves y concisas palabras, Yandot dio una explicación de cómo funcionaban las armas y las granadas.

Pasaron quince minutos antes de que el tacomis que estaba de centinela susurrara unas palabras guturales.

Yandot y Kazan se tumbaron al lado del anciano, mirando en la dirección que éste indicaba con su brazo. Avanzando majestuoso a poca altura vieron un aerocohete, negro como la misma noche, que se inclinaba hacia el platillo volante destrozado contra la roca. La lámpara del tacomis proyectaba su luz a una distancia de mil metros. La mantenía centrada sobre el aerocohete, que se había detenido sobre el platillo. Sin duda, los hombres antena observaban con sus aparatos los alrededores antes de decidirse a posarse sobre el suelo.

—Estas rocas nos protegen —murmuró Yandot. Sus palabras iban dirigidas al ruso de Minsk—. De lo contrario habríamos sido ya *detectados*.

Dimitri comprendió el verdadero significado de aquellas palabras. Constituían un aviso. Un aviso que no debía desaprovechar si quería continuar con vida y alcanzar sus ambiciosas aspiraciones.

—Ahora bajan.

El aerocohete descendió a menos de cincuenta metros del platillo. Difuminadas por la oscuridad y por la distancia, Kazan distinguió unas sombras achaparradas salir de la nave. Vio correrse un lienzo lateral, pero ningún reguero de luz escapó de su interior. Las sombras se aproximaban hacia los restos del platillo, muy lentas, con recelo, sin fiarse de la aparente tranquilidad.

De súbito, una bola de fuego enorme, espantosa, se alzó junto a la roca. El platillo se desintegró convirtiéndose en un brasero radioactivo, alcanzando con sus ráfagas a todas las sombras, que desaparecieron entre los torbellinos de la explosión.

Kazan sólo percibió un leve ruido en sus amplificadores, pero como no existía atmósfera ni aire en la Luna el sonido no podía transmitirse. Fue, pues, una llamarada silenciosa pero no por eso menos terrible. Un fuerte temblor de tierra sacudió la

cueva, desprendiéndose algunas piedras. Por las laderas de las crestas vecinas rodaban peñascos, en un silencio ominoso y aterrador. La nave de Tarka, la de los hombres antena, fue envuelta por la onda creada por la misma explosión y recibió de lleno una parte de la estructura del platillo volante. Sin embargo, no sufrió daños aparentes, y ello fue debido a que tras descender los tripulantes víctimas de la explosión, habíanse vuelto a cerrar las compuertas de salida. Sin esta precaución, el aerocohete habría seguido la misma suerte que el platillo volante.

La trampa de Yandot no pudo ser más sencilla. Dispuso la luz de una lamparilla negra sobre una célula fotoeléctrica. Al ser cortada la trayectoria de los rayos invisibles por la presencia de un cuerpo extraño, en este caso el de un hombre antena, la célula fotoeléctrica actuó sobre un mecanismo de disparo que hizo volar todo el cargamento de bombas y proyectiles atómicos que transportaba la aeronave tacomis, y que si no estallaron anteriormente al sufrir el choque fue debido única y exclusivamente a que, tanto en la construcción del platillo volante como de los artefactos bélicos, los tacomis previnieron esta contingencia.

La aeronave de Tarka se elevó rápidamente, describió una serie de círculos alrededor del lugar de la explosión, pasando una de las veces muy cerca de la cueva, en cuyo instante Yandot ordenó meterse dentro y, por fin, se retiró hacia su base.

Yandot celebró con un gruñido de satisfacción la partida del enemigo. Dimitri volvióse hacia sus amigos y, sonriendo, dijo:

—Hemos ganado el segundo *round*. Estamos en tablas.

El hombre rojo intercambió algunas palabras con el tacomis, luego se encaró con los terrestres y manifestó:

—De acuerdo con mis cálculos hemos debido caer a unas cuarenta millas de la base Tarka. Como podemos deslizarnos por la Luna a triple o cuádruple velocidad que lo haríamos en la Tierra, la distancia queda reducida a unas doce millas, que podemos salvar en cinco horas poco más o menos. Lucharemos contra un enemigo que desconoce el honor y las consideraciones morales y nosotros utilizaremos los mismos métodos. Si pudiéramos aguardar hasta el nuevo día lo haríamos, pero debemos apresurarnos. Los informes que podamos proporcionar al *Kipsedon* serán de gran utilidad.

—¿No se irán dejándonos abandonados? —inquirió Olga, recelosa.

Ningún hombre se hubiera atrevido a hacer aquella observación a Yandot, pero partiendo de los labios de una débil criatura, ¿qué otra cosa podía hacer el hombre rojo sino callar?

—El jeddad sabe que Yandot vive —dijo en un tono solemne, que empleaba cuando quería impresionar a una persona—. Temoc conoce los proyectos de Yandot. Esperará.

—Pero si no has empleado el aparato de radio —declaró confusa la joven—. Y no sé por qué no lo has hecho todavía.

Yandot gruñó por toda respuesta. No entendía a las mujeres. Sabía por el viejo

TJarvo que hacían preguntas tontas. Prefería, pues, callar antes que meterse en una discusión sin fundamento con una hembra. Además, estaba cansado de tanto hablar. Nunca, como en esta noche, había prodigado tantas palabras. Si los terrícolas tenían un defecto, ese era precisamente que hablaban demasiado.

—En marcha —ordenó saliendo el primero de la cueva.

Inmediatamente le siguió Kazan. Luego lo hicieron los demás, cerrando la marcha el tacomis de cuerpo encorvado y piernas arqueadas.

Notaban una sensación extraordinaria de ligereza. Dieron saltos que allá en la Tierra hubiera envidiado el campeón mundial de la especialidad. Yandot procuraba no acelerar el paso para evitar distanciarse de sus compañeros, en especial de las dos mujeres. Olga caminaba detrás de Niva y delante de Müller. Estaba algo resentida porque Yandot no le había dado explicación alguna ni había respondido siquiera a su pregunta. Emparejó con Müller, aprovechando que atravesaban un terreno llano, y volvió a formular la pregunta que hiciera al hombre rojo.

—¿Cómo puede haber comunicado Yandot a su hermano que estamos sin novedad, Karl?

—Lo ignoro... Desde el *Kipsedon* seguían por medio de las pantallas de televisión y radar nuestro viaje de exploración. Estuvo en contacto con nosotros hasta que nos estrellamos. He oído decir a Kazan que Yandot es capaz de transmitir el pensamiento a distancia valiéndose de sus portentosas facultades. ¿Telepatía? La verdad es que ya no me asombro de nada.

—Kazan es un embustero —replicó la joven—. Siempre lo ha sido.

—Quizás lo fuera antes —manifestó el alemán moviendo la cabeza—, pero desde que trabé amistad con él se ha comportado siempre lealmente.

—Es un cretino. Un ambicioso. Y lo que ha hecho con Tania Gurevich...

—Dimitri aprecia a la muchacha. No le ha causado ningún daño.

—Pero la separó de su padre...

—... sacándola de Rusia. Tú, mejor que nadie, sabes cómo las gastan tus compatriotas. Reconozco que Kazan es un ambicioso, mas no es un crimen serio. Y lo has dicho en un tono de voz que...

—Sé que todos vosotros le admiráis —rebatía la joven—, pero si conocierais como yo cuál es su pasado y su fondo moral, os apartaríais de él como de un apestado.

—No me importa en absoluto el pasado de un hombre. Suponiendo que Kazan fuera un asesino antes de aparecer por Sibiriakof, su comportamiento posterior con los compañeros es digno de agradecer.

—¡Todos los hombres sois iguales! —chilló la joven—. Os defendéis unos a otros. Quédate con tu Kazan. Yo prefiero andar sola.

—Mujer, no creo que haya motivo para...

—He dicho que me dejes en paz —cortó Olga adelantándose.

El alemán no se rascó la coronilla porque la escafandra se lo impedía, pero

¡diablo!, qué genio se le había hecho a Olga Fedorova. Siempre había estado alabando el carácter dulce y bondadoso de la ucraniana, el ángel de Sibiriakof, como la llamaban en el campo de concentración y ahora, al estar más en contacto con ella descubría su verdadero modo de ser. ¡Para que se fiara uno de las mujeres!

Sosteniendo el fusil atómico saltó hacia adelante, imitando a Olga y salvando de este modo una fisura de diez metros de anchura. Apenas sus pies tocaron el suelo brilló una luz azulada, acompañada casi al instante de una llamarada mayor.

Volvióse bruscamente viendo el montón amorfo que formaba el viejo tacomis, caído de bruces en la otra parte de la grieta y de cuyo cuerpo escapaban pequeños hilos luminosos de humo. Aparecía sin escafandra y sin cabeza, y la visión era horrible.

—¡No te detengas, Müller! —oyó gritar a Yandot—. ¡Busca la protección de las rocas!

Una especie de rayo de fuego, en realidad un chispazo eléctrico, surcó la oscuridad dándole en pleno pecho. Müller gritó lleno de espanto. Cuando corría hacia las rocas se asombró de que no le hubiera pasado nada. Debería estar muerto como el tacomis y, sin embargo, estaba corriendo a una velocidad endemoniada. De verdad que no lo comprendía. A su derecha estalló un conglomerado de peñascos en imponente y silenciosa explosión. Dos o tres piedras rebotaron en su escafandra de kass. Perdió el equilibrio y cayó. Como un loco rodó sobre sí mismo y se ocultó tras un grueso peñasco.

¡Rayos! ¿Qué había pasado? Respiró jadeante, más por el susto y la emoción que le embargaba que por el esfuerzo realizado.

—¡No te asomes! —oyó que le gritaba Yandot, a través de los amplificadores—. ¡Es un grupo de hombres antena!

Su frente se cubrió de sudor. Su traje especial le había salvado de los rayos electrónicos, pero los hombres antena armaban también fusiles atómicos. Una de aquellas diminutas balas le había volado la cabeza al viejo tacomis.

No veía nada con aquella oscuridad tan espantosa. La luz de las estrellas era imperceptible, por lo que hizo funcionar su lamparilla de luz negra, empuñando su fusil mas sin abandonar la protección que le brindaba el peñasco.

A su derecha brillaron varias explosiones, y a su resplandor vio a Mihaly, el polaco, disparando en abanico su fusil atómico. Al parecer había comenzado el combate. ¿Qué clase de enemigos serían los terribles hombres antena?

CAPÍTULO VI

TERROR EN LAS TINIEBLAS

Al producirse el ataque enemigo, Yandot, que iba en cabeza, pegó un brinco hacia atrás, levantó con sus poderosos brazos el cuerpo de Niva y saltó hacia la protección de unas rocas. Todo esto no le llevó más allá de tres segundos.

—¡Ocultaos! —gritó a los demás.

Foldvar y el polaco obedecieron prestamente, en tanto que Kazan imitaba la maniobra del tacomis asiendo a Olga y metiéndose entre las rocas.

—Llevad mucho cuidado —dijo Yandot—. Vigilad atentamente dirigiendo los rayos de las lámparas de luz negra a vuestro alrededor, pero no asoméis la cabeza ni los brazos de vuestro refugio.

Luego envió una andanada de balas atómicas hacia el lugar de donde partieran los disparos que pusieron fin a la vida del viejo tacomis. Vio a Müller indeciso junto al borde de la fisura y le gritó para que se escondiese, cosa que el alemán hizo a una velocidad relámpago.

El hombre rojo conocía los procedimientos de lucha de los hombres antena. Sabía cuán difícil era burlarles y qué pocas probabilidades tenían de escapar con bien de aquella emboscada. Todo dependía del número de enemigos que tuvieran enfrente.

Varias balas atómicas estallaron a corta distancia haciendo temblar el suelo lunar y pulverizando unas cuantas rocas de tamaño no despreciable.

—No te muevas —le susurró Yandot a Niva—. Intentaré cogerlos por la espalda.

Niva vio alejarse al tacomis a rastras. Al quedarse sola dirigió los rayos invisibles de su linterna hacia los lados. Vio al polaco, tumbado unos metros más allá, disparando con furia su fusil atómico. Disparaba e, inmediatamente, se ocultaba, al tiempo que los proyectiles enemigos estallaban contra el tremendo peñasco tras el que estaba guarecido, sin que, empero, consiguieran desintegrarlo. Los demás, cumpliendo órdenes de Yandot, permanecían en silencio.

Pasaron varios minutos en esta situación antes de que allá enfrente se levantara una columna de fuego. Niva asomó un momento la cabeza, sin distinguir otra cosa que una bola resplandeciente que se consumió en breves segundos.

De pronto percibió un grito y una intensa llamarada la cegó, brotando a pocos metros de distancia. Fue empujada hacia un lado por una fuerza terrible. Medio aturrida, se incorporó sobre sus rodillas y dirigió el haz de su lámpara hacia donde había estado el polaco. Vio una masa carbonizada, informe, que despedía humo luminoso.

Niva ahogó un grito de horror. La lamparilla se le cayó de las manos, quedando envuelta por las densas tinieblas.

—Mihaly —murmuró. Luego, estremeciéndose, llamó en voz más alta—. ¡Polaco! ¡Polaco!

No obtuvo contestación. La oscuridad pareció ceñirla más, tan negramente intensa, que parecía lo bastante espesa para moldearla con las manos. Niva soltó un gemido, y volvió a llamar, nerviosa.

El pánico empezaba a apoderarse de ella cuando percibió una especie de chirrido muy débil que la sobresaltó aún más, semejante al ruido que producen al ser frotados los objetos metálicos. A tientas buscó la lamparilla y, cuando dio con ella, la encendió asaetando la oscuridad con sus rayos, barrió lentamente todo el terreno a sus espaldas. Rocas, grietas, peñascos de formas caprichosas, aristas, lava... Sin embargo, seguía oyendo aquel tenue chirrido escalofriante y persistía en ella la desagradable y aterradora sensación de estar siendo observada por alguien... o algo. ¡Allí estaba...! Pe... pero... ¿qué... era aquello?

Los ojos amenazaron saltársele de sus órbitas. Sintió un nudo en la garganta que le impedía proferir un grito; abrió la boca en busca de aire; los latidos de su corazón resonaron como el redoble de un tambor; los cabellos se le erizaron sobre la nuca, sintió frío y terror... un terror sin límites.

A cuatro yardas escasas de distancia se encontraba uno de aquellos hombres antena. Parecía dudoso que la estuviese contemplando, puesto que no vio señales de ojos en su pesada cabeza cubierta de una escafandra achatada. Era tan ancho como alto; aproximadamente mediría un metro cincuenta de estatura; tenía unas piernas muy cortas y, por contraste, los brazos casi le tocaban el suelo. Sostenía un fusil de forma extraña... Pero lo que más llamaba la atención era el conjunto de sus cuatro antenas que tenía en la cabeza; dos largas, de unos veinticinco centímetros de longitud, que surgían de las órbitas blancas, y dos más cortas, en vez de orejas. De aspecto era horrible... horripilante.

Este extraordinario ser permanecía totalmente inmóvil, con el fusil empuñado y dirigido hacia donde se encontraba Niva. Sus antenas, tan pronto estaban quietas como vibraban produciendo un chirrido muy agudo.

Niva no osaba moverse, ni gritar, ni respirar. Estaba convencida de que el hombre antena no la había visto, pues no se alumbraba con ninguna lámpara. Por tanto, mientras no hiciera ruido o se moviese estaba salvada.

De repente, el chirrido se hizo más fuerte en los amplificadores de Niva. El hombre antena movió su cabeza, de tal modo, que la hizo describir un giro de casi ciento ochenta grados.

Niva contenía la respiración. Jamás en toda su vida había pasado por un trance semejante. Si no acudían pronto en su ayuda o el horrible ser desaparecía, desmayaría sin poder resistir por más tiempo aquella situación.

Una sombra surcó el espacio cayendo sobre el hombre antena, el cual aún alcanzó a volverse y a levantar los brazos para resistir la acometida.

Niva, rota la tensión gritó aterrorizada, soltó la lámpara y se cubrió la escafandra

con los brazos. Luego, serenándose, miró hacia el lugar donde viera al hombre antena. Aunque no sostenía la lámpara pudo sorprenderle rodando por el suelo a impulso del terrible empujón que le propinara la alta silueta de Yandot.

—Enfócales, Niva —oyó que le gritaba Kazan—. Ese es el único modo que tiene Yandot de poder ver a su enemigo.

El hombre antena había perdido su fusil y se defendía con los brazos y las piernas con terrorífica contundencia. Yandot le estrechaba fuertemente por el cuello y sus músculos resaltaban poderosos bajo el traje de kass.

El achaparrado ser de Tarka asentó sus pies en el suelo y, lentamente, separó los brazos de Yandot, demostrando con esto que poseía una fuerza superior a la del hombre rojo.

Pero Yandot era más ágil. Cuando el hombre antena quiso hacer presa en su cintura para partirla en dos la columna vertebral, disparó furiosamente sus puños golpeando el macizo cuerpo de su rival. Luego saltó hacia atrás y, cogiendo una piedra, la lanzó contra su cabeza. El impacto debió ser tremendo. El hombre antena cayó de rodillas al suelo, momento que fue aprovechado por el tacomis para pisotearlo con terrible saña.

Niva asistía a la lucha con el corazón encogido. Vio cómo el horrible ser se recobraba y así una pierna de Yandot, derribándolo. Rodaron fuertemente abrazados, mientras Kazan oscilaba su fusil atómico sin decidirse a disparar por temor a herir a su amigo.

El ruso de Minsk, Müller y el húngaro habían rodeado a los contendientes y tan sólo ayudaban al tacomis iluminando con sus linternas el cuerpo de su enemigo.

Los dos rivales daban saltos impresionantes, persiguiéndose en medio del paisaje lunar sin pedir ni conceder cuartel. Los largos brazos del ser le Tarka rodearon la escafandra de Yandot y tiraron de ella al tiempo que le imprimía un medio giro. El tacomis se defendió propinando sendos rodillazos. Se separaron. El hombre antena saltó hacia adelante, tropezando en el pie de Yandot y saliendo disparado de cabeza al suelo.

Aprovechando aquel momento, el tacomis recogió el fusil que su enemigo perdiera al saltar sobre él y encañonó al achaparrado ser.

—No disparéis —gritóles a Kazan y al húngaro, que levantaban sus fusiles. Luego, soltó unos sonidos chillones y agudos.

El hombre antena se incorporó con recelo y no hizo ningún movimiento para escapar.

Yandot volvió a hablar en aquella jerga ininteligible que debía ser el lenguaje de los habitantes de Tarka, compuesto a base de silbidos.

Niva se levantó, reuniéndose con Olga que había presenciado la pelea escondida tras el cuerpo de Kazan.

—No temáis ahora —dijo Yandot—. Sólo eran tres hombres antena. Uno fue alcanzado por las balas del polaco y el otro murió destrozado por una de mis granadas

atómicas. Nos interesa conservar a éste vivo con el fin de interrogarle. Por de pronto, conviene alejarse de aquí. Podría ser que hubiesen transmitido algún mensaje a su base.

Los terrestres se acercaron llenos de aprensión y recelo a Yandot y a su prisionero. Entonces pudieron examinarlo a placer. Aparte los detalles generales que apreciara Niva, los hombres antena no tenían nariz, en el sentido clásico de la palabra, pero poseían tres diminutos orificios situados sobre la boca, desprovista de labios y en forma de ventosa. Sus manos eran muy alargadas y contaban sólo con tres dedos, terminados en una pequeña ventosa prensil. Carecían de pelos y vello, y las dos antenas más largas nacían de unos ojos redondos blancos y sin brillo.

Los terrestres sintieron un estremecimiento de repugnancia instintiva.

—Mataron al polaco —murmuró Foldvar—. ¡Y fue este bicho asqueroso! ¡Le disparó por la espalda! ¡Traidor cochino! —levantó su fusil.

—¡Quieto, húngaro! —ordenó imperiosamente Yandot—. Ya tendrás ocasión de vengar su muerte más adelante. Andando.

Yandot recogió su fusil, que había dejado sobre una roca al saltar sobre el hombre antena y que no disparó por temor de herir a Niva que se encontraba detrás y, dando un empujón al hombre de Tarka, echó a andar bajando hacia un terreno más llano.

Niva se colocó a su lado.

—¿Todavía asustada?

—No. Ya no. Pero he pasado mucho miedo. Sobre todo cuando tuve que permanecer completamente inmóvil en la oscuridad por temor a que ese... hombre me viera.

—Los hombres antena no ven.

—¿Quieres decir que son ciegos?

—Lo son bajo muchos aspectos —asintió Yandot—. Se guían por sus antenas. Las dos más largas cumplen las funciones de los ojos. Actúan a modo de antenas receptoras de radar y son tan sensibles que distinguen perfectamente cualquier objeto que se halle dentro de su campo de detección, apreciando si se trata de un ser vivo, de un cuerpo muerto, de un objeto material o de algo intangible. En muchos casos aventajan al ojo humano en rapidez de percepción. Para ellos siempre es de noche, siendo por este motivo más eficaces y peligrosos en la oscuridad. El campo de detección de sus antenas es bastante menor que el visual de nuestros ojos. Este hombre antena te *detectó*, y las ondas que le llegaron de tu cuerpo a él reflejadas le sorprendieron por ser desconocidas. Es decir, llegó a diferenciar tu raza, una raza de la que jamás había tenido noticias, y esto a pesar de cubrirte con un traje de kass. En cuanto a su oído está constituido por dos antenas menores, que captan los sonidos por leves que sean. Se explica así que su idioma sea aglutinante, a base de sonidos más o menos fuertes.

—Entonces —musitó Niva—, me estaba contemplando, mejor dicho *detectando*. ¿Sabía también que le estaba alumbrando con una lámpara de luz negra y que tenía

unía pistola que no me atrevía a usar?

—Así es. Todos esos detalles y muchísimos más recogieron sus antenas.

—Es asombroso.

—Aunque es la primera vez que me enfrento con los hombres antena, conozco su idioma, sus costumbres y todo cuanto hay que saber acerca de ellos. Mi padre primero, y después Vertex, su sucesor, y TJarvo me enseñaron a combatirlos. En un terreno despejado, esta noche hubiéramos sucumbido todos. Las rocas cortan sus ondas. Moviéndome, pues, por un terreno desfilado, pude acercarme lo suficiente para arrojar una granada de mano a uno de ellos. Después, al regresar hacia donde tú te encontrabas, vi a éste alumbrado por tu luz. Él me oyó y esperó a que me expusiera un segundo tan sólo para meterme una descarga en el cuerpo. Pero no le di tiempo.

—¿Y son capaces de percibir los colores?

—No. Las maravillas del mundo natural están vedadas para ellos.

Continuaron avanzando en silencio. Las millas fueron rápidamente dejadas atrás. Al ascender a la cumbre de unos picachos, Yandot se detuvo y habló con el hombre antena. Luego, dirigiéndose a sus compañeros, manifestó:

—Estamos casi encima de la base Tarka. El hombre antena no ha tenido inconveniente en guiarnos hasta aquí porque, según él, nuestras probabilidades de fuga son nulas. Como no quiere informarnos del número de fuerzas que hay acantonadas en la base y ni una palabra le arrancaríamos, incluso empleando el tormento, debo intentar infiltrarme en la base. Vosotros os quedaréis aquí. Si tardo en regresar radiáis al *Kipsedon* vuestra situación y os vendrán a recoger.

—Yo te acompaño, Yandot —dijo Kazan—. Dos hombres se defienden mejor que uno.

—Cuenta también conmigo —dijo el húngaro.

—No nos dejes, Yandot —susurró Niva—. Sólo a tu lado me siento segura.

—Vayamos todos juntos —insinuó Müller.

El tacomis gruñó guturalmente y, llevando por delante a su prisionero, echó a andar ladera abajo.

Atravesaron un valle estrecho que más bien parecía una hendidura. Las lamparillas de luz negra permitíanles ver con suficiente claridad el escabroso terreno. Junto a la base de la montaña, entre dos imponentes peñascos de lava, abríase una caverna. Detuviéronse al percibir un pequeño chirrido vibrátil. Luego escucharon una sucesión de sonidos chillones.

El hombre antena estaba hablando.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Kazan.

El semblante de Yandot no reflejaba ninguna emoción. Su voz carecía de expresión al contestar:

—Dice que estamos rodeados. Que es mejor que nos entreguemos; en todas las cumbres cercanas a la base hay establecidos puestos de observación y vigilancia. Oye a sus compañeros venir hacia acá.

Dando la razón al hombre antena, restalló un fogonazo a lo lejos y una cegadora explosión prodújose a la derecha del grupo. Cayeron trozos de roca.

—¡Maldición! —bramó Kazan—. Más vale que nos metamos adentro; si no, estamos perdidos.

—Veremos hasta dónde llega esta caverna —asintió Yandot—. Pero aguarda. Nos aseguraremos de que no nos entierren aquí.

Alzó la voz, hablando en aquella jerga, semejante al canto de un pájaro exótico.

—Ahora ya no nos echarán el techo encima por miedo a matar al prisionero —dijo—. Es la única virtud que poseen los hombres antena y que llevan hasta límites insospechados. Se defienden encarnizadamente unos a otros.

Se metieron por la caverna. Era pequeña al principio y parecía como si pronto fueran a llegar al fondo.

—Me sabe bastante mal abandonar los grandes espacios —dijo Foldvar con ansiedad—. Siento la misma sensación que un ratón en la trampa. ¿Alguien quiere decirme cómo vamos a salir y escapar de este lugar?

—Yandot —dijo Müller— quedémonos aquí y resolvamos la cuestión de una vez, luchando.

—No adelantaremos nada con eso. Esta caverna es una entrada secreta de la base Tarka. Jem-Jem que así se llama nuestro prisionero, no ha tenido inconveniente en decirlo.

—Es mucha amabilidad por su parte —murmuró el alemán—. Oye, ¿estos bichos respetan a los prisioneros?

—Generalmente, no. Odian a los tacomis a muerte, y se sirven de los hombres amarillos de Tumpa como esclavos. Vuestro caso es diferente. Han comprendido que pertenecéis a una raza distinta. Sienten curiosidad. Me di cuenta cuando dispararon hace un instante. Fue una especie de aviso, un disparo para atemorizarnos.

La grieta de granito, relativamente estrecha, por la que habían entrado, desembocó en un laberinto de piedra caliza. Las cavernas bajaban en ángulo agudo y se ensanchaban hasta convertirse en cuartos de imponentes proporciones.

Las estalactitas y estalagmitas, milenarias, parecían macizas columnas de marfil. Había cúpulas enormes de formación cristalina que centelleaban como brillantes al tocarlas la luz de las lámparas. Algunas de las cámaras tenían arcos como de catedral y eran tan altos éstos, que el haz luminoso de las lámparas corrientes no podía delimitarlos. El húngaro alargó el cuello con admiración.

—El templo del Rey Salomón debió ser así —dijo—. Sí, este sería un magnífico lugar para montar un harén.

—Se te tenía que ocurrir una cosa así, claro está —dijo Müller secamente conociendo la debilidad que tenía Foldvar por el bello sexo.

Al principio apenas percibieron el sordo rumor que llenaba las bóvedas. Pero después, el ruido se hizo más intenso.

—¿Qué es esto? —inquirió, alarmado, el alemán.

—El eco de nuestros pasos —replicó el hombre rojo—. En estas cavernas hay aire, y conforme nos adentramos más, la atmósfera se hace más respirable.

Los ecos rebotaban, en las paredes de las cavernas aturdiendo y, a veces, asustando incluso. El ruido de los pies y el sonido de las voces parecía elevarse y volver. Yandot dio el alto en voz baja.

—Que nadie hable —ordenó.

Nadie habló ni se movió. Sin embargo, el eco de las pisadas y sonidos no cesó. Más aún, los ecos fueron aumentando en volumen hasta formar un verdadero clamor.

—Me lo figuraba —dijo Yandot en voz baja—. Los ecos no son todos nuestros.

—A juzgar por el sonido —susurró Kazan— los hombres antena han tirado por un atajo. El ruido suena cerca.

—Sí, están cerca —afirmó el tacomis. Celebró una breve y susurrada conferencia con el prisionero.

—Vamos —ordenó cuando hubo acabado de hablar.

Y dirigió la luz de su lámpara hacia adelante, penetrando por una caverna que se iba haciendo más estrecha a medida que avanzaba. Kazan, cubriendo la retaguardia, volvía la cabeza de vez en cuando y enfocaba con su lámpara el pasadizo que dejaban a sus espaldas.

—¡Nos siguen los pasos! —exclamó de pronto—. ¡Mirad!

Los otros se volvieron. No fueron lo bastante rápidos para ver las sombras de los hombres antena, pero sí para ver el fogonazo de un fusil eléctrico.

Perseguido por enormes ecos, el chispazo eléctrico bajó por el estrecho pasaje, pasando por encima de sus cabezas, chocando musicalmente contra una estalactita, que desmenuzó en miríadas de piedrecitas.

—¡De bruces! —ordenó Yandot—. ¡Enfocadlos con vuestras lámparas!

Volvieron a verse chispazos y bajaron más rayos eléctricos por el pasaje, llenándolo todo de deslumbrantes llamaradas azul verdosas y rodándoles con una cantidad considerable de piedras de diferentes tamaños.

—Retroceded —ordenó Yandot—. Nos quieren inutilizar, sepultándonos. ¡Doblad el recodo! ¡Buscad dónde guareceros antes de disparar los fusiles atómicos!

Al buscar en la oscuridad y dejarse caer tras la protección de las rocas, los chispazos quedaron obstruidos por un fantástico resplandor rojo amarillento al disparar Kazan su fusil.

El techo del túnel se hundió en medio de una fragorosa explosión; las paredes se estremecieron. La roca cayó en todo el trecho comprendido entre los dos bandos, obstruyendo el pasaje tan por completo, que no hubiera podido salvarse una rata, si allí hubiese estado.

Yandot y los terrestres, así como el prisionero, fueron levantados en vilo por la onda expansiva. El ruido amenazó con hacerles saltar los tímpanos de los oídos.

Una nube de humo radioactivo avanzaba hacia ellos formando espirales. Allá al fondo brillaban las rocas entre cuyos amasijos informes veíanse los cuerpos

destrozados de varios hombres antena.

—Buena la has hecho —dijo Müller contemplando el desprendimiento—. ¡Y vaya carnicería!

Se alejaron de allí, hundiéndose en las profundidades de la caverna. Desembocaron en una especie de sala cuadrada.

—Nos encontramos en una cámara de construcción artificial —dijo Yandot en voz alta—. El suelo y las paredes están enlosados. Y bastante bien, por cierto. La superficie es muy lisa.

—Es un trabajo de gigantes —comentó asombrado el húngaro.

—Parece que toda la montaña está hueca —dijo el hombre rojo—. Seguiremos este corredor artificial.

—Los hombres antena nos estarán esperando tranquilamente al final —manifestó Olga asustada—. ¿No estamos obrando ingenuamente al meternos de esta manera en la boca del lobo?

—Os dije que no me siguierais —replicó Yandot soltando un gruñido—. Vosotros quisisteis venir.

—De acuerdo; no me quejaré, ¿pero no podríamos adoptar un plan mejor que el de avanzar a ciegas?

—Hablas demasiado.

Olga crispó los puños. Era la segunda vez que el tacomis la dejaba con la palabra en la boca sin responder a sus preguntas. Golpeó furiosa el suelo con el tacón de su bota, mas siguió a los demás cuando éstos se encaminaron por el corredor. Müller intentó apaciguarla.

—Estás nerviosa, Olga. ¿No comprendes que Yandot no nos metería aquí si no tuviese un plan formado? Él sabe lo que se hace.

—Ya veremos cómo acaba todo esto. No me gustan, Müller. De verdad que no me gustan esos hombres antena.

—Ni a mí tampoco —murmuró el alemán estremeciéndose.

Encontraron cerrado el paso por una puerta.

—¿De dónde habrán sacado la madera aquí para hacer una puerta? —indagó Niva.

—No es de madera —le informó Yandot—. Y tampoco de ningún metal conocido. Es de una composición artificial, desde luego, y no parece ser muy consistente.

En efecto, lograron forzar la puerta y pasar. Avanzaron cuidadosamente, con las armas en disposición de hacer fuego; hallaron una escalera por la que descendieron mientras contemplaban las paredes intrincadamente adornadas en algunos puntos y perforadas con aberturas del tamaño del hombre en dibujos geométricos exactos.

Encontraron otros objetos geométricos que descansaban solamente en el suelo —muebles al parecer— y todos en forma de círculo, cuadrilátero, cuadrado y triángulo.

Los objetos eran fuertes, pero de material muy liviano. Müller, al andar, derribó

un objeto que parecía tan grande como un piano. No se rompió, y lo volvió a poner derecho con una mano.

—¡Qué vida! —gimió.

Yandot dijo:

—Una de las características de este lugar es que todo parece hecho de la misma sustancia que la puerta. Estoy convencido que este material ha sido fabricado aquí en la Luna o en un planeta que no es Tarka. Los hombres antena conocen el arte de sintetizar los materiales de construcción.

—¿Qué necesidad tienen aquí abajo de fabricar nada? —dijo Niva extrañada.

Yandot empujó una puerta triangular que encontró. Era una puerta enorme, pero se abrió sin dificultad. Penetraron en una estancia pentagonal grandiosa. Percibíase el zumbido apagado que surgía de una serie de extraños aparatos cuya utilidad sólo Yandot o el prisionero podría haber indicado, repartidos con extraordinaria profusión por la sala.

—Turbinas atómicas —informó Yandot.

Los terrestres contuvieron el aliento. Era extraño que los hombres antena no dieran señales de vida. Estaban dentro de sus dominios y...

Silbaron unas cosas alargadas y finas en la oscuridad.

Niva sintió una fuerte presión en el cuello, y algo le hirió en la muñeca, haciéndole soltar la lámpara. Aquella cosa que le apretaba en el cuello la arrastró hacia atrás y la derribó violentamente al suelo. Olga cayó gritando encima. Kazan, Müller y el húngaro parecían danzar en el aire. Los silbidos aumentaron en intensidad, y los terrestres cayeron uno tras otro, mientras sus fusiles atómicos y sus lámparas desaparecían por el aire en la oscuridad. Aquello era fantasmal e inaudito... Niva unió sus gritos a los de Olga, a pesar de que apenas podían respirar.

Yandot, al sonar el primer silbido, saltó hacia adelante. Algo se enroscó en torno a su tobillo haciéndole perder el equilibrio. Le arrebataron la lámpara y el fusil.

Los silbidos cesaron tan repentinamente como habían empezado. Yandot llevóse las manos al tobillo. Tocó una especie de alambre de gran flexibilidad. Silenciosamente se lo quitó y se incorporó. Percibió un leve roce a su derecha y miró en esa dirección. Vio a varios hombres antena iluminados de lleno por la luz de una de las lámparas caídas en el suelo.

Se lanzó sobre ellos, valiéndose únicamente de sus puños, que usó con la mayor eficacia, haciendo caer a sus enemigos por hileras, pero brotaban seres achaparrados de la oscuridad para ocupar el sitio de los que derribaba.

Por detrás, por delante, por los lados, se abalanzaban sobre él y, por fin, el hombre rojo cayó. Los fantásticos atacantes se echaron sobre su cuerpo como hormigas sobre un escarabajo.

CAPÍTULO VII

MUERTE NEGRA

El sonido estridente de una voz autoritaria hizo que los hombres antena cesaran en su ataque. Volvió a sonar la voz, emitiendo una orden, al parecer, y los extraños seres se retiraron de Yandot formando un corro a su alrededor. Luego, a otra orden de la voz, fueron retirados los lazos de fibra tan dura como el alambre que, diestramente lanzados, habían desarmado e inmovilizado a los terrestres.

Se encendieron unos tubos fluorescentes en la gran sala, iluminando de un modo siniestro las figuras repulsivas de los hombres antena.

—Devolved a las escafandras el tono natural —dijo Yandot a sus compañeros.

Habían dejado de estar sujetos. Apretaron, pues, ante la impasibilidad de sus aprehensores, el correspondiente botón que daba a las escafandras su tono vítreo natural. Vieron entonces con mayor claridad el lugar donde se encontraban y las figuras achaparradas y horripilantes de los hombres de Tarka.

Éstos no llevaban escafandras, excepción hecha del prisionero de Yandot, el hombre antena llamado Jem-Jem. Sus cabezas, aplanadas y coronadas por las cuatro antenas, les daba un aspecto grotesco. Abrían la boca desprovista de labios y las ventosas de su nariz movíanse a impulsos de su respiración.

A una orden del jefe del grupo, un individuo que no se diferenciaba gran cosa de los demás a no ser por su vestidura completamente negra y por la capa del mismo color que pendía de sus hombros, los prisioneros fueron desprovistos de sus escafandras. El aire era puro y límpido, perfectamente respirable, cosa que alivió a los terrícolas los cuales creían que iban a morir asfixiados.

—Si estos seres no ven —murmuró Niva—, ¿para qué tienen luz en sus salas?

—Para que los esclavos de Tumpa puedan trabajar convenientemente —explicó Yandot—. Sin duda deben tener un contingente bastante numeroso de ellos.

Los hombres antena, armados de fusiles eléctricos, los empujaron fuera de la estancia pentagonal. Los prisioneros miraron a su alrededor boquiabiertos. Yandot permanecía impasible según su inveterada costumbre. Por todas partes se alzaban paredes lisas bañadas en una especie de neblina dorada. Eran blancas y fulguraban a la áurea atmósfera. Así como en el cuarto que acababan de abandonar todo estaba hecho de forma rigurosamente geométrica, allí las líneas rectas y las anchas curvas resultaban hermosas en su desnuda sencillez.

—¡Es... es bastante modernista! —tartamudeó Müller.

—Es el más impresionante ejemplo de arquitectura funcional que he visto jamás —dijo admirado el húngaro, ingeniero de profesión.

Yandot dijo:

—Tenían que construir dentro de los limitados confines de esta caverna subterránea. Además, andando escasos de material de construcción, renunciaron a todo adorno y fachada. En todos los casos han empleado la menor cantidad de material posible.

Mientras miraban se dieron cuenta de una especie de chasquido débil y acompasado.

—¿Qué ruido en ese que se oye? —inquirió Kazan.

Müller miró a su alrededor, intrigado.

—Sí; lo he estado notando yo también. Parece el tic-tac de un reloj.

—Es una clase de ruido que uno dejaría de notar después de acostumbrarse a él —dijo Foldvar el húngaro.

Guardaron silencio unos instantes, escuchando el ruido que parecía temblar en la neblina dorada con amortiguada cadencia, semejante a la palpitación de un pulso lento.

Los hombres antena los guiaron por entre lisas y elevadas paredes, a lo largo de una avenida limpia como una patena.

Empezaron a ver las residencias de la extraña metrópoli. Éstas se alzaban hasta el techo de la arqueada caverna, cada piso un poco más atrás que el de abajo, al estilo de los rascacielos. Parecían tan eficientes como el cuadro de interruptores de una sala de dínamos.

Müller señaló una gigantesca nave construida bajo la arcada de una imponente bóveda.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Parece el dibujo modernísimo de una astronave eso que hay sobre la puerta.

—Sí lo es —contestó Yandot—. Ahí, con toda seguridad, encierran sus aeronaves interplanetarias.

Kazan señaló también.

—Veo otras dos naves semejantes. Al parecer esta base es más importante de lo que suponías, Yandot.

El tacomis gruñó asintiendo.

—Aquello deben ser fábricas y talleres —manifestó Müller admirado, indicando una serie de construcciones alargadas y consistentes—. ¡Y vaya fábricas! ¡Nada de humo, nada de polvo, nada de olor!

—No se desperdicia nada en ellas —aclaró Yandot—. Son fábricas tan eficientes y científicas como el sueño de un técnico.

Siguieron adelante y su grupo se fue engrosando con la llegada de nuevos hombres antena, que acudían de todas partes a *detectar* el asombroso espectáculo de hombres llegados de otro mundo.

—No veo mujeres entre ellos —comentó Olga—. ¿Acaso no tienen?

—Las tienen. Las mujeres se diferencian de los hombres porque llevan la cabeza coronada de un pelo corto e hirsuto y por otros detalles comunes a todas las mujeres.

Olga se ruborizó como una niña ante el comentario serio y desprovisto de intención del tacomis.

—Esto es una base exclusivamente militar —prosiguió Yandot—. No creo que haya aquí mujeres. En este punto son tan inflexibles como nosotros los tacomis. Mirad; hombres de Tumpa.

Montados sobre unas vagonetas eléctricas que corrían sobre un único raíl pasaron dos hombres amarillos. La coloración de su piel era de un amarillo más acentuado que el de los chinos, y parecíanse bastante a los terrestres: cortos de estatura, débil complexión, algo encorvados, cabello claro y blanco, ojos oblicuos, orejas grandes y desprovistos casi enteramente de nariz y cejas.

—Al lado de los hombres antena pueden pasar por guapos —comentó Niva.

Kazan llamó la atención de sus compañeros hacia un grupo de estructuras alzadas en una especie de gran patio abierto. Eran tan rigurosamente funcionales como los demás edificios.

—Eso son los cuarteles y el puesto de mando, no cabe duda —barruntó Yandot.

El edificio más espacioso de todos era uno que se hallaba en el corazón de la metrópoli y que parecía contener laboratorios científicos y que tal vez tuviese instalada también en su interior maquinaria, principalmente atómica, para el tratamiento del aire empleado para respirar y para fines de iluminación. Por lo menos el aire era más fresco y más brillante en su vecindad. Era un edificio alto y circular, rematado por una complicada serie de extrañas tuberías curvadas y conductos.

—¡Eh! —exclamó Müller—. Esa especie de pulsación... ¿no os parece que suena más alto ahora?

—Sí —contestó Yandot—. Seguro que ese es el lugar de donde sale el ruido.

Escucharon. El sonido poblaba la áurea atmósfera como los amortiguados latidos de un corazón gigantesco. Yandot decidió:

—El ruido debe estar relacionado de alguna forma con la preparación del aire. Podría muy bien llamarse el latido del corazón de la metrópoli.

Habló con Jem-Jem, que caminaba a su derecha.

—No me he engañado —dijo luego a los terrícolas—. En vuestro idioma podría llamarse a esa fábrica Instalación Mecánico-Atómica Central.

El grupo de hombres antena, rodeando a los prisioneros, llegó hasta una pared lisa en el patio que descubriera Kazan y que cerraba completamente el paso. Uno de los hombres dio unos golpes especiales y, en respuesta a la señal, se descorrió lentamente un trozo de roca. Los prisioneros y su escolta pasaron. La puerta se cerró silenciosamente detrás de ellos. Fueron conducidos a una cámara de uno de los edificios típicamente militares; lugar que era evidentemente un calabozo.

Al quedarse solos, Müller exclamó:

—¡Uf! Tenía ganas de perder de vista a esos tipos tan asquerosos...

—Bueno, calla —masculló el húngaro—. Ya sabemos todos como son. No es necesario que lo repitas.

—¿Qué crees que harán con nosotros, Yandot? —inquirió Niva.

—Probablemente nos conservarán la vida hasta averiguar los efectivos con que contamos, de dónde procedemos y cuáles son nuestras intenciones. Después, me matarán. A vosotros tal vez os conserven la vida. Ya os lo he dicho.

—Ni siquiera estamos atados —murmuró Niva esperanzada.

—Eso no es, necesariamente, una buena señal —le recordó Yandot.

—¿Por qué no?

—Significa que los hombres antena consideran tan imposible que podamos escaparnos, que el atarnos, sería una precaución inútil.

No comentaron las palabras del hombre rojo. Reinaba bastante desaliento entre ellos.

Había una abertura por un lado de un cuarto, destinado a la ventilación; un agujero cuadrado, grande, cubierto por una fuerte celosía de fibra prensada. Kazan y sus dos compañeros de Sibiriakof se pusieron a intentar romperla, aunque sin el menor éxito.

Yandot se había sentado en una especie de banco que era demasiado bajo para sus largas piernas, y se mantenía hermético y silencioso.

Mientras Olga, planeada detrás de los tres hombres contemplaba el esfuerzo de éstos, Niva se sentó al lado del tacomis y, tímidamente, colocó su mano sobre la de éste.

Yandot levantó la mirada y contempló profundamente a la rusa. Durante un instante se miraron los dos a los ojos, en silencio.

Foldvar, resoplando como un buey, se hizo hacia atrás y miró a la pareja. Sonriendo expresivamente, pegó con el codo a Kazan y dijo, ensoñador:

—Es como cuando el Sol proyecta sus rayos diagonalmente sobre la Tierra, en otoño. Ya sabes cómo es... poco antes del crepúsculo, cuando los rayos de Sol se filtran por entre los árboles en una especie de áureo rubor...

—¿Qué estás haciendo? —le interrumpió Kazan agriamente—. ¿Volviéndote poético?

—Narices, Dimitri —contestó el húngaro volviendo la espalda—. No entiendes de ternezas.

—Yo sólo comprendo que estamos encerrados y a poco que nos descuidemos no saldremos vivos de esta maldita ciudad subterránea.

Niva en aquel momento preguntaba a Yandot:

—¿En qué estás pensando?

—Pienso —dijo el hombre rojo gravemente— si todas las penalidades sufridas por mi padre y por los tacomis que con él salieron de Tacom hace casi un siglo habrán resultado estériles. Es indudable que, mientras el *Kipsedon* vagaba por el espacio, los hombres de Tarka descubrieron este sistema planetario y se asentaron en la Luna y, quizás, en algún planeta próximo. Puede, incluso, que estén preparándose para invadir la Tierra. Y yo me pregunto: ¿Qué habrá sido de Tacom? Según la ley

del espacio, que vosotros llamáis de la relatividad, en Tacom deben haber transcurrido ya los cinco mil años que los sabios pusieron como límite de vida del planeta. ¿Dónde se habrán refugiado los descendientes de los tacomis que todavía tripulan el *Kipsedon*? ¿Habrán sido destruidos por los hombres antena, o tenido menos suerte que éstos? ¿Habrán perecido viajando por el espacio o habrán sucumbido con Tacom? He venido a esta base a buscar la respuesta a todas esas preguntas. Los hombres antena estarán tan intrigados como nosotros y pronto nos mandarán llamar para hacernos objeto de un interrogatorio.

No se equivocó Yandot. Apenas acababa de decirlo cuando se abrió la puerta y apareció una de aquellas horripilantes figuras vestidas de oscuro. A través de su repugnante boca escaparon unos sonidos chillones que fueron comprendidos por el tacomis.

—Me ordena que le siga —dijo—. Van a interrogarme. También quiere que venga una de las mujeres extranjeras.

—Iré yo —decidió Niva temiendo que le causaran algún daño a Olga.

—Sigamos a Jem-Jem.

—¿Es éste el mismo individuo que nos condujo hasta esta ciudad subterránea?

—El mismo. En premio a su comportamiento le han nombrado nuestro carcelero.

Las antenas de Jem-Jem, especialmente las cortas, vibraban produciendo un leve chirrido. Se apartó a un lado dejando salir al hombre rojo y a su compañera, y luego cerró la puerta. Fuera del calabozo había como una especie de retén. Cuatro seres con antenas, armados de fusiles eléctricos de gran potencia, se colocaron alrededor de los dos prisioneros dándoles escolta y abriendo la marcha Jem-Jem.

Fueron conducidos a través de corredores tenuemente iluminados hasta una sala triangular repleta de aparatos de desconocido funcionamiento, y todos construidos para una misma finalidad: la de reproducir determinados sonidos que eran traducidos por los hombres antena a su ininteligible lenguaje.

Yandot fue dejado en aquella sala custodiada por los cuatro guardianes, en tanto que Niva era llevada por Jem-Jem a una habitación interior, en la que había reunidos media docena de aquellos seres repulsivos. Su presencia fue saludada con una explosión de sonidos chillones, que tenían en esta ocasión cierta semejanza con el crótalo de una serpiente de cascabel.

Jem-Jem unió su canto al de los allí reunidos, mientras Niva hacía desesperados esfuerzos por conservar, una vez más, la serenidad. La iluminación de la estancia se reducía a la que prestaba un tubo fluorescente de luz verdosa que bastaba, no obstante, para apreciar en todos sus detalles el aspecto maligno de los seres achaparrados.

Un hombre antena se destacó del grupo abriendo y cerrando la boca y con el brazo derecho extendido. Niva retrocedió asustada, mas, al topar con la pared, tuvo que detenerse. Estaba aterrorizada. Sabiendo que Yandot se hallaba en la estancia vecina, tranquilizóse un tanto, pero aun así temblaba como un azogado.

El hombre antena se acercó aún más. Lentamente, mientras sus antenas vibraban extraordinariamente, levantó su brazo y lo tendió hacia el rostro de Niva. Ésta, pese a comprender que sólo pretendía tocarle la piel, horrorizóse al ver los dedos terminados en unas pequeñas ventosas. Aquellas ventosas se pusieron en contacto con sus mejillas. La sensación fue tan desagradable que, incapaz de resistir aquella repugnante caricia, emitió un grito de espanto.

El hombre antena dio un salto hacia atrás, mientras los otros prorrumpían en una serie escalofriante de silbidos que aturdían. Niva no lo podía saber, pero los hombres antena celebraban de aquel modo el regocijo que les produjo el susto de su compañero. Oyóse un rumor sordo en la estancia de al lado y la puerta se abrió de par en par empujada por el hombro de Yandot. La rusa, medio histérica, corrió a sus brazos.

—Sácame de aquí, Yandot —suplicó—. Sácame de aquí. ¡Es horrible!

El hombre rojo, por primera vez en su vida, acarició el cabello de una mujer. Sintió un nudo en la garganta parecido al que sintiera cuando vio morir a su padre, el gran Jumwha, o cuando recibió la noticia del fallecimiento del jeddad Vertex, que fue un segundo padre para él. Pero era una sensación desconocida y diferente; una sensación alarmante y maravillosa; algo que le aturdía y le enajenaba.

—Cálmate, Niva. Estoy yo aquí para protegerte.

En otras circunstancias no hubiera pronunciado estas palabras, porque ¿cómo podía proteger a aquella débil criatura si estaba a merced de los enemigos odiados de Tacom, que le odiaban aún más ferozmente?

Los hombres antena producían una serie inacabable de sonidos estridentes que martirizaba los tímpanos. Los guardianes aparecieron en el umbral empuñando sus fusiles. Sus rostros carecían de expresión, humana y sus antenas oscilaban locamente de un lado a otro. Indicaban de este modo la furia que les dominaba por haber sido atacados de improviso y derribados por el tacomis.

A una orden del jefe de la base de Tarka, Niva y Yandot fueron sacados de la estancia y separados brutalmente. A ella la sentaron a la fuerza en una banqueta quedando custodiada por un hombre antena. El tacomis fue arrastrado por los guardianes, quienes lo metieron por una puerta circular que cerraron tras de sí. Cuando aquella extraña puerta volvió a abrirse, Niva, que había perdido la cuenta del tiempo, soltó un grito de espanto.

El rostro de Yandot era un amasijo de hematomas sanguinolentos. Aun cuando su postura continuaba siendo altiva y serena, veíase palpablemente que las fuerzas le abandonaban.

—¿Qué te han hecho? —exclamó con la voz estrangulada la mujer corriendo hacia él.

El hombre rojo no respondió. Su semblante, siempre impasible, mostraba una expresión tormentosa y amenazadora. Sus ojos despedían llamas de furia. Tambaleóse. Niva le sostuvo.

Jem-Jem y sus hombres les golpearon con los cañones de sus fusiles y les empujaron al corredor exterior. Luego, entre una lluvia de golpes, dirigidos en su mayor parte a Yandot, se les condujo hasta el calabozo donde fueron arrojados violentamente.

Ninguno de los dos cayó. Yandot se mantuvo en pie por un esfuerzo de su poderosa voluntad. Olga Fedorova ahogó un grito de horror. Kazan, Müller y el húngaro, acostumbrados a ver aquella clase de espectáculos en Sibiriakof, corrieron a ayudar a Niva y al tacomis. Los sentaron en el banco de roca.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Dimitri.

Niva contó en pocas y rápidas palabras lo sucedido. Mientras hablaba, descorrió el cierre automático de su traje de kass y rasgó un trozo de su ropa interior, restañando con él la sangre que rezumaba de las heridas de Yandot.

Éste reponíase rápidamente. Su fuerte naturaleza dominaba el dolor y el pasajero desvanecimiento. Habló guturalmente.

—Los hombres antena son crueles —dijo—. Me golpearon y me sometieron a un fuerte interrogatorio. Deseaban conocer el objeto de nuestra presencia en la Luna. Les di respuestas equivocadas. Se rieron de mí y de todos los tacomis. Me amenazaron. Hablaron, mucho. Esta base Tarka se llama Kiyul y está gobernada por Ta-Sal, un antiguo jeddad prisionero de los tacomis. Todavía viven en Tacom, Tarka y Tumpa, pero hombres antena y tacomis emigran hacia otros planetas. Una guerra feroz se desencadenó a poco de abandonar el *Kipsedon* nuestro mundo. Los tacomis llevaron la peor parte. Perdieron sus dominios en Tumpa. Perdieron el satélite Kass. Los hombres antena penetraron en esta galaxia mucho antes de que lo hiciera el *Kipsedon*. La suerte les ayudó. Están establecidos en Júpiter. Tienen bases en Marte. Y procedente de Tarka se aproxima una flota compuesta de millares de aeronaves gigantescas que invadirán todo este sistema planetario. Y sólo contamos con el *Kipsedon* para frenar su inexorable avance, pues ignoramos los mundos donde se han establecido los tacomis fugitivos. En esta base, Kiyul, hay unos diez mil hombres antena y dos mil esclavos amarillos. Ta-Sal cuenta con una flota de cien astronaves y quinientos aerocohetes de menor tamaño. Se propone atacar el *Kipsedon* y, una vez batido éste, se lanzará sobre la Tierra y Venus preparando el camino de la invasión. Los hombres antena son muy inteligentes, pero su falta de visión les perjudica considerablemente. Por este motivo siempre tienen con ellos a hombres de Tumpa. Tendré que avisar a mi hermano Temoc.

—¿Cómo lo harás? —quiso saber el húngaro impresionado por las palabras de Yandot—. No podemos escapar.

—Ni escaparemos —dijo sombrío el hombre rojo—. Hemos sido condenados a muerte. Dentro de poco seremos sometidos a la acción de los rayos desintegradores, que los hombres antena estudian para poderlos instalar a bordo de sus astronaves.

Los terrestres palidieron, pero más intensamente Kazan, que era el único, aparte de Yandot, que conocía el terrible efecto de los rayos desintegradores.

* * *

Dos horas después, los prisioneros atravesaban las calles de Kiyul. Sin atar, pero impotentes, porque les conducían tirando de cuerdas fibrosas sujetas al cuello, las muñecas y los tobillos, Yandot y sus cinco compañeros fueron arrastrados ignominiosamente a la plataforma y subidos a ella.

La plataforma estaba colocada en el centro de una especie de anfiteatro, situado detrás de la Central Atómica.

Al ser expuesto así a la vista de todo el mundo que llenaba el anfiteatro, se alzó un insistente rumor chillón. La multitud clamaba en su idioma nativo y, a juzgar por el tono agudo y por los silbidos de crótalo, exigía que se apresuraran los acontecimientos.

Los gritos ahogaban por completo el sonido de la máquina de la Central que dejaba oír de continuo su tictac, pero al aproximarse el momento culminante, el rumor fue apagándose aun cuando los ecos persistieron unos segundos más. Por fin estos se desvanecieron, también y cayó sobre el lugar un silencio interrumpido tan sólo por la pulsación de la máquina.

Seis hombres fuertes y media cabeza más altos que los demás habitantes de la metrópoli subterránea se adelantaron colocándose al lado de cada uno de los terrestres y al lado de Yandot. Envueltos en trajes de malla oscura y capas negras y con sus pálidos rostros carentes de expresión, parecían la personificación de la propia muerte.

El jeddad de Kiyul, Ta-Sal, se presentó en escena a la cabeza de una procesión en la que figuraban los principales jefes de la base. Todos ellos ocuparon su puesto en la plataforma.

Ta-Sal dio una orden y aparecieron dos hombres antena transportando un aparato que colocaron en la plataforma enfrente de los prisioneros.

Kazan se humedecía los labios continuamente.

—Es una invención terrorífica —murmuró.

El húngaro y Müller le oyeron.

—¿Cómo lo sabes? —masculló el primero.

—Esa máquina o aparato, por medio de la creación de un tipo extraño de campo magnético concentrado, detiene por completo el movimiento atómico.

—¿Pretendes endulzarnos la muerte diciéndonos eso? —gruñó el alemán.

—No lo entendéis, ¿verdad? Tomad una moneda. Está hecha de cobre y el cobre está hecho de moléculas. Las moléculas a su vez están compuestas de átomos. Y cada átomo es un núcleo de electrones. La ciencia no está de acuerdo sobre la composición de los electrones; pero se cree que son de naturaleza eléctrica. De todos modos, los electrones se mueven en órbita de gravitación con bastante espacio entre ellos, por el estilo de nuestro sistema solar: la Tierra, la Luna, el Sol y los planetas.

»En caso de que se pare el movimiento de los electrones, el resultado general es una descomposición completa de la materia. Ese aparato, al crear un campo magnético de intensidad superlativa, detiene completamente el movimiento atómico dando por resultado la destrucción de cualquier materia que se halle en dicho campo, en este caso... nuestros cuerpos.

El húngaro y Müller tragaron saliva.

—Oye, ¿a qué vienen todas esas explicaciones?

—¿No os he dicho el procedimiento que empleé para liquidar al comisario que me envió a Sibiriakof?

—¡La muerte negra!

Kazan, asintió lentamente... Sus sueños de grandeza habíanse venido abajo de un solo golpe.

Müller miró a Olga que estaba aterrorizada. Demasiadas emociones seguidas le habían destrozado los nervios. Le dirigió una sonrisa animándola. La joven intentó esbozar una sonrisa, pero fracasó; frunció los labios lastimosamente.

El húngaro clavó su mirada en Jem-Jem, lamentando que el matador del polaco no recibiera su merecido.

Yandot manteníase altivo como un roble, y en sus ojos buscaba Niva fuerza para resistir con entereza el horrible suplicio.

Ta-Sal, el jeddad de Kiyul, se levantó en medio de un silencio impresionante. Alzó la mano en la neblina dorada.

CAPÍTULO VIII

FRÍO ATERRADOR

Bajo un sol de fuego que calcinaba la superficie lunar, el *Kipsedon*, pájaro azul de enormes proporciones, se elevó silenciosa y pausadamente del fondo del cráter volcánico.

Tal fue la suavidad con que ascendió hacia el espacio, que ni Lanca ni Tania Gurevich se dieron cuenta del despegue. La americana miraba compasivamente a la muchacha rusa. Lo que había hecho Kazan era algo brutal. Tania hallábase todavía sumida en una especie de asombro letárgico, del que parecía ir surgiendo lentamente.

Como no se entendían, tan sólo se comunicaban por medio de miradas de simpatía y gestos amigables. Lanca hubiese querido hacer algo por ella, pero no se le ocurría el modo de intentarlo. Le preocupaba, además, la suerte que pudieran correr Olga y Niva; pensaba en los peligros que amenazaban a Derek, dado su carácter impulsivo, y recordaba soñadoramente los primeros días de su matrimonio, felices y perdidos, eso sí, en el pasado. El futuro se le presentaba muy oscuro, en realidad como un gran interrogante.

—Te tendrás que amoldar a esta vida —dijo—. Yo ya he abandonado toda esperanza de regresar a la Tierra y procuro no desesperarme por ello, ¿comprendes, Tania?

La muchacha alzó su hermoso semblante, los ojos húmedos de lágrimas, y en un impulso brotado de su corazón generoso, se arrojó en el regazo de Lanca sollozando quedamente.

—Pobrecilla... pobrecilla —sólo pudo decir ésta. Y en su fuero interno, Lanca Bedford maldijo a Dimitri Kazan sin saber que en aquellos momentos era conducido por los hombres antena a la muerte.

En la cámara de control y dirección de la colosal astronave, hallábanse presentes el jeddad Temoc, todos los suts tacomis, el profesor Hoppel y Derek Bedford y sus hombres.

Temoc había estado dando órdenes. Ahora era Zanu, el sut de la guerra, quien transmitía sus palabras a los americanos.

—Jeddad recibir aviso telepático de Yandot. Saber que Yandot vivir y ser prisionero de hombres antena. Yandot grande peligro. Nosotros atacar. Por primera vez, hombres antena conocer potencia destructora del *Kipsedon*. Participar en batalla todas las aeronaves tacomis. Vosotros embarcar si querer. Gran combate. Haber desembarco de hombres robots y máquinas poderosas. Conquistar base Tarka.

—No me importan vuestras rencillas con los llamados hombres antena —repuso Derek—. Pero en este caso se ventila la suerte de varios terrestres y quizás la nuestra

propia; por tanto, cuenta conmigo.

Wilson, Garry y Shandon ofrecieron su cooperación instantáneamente. El teniente Tom Morse, tras vacilar unos segundos, se unió a las palabras del capitán.

Instantes después, de los hangares del *Kipsedon* despegaban, las pequeñas aeronaves tacomis; siete esferas volantes, en una de las cuales enarbolaba su pabellón de mando el sut Zanu, a quien acompañaba el capitán Bedford, trece platillos volantes y veinticinco destructores. Los tenientes Wilson y Morse habían tomado su puesto de combate a bordo de otra esfera, mientras el sargento Garry y el cabo Shandon viajaban en una tercera, sintiendo una honda emoción por la lucha que se avecinaba.

En las entrañas del *Kipsedon*, un verdadero ejército mecánico compuesto de hombres robots, máquinas excavadoras, tanques, camiones orugas, cañones autopropulsados y mil artefactos más, todos dirigidos por precisos y eficientes cerebros electrónicos, estaba dispuesto para invadir los dominios de los hombres antena.

Escoltados por sus satélites diminutos, el *Kipsedon* surcaba el espacio rumbo hacia la montaña donde habían surgido las extrañas cúpulas azules. Un momento después la oscuridad, una noche espantosamente negra, envolvió la nave tacomis. Y un diluvio de fuego anunció minutos más tarde su aparición sobre Kiyul...

* * *

Al colocarse los dos hombres antena que oficiaban de verdugos junto al proyector de rayos desintegradores, Yandot tensó los músculos hasta el punto que parecía iba a romper la malla de kass y amianto. Dio un fuerte tirón a las correas que le sujetaban las muñecas y los dos hombres antena que sostenían los cabos cayeron sobre la plataforma prorrumpiendo en sonidos estridentes.

Y en aquel preciso instante, cuando los guardianes empuñaban sus fusiles eléctricos o atómicos para acabar con el rebelde, un aullido infernal que subía y bajaba de diapasón intermitentemente, sonó ahogando los gritos de los habitantes de Kiyul, haciéndoles enmudecer.

Ta-Sal, el jeddad de los seres de Tarka, gritó una orden. Inmediatamente, el anfiteatro y la plataforma se vaciaron entre un sordo rumor de carreras precipitadas. No hubo confusión. Cada uno parecía saber lo que tenía que hacer. Unos se dirigieron hacia las gigantescas construcciones donde se guardaban las astronaves, otros se encaminaron hacia los pasadizos que conducían; a las cúpulas azules, otros, en fin, surgían de los cuarteles convenientemente armados y equipados, yendo a ocupar sus puestos correspondientes ante el ataque de que eran objeto desde el exterior.

Ta-Sal desapareció rodeado de su Estado Mayor. En el tablado sólo quedaron los guardianes al mando de Jem-Jem y los dos verdugos que se disponían a cargar con la máquina desintegradora.

Yandot había oído las órdenes del jeddad y estaba tranquilo. Se les iba a conducir

de nuevo a la prisión, mas en la mente del tacomis no cabían los deseos de su enemigo. Jamás se le presentaría otra oportunidad de escapar mejor que aquella y estaba dispuesto a no desperdiciarla.

Dejó que los hombres antena librarán a sus compañeros de las correas de fibra prensada y entonces... se lanzó como un vendaval sobre los guardianes sabiendo que no tardarían en unírsele los otros.

La víctima escogida llevaba un fusil atómico en las manos. Yandot se lo arrebató de un fuerte tirón al tiempo que le propinaba un espantoso puntapié que lo arrojó fuera de la plataforma.

Aunque los hombres antena eran rapidísimos en sus reflejos, Yandot obró a una velocidad desconcertante. Como primera providencia disparó contra un enemigo que se disponía a hacer fuego sobre Kazan. El hombre antena desapareció en medio de una fuerte explosión. Luego, cubriéndose tras el cuerpo de un adversario, volvió a disparar contra un segundo enemigo que se desintegró en una especie de estallido. Y cuando el ser tras cuyo cuerpo se había cubierto dio la vuelta, le descargó un feroz culatazo en pleno rostro tirándole también fuera del tablado.

Müller se arrojó sobre el enemigo más próximo, asiéndole de las dos antenas más largas. El individuo así apresado chilló como una hiena y propinó un golpe tan violento al alemán que lo despidió de cabeza contra Niva y Olga, a las que derribó salvándolas así de la descarga de Jem-Jem, que había disparado contra ellas su fusil eléctrico.

El húngaro luchaba a brazo partido con un enemigo que le aventajaba en peso, fuerza y corpulencia. Las ventosas del hombre antena le oprimieron terriblemente la garganta. Kazan, que se lanzaba contra Jem-Jem, varió su intención y descargó un puntapié en la cabeza del ser que estrangulaba a su amigo. Luego le machacó rabiosamente el cráneo, convirtiéndoselo en una pulpa sanguinolenta.

A continuación se dirigió como una flecha hacia los dos hombres antena que se llevaban el proyector de rayos desintegradores. Fue detectado, y los dos achaparrados sujetos, dejando la máquina en el suelo, echaron mano a las pistolas que colgaban de su cinto. Kazan, con los brazos extendidos los empujó, cayendo los tres juntos en confuso montón debajo de la plataforma.

Müller se incorporó enfurecido tratando de arrojar sobre el enemigo que le derribara de manera tan poco académica, pero antes de que iniciara la carga restalló un fogonazo y el hombre antena desapareció en medio de una explosión terrible.

—¡Huyamos! —gritó Yandot con el fusil recién disparado en la mano y retrocediendo ante la columna de humo radioactivo levantada por los disparos.

Mas ni Müller ni el húngaro le oyeron. El primero porque se tiraba de cabeza para ayudar a Kazan que se revolcaba en el suelo abrazado férreamente a los dos verdugos. Y el segundo porque, con la testa baja como un toro bravo, atacaba a Jem-Jem.

El ataque de Foldvar libró a Jem-Jem del disparo con que pensaba obsequiarle

Yandot, el cual tuyo que mudar la dirección de su cañón para apuntar a los dos hombres antena que había arrojado fuera de la plataforma e intentaban regresar a la lucha. La bala atómica dio a uno de ellos en la cabeza volándosela limpiamente, mientras el otro desaparecía entre el humo radioactivo y caía víctima de la explosión.

Jem-Jem falló su disparo dirigido al húngaro que le atacaba. El disparo eléctrico dio en la base de una columna que sostenía una pequeña bóveda y la partió en dos mitades, desplomándose el techo y despertando los ecos de las paredes, como segundos antes lo habían hecho las reducidas explosiones atómicas. Volvió a disparar acertando esta vez en una pierna de su atacante, pero el traje de kass libróle de los desastrosos efectos de la descarga. Para detener la furia vengativa del húngaro hubiese sido necesario un tiro en la cabeza descubierta.

En tanto que Foldvar y el hombre antena se revolcaban sobre la plataforma, Yandot saltó fuera de ella dispuesto a ayudar a Kazan y al alemán que llevaban la peor parte en la lucha. El tacomis empezó a descargar sendos culatazos en las peladas cabezas de sus enemigos hasta que éstos cesaron en toda suerte de movimientos convulsos. Sólo entonces, el ruso se incorporó y corrió hacia el proyector de rayos desintegradores. Lo asió con una mueca feroz.

—¡Aparta, húngaro! —gritó.

Pero Foldvar veíase apurado para soltarse de Jem-Jem. Por fin, en una de las sacudidas se apartó lo suficiente para que Kazan hiciera funcionar el proyector cuyo manejo conocía perfectamente.

Jem-Jem saltó hacia su fusil que había perdido en la lucha. De pronto se paró y se quedó con las antenas vibrando locamente, con los brazos alargados en un gesto rígido. Abrió la boca y permaneció completamente inmóvil, como una vieja estatua de bronce untada de aceite.

Al instante quedó negro como el hollín. El cambio ocurrió en un abrir y cerrar de ojos... Se quedó negro, luego se transformó en humo, humo negro que se levantó, se retorció en la dorada neblina extendiéndose, alejándose y desapareciendo misteriosamente.

No cabía duda, Jem-Jem se había transformado en un fantasma negro y de él no quedó el menor rastro absolutamente.

—El polaco ha sido vengado —dijo Kazan.

Luego, en tono bajo, mientras Yandot y Müller se alejaban llevándose a las horrorizadas mujeres, añadió:

—Esa es la muerte que nos tenían reservada, húngaro.

—¡San Esteban me valga! —exclamó Foldvar muy pálido.

Los dos hombres recogieron un fusil eléctrico cada uno y echaron a correr en pos del grupo que huía del anfiteatro. Kazan sostenía además del fusil el proyector de rayos desintegradores.

En la base Tarka reinaba una gran algarabía, aunque ni mucho menos confusión. Los disparos de Yandot habían conmovido todos los ámbitos; el estruendo que surgía

de las construcciones alargadas era infernal. La pelea contra los nueve hombres antena habíase llevado a cabo con una rapidez prodigiosa. Las acciones fueron simultáneas y en conjunto apenas duraron cuarenta y cinco segundos.

Avanzaron. Sin el menor escrúpulo mataron al primer hombre antena que les descubrió. Al oírse el estampido del fusil atómico que empuñaba Yandot, empezaron a llenarse las calles de hombres antena.

—No podremos llegar a las cavernas exteriores —dijo Yandot de pronto—. Procuraremos meternos en la Instalación Mecánico Atómica Central.

Recorrieron casi todo el camino sin que fuera amenazado seriamente su progreso, pero les *detectaron* muchos seres de Tarka. De vez en cuando llameaba un chispazo eléctrico que les cegaba; pero se abstenían de disparar con los fusiles atómicos por temor a que las balas fuesen a parar a la Central. Además, el aparato que llevaba Kazan en sus manos les imponía un respeto profundo.

Los de la Central debían haber creído imposible que cuatro hombres y dos mujeres solos pudieran llegar hasta allí y no habían cerrado las puertas.

Antes de que se dieran cuenta de cuán posible era, Yandot se hallaba ya cerca de la entrada. Alargó el brazo y derribó a un enemigo de un puñetazo.

Estalló una granada a pocos pasos del húngaro que cubría la retirada, derribándole de bruces al suelo. Cuando Kazan ya estaba cerca de la entrada oyó la voz del ingeniero que le llamaba:

—¡Sálvame, Dimitri! ¡No me dejes aquí!

El ruso volvió la cabeza. Foldvar se arrastraba penosamente por el suelo. Junto a la puerta de la Central, Müller le hacía señas con el brazo para que se apresurara a entrar. Dos granadas estallaron a menos de quince yardas del herido levantando ecos enormes de las altas bóvedas.

—Aguantate firme, húngaro —gritó.

De unos cuantos saltos se plantó a su lado. Inclinandose, le cogió entre sus brazos, y gracias a que su peso se reducía considerablemente por la escasa fuerza de gravedad existente en la Luna, se lo cargó al hombro como si fuese un saco de trece kilos y se dirigió corriendo hacia la Central, perseguido por el estallido de algunas granadas. Müller cerró la puerta.

—Sígueme —dijo.

En el patio se veían los cadáveres de dos hombres antena. Entraron en una especie de pequeño vestíbulo y subieron unos escalones. Llegaron a unas habitaciones grandes que parecían laboratorios. Allí estaban Yandot y las dos mujeres.

—¿Han alcanzado al húngaro? —preguntó Niva más serena de lo que cabía esperar. En cambio Olga se hallaba al borde del histerismo.

Kazan depositó en el suelo al herido. Mientras Yandot se inclinaba sobre él, el alemán vigilaba la escalera.

—Tiene un brazo roto —informó el hombre rojo—. Está herido, además, en la frente y en el cuello y temo que sean heridas radioactivas.

—¿Hay salvación? —inquirió Niva.

—Si se le trata convenientemente, sí. Pero estamos cercados...

Dejó sin concluir la frase. Cargó con el cuerpo del desvanecido y se dirigió hacia la puerta del fondo.

—Preparaos —ordenó a sus compañeros.

Abrió levemente la puerta atisbando hacia el corredor que conducía a otra parte de la Central. Inmediatamente cayó dentro un chorro de algo líquido. Yandot serró la puerta de golpe, saltó hada el fondo del laboratorio y arrastró a las dos mujeres consigo. El aire parecía haberse llenado de pronto de un frío brusco y cortante. Aparecieron manchas grises sobre la puerta y se fueron extendiendo.

—¡Brrrr! —exclamó Müller, tiritando—. ¿Qué se ha hecho del calor?

—¡Que me traguen los infiernos! —gritó Kazan—. ¡Aire líquido!

—¿Uh? —murmuró el alemán.

—Aire comprimido hasta reducirlo a estado líquido —dijo Kazan—. Si se le deja evaporarse produce un frío terrible.

Müller miró hacia Yandot.

—¿Mala cosa? —indagó.

—El aire líquido es lo bastante frío para helar casi cualquier cosa —gruñó el hombre rojo—. Seguramente lo emplean para renovar el aire de la población y tendrán tuberías cerca de esta puerta.

Los profundos ojos de Yandot recorrieron el cuarto con su mirada. No había más salida que las dos puertas. Las ventanas daban a una superficie tan lisa que nadie podía escalar. Aquellas paredes estaban infinitamente mejor trabajadas que las de los edificios viviendas.

Los hombres antena chillaban sin cesar, pero no tomaban medida drástica alguna. Yandot aprovechó la tranquilidad del momento para inclinarse sobre el húngaro y examinarlo con atención. Luego se puso a trabajar aprisa. Haciéndole falta muchos instrumentos y determinadas substancias, echó una mirada al enorme laboratorio observando la multiplicidad de aparatos. Reconoció el objeto de muchos de ellos; aun cuando se diferenciaban mucho en aspecto de los que el *Kipsedon* llevaba a bordo, su funcionamiento era fundamentalmente el mismo.

Los hombres antena no poseían sistema alguno de escritura.

Había grandes recipientes a un lado llenos de carretes clasificados, de un alambre rígido y brillante, mientras cerca de ellos se veían unos aparatos que parecían fonógrafos. Reconoció en todo aquello un mecanismo para registrar los sonidos, que constituían la jerga de Tarka, en alambres por un procedimiento magnético.

En tanto que Yandot operaba sobre el húngaro, los hombres antena se fueron impacientando. Empezaron por cortar la corriente que suministraba luz a los laboratorios. Luego dispararon sus fusiles eléctricos contra las ventanas.

Kazan, que defendía solo la puerta de la escalera, oyó un leve rumor de pasos. Abriendo levemente la puerta, asomó su proyector y lo hizo funcionar. Se escucharon

gritos de terror, rodar de hombres por las escaleras, silbidos escalofriantes.

Müller, a oscuras, se estremeció involuntariamente. Percibió el roce de unos pies a su espalda.

—¿Quién va?

—Soy Olga, Karl. Tengo miedo.

Encontró la mano de la joven en la oscuridad. Se la apretó cálidamente.

—Sólo es cuestión de resistir algún tiempo —tranquilizó—, hasta que los tacomis vengan a salvarnos. ¿No sientes temblar la montaña? Se está desarrollando una batalla feroz y sin cuartel en el exterior.

—No llegarán a tiempo —gimió Olga—. Lo presiento. Esto es algo superior a mis fuerzas. Me encuentro deshecha. Si por lo menos pudiera ver la luz del Sol...

—Lo verás, mujer. Hasta ahora hemos tenido suerte.

Demasiada, a su propio juicio. Dios les protegía más de lo imposible. Si Él les abandonaba...

Yandot disparaba a través de las ventanas con su fusil atómico, disolviendo los grupos de hombres antena que pululaban por el patio tratando de organizar un ataque contra los laboratorios, pero sin duda, estaban más pendientes de lo que ocurría fuera de Kiyul que del grupo que se defendía en la Central.

El hombre rojo pensaba... El *Kipsedon* estaba atacando la montaña donde se encerraba la ciudad de Kiyul. ¿Conseguiría rechazar las acometidas de las naves interplanetarias de los hombres antena? ¿Lograría romper la defensa de las cúpulas azules? ¿Podrían lanzar los tacomis a su ejército mecánico al asalto de Kiyul? ¿Resistirían ellos hasta entonces, si ese entonces llegaba? No quiso hacer concebir a sus compañeros falsas esperanzas, por eso no dijo nada del ataque del *Kipsedon*, aunque cada uno en su fondo lo imaginara. Si escapaba de aquella...

Jamás había tratado con mujeres. Nació a bordo del *Kipsedon* y sólo las conoció a través de las cintas de colores y en relieve que constituyeron su distracción favorita cuando era un muchacho. Sin embargo, nunca una mujer se le había adentrado tan profundamente en el corazón. Los cabellos dorados de Niva, su blanca dentadura, sus ojos de esmeralda, tan distintos de los de las mujeres tacomis, le tenían embrujado. Sentíase esclavo de sus acciones y de sus menores gestos. Hallábase entregado en cuerpo y alma al extraño sentimiento surgido en su corazón. Sentía un vértigo maravilloso cuando contemplaba la silueta de Niva, sus encantos y la bondad de su mirada. Recordaba algunas de sus reacciones, como cuando le restañó la sangre de sus heridas, y el excitante momento en que la tuvo en sus brazos.

Pero ¿por qué se complacía en aturdirse con aquellos pensamientos si Niva nunca le aceptaría? ¿Para qué pensar, por otra parte, sabiendo que se avecinaba una guerra, cruenta, despiadada e infernal, en la que participarían miles de aeronaves y millones de seres?

Los hombres antena, con sus disparos y sus gritos cortaron el hilo de sus pensamientos. Estaban practicando agujeros en el techo y en las paredes.

Percibía claramente el ruido de los pequeños taladros.

—¿Qué es eso? —preguntó Niva.

Yandot se lo dijo. Avisó a Müller, el cual, metiendo el cañón de su fusil por varios de aquellos orificios, disparó hasta agotar toda la carga de su arma. Pidió el fusil que tenía Kazan a la espalda, pero en aquel pequeño intervalo, los seres achaparrados acabaron por lograr introducir una especie de tubos por los agujeros y empezaron a disparar chorros de aire líquido.

Al evaporarse condensaba la humedad del aire, haciendo que se alzaran nubes de vapor. La mayor parte del aire líquido entraba por los agujeros del techo. Parte de él cayó sobre un montón de fibra blanca, como algodón, que Yandot había usado para curar al húngaro.

La fibra cayó de la mesa, tocó el suelo con un golpe seco y, habiéndose helado sólidamente, se rompió en millares de partículas.

—¡Rayos! ¿Qué es ese ruido? —preguntó Kazan.

Debido a la oscuridad no había podido apreciar el fenómeno.

Yandot no respondió. Se deslizó hasta la puerta que defendía Müller y la probó. Resultó estar cerrada por fuera.

—¡Vaya frío polar! —tiritó el alemán—. ¡Es algo aterrador! Si nos rendimos... Eso es lo que quieren que hagamos.

—Esta puerta sigue abierta —dijo Kazan—. Esos bichos temen extraordinariamente a los rayos desintegradores.

—No podemos quedarnos aquí —decidió Yandot, cargando sobre sus robustas espaldas el cuerpo insensible del húngaro—. Y no pensemos en rendirnos, pues no duraríamos ni un segundo en sus manos. Nos abriremos paso a viva fuerza. Y si no lo logramos, moriremos matando.

Müller tenía cogida a Olga de una mano, mientras con la otra sostenía el fusil eléctrico en disposición de hacer fuego.

—Estoy dispuesto —dijo firmemente.

—Pues entonces —gritó Kazan abriendo la puerta de un puntapié—, ¡seguidme! ¡Me parece que aquí terminan las andanzas de Dimitri Kazan!

Yandot, llevando al húngaro, salió seguido de Niva. Müller y Olga cerraron la marcha abandonando los laboratorios donde reinaba un frío increíble y aterrador...

Su presencia en la escalera fue saludada por una serie escalofriante de silbidos...

LIBRO TERCERO
LAS BASES DE TARKA

CAPÍTULO VIII

ATAQUE A KIYUL

Cuando las aeronaves tacomis se lanzaron sobre los picachos desnudos bajo los que se escondía la gran base de Kiyul de los hombres de Tarka, las extrañas cúpulas azul verdosas surgieron de la propia montaña y antes de que los tacomis, alertas como estaban, se percataran de ello, un furioso vendaval de proyectiles y torpedos atómicos ascendió al encuentro de la flota cuyo comando ostentaba el jeddad Temoc.

Desde la sala de control y dirección del *Kipsedon*, inmensa mole azul contra el cielo rutilante de estrellas perdidas en el espacio inconmensurable, y a través de las paredes transparentes de kass, se pudo ver en toda su intensidad merced a los distintos proyectores de luz negra y blanca, las terribles e impresionantes escenas de desolación y muerte, preludio de una lucha, de una batalla entre viejos y ancestrales enemigos cuyo odio, transmitido a través de los siglos, les empujaba a destruirse mutuamente por el dominio del sistema planetario solar del que formaba parte la Tierra. Decenas, centenares, convertidas al instante en millares de explosiones silenciosas puesto que la ausencia de atmósfera en la Luna impedía que el sonido se transmitiese, iluminaron fantásticamente la noche en que, a la sazón, estaba sumida la parte desconocida por los terrestres desde su planeta.

Un destructor tacomis, alcanzado por varios torpedos de cobalto, inclinó su proa destrozada hacia la montaña e, impulsado por una fuerza terrible, se estrelló contra una de las cúpulas verdiazules. Una inmensa llamarada se elevó del lugar de la catástrofe, y cuando unos segundos después se extinguió no quedaban huellas de la casamata de kass.

Las aeronaves tacomis evolucionaron en el espacio y se arrojaron contra las cúpulas devolviendo proyectil por proyectil y torpedo por torpedo. Los proyectiles de rayos cósmicos, eléctricos y paralizadores se mantenían en continuo funcionamiento.

Derek Bedford, desde la esfera que tripulaba el sut Zanu, presenciaba estático las relampagueantes escenas que se sucedían ante sus ojos a una velocidad de vértigo. Por un momento contempló la estructura del *Kipsedon* cuando su disponía a intervenir en la lucha. Tenía conocimientos de la extraordinaria potencia de sus armas de a bordo. En el campo magnético creado artificialmente alrededor de la astronave se estrellaban y hacían explosión los cohetes; los torpedos de cobalto y los proyectiles atómicos enemigos. Al empezar a disparar con todas sus armas, Derek creyó estar presenciando el fin del mundo. Millares de cañones y de proyectores detenían el avance vertiginoso de los artefactos bélicos de los hombres antena y se abatían contra las cúpulas de la montaña, reduciéndolas una a una.

El capitán estaba convencido de que a raíz de los combates sostenidos por el

Kipsedon contra las formaciones aéreas terrestres, ya nada le asombraría. Pero entonces estaba comprobando hasta qué punto llegaba el poder omnímodo de la enorme astronave. Lo de la Tierra había sido un juego de niños comparado con aquel diluvio que arrojaba sobre la montaña amenazándola saltar en pedazos. Ante su estupefacta mirada se desintegraban las cúpulas azules como si fuesen terrones de azúcar. ¡Los tacomis estaban empleando los rayos desintegradores!

De repente moviéronse grandes rocas dejando al descubierto plataformas de lanzamiento y aberturas por las que salieron como impulsadas por una fuerza loca docenas de aeronaves de forma ahusada, aerocoetes negros como la misma noche, sin luces de situación, silenciosos, ascendiendo hacia el espacio a velocidades escalofriantes. Enablóse inmediatamente una enconada batalla, desproporcionada por el número de aeronaves enemigas, que la imaginación del capitán no había llegado a soñar jamás.

El *Kipsedon* y sus naves satélites, en número de siete esferas, trece platillos volantes y veinticuatro destructores, soportaron el ataque de varios cientos de aparatos de Tarka, dotados de armas poderosas pero incapaces de medirse con la potencia destructora del *Kipsedon*.

Derek, conteniendo la respiración, presenciaba angustiado la salida de las aeronaves tripuladas por los hombres antena. ¿Cómo iban a poder resistir la avalancha de aquellas naves cuyo número ascendía por momentos?

De pronto el sut Zanu dio una orden gutural, y la esfera se dejó caer sobre una de las aberturas por donde despegaban la mayor parte de los aparatos enemigos. Un rosario de bombas de cobalto cayó sobre aquel lugar. Entre imponentes llamaradas y grandiosas columnas de humo, un aluvión de rocas sepultó la abertura obstruyéndola por completo.

Pero los hombres antena habían previsto aquella contingencia y tenían plataformas de lanzamiento por las que continuamente ponían en el espacio gigantescas aeronaves y aerocoetes de forma puntiaguda.

Zanu, dando secas y guturales órdenes ante los micrófonos y las pantallas de televisión, se arrojó con las siete esferas hacia aquellos puntos, bombardeándolos y causando en ellos una verdadera hecatombe.

Había dejado de ser de noche. Los resplandores de las explosiones asaltaban el éter en todas direcciones y la montaña parecía un volcán en actividad. Cuando consiguieron los tacomis taponar todas las salidas de lanzamiento, unas doscientas aeronaves de Tarka cruzaban ya el espacio a toda velocidad, combatiendo con los platillos volantes, las esferas y los destructores. El *Kipsedon*, situado a mayor altitud, dominaba el lugar del combate prodigando con espeluznante profusión sus rayos mortales y desintegradores. El cielo aparecía surcado de ráfagas de todos los colores; el amarillo, el azul y el verde se confundían con el amaranto, el violeta y el carmesí. Colores y ráfagas que eran otros tantos aerocoetes convertidos en chatarra incandescente y radioactiva.

Los hombres antena consiguieron organizarse. Cincuenta astronaves se lanzaron en masa contra el *Kipsedon* aprovechando que las naves satélites tacomis combatían cercanas a la Luna.

El profesor Hoppel, en pie junto a Temoc, mantenía los ojos clavados en la pantalla de televisión y radar. Veía acercarse a las negras y ominosas naves enemigas a velocidades fantásticas. Los proyectores tacomis, cargados, apuntados y disparados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos, entraron en juego. Los torpedos se buscaban en el aire y estallaban con fulgores anaranjados. Cuando alguno lograba atravesar la barrera y se arrojaba contra la víctima elegida por el cerebro electrónico, veíase una explosión cegadora y una palmera de hierros y kass que caía hacia la Luna. Los proyectiles que entraban en el campo magnético del *Kipsedon* estallaban sin producir el menor daño y si, a pesar de todo, algún torpedo chocaba contra la coraza de kass de la astronave, el efecto era insignificante. Se notaba una suave sacudida, un resplandor vivísimo y nada más.

Las aeronaves de Tarka iban siendo rápidamente abatidas, sobre todo merced a los rayos desintegradores del *Kipsedon*, contra los que los hombres antena no tenían defensa posible.

El profesor Hoppel comprobó que ya ningún aparato se les oponía. Entonces oyó una voz de mando de Temoc, y la astronave se dirigió describiendo un amplio semicírculo al centro del combate próximo, donde las aeronaves satélites tacomis llevaban la peor parte. Su intervención fue oportuna y decisiva. En un santiamén desbarató los ataques adversarios y puso en fuga a las escasas naves que se libraron del poder de los rayos desintegradores.

El *Kipsedon* se posó sobre el cráter lunar situado en el centro de un valle rodeado de escarpadas montañas, bajo las cuales se hallaba la base de Tarka, llamada Kiyul. En el cielo, las esferas y destructores acababan con los restos de la flota enemiga, mientras los platillos volantes tendían un techo de cobertura sobre el *Kipsedon*.

Abriéronse grandes compuertas en los costados del *Kipsedon*. Varias rampas se tendieron hacia el suelo y por ellas empezó a desembarcar el ejército de invasión tacomis. Eran hombres robots, dotados de cerebros electrónicos y armados de fusiles atómicos y eléctricos o proyectores ígneos. Eran los tanques de kass, casi esféricos, sin torretas, provistos de un corto cañón y unos tubos de extrañas bocas. Disparaban proyectiles atómicos y por los tubos lanzaban gases mortíferos y descargas eléctricas, y movíanse por los terrenos más accidentados. Veíanse camiones orugas, verdaderos bólidos que se lanzaban contra los obstáculos artificiales destruyéndolos, coches y tractores cargados de explosivos, gigantescas excavadoras. Había enormes taladros y potentes cañones atómicos autopropulsados. Luego, toda la gama infinita de maquinarias que servían de operarios. Grúas y extraños armatostes con palancas y brazos mecánicos. Eran las armas bélicas diseñadas por el genio creador del gran Jumwha.

Todo aquel ejército mecánico, moviéndose por sus propios medios, se dirigió

hacia las montañas cercanas ocupando cada vez una mayor extensión. Delante las máquinas más pesadas y los tanques, en medio los hombres robot y los coches ligeros y por último término la artillería.

Este ejército suicida de choque, insensible a las bajas que pudieran causar en él, impertérrito bajo los cañonazos enemigos, avanzaba rítmicamente, seguro y constante, hacia su objetivo. A distancia prudencial lo hicieron los tacomis montados en vehículos acorazados capaces de escalar las más agudas pendientes o metidos en tanques unipersonales, que llegado el momento podían actuar separadamente de la mano que en aquellos instantes lo conducía.

Terminado el desembarco, el *Kipsedon* volvió a elevarse volando sobre el ejército acorazado mecánico y disparando contra la montaña y las solitarias aeronaves tarkas que no querían abandonar el campo a los tacomis y que se arrojaron como moscardones furiosos sobre el *Kipsedon*.

La esfera de Zanu, el sut de la guerra, describió una rutilante parábola en el cielo yendo a situarse por encima de las avanzadillas propias. Derek pudo así apreciar de cerca el asalto a Kiyul.

Vio cómo las excavadoras y los taladros, entre una nube de explosiones, principiaban su trabajo en las faldas de las montañas quitando los escombros de las entradas y de las plataformas destruidas desde el aire y abriendo nuevos túneles. Pequeñas casamatas de tiro individual surgieron de los lugares más inverosímiles, convirtiéndose en centros de resistencia que se oponían tenazmente al avance de las máquinas tacomis. Los tanques esféricos cargaron sobre estas diminutas casamatas disparando sus cañones y, segundos después, las nubes que se levantaban de aquellos lugares envolvieron en un halo fantástico la montaña entera tapando por completo la visión. De no ser por las pantallas de televisión y radar nada hubiera podido distinguirse y nada se hubiese sabido del progreso de las máquinas.

Zanu de vez en cuando daba órdenes por los micrófonos de a bordo, órdenes que eran recogidas por los cerebros electrónicos de las máquinas, dueñas ya de un gran sector exterior de la montaña.

—La victoria es nuestra —exclamó Derek viendo cómo las máquinas desaparecían en el interior de la montaña.

Zanu movió negativamente la cabeza.

—Todavía no —dijo—. Ser pronto. Hombres antena ser fuertes en Kiyul. Robots tacomis decidir combate.

Derek no comprendió bien las palabras del sut; ni siquiera cuando un minuto después la esfera se posó junto a uno de los túneles por el que penetraban los robots vislumbró su significado. Embutido en un traje especial de kass y amianto, Zanu descendió de la aeronave seguido de media docena de hombres robots y dos tacomis.

—Tú quedar —dijo al capitán—. Ser peligroso.

Mas Derek no estaba de acuerdo.

—Yo voy contigo —replicó—. Recuerda que varios terrestres se hallan también

en peligro.

Siguió a Zanu cuando éste se encogió significativamente de hombros. Los robots alumbraban con sus focos el interior del túnel. Por los amplificadores de la escafandra llegaban tenues ruidos hasta los oídos del capitán, que marchaba con el fusil atómico en disposición de disparo. Le extrañó aquella circunstancia pues demostraba que en aquel túnel había atmósfera. El ruido era producido por las máquinas excavadoras y los taladros vivientes.

Desembocaron en una sala espaciosa de forma trapezoidal donde vieron los restos de varios tanques y de algunas excavadoras. Los hombres antena se oponían, pues, desesperadamente al avance tacomis. El ruido era mayor allí. Una especie de neblina dorada flotaba en el ambiente, y unos tubos fluorescentes aparecían rotos.

Volátiles columnitas de humo ascendían hacia el techo de la caverna. Varios ramales partían de aquella sala. Siguieron el central y más amplio, por donde tiraba el grueso de las fuerzas asaltantes. Derek pudo ver al doblar un recodo y al fondo del largo túnel una aglomeración de hombres robots disparando diabólicamente sus fusiles y produciendo un ruido ensordecedor en medio de llamaradas continuas.

—Hombres antena estar cerca —avisó Zanu.

Derek engarfió nervioso su fusil. ¿Cómo serían aquellos seres? ¿Cuál sería su forma? ¿Tendrían la misma apariencia que los tacomis?

No pudo llevar más lejos sus pensamientos puesto que, repentinamente, una descarga atronó los ámbitos del túnel derribándole en tierra. Cuando quiso incorporarse quedó inmóvil de estupor. De una caverna lateral, rodando hacia ellos, surgían fantásticos monstruos de forma achatada. No tendrían más de un metro de altura. Sus medios de locomoción consistían en una especie de cadenas adaptables a cualquier clase de terreno. Su cuerpo, cuadrado y provisto de dos largos tentáculos, manteníase siempre erecto independientemente del movimiento de las cadenas. Carecían de cabeza y en su lugar destacábanse cuatro antenas vibrantes. Aquellos monstruos empuñaban fusiles eléctricos y atómicos y disparaban sobre la marcha contra los robots tacomis, los cuales respondían sin cesar de dar saltos asombrosos.

Derek se sintió levantado por una fuerza poderosa y transportado en volandas hasta un lugar donde perdió de vista la terrible lucha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdido—. ¿Eran hombres antena?

Zanu movió la cabeza.

—Ser robots antena. Mucho peligrosos.

Derek tragó saliva. Empezaba a comprender las palabras del sut. Caminó en pos de éste, el cual le había librado de perecer víctima de las explosiones atómicas que en un espacio tan reducido eran mortales de necesidad. El estruendo en los subterráneos debía de ser espantoso, pero los amplificadores actuaban como protectores reduciendo el ruido y los ecos a su normal expresión. Pasaron entre montones de chatarra, excavadoras retorcidas, taladros reventados, tanques empotrados en las paredes, camiones orugas aplastados en las barreras levantadas por los hombres

antena, robots tacomis y antenas revueltos en un hacinamiento sin nombre. Poco después descubrieron los primeros cadáveres de hombres antena, ya casi en la misma entrada de Kiyul.

Al principio no se percató de su fisonomía, cubiertos como estaban de un traje oscuro y una escafandra opaca, pero unos metros más allá, dentro de la misma metrópoli, pudo examinar a un representante de Tarka sin su escafandra. Tenía la cabeza aplastada, desprovista de cabellos y cejas. Una boca sin labios se abría en un rostro de fealdad suma. Por nariz tenía tres orificios diminutos; de sus ojos, blancos, inexpresivos y sin vida, arrancaban dos largas antenas. No tenía oídos, sustituidos éstos por dos antenas más cortas.

Los tacomis invadían ya Kiyul por diferentes lugares. En medio de la dorada neblina, rasgada de continuo por los rojizos resplandores, debatíanse los hombres antena y sus artefactos contra las oleadas de máquinas y los primeros tacomis, escoltados por robots.

Zanu daba órdenes sin cesar. De súbito, dos hombres antena surgieron de una calle lateral y se echaron los fusiles al hombro. Antes de que Derek pudiera llevarse el suyo al mismo sitio, vio cómo los dos adversarios desaparecían en medio de una fragorosa explosión. Zanu se había adelantado a sus enemigos por décimas de segundo.

El capitán contemplaba maravillado el enorme trabajo realizado en la montaña hueca. Los habitantes de Tarka habían aprovechado la existencia de una gigantesca caverna natural, pero aun así las toneladas de roca extraídas de aquel lugar debían contarse por millones. En las calles, trazadas a cordel, se levantaban edificios que adoptaban toda clase de figuras geométricas. Anchurosas naves eran otras tantas fábricas atómicas.

Al aproximarse a un edificio completamente circular del que surgía una especie de lenta pulsación que había llamado la atención de Derek desde que penetrara en Kiyul, el capitán pudo ver a un grupo de hombres antena que corrían hacia el edificio. Llamó la atención de Zanu.

El sut dio una orden gutural. Varios robots salieron al encuentro de los hombres antena dando grandes saltos. Los seres de Tarka detectaron a sus enemigos, pero antes de que pudieran intentar defenderse los robots habían hecho entrar en juego sus poderosas armas. Saltaron hechos pedazos los hombres antena.

Zanu se aproximó seguido de Derek y dos tacomis hacia la entrada de la fábrica. Al atravesar la cortina de humo el americano lanzó una exclamación ahogada:

—¡Yandot...! ¡Kazan...! —dijo.

* * *

Dimitri Kazan, que iba en cabeza cargado con el proyector de rayos desintegradores, saltó al patio lleno de hombres antena. Su presencia fue acogida con

una serie escalofriante de chirridos y silbidos.

Las antenas de los seres de Tarka vibraron produciendo un suave chirrido que les denunciaba en la oscuridad. Estaban sorprendidos de la audacia de aquel hombre extraño que se atrevía a desafiarles. Pero sus antenas también detectaron el proyector y aquello no les causó ciertamente ninguna alegría. Se hicieron instintivamente atrás, momento que fue aprovechado por Kazan para soltar una descarga de rayos desintegradores.

El grupo de hombres antena se disolvió corriendo en todas direcciones. Muchos no llegaron muy lejos. Convirtiéronse en humo negro, muy negro, que se arremolinaba y desaparecía en la dorada neblina...

—No podemos salir de esta fábrica —gruñó Yandot que pisaba los talones de Dimitri y transportaba a cuestas el cuerpo desvanecido del húngaro—. Vamos hacia la izquierda.

Müller y Kazan cubrieron la retirada. Los alrededores estaban llenos de hombres antena. Se veían sus grotescas figuras difuminadas por la escasa luz y oíanse sus chillidos silbantes, el rumor de sus pisadas y los secos chispazos restallantes de sus fusiles eléctricos. Si una de aquellas descargas les alcanzaba en la cabeza podían considerarse en la otra vida.

Yandot tenía un perfecto sentido de la orientación. Tiró por una escalera muy empinada y estrecha. Niva y Olga Fedorova, las dos jóvenes rusas, le siguieron y eran presas de temor y nerviosismo grandes.

Los hombres antena mantenían todavía encendida la luz fluorescente, instalada en Kiyul para que pudiesen trabajar los esclavos amarillos de Tumpa. Pero en aquel momento la oscuridad más absoluta se extendió sobre la metrópolis al tiempo que llegaban hasta ellos leves ruidos de explosiones y rumores de gritos y silbidos estridentes.

A tientas los terrestres siguieron a Yandot. Desembocaron en una especie de terraza.

—Es muy profunda la oscuridad —dijo Yandot—. Permanezcamos unidos. Hay que tener en cuenta que los hombres antena se mueven perfectamente en las tinieblas y nos pueden dar un disgusto desagradable. Aquí no es fácil que nos reduzcan con aire líquido. Deben haber cortado la corriente que suministra luz a la ciudad.

—No me gusta este sitio —masculló Müller—. Esta oscuridad pone escalofríos en el alma. Parece caérsele a uno encima.

Se oyó un gemido muy cerca. Kazan soltó una maldición.

—Olga —exclamó— no te pongas melodramática ahora. Debiste pensarlo mejor cuando emprendimos este vuelo.

—Déjala tranquila, Dimitri —dijo entre dientes el alemán—. Esta situación es capaz de volver loco al más pintado. Y ella ha resistido bastante bien hasta aquí. Callad.

Contuvieron hasta la respiración. Reinó un silencio de cementerio preñado de

tensión mientras los terrestres se apelotonaban más y más, como si en las tinieblas una amenaza invisible apretara en torno suyo un nudo corredizo.

—Me parece que sube alguien por la escalera —dijo la voz de Kazan.

—Calla —gruñó Yandot.

Los terrestres percibieron un pequeño roce en la terraza. De pronto retumbó un estampido confundido con una explosión. Del fondo de la escalerilla ascendió un fulgor anaranjado. Escucháronse algunos silbidos y varias carreras precipitadas.

—¿No es peligroso disparar proyectiles atómicos en esta fábrica? —inquirió Kazan—. Ten en cuenta, Yandot, que no poseemos escafandras.

—¿Y qué más da? —graznó Müller—. De todos modos no tenemos salvación posible...

Guardaron silencio. Se oyó un leve sonido silbante por encima de la cabeza de Yandot. Se agachó instintivamente, soltó un gruñido y se tiró al suelo para aprovechar la pequeña protección del parapeto.

—¡Tumbaos todos! —ordenó—. ¡Están llenando el aire de dardos envenenados! Los están disparando con armas de aire comprimido...

De bruces sobre el tejado, los terrestres escucharon con pánico cómo silbaban por encima de ellos los proyectiles, muchos de los cuales se estrellaban contra el parapeto.

Olga aulló lastimeramente.

—Lo que yo quisiera saber es por qué nos hemos metido en esta fábrica o instalación atómica.

—Fue idea de Yandot —dijo en voz baja Müller—. Si nos apoderamos de la instalación seremos dueños de toda la población. Es el corazón de su existencia. El techo del edificio está reforzado para que no pueda hundirse. Es el lugar más fuerte de la caverna.

—¡Ojalá nunca hubiéramos venido arriba! —aseguró Olga.

—Y..., ¿qué quieres que hiciéramos, mujer? —gruñó el hombre rojo con ira, porque le molestaba grandemente que una mujer discutiese sus órdenes—. Los hombres antena nos habrían cortado la retirada en las cavernas y sin escafandras no hubiésemos podido sobrevivir en el exterior. ¿Críticas acaso mi sistema de hacer las cosas?

—No, me parece que las cosas van estupendamente bien así.

Durante todo aquel tiempo, el latido de la máquina de la Central había seguido oyéndose rítmicamente en la oscuridad.

Niva, que hasta entonces había permanecido callada, respiró con fuerza inhalando tres veces seguidas en rápida sucesión. Luego exclamó:

—¿No os parece como si se hiciera más lento ese tic-tac?

Kazan escuchó.

—Sí —asintió—, y ya no disparan tantos dardos de esos. Con toda seguridad creerán que nos han matado ya. Aguardad a que vuelvan a dar su luz amarilla...

alguien va a llevarse una buena sorpresa.

El jadeo de Niva se estaba haciendo tan ruidoso ya, que hasta ahogó el ruido de la máquina de aire de la Central. Y no era la joven la única que hallaba dificultad en respirar. Todos jadeaban. Empezó a parecer un concurso.

La voz melosa de Niva inquirió entre jadeo y jadeo:

—¿No le... parece a alguno de... vosotros... que empieza a... costar trabajo... respirar?

Todos contestaron afirmativamente. Müller preguntó a su vez:

—¿Podrá tener esto... algo que ver con el tic-tac ese... suena la mar de despacio... ahora?

Yandot gruñó guturalmente.

—Has acertado, Müller. El tic-tac regula el aire.

Kazan rompió a toser.

—¡Quitándonos el aliento de la propia boca! —exclamó asustado—. ¿Qué clase de gente es ésta? ¡Larguémonos de aquí!

Echó a andar hacia la escalera. Yandot no hizo nada por detenerle. Se cargó el cuerpo de Foldvar y siguió al ruso blanco. Niva caminaba pegada a sus talones y Müller cerraba la marcha.

La escalera era rotatoria. Bajaron silenciosamente. El aire era más respirable en la planta y también mucho mayor el ruido de las explosiones y de los silbidos. Parecía que el continuo tiroteo se acercaba por instantes. Fuera de la Central el tumulto era ensordecedor. Corrían alocadamente los hombres antena armados de fusiles y de extraños cañones. Dentro de la fábrica debían contarse los enemigos por docenas, pero sin duda alguna temían los efectos del proyector de rayos desintegradores que empuñaba Kazan.

Sin embargo, como minutos antes, una colección de extraños y ominosos silbidos semejantes a los producidos por un conjunto de crócalos llegó hasta oídos de los terrestres y Yandot, confundido con el chirrido vibrátil de las antenas de los seres de Tarka. Kazan levantó su proyector y, moviéndose a ciegas, lo hizo funcionar. Los chillidos estridentes de los hombres antena aumentaron en intensidad.

—Los rayos desintegradores produjeron su efecto, puesto que los seres achaparrados se retiraron disparando sus fusiles eléctricos cuyos chispazos señalaban su posición. Kazan fue alcanzado por una descarga derribándolo en el suelo, pero tuvo suerte de que no le acertaron en la cabeza.

De pronto la oscuridad fue surcada por los haces blancos de varios focos de gran potencia, al tiempo que el ruido crecía hasta convertirse en algo verdaderamente aterrador.

—Son los nuestros —clamó Yandot sin que se notara en su voz la más mínima emoción—. Avancemos a su encuentro. Es preciso que nos apoderemos de unas escafandras, de lo contrario nada habremos conseguido. Dentro de breves instantes el aire será aquí irrespirable y estará cargado de radioactividad.

—Se dirigieron hacia la salida de la Central.

—Los hombres antena temen emplear sus fusiles atómicos en las cercanías de esta fábrica y eso nos favorece. En tanto nos mantengamos pegados a las paredes no dispararán.

Por el fondo de la calle avanzaban innumerables hombres robots y extrañas máquinas esparciendo un diluvio de proyectiles a su alrededor. Vehículos acorazados y robots antena se oponían tenazmente al avance, pero el combate era ya general en toda la metrópoli. Destruídas las fuerzas aéreas, poco podían hacer los hombres antena contra el ejército mecánico de los tacomis.

Los monstruos de kass comenzaron a buscar lo que sus mentes electrónicas les ordenaban. Los coches y los camiones orugas, por ser los más rápidos, se adelantaron al grueso del ejército atropellando a los grupos de hombres antena. Los tanques esféricos se lanzaban sobre los obstáculos destruyéndolos. Saltaban por las aceras y entraban en los portales buscando aquellos seres cuyas ondas despertaban el odio en sus cerebros electrónicos, dispuestos para este menester.

Los habitantes de Kiyul no fueron capaces de reaccionar ante aquel ataque devastador. En las aceras y en las calzadas quedaban los cuerpos maltrechos y destrozados, mientras los robots y las máquinas obreros buscaban a los vivos exterminándolos en sus escondrijos. Las víctimas, al ser arrastradas por las maquinarias que las agarraban entre sus potentes tentáculos, zarandeándolas y alzándolas en vilo, chillaban de terror y de desesperación. Luego las máquinas las estrujaban, lanzando sus despojos sobre la calzada.

Las grúas y las excavadoras se lanzaron sobre la ciudad derribando los edificios, que se desplomaban con estruendo aplastando a sus ocupantes.

—¡Cuidado! —gritó Müller poniendo sobre aviso a los demás que se habían quedado estáticos contemplando las escenas de destrucción.

A tenor de los resplandores vieron media docena de hombres antena que corrían hacia ellos. Sonaron dos explosiones violentas y el grupo entero desapareció en medio de una polvareda y un humo espeso y radioactivo.

—Es Zanu —dijo la voz impasible de Yandot.

Salieron corriendo al encuentro del sut y de Derek Bedford que caminaba sonriente a su lado.

Zanu dio una orden e, inmediatamente, un automóvil tripulado por un tacomis se aproximó, recogiendo en su interior al grupo de Yandot.

Las escenas que ocurrieron a continuación en Kiyul no son para ser descritas. Casa por casa, calle por calle, los tacomis tuvieron que conquistar la base de Tarka.

Cuando varias horas después el último defensor de Kiyul había sido reducido, los terrestres ya se encontraban a bordo del *Kipsedon*, descansando de las fatigas de las últimas y violentas jornadas.

CAPÍTULO II

PLANES DE GUERRA

El Sol caía a plomo sobre la Luna. Sin atmósfera que interceptase sus rayos, el calor era terrible en la superficie estéril y desértica, salpicada de cráteres. En el transcurso de pocas horas, los 100 grados bajo cero se habían convertido en 100 grados sobre cero. Después de catorce días a la sombra, aquella parte desconocida por los terrestres aparecía completamente iluminada.

El *Kipsedon* se hallaba posado en el gigantesco cráter lunar mientras varias naves siderales patrullaban por el espacio en previsión de cualquier posible contingencia. En la sala de conferencias y presidido por el jeddad Temoc, hallábase reunido el Consejo de los tacomis. Estaban presentes Yandot y sus hermanos: Kanak, jefe o sut de la artillería, Rumbal, jefe de máquinas, Utor, técnico e investigador de gran valía, Zanu, el sut de la guerra, y Parno, físico nuclear y médico. TJarvo, el más anciano de los tripulantes de la astronave y cuatro tacomis más por cuyos rostros parecía que hubiesen pasado varias generaciones, completaban el Consejo. Por deseo de Temoc actuaban como meros observadores el profesor Hoppel, el capitán Derek Bedford, de la Air Force americana, Dimitri Kazan y Karl Müller.

Yandot había expuesto en concisas palabras el peligro que amenazaba al sistema planetario con la presencia de los hombres antena asentados en Marte y en Júpiter. Hizo saber asimismo la existencia de una poderosa flota de invasión que se aproximaba a aquella galaxia procedente de Tarka. Después se levantó Temoc. Con su enorme estatura dominó la reunión. En voz profunda y gutural manifestó:

—Hemos perdido dos esferas, tres platillos volantes y cinco destructores en el combate contra las aeronaves de Tarka. Nuestro ejército mecánico ha sido duramente castigado. Los hombres antena son extraordinariamente poderosos. Cuando mi padre, el gran Jumwha, proyectó esta grandiosa astronave, la dotó de los inventos más perfeccionados y mortíferos, especialmente de los rayos desintegradores, que nos han dado la victoria sobre las naves de Tarka. Hasta el presente parece ser que los hombres antena carecen de proyectores de esa naturaleza, pero yo pregunto: ¿Tampoco la flota que se aproxima está dotada de rayos desintegradores? Si los hombres antena hubiesen instalado proyectores a bordo de sus aeronaves, nada podría oponerse a su marcha triunfal por los espacios.

»Por de pronto nos apoderaremos de las restantes bases que Tarka mantiene en este sistema solar. Debemos adelantarnos al propio tiempo a la conquista de Venus y de la Tierra. Hemos capturado un centenar de prisioneros tarkas a los que estamos sometiendo a interrogatorio. Hemos libertado a un millar de hombres amarillos que se unirán a nosotros. Su odio hacia los tarkas es superior al que sienten hacia los tacomis

y no vacilarán en ayudarnos en la lucha que se avecina sabiendo que está en juego su existencia. Poco nos pueden ayudar los terrestres que llevamos a bordo. Apenas suman tres centenares. A pesar de todo nos valdremos de unos y otros para nuestros propósitos. Ignoramos el estado de civilización existente en Venus, si es que existe alguna, o en Marte o en Júpiter. Sin pérdida de tiempo procederemos a explorar esos planetas y a expulsar a los hombres antena de sus bases. Los terrestres y los hombres amarillos de Tumpa serán dejados en Kiyul, con la misión de reorganizar la base para su defensa. Los robots y las máquinas les ayudarán en esta labor bajo la supervisión de Parno, que ostentará el mando de Kiyul, Y de varios tacomis. Se reconstruirán las plataformas de lanzamiento y se alistarán las aeronaves de Tarka intactas. Las máquinas tarkas serán reparadas para que puedan prestar su concurso a esta reconstrucción.

»Los destructores quedarán la Luna para la defensa de Kiyul. El *Kipsedon* y los platillos volantes saldrán hacia Marte donde atacaremos las bases de Tarka, procurando ganar adeptos para nuestra causa intentando averiguar el paradero de los tacomis fugitivos de Tacom. Las esferas explorarán Venus. Partiremos cuanto antes».

Se discutieron algunos detalles del plan general a seguir, traduciendo el profesor las palabras de los suts, y la reunión se disolvió en silencio.

Müller y Kazan marcharon juntos dirigiéndose hacia la enfermería del *Kipsedon*. El húngaro estaba allí perfectamente atendido. Sonrió débilmente cuando vio entrar a sus dos camaradas.

Un tacomis de faz apergaminada y espaldas encorvadas danzaba por la habitación y apenas prestó atención a los dos terrestres que se aproximaron al lado del herido.

—Hola, húngaro —saludó Kazan—. ¿Cómo te encuentras?

Foldvar había sido herido en un brazo cuando se disponía a entrar en la Central Mecánico Atómica de Kiyul. Yandot impidió que se desangrara y que la radioactividad se extendiese por todo el miembro.

Mostró su brazo amputado.

—Me encuentro mejor de lo que parece —dijo valerosamente—, pero voy a echar mucho de menos este brazo.

—Peor hubiese sido perder la vida —dijo Müller. El húngaro miró agradecido a Kazan y murmuró:

—Gracias, Dimitri. Arriesgaste tu vida por salvarme.

—Tú hubieras hecho lo mismo por cualquiera de nosotros. No merece la pena que me des las gracias. Somos viejos camaradas y no iba a dejar que los hombres antena te liquidasen como al pobre polaco.

Kazan, y a ratos Müller, pusieron en conocimiento de su compañero la decisión tomada en el Consejo.

—Probablemente partiremos hacia Venus en viaje de exploración. La cosa va a ser dura. Los tacomis piensan dar la batalla en toda regla a los hombres antena.

—¿Crees que vale la pena luchar de esta manera? —inquirió el húngaro—.

¿Sacaremos algo en limpio?

—Yo creo que sí —contestó Kazan—. Si los tacomis resultan vencedores en esta contienda, habremos asegurado nuestro porvenir. He comprendido que no son desagradecidos y pagan bien a aquellos que les sirven. Imagínate, terrenos inexplorados y vírgenes, ricos y exuberantes, con esclavos y robots trabajando para uno. ¿Y quién puede saber lo que ocurrirá el día de mañana? Podemos llegar a ser poderosos. Por de pronto no emprenderemos el viaje de regreso a Tacom, que nos llevaría como mínimo treinta años, años que podemos aprovechar en Venus o en Marte.

Se despidieron del húngaro y se encaminaron hacia sus camarotes. Müller tumbóse sobre su litera mientras Kazan rebuscaba entre los utensilios amontonados en una especie de armario.

—¿Qué buscas? —preguntó el alemán con las manos entrelazadas por detrás del cogote.

—Voy a ponerme un poco presentable —informó el ruso—. Los tacomis son barbilampiños, pero se afeitan la cabeza. Aquí debe haber alguna navaja y maquinilla eléctrica de afeitar. Estoy harto de esta barba que ensucia mi semblante.

—¿Piensas hacerle alguna visita a Tania Gurevich?

—Ese es mi propósito. ¡Aquí está!

Müller vio en manos de su compañero una máquina eléctrica que enchufó junto al lavabo provisto de espejo. Instantes después, Kazan procedía a rasurarse las mejillas en tanto que el alemán no perdía detalle de la operación. De vez en cuando se acariciaba con el dorso de la mano la espesa maraña que cubría su rostro. Tras varios años de estar prisioneros en el campo de concentración de Sibiriakof habíanse acostumbrado igual que los demás presos, a no preocuparse de la barba, que por demás les protegía del frío reinante en aquella endiablada isla.

Müller se asombró del cambio operado en Kazan. La expresión brutal de su semblante había desaparecido en parte, y el grueso bigote con guías le prestaba un aspecto de caballero militar que a todas luces desmentía la luz acerada de sus ojos grises.

—¡Pareces otro! —exclamó admirado.

—¿Crees que Tania me mirará con buenos ojos ahora?

—Estoy seguro.

Dimitri Kazan sonrió alegre y abandonó el aposento silbando una tonadilla.

Müller se incorporó y saltó al suelo; se asomó al corredor y, seguro de que no le veía nadie, se acercó al lavabo y tomó la maquinilla que Kazan se había dejado enchufada.

Dimitri caminó por el largo corredor circular que daba la vuelta a la astronave y se metió en uno de los ascensores. Ascendió hasta el séptimo piso cruzándose con varios tripulantes tacomis de piel muy arrugada que apenas pararon mientes en su persona.

Al llegar a los departamentos de las mujeres oyó el rumor de algunas conversaciones en inglés. Extrañado, se detuvo ante la puerta abierta de un camarote ocupado por ocho mujeres, todas jóvenes, las cuales se le quedaron mirando entre asustadas y sorprendidas.

Una de ellas, con la bata blanca de doctora, se adelantó ligeramente diciendo:

—Oiga, usted es un terrestre como nosotras, ¿verdad?

Asintió con la cabeza acariciándose por primera vez las guías de su bigote.

—¿Puede decirnos qué va a ser de nosotras?

Kazan soltó un respingo. ¡En menudo compromiso le había puesto! Aquellas jóvenes debían ser empleadas de las plantas atómicas de Oak Ridge, apresadas por los tacomis junto con dos centenares de técnicos, físicos, profesores, guardianes, etc.

—Ignoro que va a ser de ustedes y de mí mismo —respondió Kazan—. Pero les aseguro que los tacomis no piensan causarles ningún daño. Estén tranquilas.

Siguió pasillo adelante hasta llegar a un departamento en todo semejante al que acababa de dejar. Entró sin llamar y pedir permiso.

Niva levantó la cabeza airada.

—¿Entras siempre así en las habitaciones de las damas?

El ruso sonrió ampliamente.

—Entre nosotros sobran los cumplidos. ¿Cómo estás, pequeña? —inquirió clavando su mirada en Tania Gurevich.

Olga Fedorova soltó una sonrisa.

—¿Dónde te has dejado la barba, Dimitri? Por mucho que te adecen tu aspecto no cambia. Continúas siendo el mismo ser cínico y despreciable. Y la pobre Tania te odia, ¿entiendes?

Kazan apretó los labios en un rictus de dureza.

—No hablo contigo. Me he dirigido a ella. ¿Cómo estás, Tania? —repitió.

Era muy bella y muy joven. Apenas contaría veinte años. Su cabellera trigueña enmarcaba un semblante dulce y bronceado por el Sol. Sus ojos eran expresivos y candorosos y su figura esbelta y grácil.

—No te importa saberlo —fue su respuesta—. Cuando antes desaparezcas de mi vista, mejor.

Kazan se volvió hacia Olga que sonreía burlona.

—Esto es obra tuya —dijo amenazadoramente—. Cuida mucho de no interponerte en mi camino.

—¿En qué camino?

—Ya me entiendes —replicó Kazan—. Niva, eres una mujer más juiciosa. Procura que Olga se aparte de Tania, de lo contrario...

Dio media vuelta y salió de la estancia con el rostro congestionado por la ira.

Olga le despidió con una carcajada.

—¿Por qué ríes? —dijo Niva—. Conoces a Kazan tan bien como yo y sabes que es un individuo que no admite bromas.

—No son bromas. Siempre me ha sido antipático.

—¿Por qué? —preguntó Tania en su voz melodiosa que contrastaba con la impregnada de dureza de la ucraniana.

Ésta se encogió de hombros.

—Tal vez porque se muestra como un ser superior. Es un pedante estúpido.

—Dimitri me quiere —dijo a media voz la muchacha.

Olga rió.

—Sería la primera vez que Kazan amase a una mujer. Carece de sentimientos. Es un mezquino ególatra.

—No hables así —intervino Niva—. Sabes que guarda con Tania toda clase de consideración. Y tú tienes los nervios algo desquiciados.

—¿Crees que soy una histérica?

—O una amargada.

—¡Ah, vamos! Ya salió el sonsonete de siempre. ¡Pues sí! ¡Estoy amargada! ¿Por qué no decirlo? Pero puede que no lo esté por mucho tiempo. ¿Te has fijado en las miraditas que me dirige Karl Müller?

—¿Hablabais de mí? —dijo la voz del alemán desde el umbral de la puerta.

Las mejillas de la ucraniana se colorearon intensamente.

Karl Müller se adelantó.

—Resulta un placer que se le recuerde a uno. ¿Qué estabais diciendo?

Olga movió los labios sin acertar con la respuesta. Fue Niva la que la salvó del compromiso, diciendo:

—Hablabamos de vuestras barbas. Ha estado aquí Kazan perfectamente rasurado y Olga apostaba a que tú también vendrías afeitado. ¿Vais a tomar parte en algún nuevo concurso masculino de belleza?

Müller no llegó a responder. Un aullido quejumbroso, transmitido por los altavoces, se elevó en el interior de la astronave llevando sus ecos hasta los rincones más apartados.

—¡La señal de alarma! —declaró el alemán—. Voy a ver lo que ocurre.

Corrió por el pasillo, cruzándose con Derek Bedford que acompañaba a su esposa hasta el apartamento de las mujeres.

—¿Qué sucede, capitán? —preguntó.

—Lo ignoro. Dirijámonos a la sala de control. Hasta luego, Lanca.

Derek besó a su mujer y siguió al alemán. Tomaron un ascensor que les llevó hasta el piso duodécimo donde se hallaba instalada la cúpula que formaba la sala de control y dirección.

Dimitri Kazan, los tenientes Wilson y Morse, el sargento Garry y el cabo Shandon estaban allí; Temoc, el jeddad de los tacomis, Rumbal, el sut de las máquinas y Yandot, tenían los ojos puestos en las pantallas de televisión.

Ante las preguntas que formularon, el hombre rojo respondió:

—Ha sido divisada una aeronave de Tarka que se dirigía hacia este punto.

Repentinamente cambió su rumbo. Los hombres antena saben lo sucedido en Kiyul y envían sus primeros aparatos de exploración. No cesarán hasta expulsarnos de la Luna. Mi hermano Temoc ha dispuesto que se reconstruya la base de Kiyul y se la refuerce. Algunos platillos volantes han salido de exploración y señalarán con tiempo la proximidad de la flota enemiga. Vamos a proceder a la primera parte de nuestro plan. Seguidme.

Bajaron hasta los amplios camarotes donde se hallaban instalados los prisioneros evadidos del campo de concentración de Sibiriakof, los tripulantes del rompehielos y los pocos soldados que habían sobrevivido a la fuga del comandante Yemeneff en el Polo Norte de la Tierra. Todos vestían trajes de kass y amianto.

Al aparecer Yandot, un silencio respetuoso se adueñó de la sala. Temían y admiraban al hombre rojo, quien durante dos meses les había dirigido a través de los mares árticos con mano férrea. Ejercía sobre ellos un poder psíquico y moral que les hacía creer estar en presencia de un ente poderoso y superior.

Kazan y Müller, en pocas palabras, les pusieron al corriente de las intenciones de los tacomis. La posibilidad de ser desembarcados en la Luna no les atrajo mucho, pero se les aseguró que nada les faltaría, ni comodidades, ni agua, ni comida. Colocados en dos filas pasaron ante dos tacomis, que les fueron proveyendo de escafandras.

Una vez recibidas las necesarias instrucciones para su manejo, se dirigieron en fila, bajo la mirada atenta de Yandot, hacia los ascensores que les dejaron en el segundo piso. Se corrieron unas compuertas y se deslizaron unas rampas hasta el suelo lunar iluminado por un sol de terrible potencia. Pero el traje de kass y amianto protegía al que lo llevaba no sólo del calor, sino también del frío extremo, de las radiaciones atómicas, de los rayos paralizadores y eléctricos y de las bajas corrientes. Varios camiones orugas, conducidos por robots, les tomaron a bordo y les condujeron hacia la próxima metrópoli de Kiyul, donde ya trabajaban en su reconstrucción todos los tacomis disponibles, sus máquinas obreras, poderosas e infernales, los robots, los hombres amarillos de Tumpa, que habían sobrevivido a la terrible matanza, y todos los vehículos de transporte dotados de cerebros electrónicos.

Despachados los antiguos prisioneros de Sibiriakof y sus guardianes, Yandot condujo al grupo de americanos a las salas donde se hallaban los empleados de las fábricas atómicas de Oak Ridge que, víctimas de los rayos paralizadores de los tacomis no habían podido oponerse al rapto de que fueron objeto. Su número ascendía al de doscientos diez, que junto con los ciento cuarenta desembarcados momentos antes hacía un total de trescientos cincuenta terrestres, prisioneros circunstanciales de los tacomis.

Hubo un murmullo de rebeldía y de sorpresa cuando Yandot penetró en la estancia seguido del capitán Bedford y sus hombres.

Derek levantó los brazos imponiendo silencio y relató en pocas palabras cual era el motivo de que se encontrasen allí y por qué los tacomis habían atacado las fábricas

atómicas terrestres.

—Su suerte, como la nuestra, está unida a estos seres; en tanto no derrotemos a los hombres antena, los hombres rojos no emprenderán el regreso a su planeta de origen, por lo que es muy posible que después de vencido el peligro de Tarka nos reintegren a la Tierra. Debemos cooperar con ellos, por lo menos, no desbaratar sus esfuerzos, ya que de éstos depende en gran manera la suerte futura de nuestro mundo. Van a ser desembarcados ustedes en la Luna. Vivirán en una ciudad subterránea perfectamente acondicionada para la existencia humana, dotada de todos los inventos más ultramodernos y donde muchos de ustedes, sabios investigadores, hallarán campo abonado para sus experiencias. Ayudarán ustedes en lo que puedan a la reconstrucción de dicha ciudad, en parte destruida por la lucha sostenida por su conquista con los hombres antena. Pasen a recoger ordenadamente sus equipos, trajes especiales y sus escafandras.

Los terrestres, tras vacilar unos minutos que aprovecharon para formular toda suerte de preguntas, que Derek y sus compañeros se encargaron de responder lo mejor que supieron, accedieron a cambiar sus trajes y a desembarcar en la Luna.

Los camiones orugas, movidos por energía atómica y conducidos por hombres robots, despertaron la admiración de los terrestres como les asombrara lo poco que habían podido ver del interior del *Kipsedon*. La astronave era ahora una cúpula resplandeciente y cegadora en medio del gigantesco cráter lunar. Sus sesenta y cinco metros de altura impresionaban aún más que sus doscientos de diámetro.

A través de un terreno de restos de máquinas excavadoras, tanques esféricos, taladros, bólidos y otras armas mortíferas, restos que los robots se encargaban de recoger para ser reparados o ser transformados en otros artefactos, se dirigieron hacia la montaña cuyas laderas estaban salpicadas de profundos hoyos producidos por las explosiones de las bombas atómicas y proyectiles de la misma naturaleza. A veces un embudo colosal indicaba el lugar donde habíase estrellado una aeronave. En la montaña aparecían excavados grandes túneles, por uno de los cuales penetraron en Kiyul.

La Instalación Mecánica Central, en donde se habían visto tan comprometidos Yandot, Kazan y los demás, continuaba funcionando rítmicamente. La lenta pulsación de su maquinaria semejava el suave latido de un corazón de gran potencia.

Muchos edificios aparecían destrozados, y los escombros y algunas rocas desprendidas del techo de la gigantesca caverna llenaban las calles. La atmósfera continuaba siendo dorada y los ventiladores la purificaron expulsando las partículas de polvo al espacio. Las máquinas y los robots trabajaban afanosamente aunque, claro es, siempre con el mismo ritmo mecánico. Los tacomis procedían a la instalación de grandes focos y tubos fluorescentes para que la iluminación fuese adecuada al cuadro general de la modernización de la magnífica metrópoli.

Los terrestres se unieron pronto a aquel bullicio, contribuyendo como mejor sabían a la restauración de las defensas e instalaciones de Kiyul.

Los días pasaron rápidamente. El anuncio de la proximidad de la flota enemiga no llegaba a materializarse. Las naves satélites del *Kipsedon* patrullaban incesantemente por el espacio, pero no se advertía ninguna señal de los hombres antena. En los descansos de instrucción y trabajo, Müller paseaba con Olga mostrándole los recovecos de la ciudad. Derek Bedford hacía lo propio con Lanca, y Kazan perseguía incansable y tenaz a Tania, sin que la muchacha le prestase demasiada atención, resentida por haber sido separada rudamente de su padre.

Yandot era infatigable. Ayudaba a sus hermanos en la dirección de los trabajos, prestaba su concurso allí donde hacía falta la ayuda de unos brazos poderosos, y cuando por casualidad se cruzaba con Niva la miraba silenciosamente y proseguía su camino o trabajo. Nunca pronunciaba la menor palabra a pesar de que sus miradas eran advertidas por la rusa. Continuaba en la creencia de que era mejor no intentar penetrar en los pensamientos de una mujer que podía considerarle como una especie de fenómeno. Pues ¿no era cierto que su aspecto físico dejaba mucho que desear si se le comparaba con el de un terrestre? Y una mujer, ¿no se sentía atraída la mayor parte de las veces por la presencia física más que por los dones intelectuales y morales de un individuo?

Así opinaba el hombre rojo y por eso procuraba no pensar demasiado en Niva. Pero la rusa le había sorbido el seso. Él sólo había visto a las mujeres de Tacom a través de cintas y películas impresionadas cien años atrás. Pero la primera mujer que había admirado y estudiado de cerca era aquella terrestre, pletórica de belleza y de cabellos dorados como la mies, que tan poderosa influencia ejercía en él, siempre acostumbrado a ver caras arrugadas y avejentadas.

Wilson, Morse, Garry y Shandon aprovechábanse de su situación para aproximarse a las mujeres que los tacomis mantenían aparte. Ello les ayudaba a soportar agradablemente el tiempo.

* * *

Derek Bedford condujo el vehículo por las calles de Kiyul hasta el interior de una construcción en forma de nave, frenando a poca distancia de una plataforma de lanzamiento. Ayudó a bajar a Lanca, mientras Olga, Niva y Tania lo hacían por su propio pie.

Los hombres amarillos de Tumpa trabajaban dando los últimos toques al dispositivo de lanzamiento de los aerocohetes. Un tractor, conducido por otro tumpi, colocaba en su lugar una de las negras aeronaves.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Lanca.

—Acaban de reconstruir la plataforma —contestó el capitán—. Van a probar si funciona.

Tania Gurevich miraba con ojos perspicaces el ajeteo de los hombres amarillos y de los robots que les ayudaban en su labor. De pronto abrió la boca para lanzar un

grito que se le heló en la misma garganta. Giró los ojos en sus órbitas a causa del terror que la dominaba. Vio una aparición que se le antojó fantasmal y horrible. Una cabeza pelada provista de cuatro antenas, dos de las cuales, las más largas, arrancaban de unos ojos blancos sin expresión. Aquella cabeza aplanada carecía de cejas y nariz, sustituida ésta por tres orificios diminutos. La boca era horrible...

Aquella fantástica criatura dio un salto tremendo y cayó sobre ella, aprisionándola con terrible fuerza. Tania chilló, entonces, aterrorizada.

Derek se volvió a tiempo de ver surgir a media docena de hombres antena que se arrojaron en tromba sobre él. Cuatro de ellos empuñaban fusiles eléctricos. Descargó el puño sobre el rostro de un adversario, derribándole al suelo, pero antes de que lograra oponer una más seria defensa, recibió un culatazo en la frente que le hizo caer desvanecido.

Los tres hombres amarillos saltaron sobre sus armas, pero los tarkas dispararon sus fusiles. Surgieron unos chispazos azules y los auxiliares de los tacomis se inmovilizaron bruscamente, percibiéndose un olor a carnes chamuscadas. Cayeron sin soltar el menor grito.

Lanca Hoppel se debatía en brazos de un individuo muy corpulento, mientras Niva intentaba escapar del abrazo de un hombre antena a quien recordaba por haber sido llevada a su presencia cuando estuvo prisionera en Kiyul. Se trataba de Ta-Sal, el jeddad de la base Tarka. Olga corrió hacia la salida de la construcción, pero un tarka le interceptó el paso, asiéndola hábilmente por la cintura y alzándola en vilo.

Los seis hombres antena, llevando en sus brazos a las cuatro mujeres, corrieron hacia el aerocohete.

Dos robots se acercaron dando saltos y empuñando pistolas eléctricas. Ta-Sal levantó su fusil atómico y disparó contra ellos. Los robots se desintegraron en pedazos en medio de formidables explosiones.

En el momento que subían al aerocohete apareció Yandot en la puerta de la construcción taller, seguido de Kazan y varios tacomis. El ruso blanco ahogó un rugido de rabia y se llevó el fusil al hombro, mas Yandot se lo arrebató de un tirón.

—No disparen, podrías herir o matar a las mujeres.

—¿Y vamos a consentir que esos tipos se las lleven?

—Los hombres antena pretenden escudarse en ellas para huir.

—Es preciso impedirles que despeguen —exclamó nervioso Kazan.

—Lo único que procede hacer es dar aviso al *Kipsedon* para que no disparen contra el aerocohete. Le daremos caza con las esferas volantes. Los hombres antena cambiarán gustosos sus vidas por las prisioneras.

Una ráfaga de aire propulsado por los reactores del aerocohete estuvo a punto de derribarles. Al ruido de los motores, Derek se incorporó, soltó un grito y echó a correr hacia la plataforma. Pero antes de que llegara a sus proximidades la aeronave tarka salió lanzada al espacio a una velocidad cegadora.

Yandot se encaramó al asiento de un camión oruga, tomó un micrófono y se puso

a hablar guturalmente. Por la calle llegaron corriendo Karl Müller y varios tacomis.

—¿De dónde salieron esos hombres antena? —le preguntó Kazan.

—Consiguieron escapar matando a los guardianes. Afortunadamente llegamos a tiempo de impedir la fuga del resto de los prisioneros. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Han huido en un aerocohete llevándose consigo a la señora Bedford, a Niva, Olga y Tania.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Vamos, Yandot nos hace señas de que subamos.

Derek se les unió. En su semblante se reflejaba la desesperación que lo embargaba.

Conducido por las manos hábiles del hombre rojo, el camión salió de la metrópoli por uno de los túneles. Tuvieron que colocarse las escafandras que les protegían de los ardores del Sol y les suministraban el oxígeno necesario para respirar.

Una vez en el *Kipsedon* saltaron del vehículo y se dirigieron hacia los hangares de la astronave. Los hombres del capitán estaban allí.

—Nos hemos enterado de lo ocurrido —dijo Wilson—. Cuente con nosotros, señor.

Apareció el profesor Hoppel dispuesto también a tomar parte en la persecución. Subió a la esfera de Yandot, en la que ya habían tomado su puesto el capitán, Müller y Kazan. Los otros cuatro americanos se acomodaron inmediatamente en una segunda aeronave.

Las paredes de las esferas eran gruesas, casi de cuatro pies. En rigor constaba de una dermis liviana de kass, debajo de la cual se acumulaba, capa tras capa, el amianto, entrelazado de tuberías de refrigeración, de cañerías y de alambres, de misteriosos canalillos relacionados con el manejo del aparato. El interior de las esferas era circular; la maquinaria ocupaba el centro de la aeronave y a su alrededor había un corredor circular que daba la vuelta completa por el interior de la esfera. Pero lo más notable era, sin duda, el hecho de que la cabina de mando carecía de techo y de suelos, dada la disposición del mecanismo del vehículo. Estaban armadas de cañones y proyectores de toda naturaleza, cargados, apuntados y disparados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos.

A una orden gutural de Yandot, las dos esferas abandonaron suavemente el *Kipsedon* y un minuto después se elevaban en el espacio a increíble velocidad.

Yandot aceleró la marcha e iluminó las pantallas de televisión poniendo en funcionamiento el aparato de radar. Aparecieron tres ecos en la pantalla de radar, dos de los cuales pertenecían a los platillos volantes que patrullaban por el espacio precisamente en el camino que seguía el aerocohete fugitivo.

Los cerebros electrónicos dieron la distancia, velocidad y posición de la aeronave de Tarka.

—Distancia: treinta mil kilómetros —tradujo Yandot—. Velocidad con aceleración creciente: sesenta mil.

Derek sintió que la esfera se hundía bajo sus pies. Jamás podrían alcanzar a la nave fugitiva. Tampoco los platillos volantes que volaban al encuentro de los hombres antena podían interceptar su ruta.

Un minuto más tarde la velocidad de las esferas había rebasado los cuarenta mil, pero el aerocohete había aumentado considerablemente la distancia que le separaba de sus perseguidores. Por el radar seguían su trayectoria. Los dos platillos estaban muy cerca del enemigo y constantemente se enviaban partes por radio a Yandot.

Súbitamente uno de los ecos desapareció de la pantalla de radar. A través de la televisión, imágenes obtenidas por un potente telescopio, pudo verse un diminuto fulgor en el espacio inconmensurable que más bien parecía el rastro de una estrella fugaz.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber el alemán.

—Un platillo volante acaba de ser destruido —declaró Yandot con su voz inexpresiva—. Di órdenes de que no dispararan contra el aerocohete y los hombres antena se han aprovechado de esta circunstancia para lanzar impunemente sus torpedos.

—¿Hacia dónde se dirige? —inquirió Kazan.

—No lo sabemos todavía. Parece que se han desviado del camino de Marte. Es muy extraño.

—¿Adelantamos algo?

—Al contrario. Durante bastante tiempo perdemos distancia, pero luego recuperaremos los kilómetros perdidos y los iremos adelantando poco a poco. La velocidad de las esferas es superior y se impondrá cuanto mayor sea la distancia a recorrer. Nos pondremos en contacto con Ta-Sal ofreciéndole la libertad a cambio de la vida de las prisioneras. Creo que aceptará.

—A no ser que considere que teniendo a las mujeres en su poder está libre de todo ataque por nuestra parte y no acceda a desprenderse fácilmente de sus rehenes.

Yandot nada dijo. Nadie era capaz de adivinar los pensamientos que cruzaron por su mente. Müller, en cambio, contraía la boca en un rictus de amargura, clásico ya en él. Estaba enamorado de Olga Fedorova y, aunque no estaba seguro de ser correspondido, le había causado una dolorosa impresión su captura por los audaces hombres antena. Derek Bedford aparecía muy abatido. Estuvo separado de su mujer durante seis meses hasta que aquella providencial aparición de los platillos volantes sobre la Tierra les unió en el Polo Norte. La felicidad de saberse querido por su esposa le había durado bien poco. ¿Qué trágico destino aguardaba a Lanca en manos de los despiadados enemigos de Tacom?

En el rostro sereno del profesor Hoppel advertíase la preocupación que le causaba el hecho de que su hija Lanca estuviese en peligro. Más cristiano que los demás, rogaba a Dios por la suerte de su único vástago.

Dimitri Kazan, por su parte, maldecía a todos los hombres antena de un modo copioso. Por primera vez en su vida remordíale la conciencia por haber llevado a

Tania consigo arrancándola despiadadamente de su familia y de su tierra. Si no lo hubiese hecho, la muchacha podría haber sido feliz con los suyos, mientras que ahora, ¿a qué clase de suplicios físicos y morales estaba expuesta en manos de los tarkas?

Retumbó la voz gutural de Yandot en el interior de la esfera:

—El aerocohete ha cambiado inesperadamente de rumbo. Ta-Sal ha debido comprender que le alcanzaríamos si se dirigía a Marte y ha puesto su proa hacia Venus.

¡Venus! La sorpresa dominó por unos instantes a los terrestres. ¡Venus! El planeta desconocido, rodeado de perpetuas nubes que enturbian la visión de su contextura y superficie. ¡Venus! ¿Qué peligros ignotos y terribles les aguardaban allí? ¿Acaso los hombres antena habían establecido alguna base en aquel planeta, el lucero vespertino de los romanos?

CAPÍTULO III

LOS PELIGROS DE VENUS

Como en otras ocasiones desde que los tacomis aparecieron sobre la Tierra, el terror atenazaba el corazón de Lanca y sus compañeras. El interior del aerocohete estaba sumido en una leve penumbra que apenas dejaba paso libre a la visión. Sin embargo los hombres antena se movían como si estuviesen en pleno día, pero había que contar que a ellos en nada les perjudicaba la falta de luz; antes al contrario, movíanse mejor a oscuras guiándose por las ondas que recogían sus antenas.

Si las aeronaves tacomis maravillaban por su silencio casi absoluto, el aerocohete tarka asombraba por la profusión de sonidos distintos que servían a los seres de Tarka para recoger los sonidos, base de su idioma, y captarlos a través de las antenas de oído.

Los silbidos se confundían con pequeños chirridos y una gama abundante de diferentes sonidos. La explicación era sencilla: todos los aparatos de a bordo estaban contruidos de modo que reflejaban por medio de sonidos las distintas impresiones que recogían.

Las cuatro jóvenes se apretujaban unas contra otras en un afán de zafarse de la contemplación *detectada* de los hombres antena. Éstos, desde que despegaron de Kiyul, no las habían molestado lo más mínimo. A veces, las mujeres percibían sus chillidos o adivinaban sus figuras moviéndose en las tinieblas.

Todo era negro allí dentro. Parecían estar en el interior de un mausoleo tenebroso.

Pocas palabras habían intercambiado entre ellas. Fue al notar una leve sacudida cuando Olga, surgiendo de su letargo nervioso, comentó:

—¿Qué va a ser de nosotras? ¿Creéis que intentarán rescatarnos?

—Estoy segura de ello —afirmó Niva—. Pero no confiemos mucho en esa posibilidad. Una nave es una mota en medio del espacio y difícilísima de hallar, según tengo entendido.

—Sin embargo —intervino Lanca— yo confío en Yandot. El hombre rojo es un ser poderoso y lleno de recursos y no cejará hasta encontrarnos o vengar nuestra muerte.

—Triste consuelo —murmuró Olga.

Tras un leve silencio fue Tania la que rompió el hilo de pensamientos de cada una formulando una pregunta cuya respuesta todas hubiesen deseado conocer pero que ninguna sabía.

—¿Hacia dónde nos llevan?

—No lo sabemos —contestó Niva compasiva—. No temas, muchacha. Siempre queda alguna esperanza.

El tiempo pasó muy lentamente. Ignoraban a dónde se dirigían y cuál iba a ser su suerte. A intervalos de cinco o seis horas, un hombre antena se acercaba y les entregaba unos comprimidos que las mujeres ingerían bajo pena de morir de hambre y sed si no lo hacían. La actitud de los hombres antena les indicaba que éstos no abrigaban malas intenciones y que deseaban, por el momento, conservarles la vida.

Agotadas por la tensión y el sueño, tuvieron que descansar y dormir, mas concibieron el proyecto de que una por lo menos velase el sueño de las demás. Tania fue despertada por Lanca. La muchacha inició su guardia con buena voluntad, pero el sueño volvió a apoderarse de sus párpados que se cerraron a pesar de todos sus esfuerzos en mantenerlos abiertos.

De repente, el contacto de algo blancuzco sobre sus mejillas le despertó sobresaltada. Vio los dedos provistos de ventosas de un hombre antena delante de sus ojos. El grito de espanto que escapó de su garganta despertó a las demás. El horrible ser soltó un silbido agudo. Súbitamente, una sacudida lo lanzó hacia atrás. Las mujeres se miraron aunque apenas podían ver sus pálidos semblantes. Otra sacudida más fuerte que la anterior las arrojó unas contra otras en apiñado montón. Olga unió sus gritos a los de Tania.

Nueva sacudida que las lanzó hacia la parte trasera del aerocohete. Luego la proa de la nave pareció hundirse y las jóvenes dejaron de sentir la sensación de flotabilidad que durante el viaje se apoderó de sus cuerpos.

Se asieron a lo que humanamente les fue posible. Luego la proa se enderezó por un milagro de estabilidad al tiempo que los chillidos de los hombres antena les aturdían los oídos. Una sacudida repentina y brutal les causó el mismo efecto que la explosión de una bomba.

Definitivamente la aeronave caía hacia un abismo al parecer sin fondo. Esta vez sintieron como un leve choque, un rugido extraordinario, y finalmente un aplastamiento terrible.

La fuerza del choque las arrojó brutalmente contra las paredes del aparato. Niva sintió un tremendo golpe en el entrecejo. Un millón de brillantes estrellitas saltaron ante sus ojos. A continuación perdió el sentido. Olga y Tania fueron empujadas hacia atrás, chocaron contra algo metálico y cayeron al suelo donde quedaron completamente inmóviles. Lanca empero, algo aturdida, conservó las facultades mentales despiertas. Dióse perfecta cuenta de que la nave de Tarka había chocado con un obstáculo poderoso.

Un lienzo lateral de la nave se corrió y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, fueron heridos por una luz que se le antojó vivísima. A través de la abertura dejada distinguió una verde y exuberante vegetación. Una bocanada pestilente a cieno y putrefacción con algo de anhídrido carbónico la mareó. Aquellas emanaciones mefíticas le hicieron perder el equilibrio. Y al ver la figura de un hombre antena que se le aproximaba, no pudo resistir más y se desmayó.

* * *

Müller señaló el planeta Venus.

—¿Cómo es? —preguntó.

De momento nadie le respondió, fija como estaba su atención en las imágenes que recogían los telescopios y reflejaban las pantallas de televisión. Fue el profesor Hoppel el mejor informado de cuantos iban allí, el encargado de contestar:

—Venus tiene aproximadamente las mismas dimensiones que la Tierra. Es el lucero del alba o la estrella matutina, uno de los astros más rutilantes del firmamento. Es también el Hésperos de los griegos o el lucero de la tarde, el primero que aparece en las alturas a la entrada de la noche. Dista de nuestro mundo 42 millones de kilómetros, siendo en consecuencia, el astro más cercano a nosotros después de la Luna.

—¿Posee atmósfera?

—Desde luego, mas se la supone tan densa y tan cargada de ácido carbónico que nosotros no podríamos respirar en ella. Además, como la rotación sobre su eje es sumamente lenta, los rayos solares se remansan sobre ella y le dan una temperatura más que asfixiante, la del agua hirviendo. Se advierte también en su atmósfera la presencia de gran cantidad de vapor de agua, lo que indica que no ha de tener mares ni agua alguna sobre la superficie. No busquemos, pues, vida en lucero del alba, al menos vida como la nuestra, porque no tiene las mínimas condiciones necesarias para ella.

El alemán señaló entonces hacía la pantalla de televisión.

—¿Son esas nubes las que ocultan su superficie a la inspección de nuestros más potentes telescopios?

—Efectivamente. Así es. La superficie de Venus está permanentemente cubierta de nubes, o su envoltura gaseosa es tan brumosa que el Sol no puede atravesarla. La luz que nos llega de Venus es el fruto de una reflexión en aquellas nubes, o de la dispersión en el seno de su atmósfera. Se ha pretendido eliminar este inconveniente mediante el empleo de placas sensibilizadas a las radiaciones infrarrojas de gran longitud de onda, pero Venus, celoso de cuanto hay en su superficie, no ha respondido tampoco a este recurso que ha descubierto tantas cosas ocultas. Todo lo que se puede decir de la superficie visible de Venus, es que consiste en una capa de nubes permanentes que no se puede atravesar y que están a un nivel bastante alto por encima de la verdadera superficie del planeta.

—Yo opino de modo distinto —intervino Kazan que había seguido las explicaciones del profesor con gran interés—. Estoy por asegurar que en Venus existe oxígeno y por tanto agua. Su temperatura debe oscilar alrededor de los 60 grados, y la vegetación es, sin duda, lujuriosa. En su superficie abundan extensos océanos y sus inmensos bosques y pantanos deben estar poblados de grandes animales como los de

nuestra época prehistórica. La atmósfera está rarificada y asfixiante.

Tres días llevaban transcurridos desde que partieran de la Luna en seguimiento del aerocohete de Tarka. Un platillo volante había sido destruido al pretender cortar su ruta. El otro recibió órdenes de Yandot de retirarse a la Luna. El hombre rojo intentó ponerse en contacto con Ta-Sal, aunque en vano, sólo el silencio respondió a sus llamadas. Yandot no comprendía por qué motivo los hombres antena se dirigían hacia Venus siendo así que, aparentemente, no contaban con bases en este astro y sí, en cambio en Marte y en Júpiter.

Tres días según la cuenta de sus relojes, pues en el interior de la esfera la luz era siempre la misma, suave y azul procedente de varios tubos metidos entre las paredes de manera harto original, mientras que allá fuera las estrellas seguían brillando con una luz inmutable a excepción de la que reflejaba la Tierra. Ésta y su satélite habían ido disminuyendo de tamaño, y la primera era al tercer día una lejana, pequeña y brillante estrella, recordándoles a todas horas a los terrestres cuán lejos estaban sus posibilidades de poder regresar a ella.

Yandot soltó una exclamación gutural. Al instante, un tacomis de rostro arrugadísimo, caminando asido a una especie de pasamanos por el techo, tiró de una palanca. Yandot oprimió un conmutador y las paredes de la esfera se convirtieron en transparentes como el vidrio.

—Nos estamos acercando a Venus —indicó Yandot.

Todos miraron a través del kass de que estaba construida la esfera. Mirando hacia abajo vieron como un dilatado mar de nubes blanquísimas. El espacio ya no era total y espantosamente negro, sino que ahora tenía una suave y difusa coloración azul.

El aparato de radar había dejado de señalar la existencia del aerocohete tarka hacía más de un cuarto de hora.

—¿Vamos a penetrar en esa atmósfera? —inquirió ligeramente impresionado Müller.

—Ahí es donde ha desaparecido la nave de los hombres antena —dijo Derek—, y ahí es donde debemos buscar.

Yandot frenaba el impulso de la esfera haciendo funcionar unos reactores de fuerza contraria al sentido de la impulsión. Además, llegado el momento, Yandot anularía la fuerza de la inercia e incluso la de la gravedad, por lo que el posible aterrizaje en Venus no presentaba para los tacomis la menor dificultad.

Las esferas, descendiendo suavemente penetraron en el mar blanco de nubes. El mundo pareció convertirse en un color gris y bilioso. La visibilidad natural desapareció, pero Yandot puso en funcionamiento los proyectores que poseía la esfera de luz infrarroja.

—¡Diablos! —masculló el alemán—. ¡Éste es un lugar desagradable!

—En efecto, pone los pelos de punta —murmuró Bedford—. ¡Cáspita! Mirad la cosa que hay allí.

Todos los ojos miraron en la dirección que su brazo extendido señaló. Podía haber

sido una nube sucia y torturada a juzgar por la manera como cambiaba de forma en medio de convulsiones. Luego desapareció, succionando tras sí parte del vapor gris.

—¡Seguramente estoy viendo visiones! —tartamudeó el capitán.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Müller—. ¿Qué era esa cosa en la nube? Parecía tan grande como esta esfera.

—¡No era tan grande! —balbuceó Derek—. ¡Pero es lo más feo que he visto en mi vida!

—¿Acaso no se trataba del aparato de Tarka? —inquirió Kazan.

—No. ¡Era un animal, un ser viviente! ¡Algo infernal!

Kazan se volvió a Yandot.

—¿Lo viste tú, hombre rojo?

—No. Ni siquiera los aparatos de radar detectaron nada.

—Salimos de las nubes —dijo Müller.

Mirando hacia abajo divisaron un espectáculo extraordinario. Dos volcanes proyectaban espesas columnas de humo a ambos lados de un valle de vegetación exuberante y verde. En el fondo se extendía un lago de barro, largo y estrecho. Una costra semejante al asfalto y al parecer durísima, cubría el lago que, a juzgar por el calor del aire húmedo que se precipitaba hacia las capas superiores, debía estar casi candente.

Probablemente ese asombroso lago de barro llegaba, en forma de herradura, a dividir en dos el valle, uniendo los extremos las corrientes de lava que se desprendían de ambos volcanes. Una pared natural de lava lo limitaba por uno de los lados, bien encima del suelo.

Yandot tenía fijos los ojos en la pantalla de radar, pero ninguna variación y ni el menor rastro del aerocohete tarka aparecía por ninguna parte.

—¿Será posible que los hombres antena tengan una base secreta en este planeta? —inquirió Kazan.

—Pronto lo averiguaremos —contestó Yandot haciendo descender la aeronave.

Las esferas se deslizaron cercanas al terreno volando hacia el lago de barro.

A una orden gutural de Yandot, un tacomis empuñó un cañón, enfocándolo hacia el lago y disparando un proyectil atómico.

La explosión rompió la ostra de barro. Al instante se produjo una erupción. La columna de un géiser de barro hirviente, semejante a lava, se elevó unos cientos de pies impulsado por la presión del vapor concentrado bajo la costra.

El vapor lanzaba un rugido ensordecedor que se percibía a través de los altavoces conectados oportunamente por el hombre rojo. Unos crujidos estruendosos barrieron el lago de barro cuando la costra se posó. De innumerables lugares surgieron erupciones menores. El vapor, surgiendo y elevándose por todas partes, envolvió a las esferas que volaban casi a ras de tierra.

Los terrestres miraron sorprendidos a Yandot, pues no comprendían el objeto de aquel disparo.

El hombre rojo, que estaba leyendo en sus mentes, explicó:

—Quería saber poco más o menos la temperatura reinante en este lago de barro. Al mismo tiempo llamaremos la atención de cualquier ser viviente que se halle por los alrededores, y si las mujeres oyen la explosión sabrán que no las hemos abandonado.

De pronto miró la pantalla de televisión. Luego fijó sus ojos en la del radar. Un eco batía intermitentemente cerca del centro de detección.

Yandot gruñó varias órdenes. Inmediatamente, las esferas describieron un leve semicírculo y, cruzando sobre el lago, se dirigieron hacia uno de los puntos donde la espesura de la vegetación parecía mayor.

—¡Allí! ¡Entre aquellos árboles gigantescos! —gritó Derek.

En un pequeño claro entre la selva umbría veíase la negra contextura de un aerocohete tarka. Debía haber chocado con terrible violencia contra los árboles y su proa aparecía aplastada y retorcida. No se advertía el menor movimiento dentro ni a su alrededor.

—¿Es esa la nave que perseguimos? —preguntó Müller.

Yandot asintió con la cabeza.

—¿Qué habrá pasado? —exclamó Kazan—. ¿Acaso se han estrellado al no poder aterrizar?

—Eso debe haber sido —barruntó Derek—, pero es muy extraño.

Yandot manipuló en los mandos y la esfera descendió sobre el calvero. A pocos metros del suelo estacionó la aeronave y requirió el auxilio de unos potentes prismáticos electrónicos para explorar con atención la manigua. Los terrestres pudieron apreciar a simple vista que un lienzo de la pared lateral estaba corrido, lo cual indicaba que algún tripulante habíase salvado del choque. El estado de ánimo de los terrícolas era de absoluto abatimiento. Derek sentía un dolor intenso que le impedía pronunciar palabra.

—No se ven señales de vida —dijo Kazan. Parecía más sereno que los demás, mas sabía ocultar sus emociones—. Ni tampoco algún cuerpo tendido por los alrededores.

—Es de suponer —comentó Müller haciendo un poderoso esfuerzo— que los hombres antena, en caso de haber logrado escapar de la catástrofe, se habrán llevado consigo las mujeres proveyéndolas antes de escafandras, porque dudo que el aire de este planeta sea respirable.

El hombre rojo transmitió unas palabras por el micrófono de la pantalla de televisión, e hizo descender todavía más la esfera hasta posarla junto al destruido aerocohete.

A través de las paredes de kass pudieron apreciar con toda nitidez el terreno circundante, el estado de la flora, aunque no distinguieron el más leve signo de vida animal. La nave tarka era una alargada mole incrustada entre varios helechos de gigantescas proporciones.

Cubriéronse con las escafandras al ver que lo hacía Yandot y siguieron a éste cuando abrió la puerta y la consabida rampa se tendió hasta el suelo. Empuñaron decididos sus correspondientes armas. La segunda esfera, estacionada en lo alto, vigilaba ante cualquier posible contingencia.

Convenientemente distanciados, y sin olvidar las más elementales normas de seguridad, se aproximaron a la aeronave tarka. De un ágil salto el hombre rojo se encaramó a bordo, haciendo seña a sus acompañantes para que se quedaran en tierra de Venus. Reapareció un minuto después saltando junto a Derek.

El capitán le asió de un brazo preguntando nervioso y entrecortadamente:

—¿Has... encontrado... alguna... señal de las mujeres?

Yandot negó con la cabeza y la esperanza, como por ensalmo, brotó en los corazones de los tres hombres que estaban pendientes de su respuesta.

El tacomis, fusil atómico en mano, escrutó con atención el terreno. Sus ojos profundos intentaban horadar aquel mundo vaporoso. Luego, ante la estupefacción de los demás, se quitó la escafandra. El aire era tan cálido que trastornaba y poseía una fragancia extraña e inusitada.

Semejaba aquello la atmósfera de un invernadero, impregnado del olor de las plantas rancias y putrefactas. A continuación, Yandot volvió a colocarse la escafandra.

—El aire es perfectamente respirable —comunicó—. Algo enrarecido, pero bueno. Los hombres antena se han alejado en esa dirección —señaló hacia la espesura. Llevan las mujeres consigo, las cuatro. El aerocohete no se estrelló, sino que...

—¡Cuidado! ¿Qué es eso? —exclamó Müller. Su voz sonó estridente—. ¡A la derecha! ¡Ese monstruo volador vuelve otra vez!

La masa negra y maligna que divisaron cuando atravesaban la masa de nubes blancas reapareció entre los vapores grisáceos que inundaban la superficie del lago de barro próximo. Pero entonces todos tuvieron ocasión de verlo con claridad; podían contemplar perfectamente al espeluznante monstruo que, como pesadilla infernal, surgía ante sus ojos incrédulos.

¡El monstruo volaba en aquel momento describiendo círculos alrededor de la esfera estacionada en el aire! Sus diabólicos ojos, clavados en el aparato, dudaban en atacarle. Tenía unas mandíbulas horripilantes, largas como el cuerpo de un hombre y sembradas de dientes cónicos yafiladísimos. El cuerpo no tenía pelo ni plumas sino que se veía cubierto de una piel curtida y repugnante.

Lo más asqueroso de todo eran las alas, pues eran membranosas como las de un murciélago; cuando se pegaban y despleaban en vuelo, aleteaban como una enorme lona gris y sucia. En la punta de la primera articulación de las alas había cuatro largos dedos armados de terribles y afiladas garras.

El horripilante monstruo dio de repente rienda suelta a su grito. Se trataba de una fantástica combinación de rugidos y aullidos, unos sonidos de tal volumen que

cualquier otro sonido por fuerte que fuese quedaba reducido a una cosa insignificante. Y el aullido tenía un final tan tenebroso como su nota; se detuvo de una manera, que daba la impresión nauseabunda de que el ruido mismo ahogó al monstruo.

—¡Es un pterodáctilo prehistórico! —gritó el profesor Hoppel—. ¡Eso es lo que es!

—¿Un qué? —gruñó Müller.

—Un pterodáctilo, un reptil volador del orden de los pterosaurios. En la Tierra se supone que se extinguieron al final de la época mesozoica.

—Pues esa suposición no reza en este planeta —resopló el alemán—. ¡Usted mismo lo puede ver!

¡El horrible reptil volador abría poco a poco sus enormes mandíbulas armadas de grandes dientes cónicos!

De repente, de la esfera surgió un chorro de fuego que dio de lleno en el cuerpo del reptil volador que inició un grito penetrante capaz de erizar los pelos, terminando en un largo y agudo balido. El animal cayó convertido en una antorcha humeante.

Müller rió.

—Ahora respiro a pleno pulmón. Ahora...

Otro pterodáctilo prehistórico surgió del vapor; una cosa gigantesca y fantástica que embistió a la esfera posada en tierra de Venus.

Yandot se llevó el fusil a la cara, y disparó con tan certera puntería que el monstruo desapareció desintegrado en medio de una gigantesca explosión que retumbó en todo el valle de una forma estruendosa.

—¡Vaya bicho! —dijo el alemán—. Son capaces de triturar a un hombre con sus dientes en menos de un segundo.

A lo lejos se escuchó una serie de ruidos imprecisos. Yandot, apretando un botón de su cinto, habló con los tripulantes de la segunda esfera que bajó junto a la otra. Descendieron los tenientes Wilson y Morse, el sargento John Garry y el cabo Jim Shandon.

—¡Centellas! —exclamó el primero—. Nunca creí que existieran animales de ese género. Este es un planeta muy poco agradable. ¿Qué hay de su señora y de las rusas, señor?

—Los hombres antena se las han llevado hacia la espesura.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Morse apretando nervioso su fusil electrónico.

Todos se volvieron hacia Yandot.

—Seguiremos sus huellas —dijo el hombro rojo—. Desde el aire es materialmente imposible descubrir un ser viviente que camine por debajo de esa verde techumbre. Nos equiparemos convenientemente para una misión que estará sembrada de obstáculos de todo género, de los cuáles el más insignificante será el que puedan representar los hombres antena. Una esfera nos seguirá por el aire para estar continuamente en contacto con nosotros. La otra explorará el terreno a mayor altura y

distancia.

El equiparse convenientemente les llevó muy pocos minutos. Emisora portátil de gran longitud de onda, linterna, granadas de mano, provisiones, machetes, fusil y pistolas.

Instantes después Yandot abría la marcha hacia la, espesura, seguido de Derek Bedford, del profesor, que no quiso quedarse en la esfera, Kazan, Müller y los cuatro americanos, la tripulación del Boeing RB47-E, el aparato de observación que fuera obligado a descender sobre el Polo Norte por los tacomis. Cerraba la marcha el cabo Shandon, a quien no le gustaban nada aquellos tenebrosos parajes.

El suelo era blando como si lo acabaran de arar. La fronda de unos helechos colosales les ocultaron enseguida el cielo débilmente iluminado por los rayos solares impotentes para penetrar la atmósfera que rodeaba a Venus.

La vegetación era un laberinto de plantas trepadoras y siemprevivas. Helechos menores formaban una alfombra esponjosa. Abríanse paso en la verde telaraña a fuerza de machetazos que Yandot descargaba con la regularidad de una máquina y, al parecer, sin cansarse. El hombre rojo seguía la senda abierta por los tarkas.

De súbito, apenas llevarían adelantadas unas seiscientas yardas, surgió a su izquierda un estruendo espantoso. Un grito penetrante, parecido a una trompeta, retumbó por todo el valle. Unos chillidos bestiales hendieron el espacio. Los crujidos de ramas rompiéndose y los ruidos sordos de cuerpos gigantescos que con sus pisadas hacían temblar la tierra, formaban un concierto de pesadilla que estremecía al más osado.

Continuaron avanzando lo más aprisa que le permitía la floresta y el machete rítmico de Yandot. El horrible alboroto cesó de repente. ¡Pero fue reemplazado por un ruido seco que parecía provenir de algún monstruo volando! El estruendo se alejaba con la velocidad de un tren expreso.

Yandot gruñó, según su costumbre. Y, como siempre, aquel gruñido transmitía un mensaje claro. Indicaba silencio. ¡La muerte rondaba!

El profesor Hoppel era, de todos, quien con más claridad comprendió el gruñido del hombre rojo. Aquel concierto que oyeran minutos antes significaba una batalla a muerte entre dos gigantes de un mundo de reptiles prehistóricos. Reconoció también las plantas que le rodeaban. Algunas se habían extinguido hacía milenios en la Tierra.

Habían arribado a un mundo que seguía una evolución semejante a la de la Tierra, un planeta espeluznante, infernal, donde la fuerza era la única ley.

¡De pronto, percibióse muy cerca el jadear de un animal gigantesco! La respiración era acelerada, como si hubiese estado librando una batalla mortal.

La vegetación crujió cuando el coloso entró en acción.

¡Estaba embistiendo a Yandot!

CAPÍTULO IV

ACECHA LA MUERTE

Cambiando de posición con la rapidez de una centella, el tacomis quedó en presencia de un monstruo tan terrible y repugnante como jamás contemplaron ojos humanos.

El horroroso animal surgió del vapor como una casa alta, saltando sobre las patas traseras, fuertes y macizas, y balanceándose por medio de una enorme cola, semejante a un canguro.

Las dos patas delanteras eran pequeñas, como cuerdas cortas colgando. ¡Sin embargo, a pesar de su ridícula presencia, eran más gruesas que el cuerpo de Yandot!

A la terrible aparición acompañaba el repugnante olor de un animal carnívoro, hediondo y putrefacto. La piel del monstruo se parecía a la de los cocodrilos. Sus garras eran armas terribles de ataque, de tales dimensiones que con facilidad podrían hacer presa y aplastar a un toro grande. Sus dientes servían de armas a un hocico de tamaño tan inverosímil como el resto del coloso prehistórico.

Tan grande era el peso del animal que sus pies se hundían en la tierra esponjosa, cerca de dos metros a cada brinco.

—¿Qué es eso, profesor? —gritó Wilson.

—¡Un tiranosaurio! —respondió el astrónomo—. ¡Estén alerta!

El monstruoso animal, después de pasar saltando por el lado de Yandot, se detuvo en seco. Un instante después el animal embistió en dirección del sonido de la voz.

—¡Esquívelo, teniente! —tronó el astrónomo—. ¡Esquívelo! Esa bestia posee probablemente un cerebro pesado, lo cual se supone fue una característica de los dinosaurios prehistóricos. ¡Apártese de su paso y transcurrirán varios segundos antes de que pueda decidirse a seguirlo!

Crujieron unos arbustos. Luego del fusil eléctrico de Wilson salió un chispazo azul. Los arbustos crujieron de nuevo.

Se oyó la voz de Yandot.

—No intentes disparar otra vez sobre el animal. ¡Tan sólo los fusiles atómicos son capaces de abatir a ese monstruo!

—¡No hace falta que me lo digas! —resopló el teniente—. ¡Cielos! Aquel murciélago que atacó la esfera era un angelito al lado de este fenómeno. ¡Aquí vuelve otra vez!

Se repitió la embestida estruendosa y la esquivada del teniente Wilson, que había quedado solo junto a la senda abierta. Comprendía que el tacomis tenía razón. Los fusiles eléctricos no molestarían lo más mínimo al monstruo.

—¡Lo esquivé! —avisó.

—¡Entonces cierra esa boca! —rugió Derek Bedford—. ¡Se enfurece al oír tu voz!

El vapor proveniente de la erupción del lago de barro desaparecía con rapidez. ¡El feroz tiranosaurio podría pronto verlos con toda claridad!

Kazan y Müller, ligeramente apartados, contemplaban pasmados los movimientos del animal esperando que Yandot se decidiera a obrar. Dimitri divisó al teniente Morse destacándose en el vapor que se disipaba. Su mandíbula se estremecía convulsa, pero sostenía su lengua entre los dientes temeroso de que su chillido atrajese al terrible reptil. Kazan no se sorprendió al ver que el americano se había acobardado.

El capitán Derek, Wilson, Garry y el cabo Shandon se reunieron con el profesor Hoppel.

Haciendo estremecer la tierra con sus saltos con la potencia y el ruido de un tren expreso, el tiranosaurio se lanzó en tromba contra el grupo. De repente resonó un estampido, confundido inmediatamente con una explosión, y los asombrados terrestres vieron desaparecer la cabeza del coloso en medio de una llamarada cegadora. El monstruo detuvo en seco su acometida y desplomóse, en toda su imponente mole, aplastando varios helechos.

—¡Esa combinación de cocodrilo, rascacielos y canguro ha sucumbido víctima de la desintegración atómica! —comentó John Garry, respirando aliviado.

Reunidos todos con Yandot, el autor del disparo, continuaron su camino por la verde oscura maraña de la manigua. Deslizáronse bajo la bóveda de unos helechos gigantes que extendían su capa de verdura entre el cielo y la superficie de Venus.

Descendía la oscuridad con rapidez, pues el vapor y las nubes, aunque dejaban penetrar la luz solar excluía los destellos de las estrellas anulando el período del crepúsculo.

—Creo que está anocheciendo —dijo Müller mirando aunque inútilmente hacia arriba.

—¿Es muy largo el día venusino, profesor? —interrogó Wilson.

—El año de Venus —empezó diciendo el padre de Lanca— dura doscientos veinticinco días terrestres. Algunos afirman que este es el tiempo que invierte en dar la vuelta alrededor de su eje. Otros aseguran que en este segundo movimiento emplea el mismo tiempo que nuestro planeta. Lo probable, y a la vista está, es que el verdadero día de Venus sea un término medio entre estos dos límites que le señalan —hizo una pausa. Luego prosiguió—. En efecto, que la velocidad de Venus en su movimiento de rotación sobre su eje es menor que la de la Tierra constituye un hecho cierto. Por otra parte, parece igualmente cierto que Venus no presenta permanentemente expuesta la misma parte al Sol, como exigiría la igualdad de duración de su año y su día. Podemos atribuir con certeza al día venusino veintitrés horas y diecinueve minutos.

El día había sido nublado, como siempre debía ser, pero la noche era de una

increíble negrura.

Prosiguieron andando alumbrándose con la luz de las lamparillas eléctricas, pero al observar que los destellos luminosos atraían a los feroces animales, Kazan sugirió:

—Será mejor que imitemos a los monos y trepemos a un árbol para pasar la noche.

Yandot asintió con la cabeza.

El helecho elegido parecía una palmera, pero con fronda en la parte superior, y era más alto que los árboles corrientes. Treparon a las ramas más altas.

—Es extraño —dijo Dimitri Kazan—. Aunque esta especie guarda estrecha relación con los helechos encontrados en estado fósil en ciertas partes de la Tierra, es mucho mayor que...

—Debe usted considerar —interrumpió el profesor— que esta región forma parte de un planeta atrasado en la evolución respecto a la Tierra. No puede usted establecer comparaciones de ese género.

—¿Cómo dormiremos encaramados aquí, sin caernos? —inquirió Jim Shandon.

—¿Dormir? —se burló John Garry—. No habrá mucha ocasión de roncar esta noche. ¡Escuchen!

En un lugar distante del valle se desarrollaba otro feroz combate entre los reptiles monstruosos. Aunque el ruido de la contienda les llegaba en tono apagado, era de tal naturaleza que heló de espanto al grupo de audaces aventureros.

—¡Qué lugar más infernal! —gimió el teniente Morse.

Pasaron una noche horrible. Tan pronto como cesaba una lucha titánica entre los dinosaurios, empezaba otra. A veces, simultáneamente y en distintos lugares, se celebraban más de una tumultuosa y sangrienta batalla.

Unos cuerpos gigantescos atravesaron la tupida vegetación, alguno de ellos dando saltos como el tiranosaurio, otros avanzando a cuatro patas. Era imposible dormir. Yandot y sus compañeros juzgaron su refugio con relativa seguridad hasta que un dinosaurio gigantesco empezó a mordisquear la cresta de un helecho que, a juzgar por el ruido, era tan alto como el árbol donde se hallaban encaramados. Pasaron la noche temiendo que ocurriera algún desastre, lo que afortunadamente no sucedió.

La luz del día surgió tan de improviso como desapareciera al aparecer la luz del Sol cayó un chaparrón tropical que duró unos minutos. Pero cuando el agua llegó a la superficie candente del lago de barro, brotaron unas enormes nubes de vapor.

El día se presentaba como una tarde nublada de invierno de Nueva York, debido a que las nubes se cernían perennes sobre Venus, pero el calor era, empero, terrible. Claro está que los hombres, provistos de trajes especiales y escafandras, no lo notaban.

Era evidente que los feroces dinosaurios preferían merodear de noche, pues al amanecer, la terrible carnicería en el valle cesó de una manera bien marcada.

Yandot guió a los terrestres por la espesura.

Avanzaba rápidamente a pesar del casi impenetrable obstáculo de la jungla.

Salvaron un riachuelo de aguas calientes y vaporosas. La flora era de lo más extraordinario que hubiesen podido imaginar. Había flores gigantescas de más de dos metros de circunferencia. Árboles que medirían sus buenos ciento veinte metros de altura. Plantas que disparaban sus ramas con secos chasquidos cada vez que se las pisaba. Más de una vez tuvo Yandot que librar a los terrestres de las terribles lianas que se les enroscaban por el cuerpo como si fueran serpientes vivas.

A media mañana, el hombre rojo hizo alto. Agachóse para coger del suelo un fino pañuelo de encajes.

Derek sintió que se le helaba el corazón. ¡El pañuelo era de Lanca y estaba teñido de sangre! Y junto al lugar donde encontrara el tacomis el fino pañuelito veíase un gran charco de sangre.

Yandot exploró con los ojos el terreno. Señaló con el brazo en una dirección.

—Marcharon hacia esa parte. Los hombres antena fueron atacados por tremendo animal. Alguien herido.

Sucedió un triste y reverente silencio. En el ánimo de la mayoría empezaba a cundir el desaliento. Todos sus esfuerzos por rescatar a las mujeres iban a ser, o estaban siendo ya, vanos.

—¡Mirad allí! —gritó Müller con voz quebrada—. ¿Qué...?

Miraron con la esperanza de que el alemán hubiese descubierto alguna señal de las mujeres. Pero no era eso.

De la vegetación fétida y putrefacta de la selva virgen, había surgido un animal asombroso. Era un monstruoso conglomerado de comadreja, gato, perro y oso. Era extraordinario porque semejaba una combinación de varios animales conocidos en el siglo xx en la Tierra. Pero tenía el tamaño de un elefante muy corpulento.

Balbuceó Morse:

—¿Qué demonio...?

—¡Un creodonte! —exclamó el profesor lleno de estupor—. El antecesor de muchos de nuestros animales modernos.

—¿Sí? —murmuró Müller—. Pues, desde ahora en adelante, no me pillarán muy lejos de un árbol.

Estas palabras recordaron a los otros que llevaban armas, y que aquel era un animal que no podía esquivarse como hicieran con el tiranosaurio. Sus mandíbulas ostentaban unos dientes gigantescos; sus garras eran largas y agudas.

¡El creodonte embistió de repente!

Los fusiles eléctricos dejaron escapar chispas azules. El monstruo recibió las descargas por todo el cuerpo. Se irguió sobre sus patas posteriores y soltó un rugido capaz de helar la sangre en las venas. Luego, agachándose de nuevo, siguió avanzando con la cabeza baja, impidiendo se le vieran los ojillos, sin presentar un blanco eficaz.

Los hombres se separaron, pero ello serviría bien poco. El creodonte no tardaría en darles alcance destrozándolos sin la menor esperanza de escapar si Kazan o

Yandot no empleaban sus fusiles atómicos.

A pocos metros de distancia, el monstruo empinó abriendo sus mandíbulas enormes y llenas de espuma. Luego soltó un horripilante gruñido.

* * *

Niva y Lanca se miraron espantadas. Luego ojos se dirigieron hacia el río que acababan de cruzar en una balsa improvisada. Por las márgenes de río se oyó un chapoteo estruendoso. Apareció lo que las dos mujeres creyeron era la cabeza y el cuello de una serpiente. Tras la cabeza se destacó un cuerpo inmenso, produciendo unos ruidos de gorjeos y envuelto en una ola.

A pesar de su tamaño fantástico, la cabeza tenía un aspecto pacífico. Poco a poco el increíble animal surgió del agua, arrastrado su pesado y formidable cuerpo.

A Lanca se le erizaron los cabellos. El animal era enormemente largo.

—¡Cielo Santo! —exclamó, y girando sobre sus talones huyó.

Comprendió que acababa de ver un ejemplar de los animales más grandes que jamás pisaron la tierra. Hasta el feroz tiranosaurio quedaba eclipsado por el volumen del coloso. Lo que la joven había olvidado era que el gigantesco reptil pertenecía a la clase de los brontosaurios y que estos animales eran gigantes pacíficos, habitaban cerca del agua y se alimentaban de plantas de los lagos y de sus márgenes.

Un hombre antena dio dos o tres saltos y alcanzó a la joven, asiéndola por un brazo e imponiéndole silencio mediante el sencillo procedimiento de golpearla en el rostro con sus dedos provistos de ventosas.

El reptil miraba curioso al grupo de pigmeos detenido a menos de cincuenta metros de distancia. Los hombres antena permanecían inmóviles, con sus armas preparadas. Sus antenas vibraban locamente, denotando que no perdían un solo movimiento del brontosaurio. Pero éste debió considerar de poco gusto aquella comida y se alejó pausadamente por la orilla siguiendo la corriente.

Niva, Tania y Olga respiraron aliviadas. Estaban sobrecogidas de espanto. Hallábanse agotadas tras la dura caminata impuesta a la fuerza por los crueles hombres antena. Cuando recobraron el conocimiento se encontraron junto al aerocohete incrustado entre unos árboles medio putrefactos. El olor fétido de los pantanos, la humedad y el calor, un calor espantoso, estuvieron a punto de hacerles sucumbir. Pero conforme respiraban aquella atmósfera que parecía viciada, fuéronse recobrando hasta el punto de que varias horas después no les atormentaba tan considerablemente el enrarecido aire.

Fueron obligadas por los hombres antena a ponerse en camino. Los horribles seres llevaban sus peladas cabezas cubiertas con escafandras para protegerse del calor que les debía molestar grandemente. Abriáanse paso empuñando unas cuchillas corvas, muy afiladas que manejaban con suma pericia.

Coincidiendo con un breve descanso a orillas de un riachuelo retumbó a lo lejos

una sorda explosión.

El semblante de Olga, sudoroso y reflejando el cansancio que atenazaba sus músculos, se iluminó.

—¿Habéis oído? —inquirió—. ¡Una explosión! Eso indica que los nuestros no nos han abandonado.

—No abrigues falsas esperanzas —replicó Niva—. Puede tratarse de una explosión producida por otros hombres antena. Si no fuera así, ¿por qué crees que hemos aterrizado en esta maldita selva?

—Tal vez para librarse de sus perseguidores —insinuó la ucraniana.

—Antes de perder el conocimiento percibí como una especie de explosión —intervino Lanca—. Puede que los tacomis les obligaran a un aterrizaje forzoso.

Se escuchó el fragor de otra explosión.

—¿Oís? —dijo Olga—. Suena a nuestras espaldas. No cabe duda. ¡Nos vienen siguiendo!

Ta-Sal, el jeddad de los hombres antena, soltando un chillido seco las hizo ponerse en pie. Atravesaron el riachuelo. Muchos de los árboles eran de un tipo que jamás vieran anteriormente, pero otros tenían un aspecto familiar.

Principiaron a oírse terribles aullidos, rugidos y carreras precipitadas de animales gigantescos. Una tercera explosión más cercana les aseguró ya definitivamente que los hombres antena eran perseguidos. Lo demostró el hecho de que éstos conferenciaron unos breves segundos para después proseguir con más rapidez la huida. Un rugido próximo les hizo palidecer de terror, mas nada ocurrió.

La noche cayó casi repentinamente, pero siguieron andando alumbradas las mujeres por la antorcha que el propio Ta-Sal fabricó de unas teas, hasta que la presencia de un gigantesco animal que avanzaba estruendosamente dispuesto a embestir al grupo, les obligó a detenerse. Era un tricerátops. Poseía tres cuernos parecidos a los de los rinocerontes. Dos de ellos hacia delante, uno sobre cada ojo, de unos dos metros de largo. El tercer cuerno era mucho menor y lo tenía sobre la nariz, como si lo utilizase para arrancar raíces. Lo sorprendente del animal era una especie de capota ósea que se extendía hacia atrás desde la cabeza. Esta especie de armadura protegía el cuello y la parte delantera del cuerpo.

La armadura ostentaba unas grandes heridas causadas por un terrible tiranosaurio durante una apocalíptica lucha.

¡El dinosaurio de tres cuernos huía frenético, ahora! Pero las jóvenes no podían sospecharlo. Los hombres antena chillaron señalando con sus largos brazos hacia los árboles cercanos. Se encaramaron con suma facilidad. Tania fue la primera en ponerse a salvo, trepando por un entretejido de lianas hacia unas ramas fuera del alcance de los cuernos del animal. Olga fue apartada por Ta-Sal, que buscó la protección de un grueso tronco. Niva y Lanca vacilaron. La primera, más atrás, tuvo tiempo suficiente para seguir el camino de uno de los seres de Tarka, pero Lanca, llevándose la mano a la boca crispada en la que sostenía un pañuelito con el que se

secaba el sudor, emitió un débil gemido.

Con la velocidad de un bólido, el tricerátops se arrojó sobre ella que se encontraba en mitad de la senda que seguía en su frenética huida.

La salvación para Lanca vino en forma de un chispazo deslumbrante que dio de lleno en los ojos de la fiera. Uno de los hombres antena había disparado su fusil desde un árbol. Es dudoso que su acción fuese motivada por el peligro que corría la joven. Más bien podría decirse que fue el pánico o el nerviosismo lo que le hizo apretar el gatillo.

El tricerátops se apeó en seco emitiendo un gruñido. Lanca, saliendo de su letargo, echó a correr dejando caer el pañuelo. Un segundo después el monstruo pasó por donde había estado ella, perdiéndose en breve en la espesura.

El pañuelo quedó en medio de la senda manchado con la sangre que brotaba a borbotones de las heridas del dinosaurio.

Ta-Sal ordenó proseguir la marcha, pero poco después, comprendiendo que se exponía a un grave tropiezo en aquel mundo salvaje y prehistórico, ordenó acampar para pasar la noche.

Como le ocurriera al grupo de Yandot, la noche fue una terrible pesadilla. Cuando al amanecer se pusieron en camino, ninguna de las jóvenes había logrado pegar los ojos. Su estado general era lamentable. Aunque los hombres antena las maltrataron, golpeándolas, se impuso un descanso a orillas de un caudaloso río, descanso que fue aprovechado por los seis hombres antena para construir una balsa con la que pasaron el río una hora después.

Cuando el brontosaurio que salió del río hubo desaparecido de la vista, los hombres antena agruparon a las mujeres y se adentraron en la espesura. Una explosión no muy lejana levantó por unos minutos la moral de resistencia de las jóvenes. Los suyos las seguían cada vez de más cerca.

Reptiles voladores pasaron aleteando sobre los árboles, pero no les atacaron. Mosquitos tan grandes como libélulas se lanzaron sobre el grupo poco después. Los hombres antena no se preocuparon de ellos puesto que iban perfectamente cubiertos, pero las mujeres tuvieron que defenderse a manotazos para evitar que les picaran en el rostro. Afortunadamente, el peligro y el número de los mosquitos era pequeño y pudieron librarse de sus picaduras, que debían ser dolorosísimas.

Ta-Sal rodeó la base del volcán situado a un extremo del valle. Al cruzar una ciénaga apareció entre unos altísimos helechos otro ejemplar del monstruoso dinosaurio. La rapidez con que avanzaba sorprendió al grupo, que se dispersó al tiempo que disparaban sus armas.

Tania Gurevich presenció horrorizada cómo uno de los hombres antena era aplastado y hundido en la ciénaga. Giró sobre sus talones y echó a correr hacia la espesura saliendo de la charca.

Escuchó una explosión de un fusil atómico que los tarkas se habían abstenido de emplear hasta entonces por temor a indicar su rastro a sus perseguidores. Sobre el

ruido del disparo se escuchó un tremendo rugido y Tania Gurevich, huyendo de la ciénaga, se percató de que el monstruo le iba a la zaga. El disparo le había arrancado la mitad de su tremenda cola y, enfurecido por el dolor, aplastaba todo cuanto se ponía ante su paso.

Poseía un cuerpo de lagarto armado de grandes placas óseas. Caminaba a cuatro patas y su cabeza tenía cierto parecido con el de una tortuga, aunque medía más de un metro de largo. El armazón del cuerpo era delgado, pero muy alto. Lo más sorprendente de sus características consistía en una doble hilera de placas montadas en fila en su lomo, que parecían dos líneas de dientes de sierra monstruosas. Era un estegosaurio.

Tania no lo sabía. Es dudoso que de haberlo sabido su terror hubiese subido un grado más. Los helechos la azotaban; los espinos coníferos herían sus carnes; las lianas la sujetaban, inmovilizándola.

Tras ella avanzaba con estruendo el leviatán del mundo de los reptiles. Iba ganando terreno a cada paso, aunque al parecer no corría. Las patas del coloso se hundían en el terreno pantanoso.

Tania vio llegada su última hora. Estaba ya el animal a unos cuatro metros de ella, cuando ésta tropezó y cayó. Se hundió en una trinchera profunda, sin duda abierta por el hocico de algún dinosaurio en busca de alimento.

El reptil pasó por encima, de largo, azotando con su cola herida los árboles cercanos, muchos de los cuales eran arrancados de cuajo por los coletazos.

Tania respiró a pleno pulmón. Descansó un rato en la trinchera, sin poder pensar en la situación en que se hallaba; luego la tierra empezó a correrse y temiendo quedar enterrada viva, sacó la cabeza al aire húmedo y caliente de Venus.

En aquel momento oyó un alboroto de gruñidos feroces.

Unos dientes agudos se hundieron en su cuerpo.

CAPÍTULO V

DONDE EL TIEMPO SE DETUVO

Los fusiles eléctricos lanzaron una serie de descargas contra el furioso creodonte que atacaba a los terrestres. El monstruo se revolvió cargando en tromba. Fue entonces cuando Yandot y Kazan, los dos únicos del grupo que iban armados con fusiles atómicos, dispararon sus armas. Las balas atómicas se incrustaron en la gruesa piel del animal e hicieron explosión. Saltaron trozos de coraza y placas de distintos tamaños en el aire. Soltando un horrible estertor, el coloso se desplomó hacia un lado, tronchando un helecho y aplastando a Tom Morse. Todos oyeron el grito de terror del teniente. Aquel grito se cortó en seco al caer el creodonte.

Cuando Yandot y los terrestres se aproximaron donde había estado el teniente no pudieron hallar nada de él, puesto que el inmenso cuerpo del animal lo cubría por entero; en sus estertores agónicos el creodonte pataleaba y rugía. Por su boca entreabierta dejaba escapar chorros de espuma y columnillas de vapor.

—Pobre Morse —murmuró Wilson—. No era muy valiente, pero siempre fue un excelente camarada.

—¿No podemos hacer nada por él? —inquirió Derek sobrecogido.

—Necesitaríamos una grúa para levantar el cuerpo de este monstruo —dijo Kazan—. Además que sería una labor inútil, puesto que el aplastamiento ha debido de ser terrible.

Reinó un opresivo silencio, roto por una exclamación gutural de Yandot.

—Es preciso seguir adelante —dijo.

Silenciosamente, el grupo se puso de nuevo en marcha.

Unos y otros lamentaban el triste final de Morse, porque cualquiera de ellos podía sufrir la misma suerte en los minutos siguientes. Derek pensaba en Lanca, cuyo pañuelo tinto en sangre había encontrado momentos antes. ¿Sería de su esposa aquella sangre?

El profesor Hoppel, movido por su espíritu de científico, estudiaba las plantas. Esto le distraía de sus tenebrosos pensamientos.

—Cuanto más examino este lugar, más asombrado estoy. Observen que existen pocos árboles o plantas con hojas.

—Es como si hubiéramos vuelto a los tiempos prehistóricos de la Tierra —afirmó Kazan—. A propósito: ¿cree que vivirán seres humanos en este planeta?

—Imagino que no —afirmó Hoppel—. A menos que se hayan establecido habitantes de otros mundos, lo cual también pongo en duda.

Avanzaron siguiendo la trocha abierta por los hombres antena. Poco después llegaron a las orillas de un río caudaloso. Yandot giró la vista por el terreno. Debido a

la densidad de la luz que penetraba en las nubes que rodeaban a Venus, el volcán de la otra parte del valle no llegaba a vislumbrarse.

Unas largas columnas de vapor surgiendo de lo que sin duda eran corrientes de agua hirviente, contribuían a dificultar la visión.

El día era en realidad un crepúsculo gris, caliente, húmedo y fantasmal.

—He visto lunas más brillantes que esta luz solar —comentó Müller.

Yandot se incorporó.

—Los hombres antena construyeron una balsa para pasar el río —dijo—. Las cuatro mujeres continúan con vida He visto sus huellas en el barro de la orilla.

Derek suspiró aliviado.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Fred Wilson—. ¿Construimos también una embarcación?

—No es necesario —respondió Yandot—. Cruzaremos el río a nado o andando por el fondo. Nuestros trajes nos permiten caminar bajo el agua.

—Eso representará una hora de adelanto —dijo satisfecho el alemán.

Entraron en el río. A los pocos pasos el agua les cubría por entero. El profesor, Shandon y Yandot prefirieron andar por el fondo cenagoso, mientras los demás se mantenían entre dos aguas o nadaban por la superficie según sus fuerzas y aptitudes.

Tuvieron que emplear sus fusiles eléctricos para alejar a los habitantes del río, animales y peces de formas extraordinarias. Pasaron sin novedad. En la orilla vieron impresas las huellas de un dinosaurio. Cualquiera de ellos cabía dentro de aquellos enormes embudos. Distinguieron las pisadas de los hombres antena y las mujeres. Las siguieron. La densidad de la selva infundía pavor.

De repente oyeron una cercana explosión.

—¡Los hombres antena! —rugió Müller—. ¡Los tenemos ahí delante!

Apretaron el paso. Unos minutos después descargó un chaparrón. Al parecer, el violento aguacero caía varias veces todos los días.

—¡Qué lugar más delicioso para vivir! —murmuró el sargento Garry—. ¿Será todo el planeta igual?

El profesor negó con la cabeza.

—Me parece que no. Es posible que en otras regiones de Venus la evolución no se haya detenido como en esta parte, aunque es muy aventurado suponer tal cosa.

—Los pies se hundían en la tierra esponjosa dificultando extraordinariamente la marcha. Shandon gruñó malhumorado:

—No me extraña que todo esté podrido aquí. ¡Con esas nubes descargando continuamente chubascos!

—Las lluvias tremendas son producidas por el vapor húmedo y caliente subiendo al aire frío de la cresta de los volcanes —explicó el profesor—, donde se condensa y disuelve cayendo en forma de lluvia. Los constantes aguaceros explican también, como ha dicho Shandon, que la vegetación forme en este lugar una masa casi putrefacta.

Mirando en torno suyo, agregó:

—Esta vegetación es menos densa que la que floreció durante lo que los hombres de ciencias llaman, en la Tierra, la época carbonífera.

—¿Quiere usted decir que junglas semejantes a ésta forman los depósitos de carbón? —preguntó Kazan interviniendo en la conversación.

—Exacto. Si una avalancha de tierra cubre parte de esta jungla, o bien la cubren el agua y el barro, en el curso de unos siglos tendríamos una buena probabilidad de encontrar un depósito de carbón. La descomposición parcial, sin acceso de aire, llevaría a cabo la labor.

Tras estas palabras, el ruso y el profesor se enfrascaron en una discusión sobre el tema que apartó a los demás, deseosos de alcanzar pronto a los hombres antena y abandonar para siempre aquellas regiones.

Sin cesar de caminar tomaron unas píldoras como primera comida del día. Las escafandras tenían adaptado un aparatito original por el que introducían las píldoras comprimidas en el interior de la escafandra. Una especie de cuchara tendía el alimento hacia la boca. En este caso no tuvieron necesidad de usar este sistema. Se quitaron, simplemente, las escafandras.

Yandot, delante de todos, vigilaba por si veía alguna señal de peligro.

—Los insectos son interesantes —decía Kazan hablando con el profesor—. Al parecer existen por aquí pocas mariposas, polillas, abejas, avispa y hormigas. En cambio abundan los escarabajos, las luciérnagas y los chinches.

—Los insectos que usted ve son, en su mayor parte, del tipo menos completo —explicó el astrónomo—. No están lo bastante desarrollados para hacer capullos de seda o miel. Aparecieron primero en el curso de la evolución.

Cerca del grupo pasaron unos animales astados huyendo de algún próximo peligro. Junto a la senda percibieron un ruido de ramajes.

Yandot levantó el brazo, indicando alto. Se prepararon los fusiles. El ruido se acercaba. Era muy lento. Se apartaron unas ramas y...

—¡Tania! —gritó Kazan.

La joven dio dos pasos y se derrumbó de bruces en el suelo.

Todos los hombres se precipitaron a recogerla. Kazan, empero, fue el primero en llegar a su lado. Le alzó amorosamente la cabeza, contemplando el hermoso semblante bronceado por el Sol, pero a la sazón aparecía pálido y lleno de rasguños ensangrentados.

Dimitri destapó su cantimplora que contenía agua destilada, y vertió algunas gotas en los resecaos labios de la muchacha. Luego, sacando un pañuelo, lo mojó y limpió el rostro de barro y sangre.

—Tania —murmuraba—. Mi pequeña Tania.

Los ojos profundos de Yandot advirtieron los arañazos del cuello.

—Está herida —dijo—. Una fiera le hincó sus dientes en el hombro. Afortunadamente el traje de kass le preservó de todo daño grave. Sólo tendrá algunos

ligeros hematomas.

Con dedos hábiles corrió la cremallera que cerraba herméticamente el traje especial tacomis y dejó al descubierto el mórbido y redondeado brazo de la muchacha. El hombre rojo no se había equivocado. Unas señales moradas cubrían la parte interna del hombro.

—Debió ser algún animal de fuerte presa para hacer eso —dijo Müller—. ¿No es grave, verdad?

—No lo es —dijo Yandot examinando los arañazos del cuello. Luego echó mano del botiquín y extrajo un frasquito repleto de polvos blancos—. Esto cortará cualquier posible infección —manifestó.

La muchacha daba señales de querer recobrar el conocimiento. Kazan se quitó la escafandra, y cuando Tania abrió los ojos éstos se clavaron en el ruso. Después recorrieron los ansiosos semblantes amigos.

—Soy Dimitri —dijo el ruso blanco emocionado—. Estás a salvo, Tania.

Los terrestres esperaron una explosión de llanto, pero la muchacha no lloró. Al parecer se le habían secado las lágrimas.

—A salvo —musitó débilmente—. Gracias, Dios mío.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó impaciente Derek Bedford—. ¿Qué ha sido de mi esposa?

La muchacha miró con sus grandes ojos al capitán y no contestó. Müller repitió la pregunta del americano en ruso, único idioma que conocía Tania.

—¿Y Olga y Niva? —inquirió el alemán—. Contesta, Tania. ¿No me oyes?

—No sé... no recuerdo. Sí... Estaban bien...

—¿Estaban? —exclamó Müller alarmado—. ¿Quieres decir que les ha pasado algo?

—Yo no sé...

Con frases entrecortadas, la muchacha hizo un conciso relato de cuanto les ocurriera hasta el momento del ataque del estegosaurio.

—Caí en una zanja —explicó—. Cuando quise salir, algo me mordió en el hombro. Era un animal parecido a un perro, provisto de grandes colmillos. Sus garras se me hincaron en el cuello. Me defendí cogiendo una rama que encontré en tierra. Le golpeé en la cabeza. Debí asustarlo, pues huyó. No parecía tener instintos muy fieros.

—Sin duda sería alguna hiena —dijo Kazan— sigue.

—Hui de aquel lugar tomando la dirección que habíamos seguido. Supongo que la esposa del capitán, Olga y Niva estarán sin novedad, pero un hombre antena fue aplastado por el monstruo.

Kazan tradujo las palabras de Tania a los cuatro americanos.

—Debemos ponernos en camino —decidió Yandot ante el asentimiento de los demás.

—Yo llevaré a la muchacha —se brindó el teniente Wilson.

—No se moleste, teniente —dijo Kazan—. Yo lo haré.

Tania se incorporó. Con manos solícitas, Dimitri le colocó su escafandra.

—Puedo andar sola —dijo la joven. Pero al dar un paso estuvo a punto de caer, sosteniéndola Kazan.

—Estás débil —refutó el ruso—. Te llevaré en brazos. No tenemos tiempo para construir unas parihuelas.

—En todo caso, prefiero que me lleve el teniente americano.

Kazan palideció. No dijo nada más. El alemán tradujo el deseo de Tania y Wilson, silenciosamente, la tomó en sus fuertes brazos. El grupo se puso en movimiento, quedándose rezagado Kazan.

Preguntó el profesor a Yandot.

—¿No venía una esfera siguiéndonos por el aire?

La respuesta del hombre rojo se perdió entre el rugido de un carnívoro que cruzó la senda sin detenerse. Sin embargo, el semblante del profesor Hoppel asumió una expresión preocupada que nadie advirtió.

Llegaron a la ciénaga donde tuvo lugar el ataque del estegosaurio. Vieron sus enormes pisadas y también las huellas de los hombres antena y de las mujeres.

—Sólo observo dos clases de huellas —dijo el sargento Garry—. Las de la señora Bedford y las de Olga.

Müller miró al tacomis. Él y Kazan eran los únicos en saber, mas no con certeza, que Yandot se sentía atraído por Niva. ¿Qué habría sido de ella?

—Por aquí —dijo Yandot.

Poco después la vegetación escaseaba y aparecían grandes rocas. Ascendieron por la ladera de una loma. Augustus Hoppel se detuvo al ver una roca de extraña forma, examinándola con interés. La golpeó suavemente con el cañón de su fusil.

—Hum —murmuró pensativo.

—¿Qué encuentra de interesante en esa roca moteada? —inquirió Kazan para distraerse de sus fúnebres pensamientos. Le había causado gran dolor la actitud de Tania, pero no le guardaba rencor.

Después de todo era lógico que no quisiera saber nada de él. Mas le fastidiaba que el teniente Wilson prestase tanta atención a la muchacha. Ahora la llevaba el sargento, pero era Wilson quien no se apartaba de su lado.

—Simplemente la variedad de minerales que, al parecer, contiene —respondió el profesor de astronomía americano.

—¿No habrán extraído los hombres antena de este planeta los materiales necesarios para construir su base en la Luna? Vi allá metales parecidos a estos.

—Es una idea —asintió el profesor.

Procedían con la mayor cautela. Las extrañas rocas aparecían más abundantes, convirtiéndose en una soledad de piedra reluciente y moteada que se extendía más y más, hasta la cumbre del volcán que bordeaban.

Siguieron avanzando. Se veían por doquier señales de metales raros.

—Me gustaría pasar un mes aquí clasificando tipos de rocas —declaró Hoppel.

Yandot giró la vista por la soledad rocosa.

—Deseo echar un vistazo —dijo—. Yo abarcaré más rápido sólo. Esperadme aquí. Regresaré enseguida.

Todos los terrestres acataron aquellas palabras como si hubiese sido una orden.

El tacomis desapareció entre las rocas. Mientras andaba examinó algunas formaciones curiosas que se convertían en finas y punzantes aristas, igual que si fueran de cristal roto. Aquella región tan rica en minerales parecía extenderse varias millas cuadradas. Para alcanzar mayor extensión trepó a la cima de una masa petrificada.

El hombre rojo dio de repente un salto. Al mismo tiempo resonó una explosión y la roca en que había estado plantado voló desintegrada en millones de pedazos. Empujado por la onda expansiva cayó rodando por tierra, recibiendo un fuerte golpe en la escafandra que sólo gracias al kass de que estaba fabricada pudo resistir el impacto.

Yandot se incorporó prestamente. Le habían disparado con un fusil atómico. Su vista aguda había percibido el cañón del arma y el movimiento de los brazos que lo sostenían. El hombre antena estaba emboscado entre rocas próximas.

Reptando y procurando no hacerse visible, es decir, no exponiendo ninguna parte de su cuerpo a la detección de las antenas de su enemigo, dio la vuelta para situarse en un lugar más distante.

Otra explosión formidable se alzó del sitio que segundos antes había ocupado. Sin duda, el hombre antena quería asegurarse de que no escapaba de la emboscada.

Con lentos movimientos, deslizándose entre los peñascos, Yandot llegó hasta el refugio que le brindaba una roca, en la misma cima de la vertiente. Prestó oído atento. Al cabo de un minuto largo escuchó el rumor de unas piedrecitas al rodar por la vertiente opuesta. ¡El hombre antena se retiraba creyendo cumplida su misión!

Saltó en pie viendo a su adversario brincar con extrema agilidad sobre las rocas. El hombre antena le detectó inmediatamente y se revolvió alzando su fusil atómico, pero antes de que consumara la acción, Yandot disparó una ráfaga de proyectiles. Un globo pequeño de fuego se elevó del lugar que ocupara el ser de Tarka. Una columna de humo ascendió hacia lo alto.

Los terrestres se acercaron corriendo.

El tacomis señaló hacia la nube de humo radioactivo y dijo simplemente:

—Un hombre antena. No molestará más.

—¿Cómo adivinaste que había alguien emboscado en este lugar? —preguntó Derek.

—No lo adiviné. Lo imaginé tan solo. Conozco las costumbres y procedimientos de lucha de los hombres antena. Este es el mejor terreno para una emboscada y estaba casi seguro de que Ta-Sal habría dejado a uno de sus hombres para eliminarnos o retrasar la persecución. Como habréis visto, no me equivoqué.

—Debemos ir pisándoles los talones —manifestó el alemán.

—Así es —gruñó Yandot—. No nos llevan más de media hora de ventaja. Sigamos.

Avanzaron veloces por la pendiente y luego por un terreno llano. Las huellas de los perseguidos habían desaparecido en el terreno rocoso, mas era clara la dirección que seguían. Las huellas volvieron a aparecer una milla más allá en un terreno blando.

—Veo las huellas de Niva —declaró Garry—. Eso quiere decir que está viva.

Por la actitud de Yandot se desprendía que hacía rato lo había descubierto. Entraron en un nuevo paraje rocoso.

Llegaron a una especie de concavidad entre unos altos paredones. Yandot se detuvo contemplándolos.

—¿Ves algo extraño? —preguntó receloso el capitán.

—Veo una mina explotada —fue la respuesta—. Por este motivo los hombres antena escogieron esta dirección. No cabe duda, Tarka tiene bases en Venus. Ahí enfrente hay una mina abandonada, a pesar de no haber sido explotada completamente. Nos acercaremos a ver.

Avanzó con audacia hacia las galerías abiertas en la roca. Los hombres antena estuvieron trabajando allí durante largo tiempo. Luego, por su propia voluntad o porque algo o alguien les obligó, abandonaron aquellos lugares. Veíanse restos de herramientas y máquinas, vagonetas, raíles, restos de construcciones.

—¿Qué dirección habrán tomado ahora? —resopló, Garry—. No es fácil seguir sus huellas por este terreno rocoso.

—Si pudiéramos comunicar con las esferas exploraríamos desde el aire estos alrededores —indicó él profesor.

Los terrestres se miraron sorprendidos. A ninguno, debido tal vez a la excitación y al peligro corrido en las ciénagas, se le había ocurrido pensar en la existencia de las esferas.

—¿No venía una siguiéndonos? —preguntó Derek.

El profesor Hoppel carraspeó.

—Así era, en efecto. Pero hace varias horas que Yandot dejó de comunicar con ella. Algo debe haber sucedido.

La consternación se apoderó de los hombres.

—Si eso es cierto —restalló Jim Shandon—, estamos listos. ¿Cómo vamos a salir de este horrible planeta?

Como de costumbre, todos miraron al hombre rojo esperando que éste les diera alguna explicación, mas Yandot permanecía impassible y, al parecer, no había prestado atención a las palabras intercambiadas por los terrícolas.

—No podemos descansar en este lugar —dijo—. Seguiremos marchando.

Envueltos en un tétrico silencio, se pusieron en marcha una vez más. Tania andaba ya por su propio pie, atendida solícitamente por el teniente Wilson. Kazan se había encerrado en un hondo mutismo que nada bueno presagiaba.

Un copioso aguacero fue el preludio de una rápida caída de noche. Apenas habían alcanzado la selva próxima que se adivinaba espesa y maldita, las nieblas invadieron aquellas regiones.

Tuvieron que buscar refugio en los árboles, únicos lugares que les brindaban protección contra las terribles fieras de Venus.

La noche transcurrió sin novedad, aunque en medio de un alboroto espantoso. Volvieron a escuchar el fragor de los combates que en las sombras libraban los gigantescos animales, muchos de los cuales pasaron cerca de su refugio.

Al despuntar el día, y mientras los terrestres procedían rápidamente a ingerir alimentos, Yandot anunció:

—Os dejo un momento. No os separéis durante mi ausencia. El peligro constante de este lugar es incalculable.

—¿Dónde vas? —preguntó Müller.

Yandot, sin responder, echó a correr desapareciendo como si se lo hubiese tragado la tierra. Avanzaba con rapidez sin perder de vista ningún detalle de los alrededores. Un incidente le intrigó sobremanera. Divisó un animal negro con listas blancas y moteado, del tamaño de un león, que caminaba velozmente.

El extraordinario animal tenía una cola negra y espesa, casi cuatro veces más larga que su cuerpo. La cola se agitaba por encima de la vegetación tropical como una bandera, en señal de aviso. ¡Y señal de aviso era!

Mientras le vigilaba apareció saltando un tiranosaurio, derribando con sus patas delanteras los árboles que le estorbaban a su paso. El reptil monstruoso se detenía con frecuencia balanceándose sobre sus patas con tres dedos y volviéndose con lentitud, a estilo de un perro empinado sobre sus patas traseras. El carnívoro gigantesco no debía haber satisfecho su apetito durante la noche y seguía cazando.

Yandot se escondió tras un grupo de helechos, permaneciendo completamente inmóvil. No le interesaba hacer el menor ruido, por cuyo motivo había salido solo del campamento. No podía pues emplear su fusil atómico, única arma que lograría contener los impulsos del terrible animal. Esperó alerta. Le sorprendió ver al feroz animal, de proporciones gigantescas, huir de aquella mofeta prehistórica. Fue una lección de la eficacia de la defensa por medio del ataque con gases.

Libre ya el camino, Yandot prosiguió su exploración.

La pista del grupo tarka, apuntaba hacia el extremo opuesto de este segundo valle, que desde la cima de la colina donde había sufrido el ataque se adivinaba casi impenetrable. Era evidente que los hombres antena intentaron en varias ocasiones esconder sus huellas vadeando la orilla de algunos charcos de agua que no eran demasiado calientes, pero Yandot seguía el rastro.

Aunque los reptiles atraían su atención, no escapaban de ella los animales menores. Vio muchos semejantes a armadillos, algunos no mayores que una rata, otros de tamaño mayor.

Cuando el terreno era pendiente abundaban los castores habitantes de profundas

madrigueras.

De improviso, una nube color pizarra se cernió sobre la jungla. El movimiento de las grandes alas hacía batir la fronda de los helechos, como si los azotara un vendaval. Yandot se aplanó en el suelo. Las alas viscosas batieron sobre él, como si una mano, grande e invisible, sacudiese una lona. El hedor de la carroña fue avivado por las alas.

Pero Yandot obró con demasiada rapidez. El inmenso reptil volador pasó de largo por su propio impulso. Su pico armado de dientes hendió el espacio con ruido al chocar las mandíbulas una con otra.

Yandot levantó su pistola eléctrica y disparó sobre el pterodáctilo. Sonó un chirrido, y un chispazo azul envolvió al pájaro que cayó, en seco, con un irresistible hedor a carnes quemadas.

Yandot siguió la pista de los hombres antena con más cautela, dándose cuenta que los enemigos podían haber averiguado su posición guiándose por los graznidos del pterodáctilo y el ruido del chispazo.

Las huellas de los fugitivos torcieron, de pronto, por un claro del bosque. La distancia entre huella y huella demostraba que marchaban muy aprisa.

Súbitamente se encontró ante una escena que le hizo soltar un gruñido, una escena de matanza. Unos animales semejantes a hienas se apelotonaban alrededor de dos bultos informes tendidos en el claro. Los animales alzaron los hocicos, mostrando sus colmillos al recién llegado que venía a interrumpir su banquete; pero luego, soltando chillidos temerosos emprendieron franca huida y abandonaron el campo.

El terreno esponjoso estaba revuelto, rasgado. En medio de charcos de sangre veíanse los cuerpos semidestrozados de dos hombres antena. Junto a ellos apreciábanse las huellas de un tiranosaurio, terrible carnicero, titán de los reptiles.

Yandot examinó el suelo palmo a palmo. Las hienas prehistóricas habían borrado las huellas, más allá debía de haberlas encontrado de nuevo. Pero por más que buscó y a pesar de ser el terreno esponjoso, no halló rastro de las mujeres ni de los dos hombres antena supervivientes, si es que sobrevivían. La presencia de las huellas de tiranosaurio le indicaba, quizás demasiado claramente, lo ocurrido en el claro.

Aquello era demasiado horrible para ser concebido. Era algo macabro e inaudito, pero no por eso menos terriblemente cierto. Sin embargo, era extraño que los hombres antena se hubiesen dejado sorprender de una manera tan simple.

Rebuscó entre los árboles. Al cabo de varios minutos formóse una ligera idea de lo ocurrido. Regresó, entonces, sobre sus pasos. Le aguardaba una sorpresa al llegar al lugar en que dejó a sus amigos.

¡Habían desaparecido!

CAPÍTULO VI

LA ISLA DE YER-MUN

Yandot escrutó el terreno con la mirada. Su cobrizo y pétreo semblante no mostraba ninguna emoción. Sólo, de vez en cuando, imperceptibles gruñidos indicaban que estaba sorprendido.

Un rugido cercano distrajo un momento su atención. Levantó la cabeza; su perfil aguileño se destacó contra el fondo de las nubes; luego, Yandot se movió por los alrededores describiendo pequeños círculos. Una rama partida reclamó su atención unos segundos. Después fue alguna hierba pisoteada. Su mirada se desvió hacia la copa de los árboles. Por último, dio por terminada su exploración y soltó un gruñido. Al parecer había descubierto algo verdaderamente interesante.

De un bolsillo hermético de su traje de kass extrajo una antena de radio que instaló en uno de los árboles más altos de las cercanías. Luego manipuló en los mandos de su aparato de radio y empezó a hablar con voz gutural. Al cabo de diez minutos recogió la antena y se dirigió al claro.

Con el fusil en la mano vigilaba los movimientos de los animales carnívoros que rondaban por los alrededores. De pronto se oyó un silbido agudo, un aullido quejumbroso que puso en conmoción a todo el reino animal de la selva y una estela azulada se marcó en el espacio. Segundos después, una esfera volante detenía su carrera sobre el claro. Suavemente descendió hasta el suelo y lanzó su rampa por la que subió el hombre rojo.

Yandot, sin formular ninguna pregunta u observación, tomó el mando y elevó la aeronave, poniendo rumbo al valle defendido por los dos volcanes en actividad y donde el mundo salvaje parecía haberse desatado en todo su esplendor.

Cuando los aparatos de radar detectaron el destruido aerocohete, manejó palancas y bajó, mirando por las pantallas de televisión. Dio una vuelta lenta alrededor de la nave interplanetaria.

Los viejos tacomis miraban a su jefe intrigados, sin duda, por su comportamiento. Conocían lo suficiente al hijo del gran Jumwha para no interrumpirlo cuando llevaba a cabo una investigación de gran interés. Ignoraba las preguntas que se le dirigían entonces. Sólo hablaba cuando lo tenía a bien. Examinó varios aparatos de figuras complicadísimas.

Gruñó guturalmente y elevó la nave a velocidad vertiginosa hacia las nubes.

Los tripulantes de la esfera hablaron con Yandot cuando éste inquirió el motivo por el cual desobedecieron sus órdenes. Otro cualquiera no habría aguardado tanto tiempo para formular aquella pregunta. Pero Yandot ejercía un completo dominio sobre sus pasiones. Los decrepitos y debilitados tacomis hablaron mucho. Señalaban

con los dedos los aparatos de a bordo y una misma palabra brotaba constantemente de sus labios:

—Tarka... Tarka...

Yandot afirmó con la cabeza.

La esfera surgió de las nubes volviendo hacia la tierra exuberante y hostil. Apareció un valle grandioso rodeado de altísimas montañas, unas montañas de tal altitud que sus cumbres se perdían entre las nubes más bajas. Eran montañas grises y oscuras. Blancas en sus picachos desnudos.

Todo el valle aparecía perfectamente roturado y cultivado. Grandes autopistas, canales de conducción de agua, viaductos, campos que adoptaba todas las formas geométricas conocidas, cúpulas opacas, aisladas y de color vítreo, árboles frutales y espesas alambradas.

En el centro del valle se extendía un lago de aguas oscuras que no mediría menos de quince millas de longitud. Veíase una isla, de forma circular y color verde. Algo se destacaba sobre la isla, algo que tenía cierto brillo mate y oscuro.

Los instrumentos de control y dirección de la esfera parecieron volverse locos. Las agujas indicadoras y los osciladores eléctricos bailaban una danza desenfadada; las luces, de todos los colores imaginables, se apagaban y se encendían sin que Yandot les prestase el menor interés.

Un eco en la pantalla de radar, distinguió a los otros que batían insistentemente, un eco de coloración azul, le hizo olvidarse de la isla, del lago y de los campos cultivados en sus formas más caprichosas.

Una esfera, un bólido de fuego, brotó de las capas inferiores de la atmósfera y, dejando un rastro luminoso tras sí, voló al encuentro de la aeronave de Yandot.

El hombre rojo miró la pantalla de televisión y gruñó una orden gutural. Inmediatamente, la esfera recién aparecida tomó posición a su derecha. Juntas las dos naves, describieron varios círculos alrededor de la isla. Lo que un momento antes tenía un brillo opaco, era una gigantesca cúpula, una cúpula que ocupaba varios kilómetros de extensión. Aquella cúpula tenía cierta semejanza con el *Kipsedon*, pero su enorme extensión, el color oscuro de su envoltura y el brillo mate la diferenciaban esencialmente de la creación del jeddad Jumwha.

El viento arrastraba espesas nubes negras hacia la isla. Relámpagos cárdenos cruzaban el horizonte y rayos de fuego descendían sobre los picachos desnudos de las montañas que envolvían el valle con su muralla pétrea. Los elementos de Venus preparaban una fuerte tormenta de gran aparato eléctrico. El viento huracanado agitaba las aguas del lago, y las olas batían furiosamente contra la isla levantando cascadas de espuma blanca.

Las esferas, volando alrededor de la isla, semejabán dos aves carniceras en busca de presa codiciada. El vuelo de las aeronaves tacomis era lento y pausado, más todos los aparatos e instrumentos de a bordo funcionaban regularmente, dando y recibiendo instrucciones de sus respectivos cerebros electrónicos.

Yandot parecía estar confiado ante aquella absoluta tranquilidad. Nada en su porte señalaba o indicaba que todo él estaba en completa tensión.

De repente, varias estelas luminosas, que eran otros tantos torpedos aéreos destacándose contra el fondo oscuro de la isla, surgieron de la extraordinaria cúpula avanzando a velocidad cegadora al encuentro de las esferas.

Los cerebros electrónicos tacomis se despertaron bruscamente y, sin que Yandot ni los viejos tripulantes tocaran una sola llave o palanca, los cañones atómicos y eléctricos, los proyectores ígneos o cósmicos y los lanzarrayos paralizadores entraron en juego.

Explosiones ensordecedoras restallaron sobre la quietud del valle oculto, e inmensas corrientes de aire saturado de fuego, bolas de fuego conteniendo los productos de la desintegración atómica y espesas columnas de humo se arrastraron y describieron sinuosas espirales por encima de los picachos nevados.

* * *

Mientras Yandot se alejaba a explorar el terreno, el grupo de terrestres quedó descansando en el calvero junto a unos árboles de altura impresionante.

—¿Adónde habrá ido el hombre rojo? —preguntó Müller.

—A dar otro disgusto a los hombres antena, con toda probabilidad —respondió el sargento Garry.

La quietud del día, que había sucedido a las tribulaciones de la noche, hizo sentir sus efectos en los siete terrestres que una vez se hubo alejado Yandot se recostaron en el suelo y en breves minutos el sueño comenzó a invadirles.

Jim Shandon decidió hacer guardia en tanto dormían los demás, pero sus ojos cansados difícilmente se mantenían abiertos y, de tanto en tanto, se cerraban pesadamente.

Dimitri Kazan, se acostó al lado de sus compañeros, pero no tardó en ponerse de pie y en comenzar a pasear de un lado a otro dando muestras de gran nerviosidad. Sus ojos se dirigían constantemente hacia el lugar donde descansaba Tania Gurevich. Entonces su mirada adquiría una expresión de dulzura que contrastaba violentamente con los duros rasgos de su semblante. Shandon, viendo que Kazan estaba despejado pensó, que el ruso podía avisarle de cualquier peligro y no hizo mayores esfuerzos por vencer el sueño.

A los dos minutos sólo quedaba despierto Kazan, que continuaba paseándose lentamente por el claro. De pronto percibió como un suave zumbido. El silencio era casi absoluto. De vez en cuando un animal de la selva chillaba en la lejanía, o se oía la carrera precipitada de un monstruo aplastando todo a su paso.

Cogió su fusil y echó a andar hacia su derecha. Apenas dio dos o tres pasos, algo cayó sobre sus espaldas y lo derribó con terrible violencia. La fuerza de la caída le hizo soltar el arma. Como pudo se revolvió chillando para prevenir a sus amigos.

Pero nuevas figuras, que se escurrían de los árboles, le envolvieron por todas partes imposibilitándole de hacer el más leve movimiento. Unos alambres le rodearon los brazos y las piernas.

Cuando pudo mirar a sus aprehensores soltó una exclamación ahogada de sorpresa. Miró hacia sus compañeros. Todos estaban sujetos y desarmados. Les rodeaban unos veinte seres de gran estatura.

Kazan advirtió que sus compañeros estaban tan sorprendidos como él mismo, pero antes de que pudieran hacer ningún comentario, percibióse un zumbido y sobre las altas frondas de los helechos aparecieron dos helicópteros gigantes y silenciosos, que descendieron hasta casi tocar el suelo. Los prisioneros fueron subidos a los aparatos. Antes de que le impidieran la visión, pudo Kazan ver a sus atacantes borrando toda case de huellas por el claro.

Los helicópteros se elevaron silenciosamente en las alturas y se alejaron de aquellos parajes.

* * *

Niva abrió los ojos lentamente. En contra de lo que esperaba, se encontró bien. Nada le dolía; el cansancio había huido de sus miembros.

Como terrible pesadilla volvieron a su memoria las vejaciones que sufriera en manos de los hombres antena. Éstos y aquella tierra volcánica y prehistórica, donde la muerte acechaba a cada paso y el terror más inhumano se apoderaba de los corazones de forma violenta, juntos, eran capaces de destrozarse la resistencia de cualquier persona por muy bien que tuviese templados los nervios.

Tania. ¿Qué habría sido de ella, abandonada en una selva plagada de animales feroces y sanguinarios? Quizá fuese mejor perecer bajo el empuje de los terribles carniceros de la manigua que sufrir la crueldad de los hombres antena. Cuando la muchacha huyó hacia el bosque aprovechando la presencia del estegosaurio, que aplastó a uno de los seres de Tarka hundiéndolo en la ciénaga, Ta-Sal disparó su fusil atómico destrozando la cola del coloso que huyó despavorido, en la misma dirección, precisamente, que escogiera Tania.

Fueron inútiles las tentativas de Niva para que Ta-Sal ordenara buscar a la joven, condenada a morir en la selva sombría. Continuaron marchando por la oscura y ominosa selva. Atravesaron una región sembrada de extrañas rocas, coronaron la cima de una colina y descendieron por la vertiente opuesta salpicada de rocas negras y moteadas. Poco después, Niva percatóse de que había desaparecido uno de los hombres antena. Treinta minutos más tarde, sobre la colina que habían dejado tras de sí en la rápida caminata, retumbaron varias explosiones.

Los hombres antena silbaron y movieron los brazos hacia atrás, como si los tuvieran descoyuntados, como si el ruido de aquellas explosiones les produjera un regocijo particular.

Niva arrastraba los pies, tronchaba ramitas, dejaba señales de su paso para que Yandot no tuviera dificultades en seguir su rastro. Estaba segura de que el hombre rojo formaba parte del grupo que debía ir a su zaga. Pero las antenas sutilísimas de los tarkas advirtieron su trabajo. Ta-Sal saltó sobre ella y le descargó un golpe feroz en la cabeza. Esta vez no llegó a perder el conocimiento. Pudo seguir caminando por su propio pie. Cuando Tania huyó en la ciénaga, ella se había resistido a proseguir y el jeddad la había zurrado de lo lindo, dejándola en tal estado que el propio Ta-Sal tuvo que cargársela al hombro como un fardo hasta que recuperó las fuerzas.

Pasaron por las cercanías de una mina abandonada, y siguieron avanzando sin descanso a través de la jungla hasta que la noche se les echó encima.

Las tres mujeres se dejaron caer en el suelo, rendidas, mientras los hombres antena conferenciaban. Dos de ellos se habían quitado las escafandras.

Bruscamente éstos cayeron al suelo fulminados. Niva llegó a ver una sustancia espesa y colorada que les inundaba el repulsivo semblante. Entonces algo blando y limoso la envolvió, una materia odiosa de la que hizo desesperados esfuerzos por librarse sin conseguir nada. Niva vio que sus dos compañeras sufrían el mismo ataque que ella. Aquella materia extraña fue pegándose más y más a sus semblantes, haciéndoles arder los ojos y la garganta, debilitando al propio tiempo sus miembros.

Lanca y Olga se desplomaron inertes y Niva notó que estaba perdiendo el conocimiento. Antes de caer de bruces en la tierra esponjosa vio a Ta-Sal y a otro hombre antena balanceándose en el aire fantasmalmente.

Niva volvió a abrir los ojos. Preguntóse qué habría sucedido. Vio a sus dos compañeras que se revolvían en sus camastros agitadas como por una terrible pesadilla. Miró a su alrededor. Vio paredes desnudas, frías, sin adornos, paredes que bien podían ser rocas excavadas. Una puerta de material desconocido cerraba la habitación, alumbrada por una bombilla corriente.

Mientras contemplaba extrañada aquel foco, Lanca y Olga se incorporaron mirándose una a otra, aturdidas.

Tres minutos después la puerta giró sobre sus goznes y aparecieron dos figuras, que no resultaban repulsivas y horribles y sí, sin embargo, agradables.

De momento las jóvenes se quedaron asombradas. Luego soltaron exclamaciones ahogadas. Sus carceleros eran mujeres, mujeres de cabellos muy oscuros y semblantes cobrizos. Eran altas, pero no excesivamente, bien proporcionadas y bellas. Sí, podían ser bellas y de hecho lo eran. Pero... ¿cómo era posible aquello...?

Una de las mujeres cobrizas tendió su brazo hacia la puerta. Las tres jóvenes salieron de la celda siendo conducidas a través de un pasadizo excavado en la roca a una gran caverna de altas bóvedas y escaso mobiliario.

Aquella caverna no tenía ninguna semejanza con las de Kiyul, en la Luna. La metrópoli subterránea de los hombres antena estaba dotada de todos los adelantos técnicos y comodidades.

Esperaron pacientemente. Al cabo de un momento penetraron en la sala varios

hombres de gran altura. Vestían pantalones negros y capas verdes. Calzaban botas de cuero y llevaban la cabeza afeitada en su parte izquierda. Delante de todos iba un individuo joven, alto y delgado. Su nariz aguileña y su cabello negro, junto con la forma de caminar flexionando en demasía las rodillas y el color de su piel, hicieron exclamar a Olga y Lanca:

—¡Yandot!

Pero Niva negó con la cabeza.

—No es Yandot. Pero si un hombre de la misma raza tacomis y de considerable parecido físico.

Los tacomis rodearon una especie de tablado en el que se levantaba una silla con un alto respaldo y miraron a las terrestres, mientras el joven que había llamado la atención de aquéllas tomaba asiento en el trono, porque otra cosa no parecía. Sus rostros impasibles no reflejaban el asombro que debía causarles la contemplación de aquellas criaturas de piel blanca. Miraron especialmente los cabellos rubios de Niva.

El joven sentado en el trono y que, sin duda, era el jeddad de los otros, habló en voz gutural, mas ninguna de las terrestres comprendió sus palabras puesto que ellas desconocían la lengua tacomis.

El jeddad hablaba ahora en el lenguaje de los hombres azules, limitándose Niva a mover negativamente la cabeza sabiendo que aquel movimiento era comprendido por los seres de Tacom. Tras los sonidos silbantes de Tarka escucharon las voces arrastradas de los hombres amarillos de Tumpa. Niva negó de nuevo con la cabeza y, recordando de súbito el saludo que había visto emplear a los tacomis del *Kipsedon*, llevóse la mano derecha al pecho extendiéndola a continuación.

Si este gesto, produjo algún efecto en los tacomis, éstos se guardaron muy bien de demostrarlo.

El jeddad habló con los hombres que le rodeaban y dos de ellos abandonaron la sala para volver al poco rato conduciendo a Ta-Sal y a su compañero, los cuales fueron obligados a arrodillarse delante del joven tacomis. Las terrestres presenciaron acto seguido un interrogatorio salpicado de golpes y exclamaciones chillonas y estridentes. El compañero de Ta-Sal fue el primero en flaquear, enzarzándose a un intercambio rápido de palabras con el jeddad de los tacomis.

Por las mentes de las tres jóvenes terrestres pasaban los mismos pensamientos: ¿Qué hacían los tacomis en Venus? ¿Cómo llegaron allí? ¿Desde cuándo se hallaban asentados en el planeta misterioso?

Los hombres antena fueron sacados a rastras de la sala. El jeddad, se levantó, se acercó a las mujeres, y se inclinó levemente ante ellas... llevándose la mano al pecho en señal de amistad.

* * *

Los helicópteros volaron sobre el caudaloso río encajonado entre escarpados

murallones de roca y cuyas aguas hervían de espuma y se precipitaban una milla más abajo por una cascada de cien metros de altura. En el punto donde las aguas se desbordaban por un terreno de suave ondulación, cubierto de enormes árboles que tendían sus ramas sobre la corriente, los helicópteros disminuyeron su velocidad, y poco después penetraban bajo una techumbre verde a cuyo final se abría un túnel negro, espantosamente negro.

Sin embargo, los pilotos maniobraron con soltura y no vacilaron en lanzarse sobre la boca de la enorme caverna por donde desaparecía un ramal del río. Las tinieblas se diluyeron al ser asietadas por los haces amarillentos de potentes reflectores que guiaron a los pilotos hasta una enorme plataforma natural donde posaron suavemente, sin la menor brusquedad, sus aparatos.

Los terrestres fueron sacados de los helicópteros. Les quitaron las escafandras y las ligaduras de los brazos. Miraron a su alrededor, curiosos. Vieron muchos helicópteros sobre la plataforma y embarcaciones amarradas, por medio de cables, a pivotes levantados junto al río.

Tiraron por uno de los innumerables corredores que desembocaban en el río y, después de atravesar varios pasadizos débilmente alumbrados, fueron introducidos en una sala cuadrada bastante espaciosa y, sobre todo, muy iluminada. Tres sillones colocados a una altura superior estaban ocupados, respectivamente, por un anciano de cabellos blancos y largos, un joven, cubiertos los hombros desnudos por una capa de color verde, y un individuo de gran corpulencia con la cabeza afeitada a excepción de un grueso mechón y una capa colorada sobre sus robustos hombros.

El individuo tocado con la capa roja les miró belicosamente, mientras el más joven parecía estudiarles con atención. Los terrestres callaban rodeados de sus guardianes, esperando los acontecimientos. Ninguno se explicaba la presencia de aquellos tacomis (porque eran tacomis, de eso no había duda) en Venus. Kazan y el profesor, los únicos que habían estudiado el idioma tacomis y lo comprendían bastante bien, se hallaban ansiosos por entablar conversación con aquellos tres personajes y explicarles su amistad con los tacomis del *Kipsedon*.

—¿Alguno de vosotros entiende el lenguaje de los tacomis?

—Este hombre y yo lo hemos estudiado, jeddad —se apresuró a contestar el profesor—. Pregunta, que yo responderé la verdad.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Somos habitantes de la Tierra —contestó con aplomo Augustus Hoppel—, el planeta más cercano a Venus. Somos aliados de los tacomis que viajan en el *Kipsedon*...

—¿El *Kipsedon*? ¡Eso no es cierto! Hace dos mil años que el *Kipsedon* partió de Tacom. No se supo jamás de él.

—Pues yo, Augustus Hoppel, te aseguro que el *Kipsedon* existe y constituye la maravilla más grandiosa que jamás contemplaron mis ojos. Todos sus tripulantes son viejos casi inútiles, mas está gobernado por los siete hijos del gran Jumwha,

desgraciadamente fallecido, como su sucesor el jeddad Vertex. Hace cien años y no dos mil que salieron de Tacom, buscando un mundo que reuniera las mismas o semejantes condiciones de habitabilidad para asentar en él la civilización tacomis, en trance de desaparecer ante los ataques de los hombres antena y el súbito congelamiento de Tacom. Aterrizaron en la Tierra, donde nos hicieron prisioneros para que les ayudáramos a emprender viaje de regreso. Ahora somos sus aliados. Descubrimos una base tarka en la Luna que ha caído en nuestro poder con un considerable número de aeronaves siderales, que sólo necesitan buenos tripulantes que las conduzcan en su lucha contra Tarka. El jeddad Temoc ha decidido entablar una batalla a muerte con la flota de invasión tarka que se aproxima a esta galaxia. Tal vez en estos momentos esté atacando las bases que los hombres antena mantienen en Marte y Júpiter.

»Cuatro de nuestras mujeres fueron raptadas por un grupo de prisioneros que consiguió escapar en un aerocohete, al cual nosotros perseguimos en dos esferas volantes mandadas por Yandot, el hijo menor de Jumwha. El aerocohete se estrelló y seguimos las huellas de los hombres antena hasta que fuimos capturados por tus hombres, impidiéndonos rescatar a las mujeres. Éste es nuestro relato».

—Parece increíble —dijo el jeddad en voz profunda y evidentemente emocionado por primera vez, quizá, en su vida—, pero yo, Tug-Zi, conozco la verdad cuando brota de los labios. Has traído la esperanza a mi pueblo. Sed bienvenidos a Kalat.

El jeddad hizo una seña a sus hombres, quienes se apresuraron a librar a los terrestres de sus ligaduras.

Kazan, más observador que los otros, habiéndose enterado además de la conversación sostenida entre el profesor y Tug-Zi, se percató de que el anuncio de la existencia del *Kipsedon* había causado un profundo asombro a todos los tacomis; asombro y alegría, eso reflejaban sus cobrizos semblantes hasta entonces impasibles.

El jeddad se levantó de su sillón siendo imitado por los dos suts y, señalando hacia la puerta, invitó:

—Si tenéis la bondad de seguirme os conduciré ante una mesa repleta de exquisitos manjares.

Precedidos por el jeddad, los terrestres pasaron a una caverna artificial, de forma rectangular, en la que se hallaba dispuesta una mesa, como había dicho Tug-Zi, rebosante de sabrosos manjares. Los jefes tacomis tomaron asiento también. Los terrestres comieron con apetito, deseosos de acabar cuanto antes para formular una serie de preguntas de cuyas respuestas tantas cosas dependían.

Kazan y el profesor Hoppel habían enterado a sus compañeros de la conversación sostenida con el jeddad. Ardían en impaciencia por averiguar si los tacomis sabían algo del grupo de hombres antena que perseguían.

Pero tuvieron que esperar bastante antes de que su impaciencia se calmase. El profesor, dirigiéndose al jeddad, le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que os establecisteis en este planeta?

—Más de treinta años. Los hombres antena se lanzaron sobre Tacom y Tumpa, destruyendo las ciudades por medio de un ataque sorpresa. Nuestros dirigentes concibieron el proyecto de salvar la civilización tacomis, y mientras se combatía desesperadamente en los campos de batalla y en los espacios aéreos, numerosas astronaves cargadas con todo lo necesario para la vida y sustentación de una persona partieron de Tacom. En cada astronave viajábamos mil personas de ambos sexos. Aeronaves tarkas nos siguieron por el espacio con ánimo de acabar para siempre con los tacomis. Hubimos de separarnos ante el temor de sucumbir todos. Penetramos en este sistema solar y descendimos sobre este planeta. Tres astronaves con un total de tres mil personas. Construimos una ciudad, roturamos los campos, explotamos las minas, progresamos rápidamente con la esperanza de llegar a poseer todas las comodidades perdidas con Tacom. Establecimos contacto con otros núcleos de tacomis dispersos por el espacio. Pero un buen día, de esto hace diez años, aparecieron los hombres antena, los cuales se lanzaron sobre nuestra ciudad, destruyéndola y desembarcando fuerzas considerables que nos acosaron sin cuartel. Logramos escapar a las montañas y tuvimos la suerte de encontrar estas enormes cavernas que agrandamos con el esfuerzo conjunto de todos los supervivientes. Poco a poco hemos ido recuperándonos. A pesar de conocer todos los adelantos de la técnica, no podemos construir armas ni aparatos por falta de medios y posibilidades, ya que los hombres antena ejercen una vigilancia sumarásima sobre estas regiones. Nos vemos precisados a emplear helicópteros para trasladarnos de un punto a otro. Hemos organizado guerrillas especializadas en la lucha en la jungla, y atacamos constantemente las minas y las posesiones de Tarka en una lucha sangrienta y sin cuartel. A pesar de nuestros escasos medios, poseemos emisoras de gran alcance, telescopios, aparatos de radar y televisión y una serie de tubos lanzatorpedos atómicos, que conseguimos salvar, desmantelando un aerocohete. Hemos agotado casi completamente nuestras provisiones de proyectiles atómicos. Apenas somos dos mil tacomis, un puñado de hombres si lo comparamos con los cien mil tarkas que habitan la isla de Yer-Mun.

—¿Cien mil?

—Hay varios millones asentados en Marte y Júpiter, aguardando a la flota procedente de Tarka. Todos los tacomis hemos jurado oponernos con todas nuestras fuerzas al avance enemigo, pero sabemos que va a ser inútil, a pesar de que se volcarán para entonces centenares de aeronaves tacomis procedentes de otros mundos, donde las condiciones de vida son difícilísimas. Es una lucha por nuestra propia subsistencia. Pero todo es inútil. Seremos irremisiblemente liquidados porque los hombres antena tienen el poder, la fuerza y la superioridad del número.

—¿No tienes en cuenta la presencia del *Kipsedon* en la lid? —exclamó el profesor—. Yandot se encuentra en Venus. Vinimos en dos esferas volantes, especial creación del gran Jumwha.

—Ya lo dijiste antes —replicó Tug-Zi—. Sí, conocemos la presencia de las dos

esferas sobre el valle de la Muerte. No hemos perdido un solo instante, sus movimientos, siguiéndolas con los telescopios y las pantallas de radar. Las vimos aparecer sobre el lago de barro y acercarse al lugar donde se halla el aerocohete que derribamos nosotros con los torpedos atómicos.

—¿Así, pues, los hombres antena se vieron obligados a un aterrizaje forzoso antes de que pudieran llegar a su base?

—Cierto. Poco después llegaron las esferas, cuya extraña forma nos sorprendió. Las vimos, como decía, sobrevolar el lago de barro. Desde ese momento no perdimos de vista uno solo de los movimientos de los hombres antena y de sus perseguidores. Una de las esferas se enfrentó con dos aparatos tarkas que acudían de Yer-Mun en socorro del aerocohete derribado. La esfera destruyó las dos naves enemigas, y luego, unida a la otra, atacaron un convoy sideral, dispersándolo e infringiéndole grandes pérdidas. Empezamos a comprender que habíamos recibido una ayuda inesperada. Una de nuestras guerrillas se apoderó de vuestro equipo...

—Impidiéndonos rescatar a las mujeres en poder de los hombres antena.

Los ojos de Tug-Zi brillaron maliciosos. Estaba sonriendo en su interior.

—Los hombres antena no consiguieron llegar a Yer-Mun —dijo.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta, el jeddad dio una orden gutural y, a poco, unos guerreros entraron en la sala dando escolta a Lanca Hoppel y a las rusas Olga Fedorova y Niva.

Entre la alegría correspondiente y el asombro de los terrestres, Tug-Zi dijo:

—En ningún momento han sido consideradas prisioneras.

Derek estrechó fuertemente contra su pecho a Lanca, que lloraba de alegría. Luego, la joven abrazó a su padre.

Olga saludó con los ojos brillantes de emoción a Müller, Shandon y Garry, mientras Niva, después de saludar a Kazan y Tania, paseaba la mirada por los rostros de los allí presentes. Notóse, sin embargo, algo extraño en su comportamiento, como un paño de tristeza que trataba de ocultar, aunque era bien visible.

* * *

El relámpago iluminó todo el firmamento sobre la isla de Yer-Mun. Fue un relámpago diabólico, azulado en su centro, amarillento en su borde, con franjas anaranjadas que hizo arder las nubes momentáneamente. El trueno rodaba por el infinito y el ruido de la tormenta era ensordecedor.

Las esferas, destruidos los primeros torpedos tarkas, se arrojaron sobre la isla y su enorme cúpula opaca, contra la que eran impotentes todos los artefactos bélicos, a excepción de los rayos desintegradores.

Yandot empleaba un proyector de poca potencia, con el que abría pequeñas brechas en la gruesa cúpula de material semejante al kass, por las que se proponía introducir algunas bombas atómicas y de cobalto.

Pero, repentinamente, el cielo se pobló de naves que ascendían al encuentro de las esferas dejando tras sí fugaces rastros de fuego. Las trazadoras azules de los cohetes radiodirigidos y las ráfagas coloradas de los torpedos, guiados hasta su destino por un cerebro electrónico, confundíanse con los rastros luminosos de las aeronaves contendientes y los relámpagos amarillentos de la tormenta.

Yandot hizo subir verticalmente su aparato incrustándolo en la zona nubosa, al tiempo que ponía en funcionamiento los rayos paralizadores y los neutralizadores de las ondas del radar.

Dos minutos después, sólo dos torpedos seguían tras la estela de las esferas, pero los tacomis soltaron dos cohetes, que buscaron en el aire a los torpedos. Dos grandes explosiones indicaron segundos después el final de los proyectiles tarkas.

El aparato de radio empezó a zumbiar. Una cinta magnetofónica recogía todos los mensajes que se transmitían por aquel sistema, mensajes que un cerebro electrónico se encargaba de leer apenas acababa la radio de funcionar. En este caso recogió, el siguiente:

—*Kazan a Yandot: Sigue rayo emitido por emisora tercer cuadrante.*

El hombre rojo, sin hacer ningún comentario con sus hombres, manipuló en la radio y escuchó las pulsaciones que emitía el altavoz. Cuando aquellas pulsaciones se convirtieron en puntos, Yandot dio una orden gutural.

Las esferas siguieron la onda que mandaba la emisora de los tacomis de las cuevas. Cuando, surgiendo de las nubes, se dejaron caer sobre el río, un helicóptero les indicó el camino entre los escarpados murallones.

Unos minutos más tarde las dos esferas se posaban sobre la plataforma situada junto al río subterráneo. A través de las paredes transparentes de kass, pudo Yandot ver una gran multitud de tacomis que levantaban sus brazos aclamándoles.

Cuando descendió por la rampa, seguido de los viejos tripulantes, un griterío formidable retumbó en las cavernas.

El hombre rojo giró silenciosamente la vista en torno. La contemplación de aquellos seres de su misma raza le produjo la segunda emoción de su vida. Representaban, para él, el fracaso del viaje del *Kipsedon*, el sacrificio estéril del gran Jumwha, del jeddad Vertex y de tantos otros. Simbolizaban por otra parte, la gloria de la raza de Tacom.

Yandot avanzó al encuentro del grupo de terrestres apiñados junto a los jefes tacomis. Su mirada profunda se clavó en Niva, la primera emoción del hombre rojo, la mujer de los cabellos de oro. Niva sostuvo la mirada, y había una gran ternura en sus ojos cuando miró, a su vez, a Yandot.

El hombre rojo se estremeció ligeramente.

CAPÍTULO VII

OBJETIVO: LAS BASES DE TARKA

Reinaba una actividad febril en las cavernas de Kalat. Los hombres limpiaban sus armas o revisaban sus aparatos para que llegado el momento respondieran al esfuerzo de sus dueños. La llegada de Yandot con las dos esferas había levantado la moral de todos, haciéndoles concebir dulces esperanzas de luchar con los hombres antena en igualdad de condiciones.

Habíase celebrado una conferencia entre el jeddad Tug-Zi y Yandot, a la que habían asistido los principales jefes de Kalat y los terrestres. De aquella reunión salió el proyecto de atacar la isla de Yer-Mun.

Todos los tacomis en edad de empuñar un arma se hallaban dispuestos para la pelea. Sus lanchas de desembarco, sus vehículos y sus helicópteros habían sido repasados hasta el detalle. Yandot estableció contacto con el *Kipsedon*, y de resultas de aquella comunicación la gigantesca astronave se dirigía hacia Venus.

Desde lo alto de la tribuna, Yandot echó un vistazo a las fuerzas que iban a componer las tropas de asalto a la ciudad cúpula de Yer-Mun. Comprendió que eran guerreros avezados en el combate, dignos representantes de la raza tacomis, pero muy escasos en número para combatir sin la ayuda del *Kipsedon* y de su ejército mecánico contra el poderío de Tarka.

Seiscientos tacomis, altos y fuertes, aparecían formados disciplinadamente en la gran plataforma que daba entrada al refugio de las cavernas. Las tripulaciones de las lanchas ocupaban sus puestos mientras los helicópteros, alineados a un extremo, esperaban recibir en su seno los grupos de asalto que debían lanzarse a la conquista de la isla.

Empresa propia de colosos. Así lo veían los terrestres, especialmente Derek y Kazan, pues ¿qué representan mil hombres al lado de los cien mil que poseía Tarka en Yer-Mun, dotados de las armas más mortíferas y terribles? Sólo el *Kipsedon* podía inclinar la balanza a su favor.

Los aparatos de radar funcionaban bajo la mirada atenta de sus servidores.

Mas, como ya había hecho notar Yandot, el *Kipsedon* surgió de las nubes que rodeaban Venus, silenciosamente y sin que ningún aparato tacomis hubiese marcado su proximidad. La vista del enorme pájaro azul, moviéndose lenta y suavemente en el espacio, sobrecogió de admiración a los habitantes de las cavernas. Una aclamación unánime brotó de sus gargantas, mientras las mujeres, llevando a sus niños en brazos mostraban a éstos el fruto de todas sus esperanzas.

Pero el *Kipsedon* no venía solo. Veinticinco colosales astronaves, cincuenta bombarderos cohetes y ciento veinticinco aeronaves de forma puntiaguda, capturados

intactos todos ellos en la base de Kiyul a los hombres antena, aparecieron tras el grandioso disco volador. Aquellas aeronaves iban tripuladas por los tumpis, aliados circunstanciales de los tacomis desde que Temoc, el jeddad del *Kipsedon* les prometiera la libertad si luchaban a su lado.

Tras las naves de Tumpa surgieron tres esferas semejantes a las de Yandot y veinte destructores, aparatos de terrible eficacia en el combate aéreo. Se echaba de menos la presencia de los platillos volantes, pero sin duda Temoc había decidido reservarlos dejándolos destacados en la Luna con el resto de las fuerzas: cincuenta aerocohetes.

El *Kipsedon* se posó en un claro de la selva verde y exuberante, mientras las demás naves volaban en formaciones densas, a distintas altitudes. Inmediatamente Yandot, los terrestres, exceptuadas las mujeres que quedaron en Kalat, y los jefes tacomis de Venus se trasladaron a bordo del *Kipsedon* por los caminos que sólo los últimos conocían perfectamente.

El Gran Consejo tacomis estaba reunido en la sala de conferencias. Cartas siderales ocupaban las paredes junto a varias pantallas de televisión y algunos microteléfonos interiores. La mesa de vidrio, a cuyo alrededor se sentaban los hijos del gran Jumwha, excepto Parno, que había quedado al frente de la base de Kiyul, y los restantes miembros del consejo, tenía en su centro un plano a escala del *Kipsedon*, con las armas imperiales de la casa reinante en Tacom. La luz, fluorescente y difusa, iluminaba fantásticamente los rostros cobrizos e imperturbables de los tacomis.

El encuentro del jeddad Tug-Zi con Temoc fue sencillo y sin ninguna clase de ceremonias, pero Kazan, que empezaba a conocer la psicología de aquellos seres, comprendió que tanto el uno como el otro estaban dominados por la máxima emoción.

Tug-Zi se inclinaba reverente ante el primogénito del gran Jumwha, el héroe de Tacom, que como nuevo Ulises mitológico habíase lanzado a la conquista del espacio, de ello hacia dos mil años.

El profundo misterio de la vida sideral había hecho posible aquel milagro. Navegando a velocidades que en algunos momentos se aproximaron a la de la luz a causa de la aceleración constante, el tiempo habíase detenido casi para los tripulantes del *Kipsedon* mientras Tacom sucumbía bajo el zarpazo brutal de Tarka, y sus emigrantes fugitivos se asentaban en Venus mucho antes de que el *Kipsedon* perdido en el Universo, penetrase en el sistema planetario del que formaba parte la Tierra.

Temoc analizaba fríamente la situación. Pensaba en el sacrificio estéril de su padre, pues su empresa había sido baldía. No importaba que ahora, surgiendo de improviso, a un exiguo número de tacomis a luchar contra Tarka. El plan inicial había fallado.

Sin ceremonias, sin preliminares engorrosos y sin comentarios, una vez sentados todos alrededor de la mesa de vidrio, Temoc se levantó dando comienzo al Gran Consejo de Guerra.

—Hermanos —dijo—. Este momento histórico será recordado por nuestros descendientes hasta el fin del mundo. Cuando el gran Jumwha, creyendo en las honradas intenciones de los hombres antena, quienes concertaron con Tacom una tregua de cien años, abandonó nuestro planeta, todos sabemos con qué objeto, no pudo prever el futuro que hoy reúne aquí a los representantes de dos épocas alejadas en el tiempo para luchar contra el mismo y siempre odiado enemigo. Hemos iniciado la guerra, una guerra que siempre estuvo latente en nuestros espíritus. Primer objetivo del plan general de campaña: las bases de Tarka.

»Como terrible plaga que todo lo aniquila, así se ha extendido el poderío de Tarka. Endiabladamente inteligentes y astutos, los hombres antena no han llegado a alcanzar, sin embargo, los conocimientos creadores del gran Jumwha, el cual desarrolló durante su viaje sideral el secreto de los rayos desintegradores, arma que nos confiere una superioridad manifiesta en las batallas aéreas. No obstante, recogimos en Kiyul la prueba evidente de que los hombres antena empiezan a experimentar los primeros proyectores de tales rayos mortíferos. Si el Creador del Universo les hubiese dotado de vista, siglos haría que Tarka se habría constituido en dueña y señora de todo lo conocido.

»Poseyendo este arma destructora, no he vacilado un segundo en lanzarme a la lucha. Sólo destruyendo las bases de Tarka o apoderándonos de ellas antes de que la gran flota de invasión arribe a este sistema solar, tendremos algunas probabilidades de vencer. Sabemos por nuestras naves de exploración y por los prisioneros, que en Marte gimen millones de marcianos bajo el yugo tiránico de Tarka. Los libertaremos. Unidos los marcianos, los hombres amarillos y los tacomis dispersos éstos por los mundos de esta galaxia, a nuestras fuerzas, impediremos que los tarkas se establezcan en este sistema planetario, empujándoles hacia otros mundos donde perezcan por terrible necesidad.

»Sin pérdida de tiempo posible, atacaremos la isla de Yer-Mun, cuya existencia conozco por los mensajes transmitidos en clave por mi hermano Yandot, pues no excluimos la posibilidad de que hayan sido interceptados por los hombres antena. Éstas son mis órdenes. El plan de ataque lo expondrá Zanu».

El gigantesco sut de la guerra se levantó.

—Ante todo contamos con el elemento inapreciable de la sorpresa —empezó diciendo—. El ataque a la isla de Yer-Mun se desarrollará del siguiente modo...

* * *

Dimitri Kazan estaba celoso, rabiosamente celoso. Había ido a despedirse de Tania y la encontraba hablando y sonriendo al teniente Wilson. Por lógica asociación de ideas culpó de toda su desdicha amorosa al americano.

Apretando duramente los dientes salió a su encuentro.

—¿Puedo hablar, un momento con usted, teniente?

Wilson asintió con la cabeza.

—Usted dirá.

—He visto que está asediando continuamente a Tania. Le aconsejo que la deje en paz.

Wilson soltó un respingo de sorpresa. Luego, sus labios se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—¿Quién es usted para darme órdenes de esa naturaleza? Tania, es muy bonita y me gusta, y parece ser que tampoco le soy indiferente por completo. Si usted la pretende, luche por conseguirla noblemente.

—¡Estúpido fanfarrón! —espetó Kazan levantando el puño y descargándolo con terrible fuerza en la barbilla del sorprendido americano.

El teniente cayó hacia atrás, al tiempo que Tania soltaba un grito de espanto. Wilson intentó incorporarse, pero Kazan no le dio tiempo. La rabia, los celos y la envidia le impulsaban a aquella pelea. Se lanzó sobre su adversario haciendo describir a sus brazos una serie escalofriante de molinetes.

Otro que no fuera Wilson habría perdido el conocimiento ante el ataque violento del ruso, mas el teniente era joven y fuerte y resistió bastante bien el castigo. Mientras retrocedía se recuperaba rápidamente.

Kazan dio un grito de alegría cuando vio a su rival tambalearse de nuevo, pero su grito fue cortado en seco al recibir un golpe tremendo entre ceja y ceja que lo derribó al suelo como si fuera un buey herido.

Aturdido y sacudiendo su cabeza, se puso de rodillas, aprovechando Wilson su ventaja para asestarle un gancho de derecha en el mentón que lo proyectó a varios metros de distancia. Haciendo un gran esfuerzo, Kazan se levantó. Estaba semiinconsciente, pero atacó con los brazos abiertos descargando golpes sin ton ni son, que eran esquivados con gran facilidad por el teniente. No obstante, uno de aquellos mazazos alcanzó a Wilson en el pómulo izquierdo, replicando el teniente, con un uppercut y un puñetazo en el estómago.

Kazan parecía no sentir los golpes que recibía con terrible contundencia. Su cuerpo, curtido por el trabajo y el frío de Sibiriakof, poseía la dureza del granito. Carecía de técnica luchando, mas suplía este defecto con una gran resistencia física.

Wilson más luchador, atacó en tromba dispuesto a terminar de una vez.

—¡Alto! —rugió la voz de Yandot.

El hombre rojo ejercía un gran dominio sobre los demás. Los dos rivales quedaron inmóviles contemplando al tacomis, detrás del cual aparecía Tania. La muchacha le había avisado de lo que sucedía, con toda probabilidad.

—¡Marchad! —ordenó Yandot.

Sin pronunciar una sola palabra, los dos terrestres se alejaron hacia el río, donde se habían congregado todos los habitantes de Kalat.

La alegría que dominara a los tacomis de las cavernas al presenciar la llegada del *Kipsedon* habíase transformado en un silencio preñado de tensión y nerviosismo.

Las mujeres, los niños y los ancianos, impedidos físicamente para tomar parte en la expedición, se agrupaban en la plataforma despidiendo a los suyos, que se embarcaban en las lanchas, amarradas a la orilla o subían a los helicópteros.

Lanca, abrazada a su marido, contenía los deseos de llorar. Sólo a duras penas pudo reprimirlos.

—Volveré, cariño —decía el capitán—. He arrancado de Temoc la promesa de que seremos vueltos a la Tierra si vencemos a los hombres antena. Y entonces nunca nos separaremos.

—No te expongamos demasiado. Si te ocurriera algo, la vida no tendría, en adelante, alicientes para mí.

Derek la besó y, desprendiéndose de su cálido abrazo, saltó al automóvil que le esperaba para trasladarle al *Kipsedon*.

—Müller —llamó—. Es hora de partir.

Pero el alemán estaba muy ocupado en aquel momento. Miraba fijamente a Olga y la expresión de su semblante era más solemne que de costumbre.

—Sé perfectamente, Olga —decía—, que nada puedo ofrecerte, pues nada tengo y nada soy, sino un fugitivo sin fortuna y posición. Siempre te he querido, aunque he procurado mantenerme a distancia. Ello fue en el campo de Sibiriakof. Cuando te pusiste enferma, ¿te acuerdas? Preguntaba a Niva por tu estado de salud. En este aspecto nunca agradeceré bastante a Yandot el que te salvara de la muerte. Pero fue después, al lograr escapar, cuando empecé a creer que la vida abría nuevos y anchurosos horizontes ante mí. Esperé el momento oportuno para declarar ese amor que me abrasaba interiormente. En Kiyul te abordé disimuladamente, sorprendiéndome con tus bruscas reacciones; intenté hablarte, pero estabas nerviosa y comprendí que el tan ansiado momento no había llegado aún. Hoy, sin saber realmente si te has fijado en mi persona, si me quieres o desprecias, te digo con todo mi corazón: Te quiero, Olga. Te quiero y deseo que seas mi mujer.

Calló el alemán, escrutando las reacciones de la joven ucraniana. Resplandecían de gozo los ojos de ésta, pero Müller sólo veía chispitas de furia por haberse atrevido a dirigirle la palabra de aquel modo.

—Te esperaré —dijo iniciando un movimiento de retroceso, que Olga detuvo con un gesto.

—Escúchame, Müller. Hace tiempo que aguardaba esa declaración. Dices que no tienes posición ni fortuna, ¿acaso tengo yo? Es posible que mi amor no sea todo lo romántico que tú desees, pero yo también te quiero y procuraré ser una buena esposa para ti.

El aire de tragedia desapareció como por arte de magia del rostro cejijunto del alemán. Violentamente enlazó a la ucraniana por el talle y se inclinó sobre sus labios, besándolos. Su caricia fue devuelta con creces.

Yandot, tras haberse interpuesto entre Wilson y Kazan, presencié esta última escena. Detúvose, girando sus ojos en derredor. Vio a Niva que escuchaba a la

excitada Tania. Los cabellos dorados de la rusa reflejaban los rayos de las lámparas. Su cutis marfileño contrastaba con el bronceo de Tania y aún más con los cobrizos de las mujeres tacomis que se apretujaban en la plataforma.

El hombre rojo vaciló. Luego, emitiendo un apagado gruñido, continuó su camino. Malo era sufrir de amor. Así se lo habían dicho los viejos del *Kipsedon*. Consideraba a Niva como una criatura perfecta y sentíase ante ella empequeñecido, él, el gran Yandot, predestinado según los tacomis del *Kipsedon*, a ser un día el jeddad Supremo, el Kar de Tacom. Ante ella abatía la mirada, incapaz de leer en su cerebro, por temor a descubrir algo terrible que pudiera herirle para siempre en el corazón. Tenía miedo de hacerlo, él que había despreciado a los cobardes.

Tug-Zi le indicó el asiento conjunto. Al disponerse a subir, sintió él que le tocaban en un brazo. Volvióse lentamente. ¡Era ella!

—¿Acostumbras a despedirte así de tus buenos amigos, Yandot?

Era música para sus oídos aquella melodiosa y agradable voz. Los azules y hermosos ojos le miraban intensamente, demasiado intensamente.

—¿Para qué perder tiempo en despedidas? —dijo—. Si muero, nadie se acordará de mí. Habré pasado a engrosar el número de tacomis cuyos espíritus moran en el *Kipsedon*. Si regreso, de nuevo partiré al combate y la despedida habrá sido inútil.

—Eres cruel contigo mismo, Yandot —murmuró Niva—. Mi deseo es que retournes vencedor. Tienes amigos que te aprecian.

Niva giró sobre sus talones y se encaminó hacia el grupo que formaban Lanca, Tania y Olga. El hombre rojo columbró unos instantes su magnífica aura entre la multitud que se apiñaba en el embarcadero, y luego la perdió de vista. Los automóviles arrancaron...

* * *

Tres puntitos negros se dejaron caer de las nubes sobre la isla de Yer-Mun. Tres puntitos que se convirtieron en tres alargados y ominosos aerocohetes de Tarka que dejaban tras sí un rastro humoso y rectilíneo.

El Sol brumoso, que se divisaba raramente entre las nubes, lanzaba sus rayos verticalmente contra la maravillosa cúpula verde oscura de la isla, arrancando de ella cegadores reflejos.

El tiempo era apacible y caluroso. Las aguas del lago lamían dulcemente las orillas, y los árboles de las plantaciones apenas movían sus ramas. El silencio y la tranquilidad eran absolutos.

Los aerocohetes descendieron sobre Yer-Mun. Un agujero enorme se abrió en la formidable ciudad-cúpula, descubriendo lo que era una alargada y anchurosa pista de cemento con grandes construcciones de acero y hierro a ambos lados. Cuando los aerocohetes, disminuyendo su velocidad, se dispusieron a penetrar en la abertura de aterrizaje, de sus proas puntiagudas escapó un chorro de torpedos atómicos y de

cobalto, e inmediatamente las naves impulsadas por toda la fuerza de sus motores, ascendieron verticalmente hacia las nubes.

Las compuertas de la cúpula empezaron a cerrarse demasiado tarde para impedir la catástrofe. Los torpedos se colaron en la ciudad cúpula de Yer-Mun.

Una explosión atronó todos los ámbitos de la isla, una gigantesca explosión que estalló en fulgores aframbuesados. Una gran parte de la coraza de la cúpula de aquel sector fue arrancada de cuajo y proyectada a muchos miles de pies de altura. Un turbión de vapores, gases, humo y fuego surgió de la abertura convirtiéndose en una grandiosa nube en forma de seta, que se elevó rápida hacia las alturas entre un considerable número de estallidos y detonaciones menores que se corrían por el interior de la cúpula.

Las corrientes de aire, producidas por la espantosa onda explosiva, arrancaron de raíz todos los árboles de las cercanías y aun llevaron sus efectos hasta las plantaciones de tierra firme, arrasándolas. Los picachos nevados de las montañas desprendiéronse de su peso, y grandes deslizamientos de rocas, tierra y nieve cayeron formando aterradores aludes. El ruido era general en todo el valle. El eco, empujado de una parte a otra, era devuelto por las montañas y detenido sobre Yer-Mun, un infierno horrible.

Pasados apenas unos minutos, las nubes se abrieron, por así decirlo, brotando de su interior la flota de combate aliada. El *Kipsedon*, seguido por la cohorte de las esferas, los destructores, las astronaves, los bombarderos cohetes y los aerocohetes, lanzóse a través de las columnas de humo que todo lo invadían contra la castigada cúpula.

Llovieron bombas a centenares, bombas atómicas y de cobalto. Cayeron proyectiles de todas clases. Los proyectores desintegradores del *Kipsedon* convertían en una pesadilla de espanto las terribles escenas que los terrestres presenciaban desde la cámara de control de la astronave. Veían descender la muerte y la destrucción del cielo y miraban sobrecogidos, y en cierto modo horrorizados, la hecatombe más grandiosa jamás presenciada por ojos humanos.

Sin embargo, pese a los incendios, las explosiones y el huracán devastador que se abatía contra la isla empezaron a elevarse aparatos, una gama impresionante de aeronaves negras, al encuentro de la flota aliada. Al mismo tiempo las defensas de la isla, pasado el primer momento de sorpresa, entraron en juego.

Parecía inconcebible que así fuera, con un gran sector de la cúpula deshecha, pero en la construcción de aquella maravilla habíase previsto una contingencia de aquel género; Mediante el sencillo procedimiento de accionar varios resortes, la ciudad quedaba dividida en barrios separados por corazas de kass, que hacían de ellos baluartes casi inexpugnables sin la existencia de los rayos desintegradores, de los que se servía el *Kipsedon* para abrir brechas, a través de las cuales se precipitaban millares de proyectiles esparciendo el terror y muerte por el seno de la base tarka.

Todas las naves aliadas protegían al *Kipsedon* con su fuego, aparte de que la

astronave tenía constituido un campo magnético eficaz contra la mayor parte de los artefactos bélicos del enemigo, a no ser que estuviesen especialmente contruidos para atravesar aquellas barreras. Si esto ocurría, actuaban los cerebros electrónicos tacomis enviando cohetes al encuentro de los torpedos tarkas para hacerlos estallar a distancia.

El cielo veíase surcado en todas direcciones por las aeronaves de los dos bandos. Al principio, la superioridad numérica había estado de parte de los aliados. Ahora, se hallaba del lado de los hombres antena, a pesar de haber sufrido tremendo castigo por el ataque sorpresa de las naves de Tarka tripuladas por los tumpi quienes, según el plan propuesto por Zanu, habían emitido las señales de contraseña usadas por los tarkas que aprendieron mientras fueron esclavos en Kiyul.

Cuatrocientas aeronaves tarkas consiguieron despegar o ser lanzadas desde Yer-Mun. Sus rastros luminosos se perdían en las nubes, buscando en las alturas al grueso de la flota, aliada que despiadadamente les bombardeaba. Entretanto el *Kipsedon*, al amparo de sus naves satélites, abría sus compuertas y lanzaba los helicópteros al asalto de la parte destruida, la cual por carecer de defensas, ya que habían sido destruidas, ofrecía relativa seguridad a los frágiles aparatos del jeddad Tug-Zi.

Por las aguas aquietadas tras las impresionantes explosiones avanzaban, levantando columnas de espuma, las rápidas lanchas de desembarco. Todos los tacomis habían sido provistos de trajes especiales y escafandras contra las radiaciones atómicas.

Los terrestres presenciaron la llegada de los primeros contingentes de asalto que se filtraron por las brechas de la ciudad. Mientras proseguía el colosal machaqueo de la cúpula, reduciendo los rayos desintegradores las defensas y abatiendo los aerocohetes que se arrojaban furiosos contra el *Kipsedon*, Zanu, al frente de la escuadra aliada, dirigía el combate contra las naves adversarias que volaban sobre la atmósfera de Venus.

Bajo la protección de los destructores, el *Kipsedon*, haciéndose un todo con la cúpula de Yer-Mun, se adosó a una de sus enormes brechas y corriendo las compuertas y las rampas, inició el desembarco del ejército mecánico.

Las excavadoras, las grúas, los terribles arietes y bólidos, los taladros, los camiones orugas, los tanques esféricos, los automóviles blindados, las máquinas obreras, los cañones autopropulsados y las apisonadoras mecánicas se colocaron por la destruida pista, desparramándose en todas direcciones hacia el centro vital de la ciudad.

Yandot asumió el mando del ejército desembarcado, auxiliado por cincuenta tacomis, cada uno de los cuales iba metido, en un tanque individual desde el que daba órdenes a los grupos de robots que avanzaban al compás de sus instrucciones.

—¿Tomamos parte en el jaleo? —propuso Müller dirigiéndose a Kazan—. Sabemos manejar estos trastos, que llegado el momento pueden actuar separadamente

de nosotros.

—Soy tu hombre Müller —respondió Kazan. Al disponerse a marchar en seguimiento del alemán, se volvió hacia Wilson y dijo burlonamente—. ¿No viene usted? Me gusta observar de cerca a mis rivales.

—Me ha quitado las palabras de la boca —replicó el americano—. Estaré a su lado y veremos quién se acobarda primero.

Como movidos por un resorte, Derek, Garry y Shandon siguieron a sus tres compañeros, y un minuto más tarde, salían del *Kipsedon* tripulando cada uno un tanque blindado de kass. El *Kipsedon* se elevó a sus espaldas para proseguir su labor de achicharramiento.

Los terrestres cruzaron la pista todavía incandescente, donde el calor debía ser mortal, y se lanzaron por una de las avenidas que desembocaban en el aeródromo.

Por el radio televisor se comunicaban entre sí.

—Al frente —dijo de pronto Müller, disparando su cañón atómico.

—Magnífico —exclamó Derek viendo como toda la pared delantera de un alto edificio se derrumbaba sobre un grupo de hombres antena—. Un tacomis no hubiera podido hacer más.

Pasaban entre montones de escombros y pilas de cadáveres triturados por las terribles máquinas que les precedían o víctimas de las explosiones atómicas. Pistas colgantes se ofrecían ante sus estupefactos ojos, rascacielos de formas extraordinarias, contruidos igual que troncos de pirámide invertidos, se alineaban en una parte y otra. Edificios cuadrados, cónicos, cilíndricos, asombraban por su rara estructura.

De todas partes llegaba el fragor de la lucha. Entre los gritos de guerra de los tacomis, podía escucharse el restallar seco de las pistolas y fusiles eléctricos y las vibrantes detonaciones de las armas atómicas.

Llegaron al foco central de la lucha. Los tacomis del *Kipsedon* atacaban la coraza de kass que defendía al núcleo de la metrópoli con proyectores desintegradores, abriendo agujeros por los que se lanzaban los tacomis de Kalat ansiosos de venganza, seguidos de hombres robots y de las máquinas infernales. Los terrestres echaron pie a tierra y conectaron el dispositivo de control con los cerebros electrónicos. Los tanques estuvieron un momento inmóviles. Luego rodaron hacia donde había hombres antena, cuyas ondas captaban sus mentes pensadoras.

El núcleo era un laberinto de corredores. Yandot se destacaba entre un grupo de viejos enfundados dentro de sus trajes de kass. Los seis terrestres avanzaron por el corredor.

Vieron más cadáveres tarkas, destrozados, machacados, desmenuzados, aplastados. Los montones de muertos lo llenaban todo.

Las deflagraciones, los estampidos y las explosiones retumbaron en todas direcciones. De pronto un grupo de hombres antena apareció corriendo por una calle lateral.

—Duro, muchachos —gritó Derek disparando primero contra los tarkas.

Se abrió un hueco entre los hombres antena.

Luego se arrojaron unos sobre otros, porque la distancia que separaba a ambos era muy pequeña. Las culatas de las armas se emplearon como mazas. Afortunadamente los hombres antena no llevaban escafandras y quedaron en el suelo con las cabezas aplastadas.

Los invasores llegaron hasta una gran plaza iluminada por los rayos solares que penetraban a través de la cúpula, que si bien era opaca vista desde fuera, aparecía transparente por el interior. Por la plaza se perseguían a tiros muchos tacomis y tarkas. Algunos robots, dando fantásticos saltos, derribaban y trituraban a los enemigos, y era de ver que jamás se equivocaban en su elección.

Máquinas obreros, bólidos y robots subían por una rampa a una plazuela menor, sostenida en el aire por gruesas columnas que las excavadoras y grúas todavía no habían atacado, ensañadas en la persecución de los hombres antena y en la destrucción de sus robots. En la plaza había medio centenar de tarkas disparando contra los invasores que afluían por todas partes.

Los primeros robots y tacomis que ascendieron a la plazoleta fueron aniquilados entre grandes explosiones. Luego, tras los tanques esféricos y las máquinas obreras, llegaron los terrestres y más tacomis, que sólo tuvieron que dar cuenta de los pocos supervivientes. Como una jauría de perros rabiosos, los tacomis y sus robots se arrojaron dentro de las habitaciones de los edificios fulminando y destrozando a todos los hombres antena que había dentro.

Kazan, seguido de sus compañeros y de un puñado de guerreros de las cavernas de Kalat, se precipitó dentro de una gran sala sobre cuyo dintel un extraño aparato de tres bocas repetía insistentemente el mismo sonido. Este sonido, en el idioma tarka, significaba que aquel edificio era el Cuartel General de Yer-Mun.

Una docena de hombres antena habían dejado los instrumentos que manejaban y se disponían a salir a enfrentarse con los invasores. Las pistolas y los fusiles de ambas partes restallaron como latigazos. Se originó un minuto de confusión y, finalmente, Derek Bedford pudo mirar alrededor.

A sus pies yacía Jim Shandon, alcanzado por una bala atómica, junto a dos repugnantes seres de Tarka. Más allá había cuatro tacomis sin vida, pero todos los hombres antena yacían, negros o destrozados e inmóviles, sobre el piso de vidrio reluciente.

John Garry y Müller se aproximaron. El primero se inclinó sobre el cuerpo de su amigo.

—Quería volver a los Estados Unidos —dijo emocionado—. Ya no verá las noches de Brooklyn —luego, irguiéndose, gritó—. ¡Malditos hombres antena!

Kazan y Wilson, de pie, contemplaban silenciosos la escena. Murmuró Dimitri:

—Apenas tuve tratos con él, pero me fue siempre simpático. Lástima que esa descarga atómica no alcanzase a cierta persona menos simpática.

—Sí, es una verdadera pena —comentó Fred Wilson, con dolor e ironía—. ¡Maldita la falta que hacen en Venus los rusos, aunque éstos sean de Minsk!

Giraron los ojos en torno. Vieron aparatos cuya utilidad era difícil comprender o imaginar. Entró Yandot en la estancia.

Se puso a dar órdenes a los viejos decrepitos, mientras los jóvenes salían a la plaza para proseguir luchando allí donde hiciesen falta. Los terrestres les siguieron. Asomáronse a las cornisas de la plaza colgante, presenciando escenas que les helaron de pavor.

De vez en cuando se desplomaba un edificio bajo los efectos de los estallidos atómicos o bajo la acción de las máquinas autómatas. En ciertos lugares combatían los tanques esféricos contra los robots antena. En otros, grupos de mujeres antenas, sus pelos cortos y rojizos erizados sobre la frente, aullaban y corrían, algunas con extrañas y monstruosas criaturas en brazos delante de las máquinas obreras, que las aprisionaban con sus tentáculos de hierro, triturándolas.

Apartaron la vista con asco y entraron de nuevo en el Cuartel General. Yandot hablaba ante una diversidad de micrófonos, empleando el idioma silbante de Tarka. Al acabar de hablar se encaró con los terrestres.

—Las formaciones aéreas tarkas han sido completamente destruidas —comunicó—. Las aeronaves supervivientes huyen hacia Marte. He intimado a la rendición a los hombres antena. Les he dicho que su flota ha sido aniquilada y que la mayor parte de la metrópoli está en nuestro poder. Empiezan a rendirse ante la imposibilidad de resistir el terrible castigo aéreo y ante el terror que les inspiran las máquinas. Sobre todo grandes núcleos de mujeres escapando de la persecución incansable de las máquinas, se han refugiado en nuestras líneas. Los tarkas saben que nunca matamos a las mujeres a menos que sea inevitable. Sabiendo que están perdidos las envían a nosotros mientras ellos prosiguen combatiendo hasta la muerte. La victoria es nuestra.

La lucha prosiguió, empero, durante el resto del día y la noche entera. Al amanecer quedaban focos de resistencia en las entrañas de la metrópoli que iban siendo apagados lentamente.

Los terrestres salieron de la cúpula ciudad, en gran parte destruida, y se encaminaron hacia los embarcaderos. Estaban derrengados, pero alegres y satisfechos. Sólo el recuerdo de Jim Shandon enturbiaba algo su alegría.

Los racimos de prisioneros, en su mayor parte mujeres y niños, eran embarcados y llevados a tierra firme, lejos de las reacciones radioactivas. Los esclavos tumpis libertados aclamaban a los tacomis y hablaban con sus hermanos, los hombres amarillos de Tumpa que tripulaban las aeronaves de Tarka capturadas en Kiyul.

Podían estar todos contentos. Los terrestres también lo estaban. ¿A qué negarlo? Había sido un gran triunfo. Más de setenta mil hombres antena habían encontrado la muerte en Yer-Mun. Una nueva base había sido conquistada. Nuevos aliados se sumaban al ejército del jeddad Temoc.

Apareció Yandot, con su andar característico. Subió a la lancha donde esperaban los terrestres. Quitóse la escafandra cuando la ligera embarcación se despegó de la orilla, hendiendo las aguas hacia el *Kipsedon*, posado en el lago cual fantástica ballena. Respiró fuertemente. Aquella vez no soltó ningún gruñido. Mejor que nadie sabía que la lucha no había hecho más que comenzar. Pensaba en la flota de Tarka que se aproximaba a Júpiter. ¿Podrían oponerse a la terrible expansión de los hombres antena a quienes habían vencido dos veces seguidas en el transcurso de pocos días?

El hombre rojo no podía adivinar el futuro. La respuesta a esa pregunta estaba en el tiempo. Con la flota tarka, días difíciles y terribles se acercaban para todos los habitantes circunstanciales de Venus, y cuyos ramalazos de muerte podían alcanzar a la Tierra, perdida tras las nubes que enturbiaban todo el horizonte...

LIBRO CUARTO
EL *KIPSEDON* SUCUMBE

CAPÍTULO I

RIVALES

TJarvo elevó su profunda voz por encima del silencio reinante. TJarvo era el *manhmah* de los tacomis, el casi dos veces centenario sacerdote que embarcara en el *Kipsedon*, miembro del Gran Consejo y amigo de los fallecidos jeddads de la gigantesca astronave: Jumwha y Vertex.

Su figura, encorvada, se destacaba contra el fondo gris del enorme peñasco que en forma de pirámide se levantaba junto a la entrada de Kalat, la ciudad de las cavernas. Su piel, retorcida y arrugada, mostraba el curso ineludible de los años, pero había algo en él, algo muy especial, que erraba el calificativo de momia viviente con el que le apodaban los terrestres. Eran sus ojos, ligeramente brillantes y todavía jóvenes, profundos y serenos. Los cabellos blancos adornaban su marchito semblante como una argentada claridad celestial. Eran sus manos sarmentosas que alzaba solemnemente en el aire. Infundían un gran respeto, una admiración sin límites y la seguridad de que se estaba ante un anciano venerable y prestigioso.

Los tacomis, colocados en filas en torno a la pirámide, entonaban un cántico suave y rítmico, repitiendo ciertas palabras. Unos músicos tañían viejos instrumentos, produciendo unos sonidos agradables.

La ceremonia llegaba a su punto culminante; al momento en que conduciría a los muertos a descansar junto al gran Jumwha. Los tacomis de las cavernas que sucumbieron en el asalto a Yer-Mun habían sido enterrados, pero los tripulantes del *Kipsedon* y de sus naves satélites que hallaron la muerte en la ciudad cúpula, debían ser incinerados y sus cenizas llevadas a la cámara mortuoria de la astronave, donde reposaban los restos de todos los tripulantes que fallecieron en el viaje de exploración.

Confundidos entre los espectadores, los terrícolas presenciaban el espectáculo en respetuoso silencio. La primera parte de la ceremonia estaba ya realizada. Las piras crematorias todavía ardían, despidiendo hacia lo alto sinuosas columnas de humo.

Jóvenes musculosos y fuertes se adelantaron a recoger las urnas de vidrio. A su alrededor los cantos vibraban con un ritmo exótico.

TJarvo moduló unas cuantas palabras guturales, que salieron de sus labios en un tono profundo, pero poderoso, y los tacomis cargaron con los féretros transparentes. La multitud abrió paso hacia el *Kipsedon*, que aparecía al fondo de la enorme explanada. El Sol, que apenas conseguía atravesar las capas de nubes que rodeaban a Venus, arrancaba, no obstante, reflejos azulinos del *Gran Disco Azul*.

Kazan, el antiguo prisionero de Sibiriakof, miraba interesado todas aquellas ceremonias. Después del terrible combate contra la fortaleza de Yer-Mun, el jeddad

Temoc, de acuerdo con el Consejo, había enviado algunas aeronaves a los mundos más cercanos donde los desterrados y fugitivos tacomis llevaban una vida mísera y plagada de dificultades por no poder desenvolverse en un medio ambiente adverso. Poseían aeronaves, máquinas, instrumentos, la mayor parte de los adelantos modernos, pero los astros que ocupaban, o estaban en periodo de formación, sin agua y sin atmósfera, o el hielo cubría permanentemente su superficie, en la que no podía germinar ninguna semilla. La radio lanzaba constantemente a los cuatro vientos la noticia de la victoria aplastante conseguida sobre los hombres antena. Había sido una victoria, pensaba Kazan, y no despreciable, pero también habían tenido grandes pérdidas.

Cinco destructores y setenta y cinco aerocohetes y astronaves tarkas, tripulados por los hombres amarillos, habían sido destruidos. Una tercera parte del ejército mecánico y doscientos tacomis sucumbieron en la lucha por la ciudad.

Dimitri Kazan había pasado por muchos trances apurados, había visto la muerte de cerca y sentido su helado contacto durante su estancia en Sibiriakof. No le impresionaban las escenas de destrucción y muerte. Sin embargo, le gustaba estudiar, investigar y bucear en las costumbres tacomis. Estaba convencido de que éstos creían en un Ser Superior, infinito y poderoso, en una palabra, en Dios. No había tenido tiempo de analizar ni estudiar su doctrina; mas ésta parecía concretarse alrededor de diez mandamientos. Sus ritos religiosos eran sencillos y primitivos.

Impulsado, pues por la curiosidad, abandonó a sus compañeros y siguió la comitiva fúnebre hasta el interior del *Kipsedon*.

El aire le pareció muy cálido dentro de la astronave, y el humo de las antorchas de resina, que sostenían los que daban escolta a los portadores de las urnas le irritó la garganta. A sus oídos llegaban, exagerados, pequeños sonidos que juzgó debían ser las toses de los tacomis transmitidas por aparatos acústicos instalados en disimuladas concavidades. El pasillo era circular y de él arrancaban los distintos corredores que se perdían por el interior de la aeronave.

Una puerta arqueada daba acceso al mausoleo. Éste alcanzaba una extensión impresionante, que le recordó a Kazan la tumba de Lenin, que había visitado en Moscú, salvo en la ornamentación. Las antorchas apenas bastaban a iluminarla. No se encendieron luces eléctricas.

Kazan vio en su interior dos cosas. Era la primera un objeto muy grande, una especie de primitivo candil que tenía un asa colosal. Para alcanzarla se hubiera necesitado una docena de hombres. Una débil llamita azulada bailaba en su centro. La otra, situada detrás de la primera, era un objeto plano, oblongo, de unos cuatro pies de altura por diez de longitud.

Ambas eran de oro puro.

TJarvo se colocó junto a la pequeña ara, mientras los tacomis se desplegaba en semicírculo, depositando las urnas en unas concavidades abiertas en las paredes, en muchas de las cuales se veían tras urnas de las mismas características.

TJarvo se volvió y levantó la tapa del bloque. Todos contemplaron fijamente el dorado sepulcro.

Un olor singular, casi agradable, invadió la atmósfera. Vaga neblina comenzó a surgir del interior hueco del bloque de oro. Esta neblina era amarilla, y se espesó hasta convertirse en una nube densa. El fantástico aroma era cada vez más pronunciado. Uno a uno pasaron todos por delante de la tumba que contenía el cuerpo embalsamado del gran Jumwha. Al acercarse Kazan y mirar en el interior, no pudo contener un respingo de sorpresa.

El cuerpo aparecía intacto. Las facciones del muerto, aunque arrugadas como las de una momia, conservaban una gran semejanza con las de Yandot. El padre del hombre rojo vestía unos extraños ropajes: traje de malla negra de kass, con unas altas botas de cuero trabajado con cierta sustancia para hacerlo inalterable al tiempo. En el pecho lucía un sol amarillo y un rayo; en las manos sostenía un cetro de platino incrustado de rubíes y esmeraldas, y de los hombros le colgaba una capa escarlata.

También los cuerpos de Laya, princesa de la casa reinante de Tacom y esposa de Jumwha, y de Vertex segundo jeddad del *Kipsedon*, habían sido embalsamados. Kazan dirigióles una mirada de curiosidad y salió de la tumba y de la astronave, encaminándose hacia la pirámide donde se habían celebrado las ceremonias.

El día, como era corriente en Venus, se presentaba gris y tristón. A pesar de ello, el calor era sofocante. Sólo en las proximidades del bosque, un ligero vientecillo mecía las ramas de los árboles, en las que una variedad de pájaros exóticos y primitivos graznaba estridentemente.

Kazan vio a Niva apoyada en el tronco de un helecho, mirando con la luz de sus ojos azules hacia el *Kipsedon*. Inmediatamente, el ruso pensó en Tania Gurevich.

Era curioso que hasta aquel momento no hubiese reparado en lo triste que estaba la muchacha, a pesar de no haberla visto nunca sonreír. Triste, hermosa y buena. Así era Tania. Cualquier hombre sentiría el deseo de protegerla y de hacer todo lo posible para que sonriese y se sintiera feliz. Y no había nada en el mundo que tanto deseara Kazan como hacerla feliz. Para él, hombre acostumbrado a una vida activa, llena de emociones y de luchas, la acción era la consecuencia del pensamiento. Consideraba su vida muy fría y poco interesante.

Se acercó al lugar donde se encontraba Niva.

—¿Has visto a Tania? —le preguntó.

La viuda levantó sus ojos azules, fijándolos un momento en Dimitri. Luego indicó con la cabeza en dirección al río.

—Creo que se ha dirigido hacia allá —contestó.

Dando las gracias, el ruso se encaminó presuroso hacia las márgenes del río, que un centenar de millas más abajo desembocaba en el lago de Yer-Mun. Avanzó apartando las lianas que le estorbaban el paso.

De pronto percibió una risa femenina, cristalina y alegre. Se detuvo asombrado. Aquella risa, tan dichosa, no le parecía propia de Tania, como tampoco de ninguna de

las muchachas tacomis, pues éstas no acostumbraban a reír casi nunca. ¿Sería, tal vez, Olga o Lanca Hoppel?

Apartó unos matorrales y pudo ver a Tania y a Fred Wilson. Ambos permanecían sentados en una roca, junto al río, y hablaban tranquilamente; es decir, el teniente se esforzaba en hacerse comprender de la muchacha por medio de signos y gesticulaciones de gran comicidad, lo que probablemente había logrado arrancar aquella risa que oyera él.

Kazan sintió que una garra fría le estrujaba el corazón y esperó, conteniendo incluso el aliento.

—Me rindo, Tania —decía el americano—. No consigo que comprendas una sola palabra de lo que te estoy diciendo. ¿Cómo podría decirte que me gustas extraordinariamente? Posees un encanto arrebatador, capaz de hacer enloquecer a los hombres más cuerdos. Y esa sonrisa, no sé si burlona, en tus labios de rosa, me trastorna. Quisiera besarlos, pero... ¡demonios! ¡Cualquiera se atreve a hacerlo!

La expresión desconcertada de Wilson debió producir un gran regocijo a la muchacha, que volvió a estallar en otra risa diáfana y musical, que alegró el corazón del teniente tanto como destrozó el de Kazan.

Hubo una larga pausa. El Sol iba muriendo y el bosque se poblaba de sombras. La luz grisácea teñía las ramas y las hojas de los árboles.

Tania sonrió.

—Esto es hermoso. Venus tiene una belleza salvaje y embriagadora. ¡Cuánto me gustaría vivir en estas regiones!

Wilson la miró sorprendido. No entendió estas palabras, pronunciadas en tono acariciador y lleno de cadencia. Cogió a la muchacha por los hombros y la aproximó, intentando besarla; pero Tania, riendo, con una risa enloquecedora, lo rechazó suavemente y, poniéndose en pie, salió corriendo por la orilla del río.

El teniente, maldiciéndose por su estupidez, la siguió, llamándola por su nombre.

Kazan apretó los puños hasta hacerse daño. Sentía como si un monstruo de ojos verdes hubiera clavado en su mente y escarbara en su corazón con sus afiladas garras. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener los feroces deseos de saltar sobre el americano y destrozarle por haberse atrevido a poner sus manos encima de Tania, pero comprendió que sería perjudicial. Pensaba que había causado ya demasiado daño a la muchacha. Parecía que ésta aceptase con buenos ojos al aviador. No tenía derecho a meterse en su vida privada. Sorprendióse pensando de esta manera. Tiempo atrás, hubiera luchado hasta la muerte por conseguir a Tania. Ahora había cambiado de intenciones; mas a pesar de todo, sentía un odio feroz contra Wilson, que había aparecido para enturbiar sus relaciones con la joven.

Se alejó de allí desesperado. Por un instante deseó ser una de aquellas máquinas tacomis que no cambiaban por nada.

Potentes focos alumbraban la enorme caverna que servía de salón comedor. Alrededor de una mesa de madera se sentaban los principales jefes tacomis y los

terrestres. Los manjares no consistían en píldoras y comprimidos, sino en carne de diferentes animales perfectamente sazónada, pan de cereal y frutos exquisitos rociados con abundancia y variedad de bebidas, algunas de ellas alcohólicas.

Las terrícolas se desquitaban de los días pasados sin probar alimentos de aquella naturaleza. Kazan sentado junto a Yandot, apenas probaba bocado. Miraba con disimulo a su alrededor observando los rostros de todos los comensales, particularmente los de Tania y Fred Wilson. Éste obsequiaba a la joven con los pedazos de carne más suculentos y los frutos más deliciosos, que Tania agradecía con suaves sonrisas. Olga y Müller hablaban animadamente, sonrientes y felices, y casi otro tanto podía decirse de Lanca y Derek Bedford. El profesor Hoppel trataba con los tacomis, mientras el sargento Garry, tragando por dos hombres juntos, se entretenía tomando parte en el asedio de Tania.

Estaban presentes casi todos los hermanos de Yandot: Temoc, el jeddad del *Kipsedon*; Zanu, el sut de la guerra; Rumbal, sut de las máquinas; Kanak, sut de la artillería. Faltaban Utor, que estaba al frente de la recién conquistada base de Yer-Mun y Parno, nombrado jeddad de Kiyul la base tarka de la Luna. Veíase a Tug-Zi, el jeddad de Kalat y a sus principales suts escuchar atentamente las palabras de Temoc. Tres oficiales tumpis sentábanse asimismo a la mesa.

La mirada de Kazan cruzóse varias veces con la de Tania, y cuando esto ocurría, la joven bajaba la vista azorada, y sirviéndose de Olga y Müller, que hablaban inglés, procuraba entenderse con los dos aviadores norteamericanos.

Kazan; rabioso, apartó su atención de ella, prestando oído atento a lo que los jeddads y suts tacomis trataban.

—En cuanto recibamos refuerzos nos lanzaremos al asalto de Marte —decía Temoc—. Por los prisioneros capturados al enemigo y las cintas fonográficas halladas en Yer-Mun sabemos que trescientos millones de marcianos, de los mil que primitivamente poblaban el planeta, gimen esclavos de Tarka. Los hombres antena han procurado reducir y debilitar la raza marciana como antes hicieron con la tumpis y la tacomis. Los marcianos no dudarán en aliarse con nuestras fuerzas tan pronto como les hagamos saber nuestra existencia y nuestras victorias. En Marte mantienen los hombres antena diez bases aproximadamente con los siguientes efectivos: un millón de tarkas con doscientos mil combatientes y diez mil aeronaves. Han construido toda clase de fábricas, fundiciones, centrales atómicas y termonucleares y presas para conducir el agua hasta las regiones estériles, terminando la obra iniciada por los marcianos. Éstos viven, por regla general, en ciudades descubiertas e indefensas, mientras los tarka habitan en palacios o en ciudades cúpula.

—Tendremos que luchar desesperadamente —indicó Tug-Zi—. La superioridad tarka, es manifiesta. Me sorprende que no hayan tomado represalias contra nosotros. Deben saber perfectamente que han perdido sus bases de Yer-Mun y Kiyul.

—Es seguro —dijo Temoc— que nuestra súbita aparición en este sistema planetario les ha sorprendido. Igual que conocen las pérdidas de sus bases conocen la

existencia del *Kipsedon* y de su terrible armamento. Temen lanzarse a un combate decisivo antes de la llegada de la flota de Tarka. Por consiguiente, nos aprovecharemos de su pasividad para descargar nuestros golpes.

—Déjame unas cuantas naves y aplastaré a los hombres antena de Marte —exclamó impetuoso Zanu.

—En breve partirás hacia Marte —contestóle su hermano—. Puede que partamos juntos. Tu misión será poner en antecedentes a los marcianos de nuestros proyectos. Cuando lo juzgue oportuno caeremos sobre las bases de Tarka. No debemos olvidar que en Júpiter hay unos quinientos mil hombres antena con cinco mil aeronaves siderales capaces de destrozarnos ahora exiguas fuerzas.

—Los tarkas han pecado de confiados —intervino Yandot por primera vez—. Seguros de que nada se podía oponer a su expansión, han descuidado la constitución de sus tropas terrestres, que en definitiva son las que ocupan el terreno. Nos hemos visto agradablemente sorprendidos por la ausencia casi total de elementos bélicos, de autómatas, tanques y artillería en las bases de Yer-Mun y Kiyul. Ignoramos las que puedan mantener en Júpiter, pero ¿cuántos millares de robots y máquinas de combate poseen en Marte? Según los datos e informes obtenidos, por cada diez habitantes tarkas hay una máquina o un robot, cosa incomprensible tratándose de los hombres antena, tan amantes de la comodidad. A pesar de todo, su ejército mecánico es, pues, extremadamente considerable. Propongo dedicar nuestros esfuerzos inmediatos a reforzar, con las industrias en nuestro poder, el ejército autómatas propio hasta convertirlo en lo suficientemente numeroso y potente para combatir con ciertas garantías de éxito contra el adversario. Después de las bajas sufridas en los asaltos a Yer-Mun, apenas contamos con quinientos robots y doscientas máquinas.

—Multiplicaremos ese número por diez en cuestión de una semana —replicó el jeddad—. Y antes que finalice el mes contaremos con diez mil robots, y transformando los cerebros electrónicos de los robots antena averiados, poseeremos una fuerza de quince mil robots y seis mil máquinas, que desembarcada en Marte llevará en jaque al ejército tarka durante el tiempo necesario para construir más artefactos y más aeronaves. Y para entonces es muy posible que empiecen a llegar los primeros tacomis desterrados.

El aullido quejumbroso de alarma retumbó en la enorme sala, paralizando todas las conversaciones y haciendo alzar los ojos expectantes. Un guerrero penetró corriendo en la estancia, deteniéndose ante el jeddad Tug-Zi.

—Los dos hombres antena que manteníamos prisioneros en la caverna de la cascada han conseguido escapar —comunicó.

—¿Cómo ha sido posible? —prorrumpió el jeddad—. ¿No había un centinela delante de su celda?

—Sí, jeddad. Ha sido asesinado. Los prisioneros han huido hacia la Gran Caverna.

—No llegarán muy lejos. Tampoco es necesario que los traigáis vivos.

El guerrero saludó y se retiró.

La fiesta continuó, pero Kazan arrugó el entrecejo, pensativo. Aquellos dos fugitivos eran Ta-Sal, el jeddad de Kiyul, y uno de sus oficiales, que lograron huir también de la base lunar en un aerocohete, llevándose consigo a las cuatro jóvenes terrestres. Por segunda vez repetían la hazaña de escapar de una celda vigilada y cerrada por puerta acorazada. Volvióse hacia Yandot.

—¿Cómo te explicas la fuga de Ta-Sal y el otro hombre antena? —inquirió.

Yandot hizo un gesto vago con la mano.

—Ta-Sal es un ser muy inteligente. Tal vez emplease una célula fotoeléctrica o crease una fuerza magnética que hiciera correr los cerrojos.

—¿Crear una fuerza magnética sin tener los medios necesarios para ello? —murmuró el ruso atusándose las guías de su encrespado bigote. Esperaba la respuesta de Yandot, pero al dirigir a mirada hacia el asiento que ocupaba Tania lo vio abandonado. Tampoco Fred Wilson estaba en la sala.

Se levantó de un salto. La pareja sólo podía haber salido por una de las puertas del fondo. Se encaminó casi corriendo en aquella dirección, dejando al hombre rojo con la palabra en la boca.

Al pasar el umbral se vio en un corredor espacioso que desembocaba en una terraza artificial construida por los tacomis en el interior de las cavernas y que formaba un balcón, un mirador sobre el río subterráneo cuyo rumor llenaba el fondo. Unos focos iluminaban parcialmente la gran contextura de la caverna. Véíase reverberar el agua de la cascada, que caía entre hermosas y gigantescas estalactitas.

Apoyados en la balaustrada estaban Tania y el teniente. A diez pasos de distancia se detuvo Kazan indeciso. ¿Interrumpiría la escena de amor, preparada sin duda por el aviador? ¿Se retiraba dejando que Tania Gurevich cayera definitivamente en brazos de su rival? Al pensar en esto, algo en su interior se sublevó haciéndole hervir la sangre. Empezó a moverse, al tiempo que dejaba escapar un respingo de sorpresa.

Por encima del reborde de la enorme caverna divisó dos piernas fuertes y grotescas balanceándose en el vacío. El dueño de aquellas piernas intentaba saltar en la terraza. Sólo el hecho de intentar tamaña proeza decía bien a las claras el absoluto dominio de nervios que debía poseer dicho individuo.

Pero Kazan sabía que se trataba de Ta-Sal o del otro hombre antena. La forma y constitución de las piernas lo denotaban así. Los hombres antena estaban bien constituidos físicamente y desconocían el vértigo. Sus antenas les prestaban una utilidad equiparable a la de los ojos.

Las piernas se balancearon tomando impulso, y el cuerpo achaparrado, recio y cuadrado, del que sobresalía una cabeza aplanada provista de cuatro tentáculos, dos en el sitio donde correspondían los ojos y las otras dos arrancando de los oídos, atravesó el espacio en el vacío y aterrizó limpiamente en la terraza.

Tania y Wilson volviéronse sobresaltados al oír el ruido. La joven soltó una exclamación de terror, mientras Wilson se colocaba delante de ella para protegerla

con su cuerpo.

Las antenas del tarka vibraron locamente, produciendo un chirrido que hería los tímpanos. En sus manos, cuyos dedos terminaban en pequeñas ventosas, sostenía una jabalina corta, con la que cargó contra el teniente.

Éste vio venir hacia él a muerte en forma de repugnante ser; mas un bólido humano, lanzado con terrible ímpetu, empujó al hombre antena hacia un lado desviando la punta de la jabalina y arrojándolo sobre la balaustrada.

Aprovechando su ventaja, Kazan descargó dos fuertes golpes sobre el rostro del tarka, mientras otro individuo, tan horripilante como el anterior, Ta-Sal, aterrizaba en la galería con menos fortuna que su compañero, puesto que cayó de rodillas, lo que aprovechó Wilson para salir de su inmovilidad y abalanzarse sobre el jeddad de Kiyul, arrebatándole la pistola eléctrica que empuñaba éste.

Kazan fue proyectado hacia atrás por las piernas de su enemigo. Consiguió, empero, mantener el equilibrio. Luego, rehaciéndose, se lanzó hacia adelante. El hombre antena recibió todo el peso del terrícola en el amplio tórax. Retrocedió, chocando violentamente contra el parapeto. Sus manos cayeron sobre el cuello de Kazan, que se inclinó doblando las rodillas. El ruso no desperdició su ocasión. Asíó fuertemente por los tobillos a su adversario, apoyado por la cintura en el parapeto, irguióse con rapidez, alzándolo en vilo, y lo arrojó de cabeza a las profundidades de la magna caverna.

Oyóse un prolongado silbido y tres segundos después el choque apagado de un cuerpo sobre las rocas y aristas del fondo.

Fred Wilson debatíase débilmente entre los poderosos brazos de Ta-Sal, que lo tenía sujeto por la garganta. Las ventosas de sus dedos le oprimían de forma espantosa. Su rostro estaba congestionado y adquiría un ligero tono amoratado. Pronto dejaría de forcejear.

Dimitri, jadeante por el esfuerzo realizado, recogió del suelo la jabalina del hombre que había lanzado al abismo y, apartando de su camino a Tania, horrorizada por lo que veíase obligada a presenciar, atacó a Ta-Sal.

Las antenas del jeddad le detectaron al instante, pero demasiado tarde para evitar su acometida. La acerada punta de la lanza penetró en el costado del tarka. Los dedos ventosa aflojaron la presión sobre el cuello del aviador, que se hizo hacia atrás, tambaleándose y tosiendo roncamente, las manos sobre la castigada garganta.

Ta-Sal se bamboleó unos instantes. Luego se desplomó en la terraza y, al rodar sobre sí mismo, se clavó más profundamente la jabalina, cuya punta asomóle por el otro lado del cuerpo. Soltando un estertor y un silbido de agonía, Ta-Sal se revolvió un momento y por fin quedó inmóvil, mientras la sangre empezaba a encharcar el suelo.

Un par de puntapiés dieron a Kazan la seguridad de que estaba muerto. Miró a Tania. La muchacha permanecía con los ojos sumamente abiertos mirando el cadáver del hombre antena. Unos hipidos convulsivos estremecían su turgente busto. Estaba

al borde del desmayo o del histerismo.

Kazan la agarró por un brazo, sacudiéndola violentamente; mas en vista de que no reaccionaba y seguía con los ojos clavados en la figura inmóvil le dio un par de bofetones en las mejillas.

—Vamos. Despierta ya, Tania. Éste no te molestará ya más.

La joven miró con estupor a su alrededor y, después, soltando una exclamación ahogada, prorrumpió en sollozos ocultando su semblante nacarino en el pecho del ruso.

Kazan, rodeándole protectoramente los hombros con su brazo, la sacó de la terraza, en tanto que el americano se frotaba el cuello en donde las ventosas de Ta-Sal habían dejado varias señales sanguinolentas. Alcanzó a Dimitri, diciendo:

—Te debo la vida. Gracias.

El otro no se tomó siquiera la molestia de responder.

El rumor de la cascada y del río seguía resonando lúgubrementemente en los ámbitos de la colosal caverna.

CAPÍTULO II

EL PLANETA DE LA GUERRA

Transcurrieron diez días antes de que las aeronaves siderales de Tarka hicieran acto de presencia en las inmediaciones de Venus. La razón de esta tardanza era bien sencilla. Los hombres antena que escaparon de la destrucción de Yer-Mun, habían detallado sucintamente las formidables defensas del *Kipsedon*. No se lanzaron pues, al ataque hasta tener reunida a la mayor parte de su poderosa Escuadra Sideral que mantenían en el sistema planetario solar. Sólo cuando el número les ofreció razonables garantías de éxito se decidieron a acometer. Y entonces, ciertamente, lo hicieron poseídos de una furia diabólica.

La alarma había sido dada en Venus por los aerocohetes tacomis que patrullaban en el espacio comprendido entre Marte y Venus. Con las naves capturadas en Yer-Mun, la primitiva potencia de la flota aliada se había restablecido. Agrupadas alrededor del *Kipsedon* podían verse cinco esferas volantes, de veinte metros de diámetro y armadas poderosamente con proyectores de rayos paralizadores, cósmicos, eléctricos y desintegradores, que Kanak habían instalado a bordo durante las últimas semanas para ayudar de la mejor manera posible al *Kipsedon*, amén de una cantidad no despreciable de cañones atómicos. Asimismo, navegan en primer escalón los destructores, dotados de tubos lanzatorpedos y cohetes robots, veinte astronaves, cuarenta bombarderos cohetes, considerados como cruceros de combate, y doscientos aerocohetes de procedencia tarka, tripulados por tacomis y tumpis deseosos de vengarse de sus anteriores dueños.

La batalla se adivinaba espantosamente desesperada, 281 astronaves constituían una agrupación mísera comparada con las 6.000 que se acercaban a Venus. La superioridad tarka era aplastante. Sólo las armas del *Kipsedon* y de las esferas volantes podían contrarrestarla, siempre que se contuvieran los proyectiles enemigos fuera de las corazas de las aeronaves aliadas.

En la cámara de control de la gigantesca aeronave se encontraba el Consejo tacomis que auxiliaba a Zanu en la dirección de la batalla. Por medio de las pantallas de televisión y de los telescopios electrónicos podían distinguirse las formaciones enemigas situadas todavía a más de un millón de kilómetros de distancia.

Zanu, dirigiéndose a los miembros del Consejo y a los cuatro terrestres que le escuchaban, anunció:

—Los tarkas han comprendido la necesidad de deshacerse de nosotros. Nuestra aeronave constituye una seria amenaza para sus planetas y ellos lo saben, se disponen ahora a atacarnos en masa para barrer a nuestra flota y tratar de destruir al *Kipsedon*.

—¿Crees que podremos rechazarles? —interrogó uno de los consejeros mirando lleno de inquietud hacia las pantallas.

—En ello confío —repuso el sut de la guerra—. Los hombres antena no pueden imaginar de dónde ha salido el *Kipsedon*, y mucho menos que hayamos agrupado a nuestro alrededor un número no despreciable de aeronaves de combate. Por eso he considerado necesario arriesgar en una batalla todo el éxito de nuestra empresa. No nos queda otro remedio que vencer... o morir matando.

Kazan y Müller se miraron en silencio. Wilson y el sargento Garry se movieron nerviosos.

—Los hombres antena acaban de lanzar sus torpedos robots —dijo la voz de Yandot.

—Transmite la orden de fuego a todas las tripulaciones —gruñó Zanu.

En un instante, después de gritar la orden ante un micrófono, millares de cohetes robots salieron al encuentro de los torpedos enemigos, mientras una oleada de torpedos partía detrás, dirigidos contra las naves adversarias. Los tacomis confiaban en la perfección de los cerebros electrónicos de sus torpedos que evitaban la lucha con los proyectiles enemigos y se lanzaban directamente sobre las aeronaves.

Ambas escuadras se aproximaron una a otra llevando por delante una barrera de torpedos y cohetes robots. Estos artefactos se encontraron aproximadamente a igual distancia entre las dos flotas y entablaron combate por su cuenta.

Los suts tacomis siguieron con tensión este combate, advirtiendo minutos después que los torpedos lanzados por el *Kipsedon* y los destructores, que eran los únicos dotados de los nuevos cerebros electrónicos, atravesaban la barrera y se lanzaban contra el grueso de la escuadra tarka. El espacio fue surcado por sus rastros de fuego, y segundos más tarde, grandes llamaradas indicaron en la lejanía o en las pantallas de televisión que los torpedos habían hecho blanco en los aerocohetes adversarios.

Los suts tacomis continuaron impasibles, pero los terrestres no pudieron contener sus gritos de triunfo.

Mas con esto no estaba ganado el combate, como pronto advirtieron. Las naves de uno y otro bando ponían constantemente en el espacio torpedos y más torpedos y cohetes robots, pero los que conseguían poner en línea la flota tarka superaban en número a los de los aliados, y pronto los primeros torpedos empezaron a llegar a las naves que comandaba Zanu. Los cerebros electrónicos detectaron oportunamente el peligro y dispararon los proyectores y los cañones atómicos, al tiempo que el *Kipsedon* creaba el correspondiente campo magnético a su alrededor, donde fueron a estrellarse grandes cantidades de torpedos enemigos.

Los torpedos tacomis continuaban atravesando la barrera donde los cohetes se daban caza como abejorros furiosos e implacables, pero los hombres antena, apercebidos, los derribaban en su mayor parte.

Tras veinte minutos de combate, los tarkas habían perdido cerca de cuatrocientos aparatos, en tanto que la flota tacomis se mantenía incólume. Mas, como era de

esperar, los aliados agotaron su provisión de torpedos, excepto el *Kipsedon*, que tenía grandes reservas, y entonces los artefactos enemigos se abatieron sobre ellos como copioso chaparrón.

Los hombres antena, percatándose del silencio enemigo, arreciaron al máximo su endiablado fuego. Las naves aliadas se defendieron desesperadamente con todas sus armas de a bordo.

A través de la cúpula transparente de *kass* presencióse la destrucción de los primeros aparatos aliados. Seis aerocohetes estallaron en fulgores anaranjados y carmesíes; dos astronaves se desintegraron en cien mil pedazos, describiendo sus fragmentos rutilantes parábolas en el cielo. Un destructor y cuatro bombarderos cohetes desaparecieron en medio de gigantescas explosiones silenciosas, pero no por eso menos espantosas y terribles.

—¡Avante a toda máquina! —rugió Zanu ante los micrófonos—. Es preciso entablar el cuerpo a cuerpo antes de que nos aniquilen con sus torpedos.

Por fortuna, a distancia entre las dos flotas había quedado reducida al mínimo, al tiempo que el número de torpedos y cohetes disminuía en intensidad.

El espacio cósmico quedó ahora atravesado con las ráfagas azules y moradas de los aparatos, los rastros verdeazulados de los rayos eléctricos y las estelas luminosas de los rayos cósmicos. Funcionaron los proyectores de rayos desintegradores y paralizadores.

En un santiamén, diez aeronaves *tarkas* sufrieron el choque de los rayos desintegradores y faltas de alguna parte esencial de su estructura se perdieron, siguiendo el impulso de inercia, en el profundo y negro espacio interastral. Los proyectores del *Kipsedon* abrieron una brecha espantosa entre las espesas formaciones *tarkas*, y a través de aquellos huecos cruzó la escuadra aliada siguiendo la ruta de Marte, mientras la de los hombres antena describía un anchuroso círculo para volver a la carga. Nuevamente los torpedos cruzaron el abismo sideral hacia las naves del *jeddad Temoc*, que se alejaban vertiginosamente.

La distancia entre las dos flotas aumentó a razón de 30 kilómetros por segundo; cuando ambas torcieron sus respectivos rumbos y se dirigieron una contra otra a la máxima potencia de sus motores atómicos, la distancia no era inferior a los cien mil kilómetros. Más torpedos en dirección a las naves que conducía en la batalla Zanu, torpedos que fueron destruidos en su mayor parte, pero que, no obstante, lograron abatir una docena de astronaves. Durante veinte minutos, mientras se aproximaban los dos potentes adversarios, el aluvión de torpedos siguió llegando, hasta que bruscamente cesó. Los *tarkas* habían agotado sus reservas. Entonces Zanu bramó una orden ante los micrófonos.

Las naves *tumpis* y *tacomis* disminuyeron su velocidad de impulsión, poniendo en funcionamiento los motores que la contrarrestaban, de modo que sin llegar a detenerse, el avance del *Kipsedon* y de todas sus naves satélites llegó a ser casi nulo. La flota *tarka* llegó lanzada a más de treinta mil kilómetros por hora, cayendo de

lleno en el campo de acción de todos los proyectores y cañones defensivos aliados.

Por un segundo reinó una indescriptible confusión. Cuando las aeronaves tarkas se hundieron hacía la órbita de Marte, el espacio quedó cubierto de cometas fulmígenos que eran otros tantos aparatos aniquilados.

—Hemos destruido trescientos aerocohetes en esta pasada —exclamó Yandot, sentado ante un maremágunum abrumador de indicadores.

Zanu siguió por los telescopios la trayectoria de la escuadra enemiga. Todos aguardaron ansiosos sus palabras. Al fin, el gigantesco sut de la guerra levantó su mirada de águila y dijo en voz gutural:

—Los hombres antena se retiran a sus bases.

Aunque no había habido vencedores ni vencidos, los tacomis habían quedado dueños del espacio e impedido que sus enemigos atacasen Venus y la Luna. El balance de la batalla hablaba de por sí: los tarkas habían perdido 800 aeronaves por 85 los aliados. Casi una proporción de diez a uno.

—Las esferas y los destructores se replegarán al *Kipsedon* —ordenó Zanu a sus auxiliares—. Los destructores llenarán sus depósitos de torpedos y cohetes robots en previsión de cualquier contingencia. Los aerocohetes y demás aeronaves se retirarán a Venus hasta nuevas órdenes.

Mientras se efectuaban las operaciones de recogida de las naves satélites del *Kipsedon* y los ascensores llevaban grandes cantidades de municiones a los hangares, Kazan y Müller contemplaban los manejos de Yandot ante un cuadro de mandos. Tenía colocados sobre los oídos una especie de auriculares.

—Hemos dado una buena lección a los hombres antena —manifestó el alemán—. ¡Y mil diablos! ¡Menudas cantidades de proyectiles y aerocohetes se nos venían encima! Nunca he visto tantos aparatos reunidos.

—Pues ten la completa seguridad de que en días sucesivos verás muchos más. Los tarkas no han sido batidos. Han calibrado única y exclusivamente nuestras posibilidades. Pronto se lanzarán con mayores medios a nuestro encuentro antes de que los tacomis de otros planetas se reúnan con las fuerzas de Temoc.

—¿Cuáles serán los proyectos inmediatos del jeddad? —interrogó Müller, mirando hacia el grupo que formaban Temoc, Zanu, Rumbal, Kanak, Tug-Zi y cuatro consejeros más. Garry y Wilson, aparte, comentaban las incidencias de la batalla sostenida.

Yandot dejó los auriculares y se agregó al grupo. Los dos terrestres se acercaron, escuchando con atención lo que hablaban. El alemán, aunque empezaba a comprender el idioma de los tacomis, tenía que recurrir muchas veces a Kazan para que le tradujese las palabras de los suts.

—¿Qué están diciendo ahora?

Kazan se frotó la barbilla antes de responder:

—Nos dirigimos hacia Marte. Temoc propone iniciar una campaña encaminada a sublevar a todos los marcianos y a los esclavos de los tarkas. Es posible que

desembarque un grupo de asalto con instrucciones particulares. Por de pronto, nos vemos obligados a alterar todos nuestros planes.

—¿Por qué? —protestó Müller—. Nuestra posición es sólida. El *Kipsedon* constituye de por sí una fortaleza inexpugnable que podemos llevar de un lado a otro, según nos convenga, o retirar del campo de batalla en el momento en que ésta se nos presente desfavorable.

—No —negó Kazan, moviendo lentamente la cabeza—. No podemos permanecer indefinidamente a la defensiva. Hay que tener en cuenta que cada día que transcurre aumenta el peligro de que la flota tarka aparezca en este sistema planetario. Debemos apoderarnos de las bases que mantienen en Marte y Júpiter o, en todo caso, destruirlas. Sólo o así podremos luchar con ciertas garantías de éxito.

—¡Ah! —exclamó Müller lúgubrementemente—. Eso es otra cosa. Ciertamente, puede obligarnos a alterar todos nuestros planes.

—Parece ser que se va a reunir el Consejo en sesión privada. Discutirá los detalles del plan a seguir.

En efecto, el Consejo de los tacomis se reunió, acordándose tras varias horas de deliberaciones que Rumbal regresaría inmediatamente a Venus con Tug-Zi y el sut de los hombres amarillos, para hacerse cargo de los planes de reconstrucción y para recibir a las aeronaves siderales de los tacomis llamados a Venus. Se reformarían los cerebros electrónicos de los torpedos y se estimularía la producción de naves interplanetarias y de máquinas y robots para el ejército mecánico. Yandot, al frente de un grupo de expertos, desembarcaría en Marte para entrar en contacto con los marcianos. Zanu establecería el contacto entre este grupo y el *Kipsedon*, y con tres esferas y catorce destructores atacaría las bases de Tarka y las líneas de navegación enemigas. El *Kipsedon*, por último, se mantenía a una distancia prudencial del planeta, fuera del alcance de las baterías de los hombres antena.

La esfera volante de Rumbal partió hacia Venus y la escuadra de Zanu despegó de los hangares rumbo a Marte. El *Kipsedon*, rodeado de un silencio espantoso, se adentró en el negro y misterioso abismo sideral, en cuyas tenebrosas profundidades titilaban las estrellas.

Dentro de la enorme sala de control y dirección de la astronave, cuyas paredes se habían convertido en una gigantesca y cóncava pantalla de televisión que reproducía las imágenes en colores y relieve, Kazan contemplaba pensativo los contornos del planeta Marte, que a través de los telescopios aparecía sanguinoso, rutilante, encendido en sus rojizos fulgores... La primera impresión que, visto de lejos, causaba, era la de un disco terminado en los extremos de su diámetro por un segmento blanco y resplandeciente, y señalado todo lo restante con manchas oscuras de un gris ligeramente azulado, y de regiones caras y amarillentas, algo rojizas o anaranjadas.

Kazan sentía una profunda emoción de interés y curiosidad. Durante su forzada estancia en el campo de concentración de Sibiriakof, tuvo acceso a la biblioteca de

Nerensky, el director de la isla, y guiado por el deseo de instruirse había leído y releído todos los tomos que aquella contenía. De ahí que supiera todo lo relativo a Marte que sabían los terrestres.

Recordaba que muchos sabios de la Tierra, particularmente Lowell, había llegado, tras detenidos estudios, a la conclusión de la habitabilidad de Marte y de la existencia de seres inteligentes en él.

Gira Marte, el planeta de la guerra, en una órbita exterior a la de la Tierra. Su órbita elíptica hace que su distancia al Sol varíe según la posición del astro en su recorrido que dura en una revolución completa algo menos de dos años. Su diámetro, aproximadamente, la mitad del de la Tierra y su peso algo menor que la décima parte. Su velocidad de escape es de algo más de cinco kilómetros por segundo. Tiene atmósfera, aunque más tenue que la terrestre.

Cuando su proximidad a la Tierra es máxima, aparece ante el telescopio como una hermosa esferilla de un fuerte color anaranjado en el cual pueden verse manchas brumosas y observarse los casquetes polares que varían de tamaño con las estaciones y que se destacan como dos brillantes capas blancas.

Las manchas oscuras del planeta se muestran más o menos permanentes. El desplazamiento de ellas es debido al movimiento de rotación en el que invierte 24 horas y 37 minutos, aproximadamente.

Fue Schiaparelli quien descubrió que había trazos oscuros surcando las áreas continentales y poniendo en comunicación los mares. A estos trazos les dio el nombre de *canali*, que se traduce, en general, por el de canales.

Según este célebre astrónomo, los mares no tienen un color uniforme; su color, generalmente marrón con mezcla gris, no es siempre de igual intensidad en todos los puntos, ni siempre igual en el mismo sitio. Estableció un paralelismo entre estos cambios y las diferencias de color de los mares terrestres, señalando el hecho de que algunos de ellos dependían de las estaciones.

La superficie continental está surcada, según esta interpretación, por una amplia red de bandas más o menos oscuras, de aspecto y longitud variables que terminan en un mar, en un lago o en otro canal.

Schiaparelli supone que se trata de surcos o depresiones de la superficie del planeta destinadas a conducir agua, de formación, probablemente, geológica y no debida a la intervención de seres inteligentes.

Lowell sostiene que las áreas oscuras consideradas como mares no son sino zonas cubiertas de vegetación, parte de cuyas variaciones de color observadas también por él, coincidían con las estaciones. Representarían éstas las regiones fértiles del planeta en contraposición a las áridas y desérticas que se identificaban como continentes. Las mutaciones estacionales pueden interpretarse como obra de riego de las regiones fértiles, por el agua procedente del deshielo de los casquetes polares al llegar el verano.

Tanto Schiaparelli como Lowell observaron el desdoblamiento de los canales,

pero no concuerdan las dos interpretaciones del fenómeno, como tampoco concuerdan las explicaciones del cambio de fisonomía que ofrecen las diversas regiones con el cambio de las estaciones.

Indiscutiblemente, Marte posee atmósfera. Esta atmósfera, aunque de considerable espesor, es decir, de gran altura sobre el suelo, es más tenue que la terrestre y su presión mucho más pequeña que la de la Tierra, siendo la fuerza de gravedad planetaria las dos quintas partes de la gravedad terrestre.

La existencia de nubes contribuye a reafirmar la anterior aseveración. Se ha supuesto que las nubes blancas sean condensación de la humedad, y probables nubes de polvo levantado por el viento sobre las extensas áreas desérticas, las de color amarillo.

Los casquetes polares parecen estar constituidos por depósitos de nieve (sin embargo, se sugiere la posibilidad de que se trate de condensaciones de anhídrido carbónico, no siendo esto probable habida cuenta de las temperaturas y presiones dominantes en el planeta). La cantidad de oxígeno que existe en Marte es muy pequeña, según estas apreciaciones.

La temperatura en los trópicos puede llegar a unos 10 grados sobre cero al mediodía. En los polos y en invierno puede alcanzar los 70 grados centígrados bajo cero, siendo en verano poco mayor que la de la fusión del hielo, es decir, el cero relativo.

La caída de la temperatura al atardecer es rápida por efecto de la tenuidad de su atmósfera, pobre en vapor de agua, que impide el escape de las radiaciones caloríficas acumuladas durante el día por el planeta. La mínima temperatura durante la noche se calcula en unos 85 grados centígrados bajo cero.

Las condiciones atmosféricas y térmicas de Marte parecen excluir la existencia de vida en la superficie, pero otras observaciones innegables, como la posible presencia de oxígeno, cuando menos en el pasado, hace verosímil la suposición de que haya existido vegetación, sin negar la posibilidad de que formas de vida vegetal puedan darse todavía. En resumen, los sabios terrestres habían llegado en aquel tiempo, si no a afirmar que Marte era habitado, sí habitable.

Esto había estudiado Kazan en los libros. En aquellos momentos veía por sus propios ojos cuán cerca y cuán lejos al mismo tiempo se encontraban los astrónomos terrestres. Hallándose cada vez más cerca del planeta podía contemplar a su sabor toda la superficie que captaban los telescopios. Vio mares oscuros, grandes extensiones de terreno rojizo, planos brillantes que constituían las ciudades de los marcianos, y las ciudades cúpula de los hombres antena diseminadas por las regiones más fértiles de Marte.

Evidentemente, los marcianos habían constituido un pueblo inteligente, pero pacífico. Los que habían afirmado la existencia de vida en Marte basándose en los famosos canales, tenían razón. Las dificultades que presenta la explicación del transporte del agua de uno a otro hemisferio por medio de los canales, las superaba

Kazan considerándola como la suprema manifestación desesperada de unos seres que, impelidos por el instinto de conservación, concentraron todos sus esfuerzos en conseguir el agua que les faltaba por la progresiva desecación del planeta.

Kazan admiraba las grandiosas obras de ingeniería de esta raza siempre en lucha con la naturaleza y las necesidades. Llevar el agua del polo a las regiones desérticas representaba una hazaña digna de titanes. ¿Cómo era posible, pues, que pueblo tan adelantado hubiera caído bajo la zarpa de Tarka?

Sólo cabía una explicación. Los marcianos, entregados a una lucha constante por la propia supervivencia, descuidaron la producción de armamentos y naves siderales que podían haber opuesto a los hombres antena. Nunca debieron imaginar que fuesen atacados por enemigos procedentes de otra galaxia. Los habitantes de la Tierra vivían muy atrasados respecto a ellos y no constituían ningún peligro. Así pudo Tarka pasearse de un extremo a otro de Marte sin hallar la menor resistencia.

Y, sin embargo, quinientos millones de marcianos habían perecido en la gigantesca hoguera atómica que envolvió sus ciudades y otros doscientos habían sido deportados a Júpiter y a los planetas de Tarka. Trescientos millones maldecían a sus amos en Marte.

Las horas fueron pasando lentamente. Al aproximarse a Marte, el *Kipsedon* disminuyó su marcha y, una vez entró dentro del campo de atracción del planeta, se detuvo en una órbita concéntrica. Desde aquel momento, el *Kipsedon* quedaba convertido en el satélite número tres de Marte, ya que este planeta tenía dos naturales: Phobos y Deimos.

Los viejos tacomis, encorvados por los años, reliquias del pasado, de rostros marchitos hasta lo inverosímil, movíanse entre un número espantoso de cajas negras, y de tantos cuadrantes, pantallas, interruptores, zumbadores, luces de señales, resortes y palancas, que a veces parecía que les faltaran ojos y oídos para no perderse en aquella maraña de mecanismos.

Dos horas más tarde, Kazan y sus compañeros veían embarcar a Yandot en una esfera volante, con tres tacomis viejos y tres jóvenes. Las compuertas del *Kipsedon* se abrieron y silenciosamente la esfera salió por la abertura, alejándose de la astronave. La aventura empezaba para el Hombre Rojo.

Dimitri hubiese querido tomar parte en ella para no tener que pensar más en Tania. Después de lo ocurrido en la terraza de las cavernas y al recobrase Tania de su terror, ésta se soltó de su brazo y huyó a refugiarse bajo la protección de Niva. No volvió a dirigirle la palabra, ni siquiera cuando embarcó en el *Kipsedon*.

Una cosa le alegraba y era que Wilson tampoco podía gozar de la compañía de la muchacha.

La vida a bordo de la astronave transcurrió monótona. Los terrestres no sabían nada de Yandot ni de las actividades de la escuadra de Zanu. Los tacomis se movían por el del *Kipsedon* como almas en pena, silenciosos, hieráticos e inescrutables.

En los días siguientes recibieron la visita de algunas formaciones de aerocohetes,

que fueron ahuyentados con relativa facilidad puesto que su número nunca fue muy crecido. Pero a la semana de estar dando vueltas en torno al planeta, los telescopios del *Kipsedon* advirtieron la presencia, por medio de los cerebros electrónicos de que estaban dotados, de doscientas aeronaves que salían al encuentro de la astronave.

Temoc no quiso presentar batalla y ordenó arrancar hacia los espacios, dejando atrás a la flota enemiga, que se reintegró a sus bases. *Kipsedon* volvió a su primitiva posición.

Después de esta intentona, los tarkas no dieron más señales de vida. Kazan y sus compañeros se entretenían mirando por las pantallas la superficie de Marte, al que parecían tener al alcance de la mano.

—Esto se pone aburrido —manifestó Müller, bostezando—. Llevamos diez días terrestres girando como una peonza alrededor de Marte, y Temoc ha rehuido el combate con los hombres antena. ¿Qué espera?

—Y ¿qué se ha hecho de nuestra flota? —preguntó Garry, uniendo sus lamentaciones a las del alemán.

—Amigos —intervino Fred Wilson—, mucho me temo que pronto veamos aparecer de nuevo a los hombres antena. Este silencio es presagio de tormentas.

—Pues si no ocurre algo pronto estallaré —rezongó Müller.

—¿Preferirías verte en una situación semejante a la que pasamos en Kiyul? —dijo irónico Kazan.

—¡Rayos! Pues sí. Después de haber pasado diez años en la isla de Sibiriakof, necesitaba alguna emoción. Ahora estoy empezando a divertirme, y no quiero que los tacomis me defrauden. ¡Como se alargue mucho la cosa... me vuelvo a Venus!

—Naturalmente —rió el sargento—. Allí tiene a Olga Fedorova esperando impaciente su regreso.

Kazan impuso silencio con un gesto.

—Mirad —dijo—. Acaba de aparecer un eco en la pantalla del radar.

Levantándose, manipuló en los instrumentos estableciendo automáticamente la conexión con el telescopio que tenía enfocada a la esfera que se aproximaba dejando tras de sí una estela azulada.

—Esa esfera no es la de Yandot —señaló Kazan—. Proviene de Venus. Tal vez traiga noticias interesantes. Vayamos a los hangares.

Tomaron uno de los grandes ascensores que les dejó en el quinto piso del *Kipsedon*. No fue necesario que se colocaran las escafandras al abrir las compuertas de la astronave, ya que el oxígeno indispensable para respirar era mantenido en los hangares mediante un sencillo procedimiento de presiones.

La esfera siguió al *Kipsedon* en su vuelo sideral, acercándosele por momentos. Luego pareció que una fuerza magnética atrajera a la esfera, que entró en el hangar, posándose con una suavidad asombrosa. La rampa de kass se tendió hacia el suelo, surgiendo la figura de un tacomis embutido en un traje azul, que dejaba al descubierto un rostro arrugado por los años y unas manos descarnadas. Detrás, contrastando con

el anciano de faz apergaminada, apareció, radiante en toda su hermosura, la exquisita silueta de Niva, la mujer del cabello de oro. Saludó con la mano a los terrestres que estaban agradablemente sorprendidos.

Salieron al encuentro de la rusa, pero tanto Kazan como Wilson se detuvieron, dejando escapar una exclamación ahogada de verdadera sorpresa. Siguiendo a Niva, bajaba la rampa Tania Gurevich.

—Bienvenidas al *Kipsedon* —dijo Müller, haciendo una zalema—. ¿Puede saberse a qué debemos el honor insigne de vuestra visita?

Niva correspondió con una sonrisa al saludo del alemán. Contestó:

—Dejamos algunas cosas de uso personal en el camarote que ocupábamos en el *Kipsedon*.

¿Era aquello cierto? ¿No motivaba el viaje el deseo de Niva de envolver en sus redes a Yandot?

—¿Cómo van las cosas por Venus? —preguntó el sargento Garry mientras se dirigían a los ascensores.

—Perfectamente —dijo Niva—. La ciudad de Yer-Mun se está reconstruyendo a marchas aceleradas. Han llegado las primeras aeronaves interplanetarias tacomis, mas creo que pasará mucho tiempo antes de que podamos tener reunida toda la flota.

—¿Por qué no ha venido Olga? —inquirió, de pronto, Müller.

Niva sonrió.

—Porque espera que tú vayas. Si de verdad la quieres y deseas casarte con ella, aprovecha la oportunidad. Un platillo volante procedente de Kiyul ha traído a unos cuantos terrestres de las plantas atómicas de Oak Ridge. Entre ellos hay un padre católico.

Un viejo tacomis salió al encuentro del grupo en aquellos instantes. Acercóse a Kazan y le murmuró unas palabras al oído.

—Dispensadme —dijo el ruso—. Enseguida estoy con vosotros.

Kazan echó a andar en pos del tacomis. Le preocupaba menos la llamada de Temoc que el comportamiento frío de Tania. Ésta seguía mostrándose reservada e indiferente con él. Con Wilson, al contrario, se comportaba de modo distinto.

Temoc le recibió de pie en su cámara. Dimitri aguardó a que el primogénito del gran Jumwha expusiese el motivo de su llamada. Por fin el jeddad, taladrándole con sus oscuros y perspicaces ojos, dijo:

—Yandot necesita ayuda. No puedo desprenderme de un solo tripulante más. ¿Quieres ocupar el puesto de enviado?

—Con mucho gusto, jeddad —exclamó Dimitri—. ¿Me acompañará alguien?

—¿Lo harán tus camaradas si se lo pides?

—Creo que sí. Ayudaremos a Yandot. ¿Cuál va a ser nuestro cometido?

—Yandot os dará órdenes e instrucciones. Partiréis inmediatamente en la esfera que ha traído a las mujeres. Éstas irán con vosotros hasta el momento en que desembarquéis, para después proseguir el viaje de regreso a Venus.

—¿No es peligroso arriesgar la vida de las mujeres en esta empresa? —interrogó Kazan.

—No queda otro remedio. El *Kipsedon* ya no estaría aguardando en órbita.

—¿Acaso...?

—Efectivamente. Hemos decidido emprender el ataque general, en vista de que los hombres antena parecen ignorarnos.

* * *

La noche era oscura y fría. En el cielo brillaban intermitentemente las estrellas, apreciándose la Tierra en un contorno azulado de precioso colorido.

La esfera volante descendía sobre la superficie de Marte. Divisábase una planicie amarillenta y desértica. El viento arrancaba aullidos quejumbrosos de las rocas que salpicaban la región de piedras oxidadas. La vegetación era casi nula; plantas raquílicas que se adherían desesperadamente al terreno ansiando vivir. Nada más. Todo era seco allí: viento, tierra, plantas y atmósfera.

La esfera describió una curva y, volando apenas a un centenar de pies sobre la superficie, se deslizó a gran velocidad, sin producir el más leve rumor y sin dejar ningún rastro visible de su paso. Salvó un par de colinas, un desierto largo y extenso, una llanura azotada por el huracán y, finalmente, sobre un océano de aguas oscuras y agitadas.

Las olas, enormes, lamían la parte inferior de la esfera. A través de las paredes transparentes de la esfera, los terrestres podían contemplar toda la extensión marítima con una claridad bastante aceptable. Los dos satélites de Marte y la tenuidad de la atmósfera hacían que la luz reflejada del Sol convirtiera en un crepúsculo la noche marciana.

Kazan dirigía frecuentes miradas al aparato de radar. De un momento a otro podían ser descubiertos por los aerocohetes tarkas de vigilancia, cosa que impediría tal vez su reunión con Yandot.

Bruscamente, una ráfaga azulada hendió el espacio en dirección a la esfera. Aquella ráfaga salió de las profundidades marítimas y dio de lleno sobre la aeronave tacomis. Se oyó un chirrido metálico, y un fuerte resplandor cegó momentáneamente a los tripulantes de la nave. Al mismo tiempo, las agujas indicadoras y los instrumentos de a bordo parecieron danzar al compás de las sacudidas que daba el vehículo aéreo. En medio del intenso resplandor aprecióse el surco rojizo de los torpedos sobre las aguas.

Un tacomis gruñó guturalmente. Saltó hacia una palanca. Los proyectores de rayos desintegradores entraron en juego. Una imponente explosión levantó una gran columna de agua y humo delante del aparato, que se incrustó bamboleándose en ella.

—¿Qué ocurre? —gritó Wilson, palideciendo.

—Los hombres antena nos han descubierto —contestó uno de los viejos—. Sus

rayos paralizadores nos han cogido de lleno antes de que tuviésemos tiempo de poner en funcionamiento el campo magnético anulador. Los tarkas han disparado dos torpedos.

—¡Los motores se están parando! —exclamó Müller—. ¡Vamos a estrellarnos!

Nuevos surcos fulmígenos, saliendo de las aguas, se dirigieron al encuentro de la esfera.

—Disparan desde un submarino —advirtió un tacomis—. Colocaos las escafandras.

Los terrícolas obedecieron prestamente. Los proyectores desintegradores, los únicos aparatos que funcionaban a bordo, contuvieron el avance de los torpedos haciéndolos estallar no lejos de la esfera que, sin mandos que la guiasen, descendía rápidamente hacia el mar. Un segundo después, chocó contra la superficie y rebotó como si fuera una pelota de goma. Una tremenda explosión la levantó en vilo hacia el espacio. Luego cayó con mayor violencia, si cabe. Todos los tripulantes fueron derribados en confuso montón. Un aluvión de agua penetró por la brecha abierta en las paredes. Si el torpedo hubiese estallado sobre cualquier otra aeronave la habría pulverizado completamente. Pero la esfera estaba construida a prueba de torpedos atómicos. Mas, pese a todo, otra explosión, mayor que la anterior, desgajó las paredes.

—¡Nos hundimos! —gritó Kazan. Empujado por la cascada de agua que penetraba a través de las brechas, rodó entre el amasijo de aparatos e instrumentos. Dióse perfecta cuenta de que de un momento a otro podían hacer explosión los motores atómicos. Luchó furiosamente contra el agua que lo zarandeaba por el interior de la aeronave.

De repente, una corriente lo arrastró por una de las brechas. Aturdido, flotando entre dos aguas como un deforme muñeco, vio hundirse a la esfera, lentamente, en aquel ignorado y tenebroso mar oscuro, dejando tras de sí un rastro de burbujas ruidosas e inquietantes...

CAPÍTULO III

LOS POZOS DE LA MUERTE

Pasaron varios segundos antes de que Kazan comprendiese con claridad lo ocurrido. Luego, inclinándose hacia el fondo, gimió:

—¡Tania!

Buceó desesperadamente. Podía hacerlo, puesto que la escafandra y el traje de kass le protegía de la presión de las aguas. Todo estaba envuelto en la más profunda oscuridad. Nada veía en aquellos abismos abisales y, por consiguiente, nada vio tampoco de la esfera.

Nadó hacia la superficie, sobrecogido y espantado. ¿Sería posible que sólo él se hubiese salvado de la catástrofe? Habían seguido el rayo de onda emitido por Yandot hasta que sobrevino el repentino ataque. Los tarkas, desde el fondo del océano habían lanzado sus rayos paralizadores y cogido de sorpresa a los tripulantes de la esfera. Luego, tranquilamente, la destruyeron.

El traje neumático le ayudaba a flotar. Al subir a la superficie miró ansiosamente en derredor. La luz de las dos lunas de Marte se reflejaba sobre las oscuras aguas, pero no dejaba ver más allá de varios centenares de metros, el corto tiempo en que Phobos cruzaba aquella zona. Se preguntó si el submarino de Tarka subiría a la superficie para comprobar si había alguien superviviente de la esfera.

Miró a las estrellas para orientarse. Había seguido el rumbo Oeste. En aquella dirección se encontraba Yandot, mas ¿a qué distancia? ¿Diez, cien, mil kilómetros? Trató de recordar... inútilmente. Después, con los ojos de la imaginación, vio una masa negra al Norte. Aquella masa era tierra marciana. La había estado observando con los telescopios de a bordo y recordaba haber visto signos de vida.

Como no le quedaba otro recurso que el de nadar, empezó a mover brazos y piernas, alejándose del lugar del naufragio de la esfera. Llevaría adelantados cien metros cuando se detuvo, enarcando las cejas. Delante de él había aparecido un objeto negro, un objeto que flotaba sobre las aguas, ominoso y espectral.

La extraña aparición se le echó encima. La luz arrancaba reflejos de su oscura superficie. Kazan sintió que se le erizaban los pelos del cogote y, antes de que pudiera sobreponerse, oyó un grito, una voz ronca, que exclamaba:

—Algo flota ahí delante.

Un haz luminoso asaetó la oscuridad.

—Es Kazan —volvió a exclamar la voz de Fred Wilson—. Icámosle.

Unas manos nervudas y otras delicadas y de poco vigor, lo asieron tirando de él. Kazan se ayudó con las manos, dejándose caer en el interior de la pequeña navecilla.

Eso era en realidad, una ligera embarcación, con dos pequeños asientos, un

volante de dirección y un motor en la popa.

Los ojos del ruso brillaron alegres.

—Tania... ¿pero cómo es posible...?

Wilson no entendió las palabras de Kazan, pero adivinó su significado. Se apresuró a contestar en inglés:

—No podemos alabar suficientemente la previsión de los tacomis. Todas las esferas disponen de estas urnas para casos de necesidad como el presente. Al caer hacia el fondo y al equilibrarse la presión, los tacomis accionaron un resorte, descorriéndose en las paredes varios lienzos que dejaron al descubierto tres o cuatro embarcaciones de este género empotradas en la pared. Lo demás fue fácil. Müller y Niva se metieron en una, Garry y un tacomis en una segunda y Tania y yo en ésta. Los tripulantes maniobraron con algunas palancas y nos expulsaron hacia la superficie. Supongo que el resto de la tripulación subiría a nado a la superficie, aunque la profundidad es grandísima y no sabemos si los trajes especiales habrán resistido la terrible presión.

—Creo que sí —dijo Kazan, sin apartar la mirada del rostro de Tania, que había bajado los ojos emocionada—. La gravedad es menor en Marte que en Tacom; la atmósfera es más tenue y por tanto la presión es menor. ¿Sabes manejar este cacharro?

—Es sencillo —respondió el aviador—. Los tacomis nos dieron unas cuantas y rápidas instrucciones.

—¿Cómo nos pondremos en contacto con las demás embarcaciones? ¿Por medio de la radio?

—Los tacomis insistieron en que no debíamos hacer funcionar la radio bajo ningún concepto. Como tampoco debemos lanzar ninguna señal luminosa.

—No adivino el por qué —dijo Kazan—. Los hombres antena son ciegos y no distinguen la luz con sus antenas.

—Pero poseen aparatos suprasensibles que detectan los rayos ultravioletas. Quizá puedan detectar el lugar de dónde ha sido lanzada, pongo por caso, la bengala.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperamos?

—No. Pronto se presentarán los hombres antena a echar una ojeada por estas cercanías y debemos poner la mayor distancia posible entre ellos y nosotros. Seguiremos el rayo de onda emitido por Yandot.

El teniente puso el motor en marcha y, empuñando el volante, arrancó bruscamente arrojando a Tania en brazos de Kazan. La muchacha se apresuró a soltarse sin que el ruso se lo impidiera. Dimitri la miró contrito. ¡Cuánto le gustaba aquella silenciosa y sencilla muchacha!

Las olas jugaban con la embarcación, amenazando hacerla naufragar, pero Wilson corrió el techo cerrando herméticamente la navecilla.

—Este mar debe estar infestado de submarinos tarkas —manifestó Kazan—. Será una suerte si no nos detectan.

Wilson seguía el rayo de onda y la embarcación saltaba sobre las olas como asustada gaviota. De pronto, Kazan soltó una exclamación ahogada.

—¿Ocurre algo? —inquirió Tania, algo alarmada.

—Aquí hay algo raro, Tania —le dijo Kazan—. Estamos metidos en una marejada. Eso indica que andamos cerca de tierra o, por lo menos, de grandes escollos. Pero eso es completamente imposible.

La muchacha se acercó al americano.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente, Wilson? —preguntó.

El teniente estaba sentado frente al aparato amplificador de radio. Sus nervudas manos se apartaron del volante de dirección y señalaron hacia el amplificador.

—Los sonidos que sirven para guiarnos parecen haberse vuelto locos —dijo.

Kazan se reunió con ellos y escuchó las pulsaciones que emitía el altavoz. Dijo:

—La frecuencia de la pulsación suena tal como debería sonar. No cabe la menor duda de que no nos hemos apartado de la ruta que nos señalan las emisiones de la emisora de Yandot.

—Estamos en el paso del rayo conductor, desde luego —gruñó Wilson—. La onda A está mezclada con las ondas N, de forma que no se oyen puntos... nada más que una serie de rayas confusas. No podemos estar fuera de la ruta; pero hemos de estarlo a la fuerza.

—¡Imposible! —exclamó Kazan, con brusquedad—. Este aparato es demasiado perfecto para que quepa el más leve error. La emisora de Yandot sigue mandándonos la onda. Eres tú quien ha sufrido un grave error. Te has dirigido hacia el Norte en vez de tomar el rumbo Oeste.

Este intercambio de palabras dio por resultado que Wilson se enfureciera, al parecer violentamente.

—¿A mí me dices eso, ruso del demonio? —gruñó.

—A mí no me chilles, aviador de siete suelas —respondió Kazan—, si no quieres que alimente contigo a los tiburones.

Wilson se apartó del aparato de radio y se puso en guardia, amenazador.

—¿Quién dice que estoy equivocado? —exclamó en voz dura.

Tania intervino, con sequedad:

—Siempre estáis discutiendo. Por favor, ¿no podéis olvidar vuestras rencillas particulares en un momento como éste?

Los dos hombres depusieron su actitud hostil. Tania suspiró aliviada y Wilson se sentó de nuevo ante el volante. De pronto, el teniente se volvió, muy pálido.

—Algo pasa con la dirección... —murmuró.

—¿Qué va a pasar? —gruñó desconfiado Kazan.

—Me han quitado los mandos de las manos —dijo Wilson.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo gobernar la lancha. Algo se ha apoderado del volante y nos dirige rectos hacia el Norte. Fíjate.

Señalaba hacia el volante. Éste giraba leve de un lado a otro como si algo invisible tirara de él. Kazan se abalanzó sobre el volante tratando de torcer el rumbo, pero por más esfuerzos que hizo no logró apoderarse del control de la embarcación.

—¡Para el motor! —ordenó.

—Es inútil —gimió el teniente—. Hemos caído dentro de la acción de un campo magnético. Me daría por satisfecho de salir con bien de ésta.

—Pues antes de caer en poder de los hombres antena —masculló Dimitri—, me arrojé de cabeza al agua.

—¡Ya es tarde! —gritó Tania—. ¡Mirad! ¡Allí delante, un poco a babor!

Moles negras se movían sobre las aguas, sombras alargadas que se balanceaban al compás de las olas. Veíanse dos franjas de luces, verdes unas, rojas las otras. La mar estaba muy agitada. Soplaban el viento huracanado.

La lancha se metió entre las dos bandas de luces guiada por la misteriosa fuerza magnética. Una fuerte corriente marítima la arrastró como si fuera una cáscara de nuez. El viento aumentó en intensidad. Ya no era gemido de hombres moribundos, aullaba.

De pronto, brotó un brillo oscilante, como un relámpago, tiñendo las nubes de luz.

Wilson cometió un error. Creyó al principio que se trataba de un relámpago corriente. Luego vio que aquellas llamaradas tenían algo distinto. Eran raras, siniestras. Teñían las nubes bajas de un color rojo sangriento.

El teniente oyó a sus espaldas una respiración áspera y se volvió con sobresalto. Era Kazan.

—Relámpagos rojos —dijo éste—. ¿Qué aspecto más raro tienen, verdad?

De nuevo surgió la coloreada luz. Duró más tiempo esta vez, fue más brillante y permitió ver muchas cosas. A un lado se veía la costa; pero ésta no les causó la menor sensación. Tania señalóles algo que les sobrecogió, sin embargo.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad! Todo a nuestro alrededor.

La fantástica luz roja se apagó.

—¿Visteis? —exclamó Wilson, en el silencio que siguió—. Debe haber un par de docenas de aeronaves submarinas en torno nuestro. Hemos caído en el centro de una base tarka.

—¡El diablo sabe dónde estamos! —contestó Kazan—. Y no hay manera de evitar ser arrastrados por esa maldita fuerza misteriosa.

Una ola alzó la proa de la ligera embarcación y la dejó caer de golpe. La nave se estremeció dando una sacudida que lanzó al agua a Tania, ya que habían descorrido la capota que cerraba herméticamente la embarcación. Kazan se arrojó inmediatamente detrás.

Fred Wilson vaciló. Luego se arrojó al mar, no queriendo perder de vista a Tania. Fueron arrastrados por la corriente.

Bajo el resplandor rojizo, en las rompientes se estrellaba todo a su alrededor contra arrecifes, escollos y bajíos, llenando de espuma el agua. Pero Tania y Kazan

atravesaron por entre los escollos y llegaron, jadeantes, a una playa salpicada de vegetación escuálida. Wilson llegó a tierra detrás de ellos.

Volvió a verse el resplandor rojizo. Osciló, aumentó y volvió a desaparecer. A la otra parte de los arrecifes distinguieron negras siluetas de los aerocoetes tarkas, balanceándose al vaivén de las olas que rompían contra los murallones levantados en aquel sector por los hombres antena.

—¿Qué será ese resplandor rojizo? —preguntó Tania, estremeciéndose.

—No es nada sobrenatural —explicó Wilson—. ¿Observasteis que el color que se refleja en las nubes no viene de arriba, sino de abajo?

—Hay una fundición gigantesca por estas cercanías —dijo Kazan—. No se trata de ningún volcán, como a simple vista parece. He visitado a la fuerza algunas fundiciones rusas y he presenciado el mismo fenómeno.

Tania se movió intranquila.

—¿Creéis que los hombres antena se habrán percatado de nuestro desembarco en este lugar?

—Tienes razón —afirmó Kazan—. Pongamos tierra por en medio.

—Ojalá estuviese Yandot aquí —murmuró Wilson.

Un instante después lo estaba deseando con mayor vehemencia aún. Empezaron a salir unas sombras de la espesura. Se abalanzaron hacia los náufragos esgrimiendo mazas y aullando en idioma desconocido.

Los atacantes, veinte o más en número, salieron de la espesura en sólida oleada. Los dos terrestres metieron a Tania detrás de ellos e hicieron frente al ataque. Kazan con sus puños; Wilson con su pistola eléctrica.

De la pistola partieron dos chispazos agudos. Dos atacantes se derrumbaron con las carnes quemadas por la descarga. Inesperadamente se oyó un golpe sonoro y Wilson se tambaleó, aturdido. Vio alzarse nuevamente una maza. Pero no cayó. Sonó el golpe de unos nudillos contra una mandíbula al alargar Kazan el brazo y derribar al que amenazaba al americano.

Éste recobró el equilibrio y volvió a disparar la pistola.

—¡Carguemos contra ellos! —aulló Kazan.

—De acuerdo —asintió el teniente—. Procuraremos abrirnos paso hasta la espesura.

Avanzaron uno al lado del otro. Los puños de Kazan parecían los cilindros de un motor. La pistola de Wilson abría brecha entre los atacantes. Tania, que avanzaba detrás de ellos, iba recogiendo pedazos de roca del suelo y tirándolos contra los asaltantes.

Este ataque fue demasiado para los desconocidos. La pistola de Wilson les infundía un terror loco y acabaron por huir dando alaridos terribles.

Bajo la luz que proyectaban las estrellas, que se hacían visibles a través de las nubes, Wilson examinó a las víctimas de su puntería.

Eran de distintas razas y colores, y todos llevaban taparrabos. Rodeaban sus

cuellos collares con ribetes de cobre, fabricados al parecer de acero. Había seres de piel oscura, sumamente delgados y no muy altos, tumpis, es decir, hombres amarillos de Tumpa, y sobre todo individuos de coloración muy roja, de escasa estatura, de brazos y piernas delgados y cabezas desarrolladas. Tenían los ojos saltones, la nariz grande y la boca de labios muy finos.

—Estos deben ser marcianos —barruntó Wilson—. ¿Vivirán los negros también en Marte?

Se escuchó un ruido estrepitoso, era Kazan que se reía.

—¿Qué ocurre, mujik? —inquirió el aviador con desconfianza.

—Estaba tratando de imaginarme el aspecto que tendrías vestido con el traje típico de este planeta: taparrabos y collar de perro.

—¡Mogol indecente...! —empezó a decir Wilson.

Tania le impuso silencio con las siguientes palabras:

—Si tenéis más ganas de pelear ahorrad vuestras fuerzas. Esos hombres vuelven.

Sonó un golpe en la arena seca a los pies del teniente. Un segundo después el aire estaba poblado de proyectiles.

—¡Están tirando piedras! —gritó Wilson.

—Que tiren todas las que quieran —burlóse Kazan—. No nos pueden hacer daño. No obstante, ahuequemos el ala.

Se metió una de las mazas debajo del brazo y corrió hacia la espesura seguido de cerca por sus compañeros.

Una vez atravesada la faja de vegetación, espinosa y pobre, llegaron a un terreno elevado de aspecto singular a más no poder. Roca volcánica, lava negra y cortante como cristal roto, formaban fantásticas colinas y gargantas. La mayor parte del cristal formaba hojas delgadas, inclinadas, que resbalaban a veces y se rompían bajo el peso de una pisada. Cactus gigantescos crecían en las hendeduras y sus espinosas hojas parecían cabezas de serpientes dispuestas a atacar.

Se apagó todo sonido de persecución. Se despejó el firmamento y avanzaron bajo la pálida luz de las estrellas.

—Dios quiera que lleguemos pronto a alguna parte —musitó Tania.

—Esto parece el fin del mundo observó Wilson.

—Pues no te equivocas mucho —manifestó Kazan—. No sé cómo vamos a salir de aquí y encontrar a Yandot en medio de este montón de desperdicios volcánicos.

—¿Se dio cuenta alguno de vosotros —inquirió la joven— de que nuestros atacantes parecían tener buen cuidado en no matarnos?

—Sí —reconoció Kazan—; ni siquiera emplearon armas de fuego.

—Seguramente querrían cogernos vivos —asintió Wilson en tacomis, único idioma con el que se podía comunicar con Tania.

—Eso creo también yo. Pero... ¿por qué?

—Sin duda para entregarnos a los hombres antena. El pelotón que nos atacó estaba compuesto exclusivamente de esclavos. Por eso no iban armados. No tardarán

los propios hombres antena en dar señales de vida.

Al ascender por la vítrea ladera pasaron una zona de cráteres apagados en los que, siglos antes, debían de haber burbujones de lava.

Llegaron a una extensa meseta en la que nada crecía, siquiera cactus, y donde los cráteres eran más pequeños, llenos de tierra y tan juntos unos a otros que era necesario orillar aquella faja de terreno.

Kazan se detuvo de pronto.

—Todos estos cráteres se encuentran en orden geométrico. No son cráteres volcánicos como los que vimos abajo. Son obra del hombre, es decir, la mano de los tarka. Ya sabéis que son aficionados a las figuras y dibujos geométricos.

Wilson miró. En lugar de vítrea roca, había allí una especie de barro rojizo, o ceniza volcánica prensada.

—Tienes razón —dijo—. Los agujeros estos se están hundiendo ya y están medio llenos de tierra. Es difícil asegurarlo; pero cuando se hicieron debían estar colocados igual que las células de un panal de miel.

A medida que fueron avanzando se hizo más patente la forma de panal. Encontraron agujeros en mejor estado.

—Éstos se hicieron más tarde —observó Wilson.

—Sí —asintió el ruso—. Cuanto más lejos vamos, más recientes parecen los agujeros.

—Pero... ¿para qué serán? —exclamó Tania—. Esto se hace más y más raro. ¿Qué significará?

Wilson levantó el brazo.

—Escuchad —dijo.

En alas de la brisa y a través de los amplificadores de que estaban provistas las escafandras, llegaron hasta ellos unos ruidos agudos que parecían chasquidos salidos del mismo aire.

—¿Qué es? —inquirió Tania, con inquietud.

—Ningún animal hace un ruido semejante —dijo Kazan.

De pronto, por encima de los chasquidos, sonó un gemido prolongado que expresaba una angustia tan horrible que los tres sintieron como si les hubieran echado un jarro de agua helada por la espina dorsal.

Tania exclamó:

—Jamás he oído un grito semejante. ¡Es terrible!

—Debe tratarse de un animal moribundo —dijo Wilson.

—¡De un hombre moribundo, querrás decir! —observó Dimitri.

—Vamos —rezongó Wilson, asiendo con fuerza su pistola eléctrica.

Al proseguir su camino fueron observando más agujeros, bien marcados, como las células de un panal gigantesco. La mayoría tenía unos tres metros de diámetro y otro tanto de profundidad. Éstos no habían vuelto a llenarse de tierra suelta. Los misteriosos chasquidos empezaron a oírse con más claridad.

—¡Ahí delante! —murmuró Wilson—. ¡Mirad!

—¡Sombras! —dijo Tania, con la voz levemente temblorosa—. ¡Como hombres en movimiento!

Se acercaron más, manteniéndose ocultos detrás de la maleza, escasa pero suficiente para ocultarles. Espinas de punta blanca les punzaban los trajes impenetrables, sujetándoles; pero consiguieron llegar hasta un punto situado frente al lugar en que se movían las sombras. Allí la planicie continuaba; pero se acababa la línea de agujeros.

Se agazaparon, vigilando. De pronto, por encima de una colina cercana brilló un resplandor rojizo que tiñó el firmamento con su color. Bañados en la luz de fuegos extraños, unos hombres de fuerte musculatura se movían sin cesar a lo largo de la línea de agujeros. Iban vestidos como los otros que vieron, con taparrabo y collar. Llevaban largos látigos que alzaban por encima de la cabeza y hacían restallar dentro de los agujeros.

Gemidos horribles salían del fondo de los pozos. Los del látigo, brillando el sudor que les cubría el cuerpo bajo el rojizo resplandor, parecían apariciones satánicas venidas a Marte.

—Los chasquidos que oímos eran los que hacían los látigos —musitó Tania.

—Algunos de los que golpean parecen tacomis —dijo Kazan.

—¿Tacomis? No puede ser —negó el teniente norteamericano.

Kazan estaba avanzando ya, arrastrándose por el suelo.

—No os mováis —susurró—. Investigaré.

Al colocarse de forma que le fuera posible mirar el interior de los agujeros, Dimitri ahogó una exclamación de sorpresa. Dentro de cada uno de los que pudo ver había clavada una barra de hierro, a la que estaba amarrado un hombre por medio de una cadena.

Los hombres que había dentro de cada agujero trabajaban con una pala y un pico, y sólo llevaban taparrabos, por lo que Kazan supuso que el collar de cobre era un emblema de autoridad.

Cada uno de los prisioneros estaba cavando un hoyo de la circunferencia que le permitía el largo de la cadena. Los pozos, que se extendían por la planicie en línea recta, medían unos tres metros de diámetro todos ellos.

Bajo la tralla de los látigos, iluminados por rojizo resplandor que escapaba de los hornos y de las altas chimeneas de la cercana fundición, aquellos hombres iban cavando el camino de su muerte.

Oyó de pronto, detrás de él, el arrastrar de pies, y antes de que tuviera tiempo de incorporarse algo se aplastó sobre su cuerpo. Dando un respingo feroz, Kazan extendió bruscamente los brazos al tiempo que hacía trabajar sus piernas. El individuo que le había atacado salió despedido yendo a caer de cabeza en uno de los agujeros. Exhaló un grito penetrante.

Los capataces armados de látigo hablaron agudamente entre sí y acudieron a

investigar.

El terrícola se alzó esgrimiendo la maza y corrió hacia el hombre más cercano. Pero antes de que pudiera llegar a su lado, sonó un chasquido. Aún se hallaba a seis pies de su enemigo, pero sintió que le agarraban por las rodillas, como si unas manos de hierro tirasen de él, haciéndole caer al suelo con una fuerza que le dejó aturdido.

Sabía lo que le había tirado y bajó la mano para arrancar la tralla del látigo que se le había arrollado a las piernas. Antes de que pudiera levantarse, su enemigo se hallaba junto a él, con el pesado mazo levantado, para descargarle un golpe en la escafandra.

En ese instante centelleó un chispazo que derribó al capataz; salvando así a Kazan del golpe. Más otro látigo se enroscó a las piernas de Wilson y le tiró al suelo por encima de Kazan.

Una nube de enemigos le aplastó literalmente contra el terreno y la misma suerte corrió el ruso blanco. Unas manos delgadas pero fuertes, les quitaron las escafandras. Los dos terrestres sintieron que se ahogaban. Era como sí, de repente, hubiesen sido trasladados a una montaña de gran altitud donde la diferencia de presión les ahogara, impidiéndoles respirar.

La brusca sensación de ahogo les inmovilizó el tiempo suficiente para quedar a merced de sus captores. Cuando sus pulmones se acostumbraron a aquella atmósfera enrarecida, que contenía menos oxígeno que la terrestre y que ellos habían creído irrespirable hasta aquel momento, se encontraron atados y tumbados en el suelo a la orilla de la línea de agujeros.

Kazan miró al prisionero más cercano. El hombre había cavado ya hasta una profundidad de metro y medio de forma que su rostro estaba casi al nivel del suelo. Era un rostro contraído por el dolor y estaba al alcance de la mano del terrestre. Éste sufrió un ligero sobresalto. Al resplandor de las llamas de la cercana fundición reconoció en aquel sujeto, sin la menor duda, a un hombre rojo de Tacom.

—¡Eh, tacomis! —susurró Kazan, en el idioma del nativo.

El hombre se estremeció y sus extraviados ojos clavaron en el ruso, sin al parecer asombrarse de la blancura del semblante del terrícola. Nada dijo, y siguió cavando.

Dimitri echó una rápida mirada a su alrededor. El capataz más próximo estaba interrogando a Tania Gurevich. Arrastróse hasta la orilla del agujero, de modo que sus labios se hallaron muy cerca del oído del prisionero.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿En qué parte de Marte estamos? ¿Desde cuándo estás metido en esa fosa? ¿Qué hacen aquí los tarkas?

—Los hombres antena son fuertes —contestó el tacomis, en una especie de sollozo—. Los tacomis golpean y son golpeados. Estamos condenados. Somos esclavos. ¡Van a matarnos a todos!

La voz del desdichado se tornó nerviosa.

—No hables tan alto —le dijo Kazan, con ferocidad—. ¿Qué probabilidades de escapar hay de aquí? ¡Dime lo que sepas... pronto mientras haya ocasión!

—No puedo decírtelo; pero puedo...

Alzó la voz en un penetrante grito, perdiendo ya todo dominio sobre sí. Era el grito de un loco.

Evidentemente el prolongado suplicio había sido superior a sus fuerzas. Fuera lo que fuese lo que pensaba decir, ya no lo diría jamás. El capataz acudió mascullando maldiciones. Alzó y bajó el brazo. El mango relleno de plomo del látigo cayó con fuerza sobre la cabeza del loco. Era un golpe lo bastante fuerte para haber matado a cualquier ser viviente. Era un loco furioso y no se daba cuenta del dolor. Le giraron las órbitas; una espuma rojiza burbujeó en sus labios.

El mango del látigo volvió a descender. Esta vez el hombre cayó al fondo de la fosa. Estaba muerto antes de haber tocado el suelo.

El capataz, que era un tipo negroide inidentificable, empezó a bramar en un idioma desconocido. Se adelantaron dos guardianes. Uno de ellos era gigantesco y de piel cobriza —un tacomis—; el otro un marciano pequeño de ojos sanguinolentos y saltones. Este último se dejó caer dentro del agujero, quitó el grillete que sujetaba el cadáver al poste y se lo endosó a Kazan en el tobillo.

Le libró a continuación de las ligaduras, cogió la pala y se la puso a Kazan en las manos. Después ayudó a sacar el cadáver de la fosa. Cuando se alejaron en la noche, el capataz hizo sonar el látigo, que resonó fuertemente en el silencio impresionante que se había adueñado del panal. Apareció una señal encarnada en el rostro de Kazan. Se puso a cavar, soltando maldiciones.

Unos capataces condujeron a Wilson a otro agujero, más abajo de línea y le metieron a trabajar también, en medio de continuos trallazos...

CAPÍTULO IV

¡MUERTE PARA LOS HOMBRES ANTENA!

Niva tropezó en la oscuridad y se tambaleó. Afortunadamente recobró el perdido equilibrio, merced a la intervención de Müller, y continuó avanzando entre las dos filas de hombres antena. Por tercera vez en poco tiempo se hallaba indefensa en sus manos. ¿Sería su destino perecer víctima de la crueldad de los tarkas?

Cuando la esfera fue destruida y cayó hacia el fondo del océano, se pusieron a salvo en unas ligeras embarcaciones herméticamente cerradas, con las que subieron a la superficie. Pero apenas acababan de orientarse, surgió de las aguas la negra silueta de un submarino tarka. Fueron capturados, como minutos después lo eran también el sargento Garry y los tacomis decrepitos, y metidos en una cámara del submarino volador en el que fueron conducidos hasta una caleta donde desembarcaron. Nada sabían de Tania ni de Wilson. Los dos podían haber escapado. En cambio Kazan...

La voz de John Garry interrumpió sus poco agradables pensamientos.

—¡Infiernos! ¡Mirad eso!

Bañado por un lado por el agua pulverizada de las olas a estrellarse contra las rocas, y por el otro lado por el resplandor rojizo de unos altos hornos de fundición, se alzaba una construcción, un palacio, cuyos altos torreones de mármol negro se elevaban por encima de los terrenos circundantes.

—Es un edificio marciano —dijo Müller—. Fijaos en la perfección de sus líneas. Tal vez los hombres antena hayan aprendido a conocer lo que es la fastuosidad y la comodidad.

—Puede ser —asintió el sargento Garry—. El palacio es marciano, pero no me negaréis que las otras construcciones son tarkas.

—Estropean el conjunto del paisaje —declaró Niva.

—No debes olvidar —manifestó el alemán— que los hombres antena carecen de todo sentimiento artístico y desconocen lo que es verdaderamente bello. Son seres prácticos, nada más.

La fundición, si es que realmente se trataba de una construcción de este género, era una gigantesca mole de cemento y hierro, con altísimas chimeneas y enormes calderas cuyos fuegos levantaban un resplandor rojizo cada vez que abrían las compuertas de los hornos, que debía divisarse a muchas millas de distancia.

Entraron en el palacio por un puente tendido sobre un foso lleno de agua, a estilo de los castillos medioevales terrestres. En el patio y en las murallas montaban guardia varios hombres antena, fusil eléctrico al brazo, que les acogieron con un suave chirriar de sus repugnantes antenas.

Los tripulantes tacomis de la esfera fueron separados del grupo y conducidos

hacia la fundición.

Niva, protegiéndose tras los cuerpos de Müller y Garry, avanzó por una sala donde se movían docenas de hombres medio desnudos y de distintas razas y colores. Vio, incluso, varios tacomis que no les prestaron la más mínima atención. Llegaron a un cuarto enorme, de techumbre muy alta, un salón impresionante de columnas de mármol blanco y en cuya construcción no se adivinaba el empleo de otro material. Unas llamas azules, demoníacas, ardían dentro de una chimenea lo bastante grande para que hubiera podido asarse en ella un buey. Las sombras del fuego bailaban contra las largas cortinas de un color rubí oscuro, que colgaban en aros de plata. Samovares de oro y platino brillaban en umbríos nichos. De las paredes colgaban imágenes fantásticas y antiguas. Lo único moderno que había allí dentro era la instalación eléctrica, los aparatos de radio y televisión y una mesa de vidrio repleta de conmutadores y resortes, aparatos todos ellos evidentemente instalados por los hombres antena. Exceptuando, quizás, la instalación eléctrica.

Les indicaron unas sillas doradas y tapizadas de rojo en las que tomaron asiento, mientras los cuatro guardianes que les habían conducido hasta allí retrocedían unos pasos y se colocaban junto a la puerta.

Por una de las puertas interiores hizo su entrada en el salón un hombre antena, casi tan alto como Müller y, desde luego, mucho más corpulento que Garry, vestido con un traje de malla negra y envuelto en una capa azul oscura, el cual tomó asiento detrás de la mesa de vidrio.

Sus dedos, largos y provistos de ventosas, tabalearon sobre la bruñida superficie, mientras sus antenas, las correspondientes a los ojos, se tendían hacia adelante como contemplando a los terrícolas, los cuales se movieron nerviosos en sus asientos.

Las llamas del hogar bailaban una danza lenta y extraña y, cosa rara, daban muy poca luz y casi ningún calor.

—Vosotros no sois tacomis —dijo el ser situado tras la mesa, empleando el idioma de Tacom. Su acento era silbante y estridente, mas se entendían perfectamente sus palabras—. Sin embargo, os parecéis bastante a ellos. ¿Qué hacíais en su compañía? ¿De qué planeta sois oriundos? ¿Qué relaciones os atan a los hombres rojos? Responded.

Müller cogió la ocasión por los pelos. ¿Por qué no decir la verdad al tarka, una verdad enmascarada con propósitos más ocultos?

—Nosotros —respondió— procedemos de la Tierra, ese planeta que se ve brillar con mayor intensidad que Venus. Los tacomis nos hicieron prisioneros y nos obligaron a secundar sus proyectos. Odiamos a los tacomis tanto como los podáis odiar vosotros, oh, poderoso ser de Tarka.

—Tu lengua esta partida como la de una serpiente, terrestre —replicó con su extraño acento silbante el jeddad—. Si es cierto que odiáis a los tacomis, contesta: ¿Cuáles son los planes de Tacom? ¿Adónde ibais con la esfera volante que abatimos?

—Los tacomis quieren expulsaros de este sistema planetario. Ignoro el destino

que perseguía esa esfera volante.

—¡Mientes! ¿De dónde procede la aeronave gigantesca que dispara rayos desintegradores?

—Digo la verdad, oh gran jeddad. El *Kipsedon*, que así se llama el gran *Disco Azul*, ha permanecido vagando por el espacio durante muchos millares de años. Está gobernado por los hijos del gran Jumwha.

El ser de la mesa agitó las antenas. Parecía estar furioso.

—Jumwha murió —dijo—. ¿Saben los tacomis algo de la flota que viene de Tarka?

—¿Una flota? —el asombro de Müller fue perfecto—. Nada saben los tacomis de esa flota, pero si los prisioneros que tienen en su poder hablan...

El tarka se levantó de un salto.

—Un prisionero antena jamás habla. Seguidme. No somos despreciables como los hombres rojos.

Los terrestres siguieron al ser vestido de negro por unos amplios y resplandecientes corredores hasta salir al patio, que comunicaba con la parte trasera de la fundición.

Un grupo de hombres antena rodeaba a los prisioneros tacomis, uno de los cuales aparecía colgado por los pies de una grúa. A una seña del jeddad, el armatoste funcionó, retirando el cable, y el cuerpo del tacomis fue levantado en el aire y colocado sobre uno de los hornos donde se templaba el hierro y el acero. Los gritos de la víctima, arrancados de esta manera tan salvaje, erizaron los cabellos de Niva y aun hizo correr ríos de sudor por los semblantes de los terrícolas.

El anciano tacomis fue lentamente bajado hasta desaparecer entre los vapores del horno. Luego, los gritos cesaron repentinamente y un repelente olor a carnes quemadas saturó el ambiente.

—Tenemos muchos procedimientos para hacer hablar a nuestros enemigos. Si los primeros resisten este suplicio, emplearemos el de la droga o el suero de la verdad.

—Y ¿por qué no lo usáis ahora y evitáis así la muerte de esos hombres? —inquirió Müller estremeciéndose.

—Porque antes de caer prisioneros, los tacomis han ingerido drogas que contrarrestan los efectos del suero de la verdad. Sólo el terror abrirá las puertas del silencio. Y tampoco podemos perder el tiempo esperando a que pasen los efectos de aquellas drogas.

Un segundo tacomis, imperturbable, de rostro hermético, fue enganchado por el cable y elevado por encima de las calderas.

Los terrestres miraron como fascinados, igual que un pájaro ante una serpiente, la terrible escena. De pronto, Niva emitió un grito ahogado, giró sobre sus talones y se tapó los ojos con las manos.

—A los hijos del gran Jumwha —prosiguió el tarka— les tenemos reservado un final semejante. ¡Todos caerán en nuestro poder! Todos los tacomis quedarán

reducidos a la condición de esclavos. ¡Los tarkas dominaremos el Universo entero!

* * *

Tania corrió una suerte distinta a la de sus compañeros. La metieron en uno de los pozos; pero aunque la encadenaron a la estaca no le dieron con el látigo ni la obligaron a trabajar.

Experimentó un gran alivio ante aquella concesión hecha a su sexo hasta que, por entre los gemidos, los trallazos y los gritos guturales, oyó la voz de los guardianes que hablaban en tacomis.

—Hazla cavar.

—No. Los hombres antena me han convertido en un ser despreciable, pero jamás lograrán de mí que maltrate a una mujer, aunque ésta sea de otra raza. No quiero estropearla con mi látigo.

—Pero podría soportar muy bien unos cuantos latigazos...

—No —protestó el otro—. Somos esclavos. Antes éramos hombres libres. ¿Vamos a permitir que los aborrecibles hombres antena destrocen también nuestra dignidad, hombre negro?

—Tal vez tengas razón —murmuró el capataz hopas—. Sólo pretendía alcanzar méritos aun a costa del sacrificio de una mujer de piel pálida y hermosa. Tienes razón; el terror nos ha hecho despreciables...

Y echó a andar línea abajo.

El otro guardián se asomó a la fosa. Tania, instintivamente, retrocedió. Latióle de pronto el corazón con violencia y apareció en su rostro una expresión de esperanza. El guardián era un tacomis, todavía joven, de rostro enjuto y mirada sombría.

—¿Hablas tacomis? —preguntó el hombre rojo.

Tania afirmó con la cabeza.

—¿Es verdad que mis hermanos de raza se han rebelado contra el poder de Tarka y presentan batalla en todos los frentes?

—Así es —asintió la muchacha—. El *Kipsedon*, la aeronave del jeddad Jumwha que partió de Tacom hace muchos años, ha aparecido de improviso en esta galaxia y ha levantado en armas a todos los tacomis dispersos por los mundos siderales. Los tacomis se han apoderado de las bases que los hombres antena tenían en la Luna y en Venus. Dentro de poco invadirán Marte y juntarán en apretado haz a todos los esclavos que ahora gimen bajo el yugo de Tarka.

El capataz gruñó guturalmente. Su semblante reflejó los pensamientos agradables que debían bullir en su mente.

—¿De dónde eres tú?

—De la Tierra, un planeta de este sistema solar. Soy amiga de los tacomis y de los hombres que están en las otras fosas. Éstos iban a reunirse con Yandot, uno de los hijos del gran Jumwha, para combatir a los tarkas, cuando caímos todos prisioneros al

ser destruida la esfera en que viajábamos.

El capataz soltó dos gruñidos. Tania, impulsada por su curiosidad femenina, interrogó:

—¿Qué haces aquí tú, un tacomis, con tu látigo?

—Tengo que dar latigazos para impedir que me los den a mí —gruñó él con rabia—. Hoy soy capataz; mañana, a lo mejor, me arrancarán el collar del cuello y me echarán a un agujero. Soy tan prisionero como esos pobres diablos que están cavando.

—Pero... ¿qué significa esto?

—Sacamos mineral para la fundición. Como he nacido esclavo, ignoro para qué sirve. Sólo sé que los hombres cavan y mueren.

—¡Cavan y mueren! ¿Y no os rebeláis?

—El terror más loco nos oprime. Ahora las cosas pueden cambiar si es cierto que los tacomis se preparan para invadir el planeta. Millones de marcianos, tacomis, tumpis y hopas se sublevarán a un solo grito de mando. Yo me encargaré de propagar las gratas nuevas.

—¿Qué harán con nosotros?

—Tus compañeros tal vez continúen trabajando en las fosas. Tú, probablemente, serás conducida al palacio y nombrada esclava de alguna mujer antena. Ten valor. Nosotros, los tacomis que trabajamos en este penal maldito, te protegeremos. La vida no vale gran cosa aquí.

Ocurrió algo entonces que sirvió para demostrar nuevamente lo despiadados que eran los hombres de Tarka.

Se oyó el ruido de un motor y un enorme tractor apareció por la línea extrema de los pozos. El vehículo parecía una sombra negra a la pálida luz de las estrellas y veíase ocupado por las siluetas espantables de tres hombres antena armados de látigos, que hacían restallar sobre sus cabezas golpeando a diestra y siniestra. Tenían las trallas de cuero, reforzadas con alambre y endurecidas con ayuda de resina. Los azotes propinados con aquél instrumento mordían hondo y arrancaban alaridos de angustia.

Uno de los guardianes se rebeló. Esquivó el golpe de uno de los látigos, se aproximó al tractor e intentó encaramarse a él de un salto. Los tarkas soltaron una serie estridente de silbidos, empuñaron sus fusiles eléctricos y dispararon contra el infeliz, un negro alto y escuálido. Éste se convirtió en una cosa azul y cayó al suelo retorcido de una manera grotesca.

Después de aquello nadie opuso resistencia ya.

Uno de los hombres antena bramó una orden. Unos guardianes corrieron a la fosa en que se hallaba Tania. Abrieron los grilletes e hicieron una seña a la muchacha, que estaba aterrorizada, para que saliera del agujero.

Mientras era conducida a presencia de los tarkas, oyó una voz gutural que susurraba a su lado:

—Confía en Gomal. Yo te libraré de esos perros antenas.

Era el capataz tacomis que conversara con ella.

Tania fue subida al tractor, que arrancó con estrépito desapareciendo en breve en la noche...

Kazan y Wilson se percataron de lo ocurrido y gritaron con todas sus fuerzas, maldiciendo a los hombres antena. Recibieron en contestación varios latigazos, que les hicieron doblegar las espaldas y continuar rabiosos su trabajo.

Pasaron una noche de pesadilla. Al amanecer, un amanecer tan frío como la misma noche, que les entumeció los músculos, se les concedió un descanso de dos horas, aunque no les dieron el menor alimento. Cuando reanudaron el trabajo apareció un vehículo oruga que dejó en el panal a dos viejos arrugados y encorvados, que fueron amarrados a unas estacas. Luego, armados de un pico, iniciaron la tarea de abrir dos nuevos fosos.

Los hombres antena se alejaron a toda velocidad entre una nube de polvo volcánico, mientras los dos terrestres contemplaban a los esclavos recién llegados.

—Son dos de los tacomis que tripulaban nuestra esfera —dijo Kazan.

Wilson, desde la fosa vecina, dijo:

—Su presencia indica que tal vez Niva, Müller y Garry se hallen prisioneros no muy lejos de aquí. Por lo menos Garry subió a la superficie con uno de éstos.

Kazan no replicó. Pensaba en Tania. ¡Ay de los hombres antena como hubieran causado algún daño a la muchacha! Por encima de todo tenía que escapar y salvarla, ¿pero cómo?

A mediodía, cuando el Sol apenas lograba calentar la piel, se les dio un poco de comida, con la advertencia de que serían los únicos alimentos del día. Después prosiguieron su interminable labor, a fuerza de golpes que dejaban cruentas señales en sus cuerpos. Llegó la noche...

Fue una ráfaga azulada que cruzó el espacio lo que hizo levantar las cabezas de todos los condenados a las fosas. Un rastro luminoso que apareció por poniente y desapareció en la vertical por encima mismo de ellos. Percibióse una conmoción en la caleta donde se hallaban los aerocohetes tarkas y cinco de éstos ascendieron hacia lo alto, dejando tras de sí amplios surcos rojizos que se confundieron con el resplandor que emanaba de la fundición.

—Era una esfera —comunicó Kazan—. Reconocería su rastro entre mil.

—Me tiene sin cuidado —masculló el teniente—. ¡Si por lo menos supiese Yandot que nos encontramos en un apuro...!

—Es muy posible que sepa eso y mucho más. ¿No recuerdas que el hombre rojo parece adivinar telepáticamente el pensamiento de una persona que se halle a distancia y piense en él?

—Eso no me lo trago —manifestó Wilson—. Reconozco que Yandot es un ser superdotado; pero de ahí a leer, como has dicho, el pensamiento por telepatía hay un abismo.

—Pues sea cierto o no, yo no aguanto más esta situación. He estado trabajando con mi cadena y pronto estaré libre de movimientos. Luego... que sea lo que el destino quiera...

—Más vale que encomiendes tu alma a Dios, ruso. No lograremos salir vivos de este infierno.

—Haz lo que te parezca, yanqui del demonio. Yo acostumbro a jugármelo todo a una carta.

—Perderás... Es posible que consigas salir del agujero. ¿Y después? Tendrás que atravesar las fosas entre un número abrumador de guardianes. Y si pasaras, ¿qué ocurrirá cuando te encuentres con hombres antena? Es fácil la respuesta, ¿verdad?

El restallido seco de un látigo cortó bruscamente la conversación. Wilson maldijo sonoramente, pero no volvió a insistir. El ruido de su pico anunció a Kazan que el aviador golpeaba de vez en cuando contra su cadena y que, pese a sus funestos augurios, proyectaba seguirle en la empresa.

* * *

Yandot tocó suavemente en la orilla cubierta de lava. Apretó un botón de su cuadro de mandos que llevaba sobre el cinto y el tenue zumbido que se percibía en la especie de joroba que llevaba a sus espaldas cesó por completo. Había descendido de la esfera valiéndose del aparato que tenía adosado a la espalda, que al anular la fuerza de gravedad prestaba a su cuerpo una sensación extraña de flotabilidad y le permitía moverse en todas direcciones impulsado por unos reactores diminutos, pero de gran potencia.

Orientándose rápidamente, Yandot cruzó una faja de algas, de la que los marcianos primero, y los hombres antena después, habían sacado y continuaban extrayendo un pan de excelente calidad, y se internó por la vegetación próxima al agua, vegetación compuesta de árboles retorcidos por el viento, descoloridos por las salpicaduras del agua salada, y cactus marcianos, cuyas palas tenían el aspecto de cabezas de cobra.

Llegó al fin a un sendero abierto a través de la espesura. Reconoció en él uno de los caminos abiertos por las tortugas marinas. Las chimeneas de la fundición proyectaban espesas columnas de humo, cuando Yandot llegó a la alta meseta llena de los misteriosos pozos excavados por las manos del hombre. Siguió adelante, manteniéndose por el borde del bosque hasta que llegó cerca de las fosas en construcción.

Observó desde detrás de un macizo de cactus, mientras los capataces paseaban de arriba a abajo a lo largo de la línea de agujeros dando algún latigazo a los esclavos que cavaban hasta morir de fatiga en el extraño conjunto de agujeros que parecía un panal.

El hombre rojo aguardó una ocasión para acercarse y examinar los agujeros. Pero

desde la llegada de los terrestres, la guardia había sido doblada. No se le presentó ocasión alguna de aproximarse y asomarse.

Delante de la hilera de agujeros, unos cincuenta metros más allá, sobre el elevado suelo de la meseta, se alzaba una pequeña empalizada de cemento donde se almacenaban las herramientas sobrantes. Las custodiaban cuatro hombres negros de fuertes músculos, cuyos cuerpos semidesnudos brillaban cada vez que aparecía el resplandor de la fundición.

Hablaban entre sí un idioma profundo.

Uno de ellos dijo de pronto:

—Esa roca plana que hay allí... ¿de dónde ha salido?

El resplandor de la fundición se apagó antes de que sus compañeros pudieran mirar.

—No recuerdo yo que hubiese ninguna roca por ese lado —dijo otro de ellos.

—Pues mira cuando vuelva el resplandor.

Volvió a iluminarse el cielo.

—¡Mira! —dijo el de la vista aguda.

—¿Dónde? —preguntó el otro.

—Ya estoy mirando —intervino un tercero— y no veo nada.

—¿Intentas burlarte acaso? —inquirió el cuarto—. No hay nada allí.

—Pero había una roca antes —gruñó el primer guardián con testarudez—. Estoy seguro...

En la oscuridad, la voz del hombre se ahogó de pronto con un gorgoteo.

—¿Qué te pasa? —preguntó uno de sus compañeros—. ¿Te has tragado algún escarabajo...?

Se oyó otro gorgoteo ahogado, y el segundo dejó de hablar tan bruscamente como el primero.

Los dos restantes empezaron a preguntarse alarmados...

—¿Qué ocurre...?

Nunca lo supieron. Sonaron dos nuevos gorgoteos simultáneamente. Y después, silencio.

El resplandor de la fundición volvió a iluminar los pozos de la elevada meseta. A la luz se veía a los cuatro guardianes sentados, con la espalda apoyada en la empalizada, mientras que dentro de ésta un gigantesco hombre rojo se movía escogiendo una herramienta, un afilado pico.

La luz se apagó y volvió a aparecer, revelando algo que bien podía pasar por una roca de color rojo a mitad del camino entre la empalizada y el bosque raquíutico. Pero cuando volvió a aparecer el resplandor, la roca había desaparecido, y Yandot, escondido entre los espinosos matorrales avanzaba hacia la línea de pozos con el pico en la mano.

Había estrangulado con sus poderosas manos a los cuatro guardianes. Había sido para él un juego de niños.

Yandot pasó junto a la línea delantera de pozos en que cavaban los esclavos encadenados y, aprovechando una ocasión propicia, se dejó caer dentro de uno de los agujeros abandonados, inmediatamente detrás de la primera hilera.

Se puso a hacer rápidamente un agujero en las paredes circulares. La pared que separaba una fosa de otra era delgada. En pocos momentos había practicado una abertura lo bastante grande para poder pasar.

Había sido su intención ponerse en contacto con un esclavo tras otro de aquella manera, hasta tropezar con alguno que pudiera informarle acerca de la suerte de sus amigos, los terrestres. Al mirar por el agujero que había practicado, dejó escapar un gruñido gutural.

El esclavo encadenado lo oyó y se puso visiblemente rígido. Era éste un individuo de anchas espaldas y poderoso torso. El rojizo resplandor de los hornos iluminó brevemente sus facciones revelando una nariz recta, un bigote puntiagudo y unos ojos grises que despedían llamas de astucia. Interrumpió su trabajo para mirar a Yandot. Se acercó, brillantes de sudor los músculos, a él, arrancando la cadena.

—¡Rayos, Yandot! ¿Cómo has llegado tú?

—Cuéntame lo ocurrido, Kazan —dijo el hombre rojo en voz baja sin responder a la pregunta del ruso.

—Todos estamos vivos... pero no lo estaremos por mucho tiempo más. Nos atraparon al ser destruida la esfera por los torpedos de un submarino tarka. ¿Has venido solo? Hace menos de una hora vimos el rastro de una esfera.

—¿Dónde están los demás?

—Wilson está encadenado en el pozo contiguo al mío, y dos tripulantes de la esfera están en los de más allá. A Tania se la llevaron esta mañana al palacio.

—¿Y Niva?

—No lo sé. Ignoro si sigue viva o si está prisionera en el palacio. Tampoco sabemos nada de Garry y Müller, aunque hace unos minutos se me ha acercado un capataz tacomis diciéndome que todos estaban bien, por eso te he dicho antes que todos estamos vivos.

Pasó un capataz, miró hacia abajo y soltó un trallazo. En el hombro de Kazan apareció una roncha encarnada.

—Déjate de hablar solo —ordenó el capataz— y cava más aprisa.

Cuando hubo seguido adelante el hombre, Dimitri dijo entre dientes:

—¿Te das cuenta de lo que ocurre? La mayor parte de los que cavan mueren pronto.

—Voy a librarte de la cadena. Colócate de forma que tu espalda me tape todo lo posible.

—He estado trabajando con el grillete. Está medio suelto.

Yandot manipuló unos instantes en el cerrojo de la cadena y haciendo presión con sus poderosas manos hizo saltar la cerradura con un fuerte chasquido.

Escucharon un momento por si algún capataz se había apercebido de la operación,

pero al no presentarse ninguno el hombre rojo gruñó en la oscuridad:

—Toma el fusil eléctrico y protégeme las espaldas.

Luego, cogiendo el pico, abrió rápidamente paso al pozo de Wilson.

—¡Cielos! —exclamó ahogadamente el aviador—. ¿Eres un fantasma?

Yandot le libró en unos segundos de la cadena y le entregó una pistola eléctrica.

—Sígueme, americano.

Entraron en el pozo de Kazan.

—Oigo pasos —avisó el ruso—. Arrimaos a la pared.

Un capataz se acercó a la fosa. El látigo restalló en dirección a Dimitri. Yandot alzó las manos, asió la tralla y le dio un tirón.

Tan inesperada sacudida hizo que el capataz perdiera el equilibrio antes de haber tenido tiempo de plantar bien los pies para soportarla o de soltar el látigo. Yandot le dio un puñetazo cuando aún estaba en el aire. Cuando tocó el fondo del pozo, había perdido ya el conocimiento.

El hombre rojo se inclinó sobre él, le dio la vuelta y le examinó unos instantes.

—Es un negro hopas —dijo Kazan—. Los hopas proceden de un planeta llamado Balamber, sojuzgado también por Tarka. Me he enterado de muchas cosas mientras cavaba. Hay un gran número de tacomis prisioneros en Marte. Algunos son capataces y otros trabajan en las fosas o en la fundición. Creo que todos tienen un pánico atroz a los hombres antena. Pero...

Yandot le impuso silencio con un gesto.

—Vienen algunos hombres corriendo —gruñó—. Habrán advertido la desaparición de este capataz. Voy a ayudaros a salir de aquí.

Kazan tomó carrerilla y saltó sobre las manos entrelazadas de Yandot, que le echó hacia arriba. Wilson fue proyectado hacia el exterior de la misma manera.

Luego el propio Yandot dio un salto, se agarró al borde del pozo, salió y se unió a los dos terrestres, que apuntaban con sus armas al grupo de capataces que se había inmovilizado en silencio a pocos metros de ellos. Al surgir Yandot, los capataces retrocedieron impresionados, no tanto por el imponente aspecto como por la extraña joroba que llevaba adosada a sus espaldas. El hombre rojo alzó el brazo.

—Escuchad la voz de Yandot —su voz poderosa llegó hasta los confines del panal—. Escuchad todos, capataces y esclavos.

Los gemidos y los trallazos habían cesado. El silencio era majestuoso.

—El poder de Tarka está llegando a su fin —siguió Yandot—. Pronto millones de esclavos de todo el planeta se sublevarán a los gritos de: «¡Libertad!» y «¡Muerte para los hombres antena!». Nuestras flotas de combate invadirán Marte y destruirán todas las bases tarkas. Uníos al movimiento de rebelión.

Gomal, el mismo joven tacomis que había hablado con Tania, se destacó del grupo.

—Nosotros, los tacomis prisioneros, estamos contigo. La mujer de tez pálida no mintió. Manda y obedeceremos.

—¿De qué mujer hablas? ¿Dónde se encuentran los prisioneros terrestres?

—En el palacio situado junto a la fundición. Yo os conduciré hasta allí. Prometí a la mujer blanca que la libertaría.

—Desencadenad a todos los esclavos que cavan en las fosas.

Los capataces tacomis y marcianos se lanzaron a cumplimentar la orden. Los tumpis y los hopas se mantuvieron inmóviles, pero no se opusieron a la libertad de los esclavos.

—¿Con quién estáis vosotros? —les preguntó Yandot.

Un ser amarillento y delgado de cuerpo se adelantó.

—Somos esclavos de los hombres antena —dijo—. ¿Seremos hombres libres si los tacomis triunfáis en esta guerra? ¿No cambiaremos tan sólo de dueño y nuestra situación seguirá siendo la misma?

—Yo, el hijo menor del gran Jumwha, os prometo que bajo la confederación de pueblos enemigos de Tarka seréis hombres libres e independientes. Se os concederán tierras para que podáis vivir sin temor a la esclavitud, que será abolida. Los hombres amarillos de Venus y la Luna son nuestros aliados.

—Entonces, cuenta también con nosotros. ¿Qué hacemos?

—Es preciso asaltar el palacio. Una vez esté en nuestro poder, las aeronaves tacomis atacarán la fundición y la base aerosubmarina de la caleta. Si conseguimos penetrar en el palacio sin que se dé la voz de alarma, el triunfo será indiscutiblemente nuestro. Cogemos las armas de los hombres antena que vayan sucumbiendo en la lucha.

Todos los esclavos que trabajaban en las fosas, en número de más de un millar, se agruparon alrededor de Yandot.

—¡Adelante! —gritó éste—. ¡Y guardad el más profundo silencio!

Gomal, el joven tacomis, abrió la marcha seguido de Yandot, los dos terrestres, los dos tripulantes supervivientes de la esfera destruida y toda la cohorte de capataces y esclavos armados de látigos, palos, picos y piedras.

Atravesaron una faja de vegetación espinosa, siguieron por una senda, entre rocas negras y volcánicas y se abrieron paso entre las enredaderas y una oscuridad rasgada de vez en cuando por el resplandor de la fundición.

Era ya cerca del amanecer cuando por los intersticios de la vegetación se vieron los sombríos muros del palacio marciano. Por el lado que daba al mar, los muros negros brillaban de humedad. Por el lado de la selva, las torres y los torrentes estaban bañados en una bruma rojiza.

—Es un sitio que hace creer en brujas, ¿verdad? —murmuró Wilson.

—Su aspecto es singularmente amenazador, en efecto —asintió Kazan, mostrándose por primera vez de acuerdo con Wilson.

—Esperad todos aquí —gruñó Yandot.

—¿Dónde vas? —le preguntó el ruso blanco.

—Voy a escalar la muralla y el torreón, y entrar en el palacio por arriba. Abriré la

puerta desde dentro y tenderé el puente levadizo. Cuando tal veáis, acudid prontamente.

—¿No se te ha ocurrido lo posibilidad de que los hombres antena estén enterados de nuestra fuga y finjan no saberlo para prepararnos una trampa? —inquirió Wilson.

—Sí que cabe esa posibilidad —asintió Yandot—. Los tarkas tienen un ingenio diabólico. Espero descubrir algún peligro, si lo hay.

Se oyó un suave zumbido en la oscuridad. Todos los que se hallaban cerca de Yandot abrieron la boca de puro asombro. Vieron cómo el hombre rojo se levantaba del suelo y desaparecía en las sombras por encima de la muralla. Y cuando volvió el resplandor de los hornos de la fundición, vieron una especie de murciélago gigante volando en torno al torreón. Luego se apagó el resplandor, y cuando volvió a verse, Yandot había desaparecido.

CAPÍTULO V

POR LA CONQUISTA DE MARTE

Yandot encontró fácil entrar en el palacio por una de las ventanas del alto torreón, porque no tenía cierre. En la oscuridad, bajó a tientas por la escalera de caracol, sin pasamanos. En una habitación de la misma torre, y que tenía una alargada ventana que daba al patio, se detuvo y miró por ella.

Abajo, en el patio que parecía un pozo, vio a la pálida luz de las estrellas la ronda de vigilancia de los hombres antena. Éstos, confiados hasta el extremo, sólo mantenían centinelas junto al puente levadizo, ya que descartaban cualquier ataque procedente de tierra. Sin embargo, en la fundición y en la base vecina, los servicios de vigilancia y seguridad debían ser máximos.

Fuera de los muros del palacio esperaban los esclavos dispuestos a lanzarse a la venganza y al saqueo. Antes de que esto ocurriera, Yandot pretendía dar con el paradero de Niva, Tania, y los dos terrestres. No le había costado averiguar su paradero. Los aparatos e instrumentos de su esfera volante le dieron la posición exacta donde se hundió la aeronave que conducía a los terrestres. Luego se percató de que los hombres antena habían interferido su rayo de onda y emitían señales desde el Norte. Siguiendo aquel mismo rayo, Yandot había descubierto el palacio, la fundición y la base submarina. La escuadra de Zanu estaba dispuesta para intervenir en la destrucción de la base enemiga, cosa que podrían haber realizado ya si Yandot no hubiese decidido rescatar a sus compañeros. Niva estaba en aquel palacio. Pronto daría con ella.

Inconscientemente alargó un dedo, lo pasó por cristal de la ventana y luego tabaleó, con suavidad, sobre él.

Como si el tabaleo sobre el cristal hubiera sido una señal, se oyó un ruido en la oscuridad detrás de Yandot, algo así como sí a alguien se le hubiera escapado la respiración que hubiese estado conteniendo. Yandot se encogió, se apartó de la ventana y escuchó.

En la oscuridad percibió una respiración espasmódica. Era evidente que había alguien en el cuarto que intentaba contener la respiración.

Moviéndose tan silenciosamente como una fiera en la selva, Yandot se dirigió hacia el lugar de donde salían los sonidos. Iba echado hacia adelante, con los brazos extendidos, dispuesto a asir y estrangular.

Se detuvo bruscamente, olfateando. Un olor muy sutil, un perfume débil, pero que no le era desconocido, llegó hasta él. Se relajaron sus músculos y se irguió, buscando a tientas.

—Niva —susurró.

En la oscuridad sonó una exclamación ahogada y unas manos femeninas le agarraron.

—¡Oh, Yandot! —murmuró la rusa.

Estaba temblando, pero la presencia del hombre rojo pareció devolverle las fuerzas. Dejó de temblar, suspiró y alzó la mirada, intentando ver el rostro del tacomis.

—Si hubieras tardado una hora más hubieses llegado tarde. Garry y Müller van a ser echados al horno de la fundición en cuanto amanezca. Los tarkas están rabiosos. Se han enterado de que en una de las regiones de Marte ha habido una sublevación de esclavos capitaneados por los tacomis. Éstos arrasaron una base y se apoderaron de un importante centro atómico. La escuadra de Zanu les causa a toda hora terribles perjuicios y desastres. Dicen que Garry y Müller mintieron. Han estado sometiendo a tormento a los tripulantes de la esfera. Nos lo hicieron presenciar. Ha sido horrible. Los quemaban vivos en los hornos. Los hombres antena no tienen corazón. ¿Son verídicos todos los rumores que han llegado hasta mí?

—Lo son —afirmó el hombre rojo—. Estuve en esa región que tú dices. Entré en contacto con los marcianos. Todos se alzaron contra el opresor. Con la ayuda de Zanu y de los marcianos atacé una base tarka, destruyéndola. Luego me enteré de que la esfera había sido abatida sobre el océano y..., vine a buscaros.

—¡Oh, Yandot! Sácame de aquí. He estado al servicio de las mujeres del jedad. No son humanas. Maltratan a sus esclavas con los latiguillos que siempre llevan consigo. Las mujeres marcianas y las tacomis reciben la mayor parte de los golpes. Hay un abismo aterrador entre ellas. Se odian a muerte.

—¿Y Tania, Müller y el sargento?

—Tania está al servicio de la primera mujer del jedad, que habita el cuerpo principal del palacio. Me encerraron aquí porque me opuse al castigo de una esclava.

—Sígueme.

Niva se cogió de la mano de Yandot y éste la condujo a través del cuarto a la escalera de caracol. Subieron al torreón. Continuaba siendo la noche apacible y límpida, aunque fría. El tacomis lanzó una mirada al patio. Había dos hombres antena paseándose por la muralla, sin prestar demasiada atención a su labor de vigilancia. Otros dos se mantenían junto a la puerta de aquel sector, a la que se hallaba adosado el puente levadizo. En el patio se levantaba un pabellón donde descansaba la guardia, y en todos los torreones se veía un emplazamiento de cañones atómicos. Ningún sirviente de las piezas estaba en su sitio. La guardia del palacio era, pues, mínima.

—Viven confiados —gruñó Yandot—. Lo pagarán caro.

Puso en funcionamiento su aparato antigravitatorio y de impulsión, y cogiendo en brazos a Niva se lanzó hacia los dos hombres antenas que se paseaban por la muralla. Éstos, a pesar de encontrarse distraídos, lo detectaron, requiriendo el auxilio de sus armas.

Yandot cayó sobre ellos con las piernas por delante, derribándolos. Mientras los

tarkas se revolvían tratando de incorporarse, el hombre rojo depositó a Niva en la muralla y disparó su pistola eléctrica, que llevaba empuñada.

Alcanzados de lleno, los dos adversarios se encogieron en medio de una brillante chispa azulada y se desplomaron sin vida. Luego, sin perder un segundo, apuntó hacia los dos hombres antena de la puerta y apretó el gatillo ininterrumpidamente hasta ver retorcidos y quemados en el suelo a los aborrecibles enemigos.

—Coge esos fusiles y sígueme —le dijo a Niva, señalando las armas de los muertos de la muralla.

Yandot se lanzó volando hacia el puente levadizo. Tiró de la palanca que hacía funcionar el mecanismo que bajaba el puente. Emitió un silbido.

De las plantas espinosas brotaron, como por ensalmo, mil quinientos seres sedientos de venganza que se apretujaron junto al puente en un ansia loca de entrar los primeros en el palacio amurallado.

Kazan y Wilson llegaron delante de todos. Eran los únicos que iban armados.

—Disparad contra todo el que salga de aquel pabellón —ordenóles el hombre rojo—. Es el retén de guardia.

Cogió los fusiles de los muertos y los que llevaba Niva y los entregó a Gomal y a los viejos tripulantes de la esfera.

—Entrad en el palacio y apoderaos de los torreones —gritó Yandot.

Los esclavos se desperdigaron en todas direcciones dirigiéndose muchos de ellos hacia el pabellón que albergaba a los hombres antena.

Yandot recogió a Niva y se elevó con ella hasta el torreón desde el que se dominaba todo el patio. Se oyó un estampido, seguido casi al instante de inmenso griterío. La alarma estaba dada. Se escucharon más explosiones y grandes columnas de humo llenaron el patio. Los tarkas disparaban desde el pabellón contra los asaltantes, que caían en verdaderos racimos. Al fuego mortífero de los defensores, sólo replicaban los terrestres y los tacomis provistos de armas.

Yandot se sentó detrás del cañón atómico del torreón, y entregando su pistola a Niva le indicó:

—Vigila la escalera.

Apretó el gatillo de la poderosa arma. Un volcán en erupción brotó en medio del patio al desaparecer el pabellón, desintegrado bajo las explosiones de los proyectiles atómicos.

Las sirenas de alarma tarkas llenaban con sus agudos silbidos el aire del amanecer. Yandot disparó hasta agotar la provisión de proyectiles del cañón sobre los altos hornos de la fundición, que a su vez, estallaban esparciendo la destrucción y la muerte.

El griterío era ahora ensordecedor. El ruido de las explosiones y de los estampidos aturdía. La confusión era espantosa. De la caleta llegaba el ruido que hacían los aerocohetes al elevarse hacia el espacio, y de la base salían los primeros tanques antenas en ayuda del palacio.

Pero según lo tenía previsto el hombre rojo, del cielo surgieron estelas y más estelas que se convirtieron en breve en la escuadra corsaria de Zanu. Las esferas y los destructores se abatieron sobre la base aeronaval, los tanques y las tropas de infantería y los aerocohetes que ascendían raudos a su encuentro.

Yandot dejó su inútil cañón, y puesto que no funcionaba el ascensor que subía las cargas, bajó por las escaleras con rapidez, llevando pegada a sus talones a Niva.

Pasado el primer momento de alegría del hombre rojo por haber encontrado indemne a la criatura por la que suspiraba día y noche, volvió a caer en hermetismo profundo, porque ¡cuán cerca y al mismo tiempo cuán lejos estaba de ella!

El estrépito y la algarabía en el interior del palacio eran infernales. Los esclavos recorrían las habitaciones matando en sus lechos a los hombres antena, tirándolos por las escaleras y satisfaciendo en ellos todo el odio acumulado durante años de suplicios y esclavitud.

En algunos lugares, tarkas de buen temple se defendían encarnizadamente, dando muestras de un valor sobrehumano. Los montones de esclavos se apilaban delante de las puertas de sus habitaciones, víctimas de los rayos eléctricos.

Pero conforme pasaba el tiempo, los esclavos aparecían mejor armados y la lucha proseguía encarnizada y tenaz.

En un corredor, después de haber tenido que forzar un par de puertas, Niva y Yandot se tropezaron con el sargento John Garry y el alemán.

—Ya sabía yo que esto no podía ser obra de esos pobres diablos —exclamó alborozado Müller—. Te saludo, Yandot.

—¿Habéis visto a Tania? —preguntóles Niva.

—No. Cuando nos separaron de ti, el jeddad no se fió de nosotros y nos encerró en un calabozo del que hemos sido libertados hace un minuto por un grupo de ardorosos marcianos. ¿Y Kazan y el teniente?

—Buscando desesperadamente a Tania.

—Nosotros iremos por esta parte —dijo Müller—. Separándonos tendremos más probabilidades de encontrarla.

El alemán y Garry se alejaron por un pasillo en pos de un grupo de negros hopas que saqueaba todo lo que encontraba. En el salón marciano de recepciones vieron a Kazan y a Wilson que desaparecían por una puerta camino de las habitaciones privadas de los jefes tarkas.

El ruso no daba abasto a su fusil eléctrico disparando contra todo lo que llevase antenas en la cabeza.

—Es difícil saber si son hombres o mujeres —se excusó cuando el americano le dijo que no había necesidad de matar a las mujeres antena—. Además, una mujer puede ser tan peligrosa como un hombre. Hay algunas que se defienden como fieras.

—Es inútil que te excuses —replicó con mordacidad el teniente—. Sé la clase de tipo que eres.

—¿Sí? ¿Y puede saberse qué soy yo?

—Un salvaje.

Kazan soltó un bufido y, rápidamente, levantó el fusil. Disparó. Detrás de Wilson se derrumbó carbonizada una mujer antena que empuñaba una pistola.

—Hay qué ver cómo te aprecian las bellezas de Tarka —dijo burlón el ruso.

Fred Wilson miró el cadáver de la tarka con aprensión, pero no dijo nada.

Registraron un buen número de habitaciones. Preguntaron a las esclavas tacomis que salían al encuentro de los suyos. Se abrieron paso a viva fuerza, enfrentándose con la muerte en cada aposento. Por fin, perdidos entre un dédalo de habitaciones, se detuvieron indecisos.

—Nada —murmuró Wilson descorazonado.

Unos gritos penetrantes de mujer llegaron de pronto a sus oídos.

—Por aquí —dijo Wilson echando a correr.

—No es Tania la que grita —dijo Kazan siguiendo a su compañero.

Cruzaron el umbral de una puerta y se encontraron ante un cuadro espeluznante.

Tres hombres antena, cubiertos sus hombros con capas oscuras, armados de largos cuchillos, degollaban a otras tantas mujeres de su misma raza, mientras un soldado tarka impedía a un grupo de esclavas que abandonasen la habitación, encañonándolas con su fusil. En medio de este grupo de mujeres, los dos amigos vieron a Tania, pálida, cubriéndose los ojos con las manos de puro horror.

El mármol del piso resplandecía con la sangre de las víctimas. La luz de las bombillas eléctricas arrancaba reflejos acerados de los cuchillos que blandían los hombres antena.

Kazan disparó contra el individuo que vigilaba a las esclavas. Una luz verde lo envolvió. Cayó al suelo convertido en una cosa negra de la que salían volátiles columnillas de humo. Wilson hizo lo mismo con uno de los hombres antena que se cubría con una capa oscura.

Los otros dos se revolvieron, blandiendo sus cuchillos y saltando sobre los terrestres. Wilson desvió la hoja con la culata de su fusil y tendió una hábil zancadilla, con la que derribó al suelo a su enemigo. Luego, furiosamente, le machacó el cráneo hasta pulverizárselo.

Kazan resistió la embestida, sin tener tiempo para disparar. El cuchillo le hizo un profundo rasguño en el brazo desnudo. Apretando con fuerza los dientes descargó la culata de su arma sobre la pelada cabeza de su enemigo, el cual esquivó el golpe, al tiempo que le propinaba un puñetazo en el brazo armado. El fusil cayó al suelo con estrépito y Kazan se halló desarmado e indefenso ante las acometidas del hombre antena.

Cuando éste se arrojaba hacia adelante para consumir su obra, un chispazo verde le dio de lleno en el semblante. Dando una trágica voltereta se desplomó encima de los cadáveres de sus víctimas.

Las esclavas, saliendo de su impasibilidad, huyeron por las puertas dando gritos, todas excepto Tania, que se desplomó sollozando en brazos de Dimitri Kazan.

Wilson palideció ligeramente, engarfiando los dedos sobre el fusil que empuñaba. Por un momento se maldijo por haber intervenido oportunamente para salvar la vida del ruso. Luego recordó que en otra ocasión similar, había sido Kazan quien le salvara de la muerte.

—Salgamos de aquí —dijo roncamente.

Dimitri recuperó su arma y, llevando cogida del brazo a Tania, echó detrás del norteamericano. La muchacha se fue tranquilizando a medida que se alejaban de aquella habitación.

—¿Por qué mataron los hombres antena a esas mujeres? —preguntóle Kazan.

—Eran sus esposas. No querían que sobrevivieran a su derrota. Uno de ellos, el que te hirió a ti con su cuchillo, era el jeddad de esta base. Después iban a matarnos a nosotras, las esclavas, y salir al encuentro de los invasores para morir matando. Sabían que no tenían salvación. He pasado unos momentos angustiosos y terribles.

—Esperemos que no tengas que sufrir ninguna calamidad más de este género —tranquilizó Kazan.

Por el palacio corrían los esclavos lanzando gritos de victoria. Habían comprobado que sus opresores no eran tan fuertes como creían, y esto les enardecía sabiendo que en breve les expulsarían de Marte con la ayuda de los tacomis.

El lugar donde había estado emplazada la fundición era ahora una inmensa hoguera que apagaba el resplandor del astro rey, que asomaba tímidamente entre los primeros albores de la mañana como un presagio feliz del resurgimiento de una raza, que hasta la presencia del *Kipsedon* en la Tierra estuvo abocada a la desesperación y a la ruina. Junto con los tacomis celebraban el triunfo los antiguos esclavos tumpis, hopas y marcianos.

* * *

La semilla de la rebelión estaba sembrada. Durante días enteros Yandot había trabajado enviando emisarios a las distintas ciudades marcianas, aniquilando por sorpresa una base tarka y apoderándose de una fábrica atómica. Su hermano Zanu, al mando de la escuadra satélite del *Kipsedon*, había seguido infligiendo graves pérdidas a los hombres antena.

Surgiendo siempre inesperadamente de los profundos espacios siderales caía sobre las bases tarkas y sobre los aerocohetes que patrullaban entre Marte y Júpiter, y después de causarles grandes daños se retiraba tan misteriosamente como había aparecido.

El Consejo tacomis, al que asistían los jefes aliados, exponía sus razonamientos a Temoc. Era aún pronto para lanzarse a una guerra decisiva contra el poderío de Tarka. Todavía no se hallaban preparados suficientemente. Las industrias de Venus y la Luna trabajaban sin descanso en la fabricación de aeronaves y máquinas robots, pero aun así el número de artefactos producidos era mínimo comparado con los que disponía

Tarka.

Procedentes de otros mundos arribaban todos los días aeronaves y más aeronaves tacomis; Temoc había decidido, en contra del Consejo, lanzarse a la guerra.

—No podemos esperar —dijo—. Antes de que transcurra un mes, habrá aparecido la flota tarka y entonces nuestras probabilidades de victoria serán nulas. Es preciso privar a esa flota de bases en este sistema planetario. Este es el motivo por el que haya decidido atacar Marte, aun a pesar de saber que la fruta de la rebelión no está todavía bien sazónada.

Decidida la invasión de Marte, la flota aliada se preparó intensamente. Dejando desprovistas de protección aérea a las bases de Kiyul y Yer-Mun, salieron al encuentro del *Kipsedon* todas las aeronaves aliadas. La escuadra de Zanu recogió a Yandot, a los terrestres y los esclavos de la fundición y los trasladó a la astronave para evitar las represalias que no tardarían en sobrevenir.

Efectivamente, los hombres antena no tardaron en salir de su pasividad. Atacaron la fábrica atómica y la base en poder de los marcianos y las destruyeron. Notábase mucho movimiento en todas las ciudades tarkas, e incontables cruceros y aerocohetes se lanzaban al espacio en busca de la flota aliada.

En el lugar señalado para la reunión, Temoc congregó a todas sus fuerzas. Estaban compuestas éstas por los siguientes efectivos: el *Kipsedon*, cuatro esferas, nueve platillos volantes y catorce destructores, aeronaves todas ellas tripuladas por los legendarios tacomis compañeros del gran Jumwha; treinta aeronaves, 50 bombarderos cohetes y ciento veinte aerocohetes de procedencia tarka, gobernados por los hombres amarillos de Tumpa, y cien aeronaves, doscientos cruceros y 500 platillos volantes tacomis, recién llegados de otros mundos, lo que hacía un total de 1.028 aeronaves.

En cincuenta enormes discos volantes fue embarcado el ejército mecánico, integrado por 30.000 robots y 10.000 máquinas, y el ejército de desembarco, compuesto por 500 tacomis de Tug-Zi, 1.500 antiguos esclavos de los tarkas al mando de Gomal, 10.000 hombres amarillos y 80.000 tacomis llegados de otros planetas, provistos todos de escafandras y trajes especiales de kass y amianto. Una vez puestas las plantas en Marte, el mando aliado calculaba que se les unirían, de primera intención, un millón de marcianos, 60.000 tumpis y 50.000 hopas a los que se les facilitarían armas, pero no protección contra los efectos atómicos.

Tarka tenía, por fin, que abrir los ojos ante la evidencia del peligro y la potencia ofensiva de sus despreciados enemigos. Los hombres antena, encastillados en su superioridad, habían hecho caso omiso de la reagrupación tacomis y de los adelantos efectuados por éstos en los campos de la Electrónica y Cibernética.

La flota aliada se movía en dirección a Marte. En el puesto de mando del *Kipsedon* se hallaban los siete hermanos Jumwha, los suts de los distintos cuerpos de desembarco y los terrestres. De nuevo se habían reunido todos: Kazan, Müller, el húngaro, repuesto ya de sus heridas y llegado de Kiyul, el capitán Derek Bedford, que

había estado descansando en Venus, el teniente Wilson, John Garry y el profesor Hoppel. Las mujeres habían sido trasladadas a Yer-Mun fuera del peligro que representaba el combate que se avecinaba.

Por la gigantesca pantalla de televisión veían acercarse a la flota tarka compuesta por más de 9.000 aeronaves y situada todavía a más de tres millones de kilómetros de distancia. Los cerebros electrónicos tacomis daban a cada instante su velocidad, rumbo y movimientos.

El tiempo pasó demasiado lentamente para el gusto de los terrícolas. Cuando las dos flotas enemigas se encontraban a una distancia de un millón de kilómetros, soltaron sus cohetes interceptores y, tras ellos, las espesas oleadas de torpedos atómicos y de cobalto.

Los tableros de mando del *Kipsedon* se plagaron de lucecitas. Cada torpedo era seguido en su ruta por los cerebros electrónicos. Pero esta vez, una parte considerable de los torpedos aliados habían sido dotados de los nuevos cerebros, creación del gran Jumwha, que evitando la lucha con los torpedos enemigos, se lanzaban raudos sobre los aparatos adversarios.

Súbitos apagones en las pantallas del radar tacomis indicaron a los reunidos en la sala de Control que los cohetes interceptores habían entrado en combate con los artefactos enemigos.

Zanu auxiliado por sus hermanos, seguía con ojos atentos el resultado de la batalla preliminar y la trayectoria de los nuevos torpedos. Éstos, como se esperaba, pasaron la barrera enemiga y se lanzaron sobre el grueso de la flota tarka, que los recibió con un terrible fuego de barrera formado por las explosiones de los proyectiles atómicos y los rayos paralizadores, eléctricos y cósmicos.

La pantalla de televisión se llenó de innumerables ráfagas coloradas, verdes y azules. Apagadas explosiones colmaron el espacio sideral, que parecía estar plagado de fuegos fatuos y de palmeras multicolores.

La superioridad numérica tarka se hizo notar en el envío de mayor número de torpedos, que cruzaron la barrera aliada para abatirse sobre las naves que comandaba Zanu. Entraron en juego las defensas de las naves interplanetarias aliadas. El *Kipsedon* creó el correspondiente campo magnético y disparó sus proyectores de rayos desintegradores. Los torpedos estallaron a millares y los rastros dejados en su destrucción por las naves siderales colmaron el espacio oscuro.

La batalla prosiguió encarnizada y cruenta. Las dos flotas evolucionaron para alcanzar nuevas posiciones. Zanu se lanzó a la carga, intentando disminuir las distancias, cosa que los tarkas trataban de evitar por todos los medios, porque ya había sufrido una vez los efectos de los rayos desintegradores tacomis.

La mayor velocidad del *Kipsedon* y de sus naves satélites hizo posible que, separándose del grueso aliado, cortasen la ruta de la flota tarka, que no tuvo más remedio que aceptar el combate a corta distancia.

Los rayos desintegradores cogieron de lleno a los aerocohetes antenas,

destruyéndolos a docenas. Los torpedos seguían volando en todas direcciones y lo mismo podía decirse de los cohetes y de las propias aeronaves, en una lucha sin cuartel en la que el odio y la muerte eran los únicos vencedores del momento.

Los segundos golpeaban sistemáticamente sobre el reloj del tiempo. Los segundos se convertían en minutos y éstos en horas. La batalla continuaba tenaz y desesperada. Los rayos desintegradores y los torpedos tacomis se imponían lentamente al número abrumador de aeronaves antenas. Las pérdidas, empero, eran cuantiosas por ambas partes. Mas a la larga, tenía que triunfar la superioridad táctica y técnica de los tacomis.

La flota tarka empezaba a desfallecer. Sus provisiones de torpedos iban menguando, sin que los aliados cesaran un sólo instante de disparar torpedos y más torpedos, almacenados previsoramente para una ocasión semejante a la vista de lo sucedido en la batalla anterior, que abatían y destruían todo cuanto se les ponía por delante. Los cerebros electrónicos perseguían a las naves tarkas para destruir o ser destruidos sin remisión.

El *Kipsedon* y sus abejorros enfurecidos atravesaron la línea tarka por su centro, partiéndola en dos. La suerte de los aerocohetes despegados de Marte estaba echada. Los rayos desintegradores hacían desaparecer de su frente a incalculable número de aparatos. Por fin, los aerocohetes tarkas evolucionaron y pusieron proa hacia Marte dando por perdida la batalla.

—No hay que darles respiro —gruñó Zanu ante los micrófonos—. Perseguidlos. ¡Listo el ejército de invasión! ¡Que avancen ahora las astronaves transportes!

Los terrestres presenciaron entusiasmados la aparición de los enormes discos volantes, más grandes que el propio *Kipsedon* aunque sin su protección y defensas.

Mientras el grueso de la escuadra aliada perseguía a los derrotados aerocohetes adversarios, el *Kipsedon* arrumbó hacia Marte.

La superficie del planeta subió a su encuentro. Atravesaron la atmósfera y se dejaron caer sobre la contextura superficial de Marte. Los discos volantes se esparcieron en todas direcciones. Diez eran las bases fuertes que tenían los hombres antena, alrededor de cada una de las cuales se posaron cinco discos que vomitaron su carga mecánica y su hormiguero humano.

Desde el aire, los aparatos siderales iniciaron el bombardeo de las ciudades cúpulas para evitar que las defensas dieran al traste con el avance de las máquinas y de los hombres enfundados en sus escafandras. Según fue siendo menor la resistencia los aerocohetes tarkas en el espacio, aumentó el número de aeronaves aliadas que acudían en socorro del ejército desembarcado.

Los cien mil tacomis y tumpis se lanzaron detrás de las máquinas destructoras e infernales. No iba a ser fácil la lucha. Los hombres antena contaban con cien mil máquinas y un millón de hombres para defender sus bases. Alrededor de cada una de éstas, las explosiones atómicas levantaban inmensas columnas radioactivas en las que se sumergían impertérritas las máquinas y atravesaban después los hombres

protegidos por sus trajes especiales.

Los cañones zumbaban formando un trueno continuo y aterrador. Las bombas de hidrógeno y de cobalto caían sobre la faz de Marte, destruyendo las obras hidráulicas y desgajando las corazas de kass y los edificios de hierro y cemento.

En las ciudades marcianas cundió la rebelión iniciada por Yandot y azuzada por los quintacolumnistas. Empuñando toda clase de armas, se arrojaron sobre los hombres antena degollándolos a millares, sin importarles la terrible carnicería que en ellos hacían las armas tarkas. Las bombas volantes se abatieron sobre muchas ciudades marcianas como represalia, destruyéndolas.

El planeta ardía en una ingente hoguera atómica. Las aguas de los diques saltaban sobre los paredones derruidos y las grandes presas reventaban inundando las llanuras, las planicies y los campos cultivados, esparciendo la ruina, la desolación y la muerte por todas partes.

La primera ciudad cúpula cayó en poder del ejército invasor a las cinco horas de iniciada la invasión. Debióse al asalto incontenible de las máquinas y a la penetración de las fuerzas de comandos de Tug-Zi, que dirigió personalmente la acción.

Dos horas después caía la segunda base tarka por efecto del sistemático bombardeo aéreo, el avance arrollador de las máquinas y el asalto de los vengativos hombres amarillos. La tercera fue obra de los marcianos y de los negros hopas que se sublevaron en el mismo interior de la ciudad y facilitaron la entrada a los tacomis.

Cuando una base caía en poder aliado, las aeronaves que habían estado apoyando el ataque se lanzaban inmediatamente en auxilio de otros cuerpos de asalto.

Tras doce horas de terribles combates pudo decirse que los trescientos millones de marcianos luchaban junto a los aliados, así como todos los esclavos hopas, tacomis y tumpis. En las ciudades cúpula la carnicería de esclavos era espantosa. Los robots antena exterminaban a los grupos de rebeldes sin concederles cuartel.

Una tras otra fueron cayendo las bases tarkas de Marte. A los tres días escasos, la situación había quedado definida; nueve de las diez ciudades cúpulas estaban en manos aliadas. Los invasores habían triunfado en todas ellas. Solamente la capital de Marte, la ciudad cúpula de Kum-Tu, había logrado rechazar y aniquilar al ejército asaltante. En ella se habían refugiado las aeronaves tarkas que no habían puesto rumbo a Júpiter.

Zanu calculó la posibilidad de lanzar un nuevo asalto contra la capital. Ésta ocupaba el subsuelo de una colina rocosa que la hacía invulnerable al ataque aéreo. Por tierra era difícil llegar por la gran cantidad de canales que la rodeaban. Sólo quedaba un recurso para tomarla, ya que la sublevación de esclavos que trabajaban en su interior había sido reprimida con mano cruel. Y era entrar bajo tierra.

El Ejército Mecánico en pleno y parte del terrestre avanzaron hacia la capital, protegidos desde el aire por el grueso de la escuadra.

Las máquinas excavadoras empezaron a abrir túneles bajo la superficie. Era una labor larga y dura. Muchos de aquellos túneles tenían que ser abiertos a grandes

profundidades para salvar de este modo la filtración del agua de los canales. Mientras las máquinas trabajaban, los bombardeos aéreos y artilleros se sucedieron de día y de noche privando de cualquier respiro a los hombres antena.

Cuando el *Kipsedon* apareció sobre el cielo de Kum-Tu, la colina bajo la cual estaba asentada la ciudad cúpula era una grandiosa nube roja, amarilla y negra en la que estallaban bombas, proyectiles y torpedos. El espectáculo, a la luz del Sol, era impresionante. El agua de los canales hervía a causa del calor que quemaba la tierra marciana. Ésta misma despedía irradiaciones mortíferas y toda la vegetación y todos los edificios y construcciones ardían o reventaban como carcasas.

Los rayos desintegradores del *Kipsedon* abrieron surco en la impenetrable coraza de kass, por la que lanzaron una finta los tacomis con resultado adverso. En la inmensa llanura que rodeaba a Kum-Tu, se alineaba todo el Ejército Mecánico reducido a quince mil robots y seis mil máquinas. Detrás, bajo la protección de la artillería y de las aeronaves, preparábanse para el asalto cincuenta mil hombres provistos de escafandras y armados con fusiles atómicos o eléctricos.

La guarnición de Kum-Tu se la suponía bastante elevada: aproximadamente unos cien mil hombres antena, veinte mil máquinas y robots y medio millar de aerocoetes.

Como flechas lanzadas hacia la colina, así avanzaron las columnas atacantes entre un restallar continuo de explosiones y un terrible retumbar de cañones. La mortandad era horrible.

Desde el *Kipsedon*, los terrestres contemplaban la impresionante destrucción de las máquinas tarkas, al tiempo que el medio millar de aerocoetes ascendía al encuentro de la flota aliada para impedir que ésta apoyase con su fuego a su Ejército Mecánico.

Las máquinas entablaron una contienda por su parte.

—¡Fijaos! —exclamó Müller—. ¡Los robots antena armados de fusiles atómicos se han lanzado sobre las excavadoras!

—Pero observa cómo los tanques esféricos tacomis salen al encuentro de los robots señaló el húngaro con su único brazo.

—Esto es una guerra de aniquilamiento —indicó Derek Bedford—. ¿Creéis que dentro de unas horas quedará algo con movimiento ahí abajo?

—Lo dudo. En realidad se autodestruirán las máquinas y luego no habrá manera de penetrar en Kum-Tu.

—Parece que caemos —dijo alarmado el sargento Garry.

—No —manifestó Wilson—. El *Kipsedon* desciende para apoyar en la lucha a nuestro Ejército Mecánico. Ahora veremos de cerca la batalla.

La vieron, efectivamente, y muy de cerca. A través de las paredes transparentes distinguieron el avance arrollador de un grupo de veinte tanques esféricos tacomis disparando sus cañones atómicos contra los tractores tarkas que hacían fuego con el cañón de gran potencia instalado en una torreta giratoria. Los bólidos se lanzaron a

gran velocidad sobre las formaciones de robots antena, disgregándose: camiones orugas, máquinas obreras, grúas y excavadoras se batían entre un maremágnum de explosiones y estallidos ensordecedores.

Vióse a un robot antena hacer frente a un bólido disparando su fusil atómico que no detuvo la marcha del vehículo, el cual llegó lanzado a gran velocidad. En el último instante, el robot antena saltó fantásticamente a un lado y el bólido cayó en uno de los canales desapareciendo debajo del agua. El robot antena cayó casi en seguida víctima del disparo de un robot tacomis.

La artillería tacomis, que al principio de la batalla, cuando aún estaban distanciados los dos ejércitos, había cooperado eficazmente en la destrucción de artefactos enemigos, tuvo que silenciar sus piezas ante la confusión reinante y el vaivén que en sus movimientos imprimían las máquinas contendientes.

Las aeronaves aliadas no tuvieron dificultades con los quinientos aerocohetes tarkas. Los destruyeron en su mayoría, escapando el resto hacia Júpiter. Mientras, la batalla en la superficie de Marte proseguía al mismo ritmo incansable. Cayó la noche, mas no por eso se detuvo la destrucción y el fragor de la batalla. Los fognazos y los resplandores prestaban una visión de aquelarre a la noche. Las máquinas, insensibles al cansancio, seguían destruyéndose y persiguiéndose. Muchos robots, agotadas sus municiones, se arrojaban dando grandes saltos unos sobre otros, golpeándose fieramente con los fusiles o con los tentáculos metálicos.

Al amanecer el campo de batalla ofrecía un aspecto impresionante. Toda la llanura estaba cubierta por los restos humeantes de las máquinas. De la fortaleza seguían lanzando torpedos sobre las aeronaves aliadas, mientras las excavadoras proseguían su labor bajo tierra, abriendo túneles y pasadizos por los que las unidades de asalto se disponían a entrar en la metrópoli.

Durante todo el día las humaredas y los resplandores de los incendios y de los fognazos iluminaron aquella superficie quemada y pustulosa. Aeronaves tacomis cargaban sus depósitos con bombas y torpedos cogidos intactos en las otras bases, motivo por el cual no se detuvo el bombardeo un solo momento, sin que, al parecer, se hiciera mella en la coraza de kass.

Los rayos desintegradores abrían brechas en la cúpula, pero eran impotentes para desintegrar las rocas y la tierra.

Por fin, al tercer día de sitio, sexto de la invasión, Yandot, que mandaba el Ejército de superficie, dio la tan esperada orden de asalto.

Las unidades especializadas se lanzaron hacia adelante por los subterráneos y los túneles abiertos por las excavadoras. Encontraron fuerte oposición, pero los robots abrieron camino y el ejército se adentró en la ciudad.

Yandot dirigió personalmente el ataque. Los terrestres tomaron parte activa en la batalla, impulsados por su espíritu aventurero. Presenciaron las mismas escenas de destrucción y de horror que antes vieron en Kiyul y Yer-Mun. Los edificios, que adquirirían formas impresionantes y geométricas, desde la pirámide al poliedro

pasando por el cilindro, se derrumbaban sobre las calzadas aplastando a sus defensores. Los hombres antena combatían desesperadamente sin dar ni pedir cuartel. Eran luchadores natos y la seguridad de su derrota no les arrebató la moral de lucha. Caían uno tras otro velando por sus mujeres, muchas de las cuales preferían morir con sus esposos antes de entregarse a la misericordia del vencedor. Los jeddads las mataban y después morían matando. Había mujeres que se arrojaban como fieras sobre los invasores, sus antenas chirriando locamente, los cabellos hirsutos de su cabeza pelada tendidos al viento de las explosiones. Otras, en fin, corrían despavoridas, protegiendo con sus cuerpos a sus hijos, huyendo del acoso inhumano de las máquinas, gimiendo aterrorizadas ante el terrible aplastamiento.

—Esto pone escalofríos en el alma —murmuró Derek Bedford.

—No es que me divierta —dijo—, pero tampoco me disgusta que ocurra lo que está ocurriendo. Los tarkas hicieron antes lo mismo con los tacomis y muchas otras razas. Éste hubiera podido ser el final de la Humanidad si el *Kipsedon* no hubiese aparecido para emprender esta guerra contra la poderosa Tarka.

El silencio de sus compañeros fue por demás expresivo. Más tarde Wilson advirtió:

—Yandot se está convirtiendo en el ídolo de todos. ¿Os fijáis cómo le aclaman?

—El hombre rojo no ha perdido la serenidad un solo momento —contestó Derek—. Él concibió el plan de abrir los túneles y él ha conducido las máquinas en la batalla. Sin su dirección es muy posible que el sitio de Kum-Tu hubiese durado semanas enteras.

Los tacomis y sus aliados corrían por la urbe subterránea rematando a los últimos defensores. Sus gritos de victoria atronaban el ambiente enrarecido y radioactivo.

—La destrucción de los focos de resistencia llevará todavía algún tiempo, pero se puede decir que Marte es totalmente nuestro —díjoles Yandot a lo terrestres.

—Nos congratulamos de la victoria tacomis —manifestó Kazan—. Ha sido un triunfo soberbio y parece ser que has alcanzado mucha popularidad no sólo entre tus hombres sino también entre los tumpis, marcianos y hopas.

—Todos ellos han cooperado a la victoria. Solos, los tacomis no hubiésemos podido vencer a los tarkas. Pero no creáis que todo está acabado. No hemos hecho nada más que empezar la guerra. De un momento a otro puede aparecer la flota de invasión procedente de Tarka, y todos nuestros esfuerzos habrán resultado vanos si no nos preparamos adecuadamente para recibirla. ¡Necesitamos tanto unas semanas de tiempo!

Kazan asintió. En verdad, el peligro no había sido conjurado todavía. Quedaba la flota tarka que podía surgir de las profundidades del espacio en el instante menos esperado y dar al traste con los planes tacomis.

¡La flota tarka! ¿Cuántas aeronaves y cuántos millones de seres compondrían aquel inmenso ejército de invasión?

En cierta ocasión había oído hablar a Temoc de millones de aeronaves. Si la flota

de los hombres antena se componía sólo de una parte mínima de ese número aterrador cabrían probabilidades de victoria, de lo contrario...

Los tacomis y sus aliados iniciaron una carrera contra el tiempo, una carrera de armamentos y de planes guerreros. El tiempo era árbitro supremo en la designación del vencedor absoluto de aquella encarnizada contienda.

CAPÍTULO VI

EL *KIPSEDON* SUCUMBE

Tras la conquista de Marte, el Consejo tacomis se reunió a bordo del *Kipsedon* con los representantes marcianos, hopas y tumpis para deliberar sobre la conducta a seguir en los próximos días.

Temoc expuso, en escuetas palabras, la situación real en que se hallaban.

—El precio que hemos pagado por la victoria de Marte ha sido terrible. Hemos perdido más del 40 por 100 de nuestros efectivos aéreos, el 75 por 100 del ejército mecánico y el 25 por 100 de las tropas de superficie. Afortunadamente, los trescientos millones de esclavos libertados suplirán con creces las bajas.

»No estamos, pues —siguió diciendo jeddad—, en condiciones de arriesgar más aeronaves intentando la conquista de Júpiter. Precisamos mantener íntegra nuestra potencia ofensiva. Con los aerocohetes cogidos intactos al enemigo, las astronaves que continuamente llegan a Yer-Mun, y las que las industrias en nuestro poder producen, aumentaremos considerablemente nuestras posibilidades de victoria. Mis órdenes son éstas: trabajar, fabricar, construir contrarreloj el mayor número de aeronaves, armas y municiones. Que los técnicos instalen mayor cantidad de proyectores de rayos desintegradores en las principales astronaves. Que se reconstruya lo destruido; que se excaven ciudades para proteger a la población marciana del peligro atómico. Regresaré a Venus con la casi totalidad de la flota. No creo que los hombres antena de Júpiter se atrevan a lanzar ningún ataque contra Marte. Cierta número de aeronaves bastarán para defender el planeta de las incursiones enemigas. Otras marcharán hacia las órbitas de Plutón, Urano y Saturno para avisar con tiempo la aparición de la flota de invasión tarka.»

El *Kipsedon* partió, pues, hacia Venus, llevando en su seno a los terrestres. El sanguinoso Marte quedó atrás, envuelto en un hálito de zozobra y esperanza, diluido en una neblina cargada de partículas radioactivas. Los tacomis habían purificado la atmósfera, apartando de las regiones fértiles y pobladas las nubes mortíferas y evitando, de este modo, que los marcianos pudiesen a millares. En breve podría dotarse a todos ellos de escafandras y trajes de malla que a ritmo acelerado fabricaban las industrias de Kiyul y Yer-Mun.

Venus se ofreció a la vista de los terrestres tal como lo contemplaron la primera vez; envuelto en una capa densa de nubes, que hacía imposible la observación de su superficie. El *Kipsedon* sobrevoló el Valle de la Muerte donde el tiempo, como en otras regiones del inexplorado y virgen planeta, habíase detenido, hallándose la vida animal y vegetal en sus períodos prehistóricos.

Una vez más, el *Kipsedon* se posó en el lago junto a la isla donde se levanta la

cúpula verde oscura que era la ciudad de Yer-Mun.

Una gran multitud se apiñaba en las orillas para dar la bienvenida a los vencedores de los tarkas de Marte. Hombres, mujeres y niños gritaban hasta enronquecer, abandonando, acaso por primera vez desde hacía siglos, su cotidiana compostura. Su impasibilidad, su hermetismo y su aparente indiferencia por cuanto ocurría a su alrededor se trocaba en una alegría sin límites al recibir clamorosamente a los compañeros legendarios y descendientes de Jumwha.

Todos por igual, tacomis, tumpis, hopas, festejaban a los héroes del momento. Cuando se creían perdidos para siempre, he aquí que, surgiendo de las inmensidades cósmicas, el *Kipsedon*, nave que se daba por perdida hacia varios miles de años, había aparecido en aquel sistema planetario solar congregando a su alrededor a los restos de la civilización tacomis, dispersa por los hostiles mundos siderales.

En el lago, en las explanadas todavía incultas y arrasadas por el bombardeo a que fueron sometidas durante la conquista de Yer-Mun en las plataformas de despegue, veíanse centenares de aeronaves de todos los tamaños. Por el espacio continuaban apareciendo gigantescas astronaves acudiendo a la llamada imperiosa de Temoc, el primogénito de Jumwha, dispuestas a dar la batalla decisiva a los odiados hombres antena. Viviendo una vida mísera, sometidos a la inclemencia cruel de los astros, sucumbiendo lentamente de inanición, los tacomis no vacilaban en abandonar sus lares por entregarse a la aventura de una guerra final, total y decisiva contra Tarka. Si resultaban vencidos, la civilización tacomis perecería definitivamente.

El Consejo había hecho un balance de los tacomis, que todavía vivían libremente. Aquel balance se refería a los mundos más cercanos. Más lejos nadie sabía lo que podía haber ocurrido. Hacia Venus, era lo único que contaban, se trasladaban más de cincuenta millones de seres decididos a vencer o a morir.

El jeddad y los suts del *Kipsedon* desembarcaron entre grandes vítores y cariñosas manifestaciones de júbilo. Detrás, más lentamente, lo hicieron los terrestres.

Lanca, la hija del profesor, corrió al encuentro de su marido. Derek la estrechó amoroso entre sus brazos sintiéndose plenamente feliz.

Más allá, Olga y Tania dieron la bienvenida a los terrestres. Sin importarle la presencia de los demás Olga Fedorova, aquella ucraniana tan delicada, reservada y fría, estampó un beso en los labios de Müller ante la turbación de éste y el regocijo de sus compañeros.

—Estás de enhorabuena, granuja —exclamó riendo el húngaro—. Daría el brazo que me queda por un beso semejante.

Olga miró a su novio. Éste comprendió y asintió con la cabeza. Entonces, sonriendo, Olga echó los brazos al cuello del húngaro y le besó.

Kazan soltó una carcajada, coreada al instante por Wilson y Garry al advertir éstos el asombro de Foldvar.

—¡Húngaro! —exclamó burlón Dimitri—. ¿Qué te pasa? Si no te conociera diría que tienes las mejillas encendidas por candoroso rubor.

Müller cogió del brazo a Olga y se la llevó del grupo. Los demás se quedaron hablando con Tania, hasta que, comprendiendo que allí estaban de sobra, Garry y Foldvar se alejaron juntos hacia el interior de la ciudad. Wilson y el ruso blanco seguían manteniendo la misma pugna. Los dos pretendían a la muchacha, pero ninguno se le había declarado precisamente porque no daban a su rival ocasión ni momento para hacerlo. Se estudiaban, se vigilaban, sin que sus rostros abandonasen la sonrisa complaciente; pero a la menor oportunidad se atacaban abiertamente.

Al poner pie en tierra de Venus, Yandot, el hombre rojo, vio a las mujeres terrícolas que esperaban a los suyos. Mas entre ellas no distinguió a Niva, la mujer de los cabellos de oro, de la que estaba profundamente enamorado. Sabía que su amor era del todo imposible. Sin embargo, le hubiera gustado ver su hermosa figura entre las personas que le aplaudían y le aclamaban.

Encaminóse a la comandancia desde la cual se dirigía la navegación de todos los aparatos que volaban por las cercanías de Venus y se ordenaba la vida entera de la metrópoli. Hacía días que no dormía. Sólo su fuerte naturaleza era capaz de resistirlo. Pero se encontraba cansado y ansiaba dormir. Antes, sin embargo, deseaba examinar el grado de producción alcanzado por las fábricas de Yer-Mun.

Cuidadosamente estudió los datos recogidos por los cerebros electrónicos y las cintas fonográficas tarkas. En la comandancia trabajaban docenas de tacomis estableciendo comunicaciones, dando órdenes, transmitiéndolas, recibiendo mensajes y partes de los aparatos que patrullaban por el espacio y fiscalizando la llegada de astronaves a Yer-Mun.

El sonido gutural de las voces, los silbidos de cintas fonográficas tarkas que se empleaban por no haber podido reformar aún el sistema de control, las pulsaciones, los chirridos y otros ruidos singulares hacían molesta la estancia allí a quien no estuviera acostumbrado a este desagradable bullicio. Yandot acabó pronto su labor y, bostezando, se encaminó a la sala que le había sido preparada.

En el corredor vislumbró una sombra que se ocultó en el vano de una puerta. Siguió avanzando, los ojos y los oídos atentos. Al llegar a la altura de la puerta, se destacó de la oscuridad la sinuosa figura de Niva. Vestía un traje de malla azul, ceñido por la cintura, que realzaba la gracia singular de su busto. Su semblante, pálido, semejaba estar cincelado por Fidias, tal era la perfección de sus rasgos.

El corazón del hombre rojo latió con violencia. Quería el encuentro con la bella rusa y lo temía. Deseaba y dudaba.

—Hola, Yandot —saludó Niva.

No sonreía. Sus resplandecientes ojos azules brillaban intensamente en la penumbra del pasadizo.

El joven tacomis contestó con un gruñido gutural.

—Deseaba felicitarte por tu triunfo —añadió la viuda—. Debes estar orgulloso y satisfecho.

—No tanto como quisiera estarlo —replicó el hombre rojo—. Queda mucho por

realizar aún.

—¿Sólo piensas en los demás? ¿Cuándo descenderás alguna vez del pedestal en que tú mismo te has colocado? Vives continuamente apartado, como abstraído y preocupado. ¿Por qué no buscas distraerte como hacen tus propios hermanos fuera de las horas que no les obliga su deber?

Yandot miró a la joven sorprendido. Intentó penetrar en su pensamiento, pero el rostro de Niva apenas se adivinaba en la oscuridad y sus ojos azules ya no brillaban como antes.

—Necesito descanso —gruñó—. He pasado muchas noches sin dormir.

—¿Tienes miedo de hablar conmigo? Sí, sé que lo tienes. Temes enamorarte de mí, por eso has evitado mi presencia todo este tiempo. Al principio me sorprendí. Después adiviné la verdad. Tu actitud era bien clara. Sé que de tus labios, sellados por una extraña consideración, jamás brotará ninguna palabra. Pero tú estás enamorado, Yandot. Estás enamorado de mí.

No era una pregunta sino una afirmación. El hombre rojo se estremeció. ¿Cómo había logrado ella adivinar el secreto que le atormentaba? Estaba seguro de no haber dejado traslucir nunca sus emociones.

—Te ruego que no hablemos de esto...

—No, Yandot. Yo quiero hablar de esto y mucho. He tenido tiempo de meditar. He pedido consejo a TJarvo. Me ha hecho saber cómo eres, cuáles son tus reacciones. Desde el principio te sentiste inclinado hacia mí, pero no te atreviste a hablarme porque temías que te rechazara, considerándote como un ser extraordinario. Por eso tampoco te has dejado deslumbrar por las jóvenes tacomis, a pesar de que eran las primeras mujeres de tu raza que veías de carne y hueso. Nunca me molestó tu admiración. Al principio, yo, que estaba sorprendida por lo que hiciste por nosotros en Sibiriakof, me conmoví. Después, me enamoré. Sí, Yandot. He dado este paso, impropio de una mujer, porque de lo contrario ambos hubiésemos sufrido por tu silencio. Pretendo ser feliz. Quiero que tú lo seas también. Sólo existía esta solución para conseguirlo. No importa que pertenezcamos a mundos distintos. Nos queremos. Eso basta... o debe bastarnos.

Yandot asió una mano de Niva. Llevó a la joven a la luz. Los profundos ojos del tacomis se clavaron en los claros y límpidos de Niva. Ésta le miró sintiendo que una especie de estremecimiento le recorría el cuerpo. Aquella mirada le subyugaba, le dominaba. Le invadió un agradable bienestar físico y espiritual. Oyó la voz de Yandot como de muy lejos.

—Eres sincera, Niva. Eres buena. No te ha importado pisotear tu orgullo de mujer. Has llegado a comprender a Yandot. Es cierto. Te quiero con todo mi ser. Tú eres mi vida.

Niva soltó una exclamación de alegría y se refugió en los fuertes brazos del tacomis, el cual la estrechó en silencio contra su pecho, acariciando con deleite la suave cascada de cabellos dorados como la mies.

* * *

Una fuerte conmoción recorrió la ciudad de Yer-Mun. Como una descarga eléctrica saltó a Marte, llegando en unos instantes de una parte a otra del planeta.

¡Las avanzadillas de la flota tarka acababan de aparecer próximas a la órbita de Plutón!

Los tacomis, los tumpis, los marcianos y los hopas se estremecieron. Se estremecieron porque sabían lo que la presencia de aquellas aeronaves representaba para ellos. Durante semanas habían estado esperando aquel momento. Ni Temoc se atrevió a lanzar un gran ataque contra las bases de Júpiter, ni los tarkas, salieron de ellas para interceptar la labor de vigilancia y el reagrupamiento de las aeronaves tacomis o para atacar al recién perdido Marte. Tenían una razón muy poderosa para obrar así los hombres antena: la flota que se aproximaba día tras día.

Los tacomis no llegaron a temblar, antes al contrario, deseaban volver a enfrentarse con los odiados enemigos que los habían expulsado de su mundo de origen. Pero, conforme el día señalado se fue acercando, el alborozo tacomis por encontrarse reunidos bajo el mando del primogénito de Jumwha, se fue apagando hasta convertirse en un silencio lleno de expectación.

Los primeros mensajes llegaron a Yer-Mun. Hablaban de diez aerocohetes interceptados y destruidos al enemigo. Los siguientes señalaban la aparición de doscientas naves siderales. Los aparatos de vigilancia aliados tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. A las pocas horas de lanzado el primer mensaje, los altavoces conectados con la radio anunciaban el avistamiento de millares de aeronaves.

—Q-385-Z llamando a Yer-Mun. Hemos detectado una formación tarka integrada por más de 30.000 aeronaves. Situación: Órbita Plutón. Rumbo: Júpiter. Velocidad: 60.000.

A partir de este momento, Zanu, el sut de la guerra, comenzó a lanzar astronaves al espacio para detener momentáneamente el avance del grueso de la flota tarka.

Durante las últimas semanas, Temoc había reunido los siguientes efectivos: el *Kipsedon*, nave almirante, cuatro esferas, ocho platillos volantes y doce destructores tripulados por los viejos tacomis; 50 astronaves, 100 bombarderos cohetes y 300 aerocohetes de procedencia tarka gobernados por hombres amarillos; 1.000 torpederos de reciente construcción bajo el mando marciano; 300 platillos volantes tripulados por los negros hopas y 500 astronaves, 500 discos volantes más grandes que el *Kipsedon*, 200 anillos volantes, 500 esferas, 1.000 destructores, 5.000 cruceros y 20.000 platillos volantes tacomis, lo que hacía un total de 29.475 aeronaves.

Se esperaban de un momento a otro la llegada de 50.000 astronaves tacomis procedentes de Tamwer, un planeta en el que radicaba un fuerte núcleo fugitivo de Tacom.

Por fin, los hombres antena de Júpiter, saliendo de su inmovilidad, pusieron en el

espacio sus 5.000 aerocohetes y se lanzaron en tromba sobre las formaciones de vanguardia, unas 1.000 aeronaves.

Zanu necesitaba asegurarse si la dirección de la flota tarka era la indicada por sus naves siderales o, por el contrario, aquellos mensajes sólo señalaban la seguida por una parte de aquella y el grueso aparecía por otro lugar cogiéndoles de sorpresa.

Por este motivo dividió su armada en dos escuadras, entregando el mando de la menos numerosa, unas 9.000 aeronaves, a su hermano Yandot, con el que embarcaron los terrestres. El hombre rojo tenía como misión, amén de impedir la invasión de Marte y Venus y vigilar la presencia de otro núcleo tarka, entablar contacto con las 50.000 astronaves procedentes de Tamwer.

En la sala de control del *Kipsedon* se hallaban presentes los seis hermanos de Yandot: Temoc, Zanu, Rumbal, Kanak, Utor y Parno. El viejo *manhmah* TJarvo y los restantes componentes del Consejo se limitaban a observar los manejos de los hermanos Jumwha.

Los altavoces que recogían los mensajes, y los partes de las aeronaves de vanguardia vibraban continuamente.

—Grupo Q-128-Z. Perdidas 850 aeronaves. Hemos causado importantes daños a la escuadra de Júpiter. Siguen apareciendo ecos en nuestras pantallas de radar. Calculamos su número en más de 200.000.

Los hermanos Jumwha se miraron desconcertados.

—Puede que al fin y al cabo todos nuestros esfuerzos resulten vanos y los tarkas venzan una vez más —gruñó Parno, el inventor de muchos aparatos científicos. Si nuestras armas no se imponen...

—Estaremos irremisiblemente perdidos —concluyó Utor, el velador de las armas atómicas y perfeccionador de los rayos desintegradores inventados por su padre.

—¿Sois débiles mujerzuelas? —gritó Temoc, el jedad—. La batalla será desesperada y, quizás, perezcamos todos en ella, pero hemos de combatir con la esperanza del triunfo, con el pensamiento puesto en los millones de seres que confían en nosotros. No les podemos defraudar. De otro modo más vale que arrumbemos hacia otras regiones. Sin moral de victoria es como lanzarse de cabeza a un pozo profundo de paredes lisas que no ofrecen puntos de apoyo.

Júpiter quedó atrás, envuelto en una atmósfera rarificada de gases raros. Por los telescopios más potentes podían observar la superficie del planeta en la que uno de los satélites, Ganímedes, mayor que Mercurio, proyectaba su sombra.

Atentos a los mensajes que recibían, se percataron de que la vanguardia propia estaba siendo aniquilada. Al aproximarse al espacio en el que se desarrollaban los combates preliminares, los aerocohetes tarkas arrumbaron hacia los anillos de Saturno, en demanda del grueso propio que había dejado atrás la órbita de Plutón y navegaba hacia la de Urano.

No quedaba otro recurso que presentar batalla alrededor de Saturno, aunque a muchos millones de kilómetros de distancia del planeta.

La pantalla cóncava del *Kipsedon* recogía las imágenes de los telescopios de a bordo. Descubrieron un anillo que emitía destellos verdes que intrigan a los suts.

—Es una astronave tarka —advirtió Zanu—, un inmenso portacohetes de vanguardia. Observad.

El anillo se dividió en tres secciones de cada una de las cuales despegaron los aerocohetes por centenares. Detrás del extraño anillo aparecieron un cilindro de revolución, un cono y una media luna, que eran otras tantas astronaves siderales y de las que surgían oleadas de aeronaves menores. Minutos más tarde surgieron del negro cosmos las primeras formaciones tarkas, integradas por cruceros de combate, discos volantes y aerocohetes. Después, moviéndose en el negro espacio salpicado de rutilantes estrellas, descubrieron los tacomis algo que les heló la sangre en las venas, era algo fantástico e increíble.

Podían verlo nítidamente a través de los telescopios. Era una esfera, un balón enorme, de no menos de 500 kilómetros de diámetro, alrededor del cual giraban verdaderos anillos, que fueron identificados, poco después, como un conjunto de diminutos meteoritos o satélites artificiales que giraban al compás del movimiento del astro, siguiendo a éste en su avance por el espacio.

Tras la grandiosa esfera, o mejor dicho, planetillo, apareció otra, y luego una tercera, cada una con sus miles de pequeños satélites. Seguían el mismo ritmo de marcha que las aeronaves tarkas, sin desviarse un ápice de su rumbo.

—Los hombres antena han perfeccionado sus métodos de combate —anunció Zanu—. Roguemos al Ser Infinito que no hayan instalado proyectores de rayos desintegradores a bordo de sus aeronaves. Pasad aviso a todas las unidades. Que estén alertas a mis indicaciones de mando. Que no pierdan de vista a los tres globos.

—¿Son astronaves? —inquirió TJarvo, dubitativo.

—Algo parecido. Son astros cautivos, a los que imagino plagados de defensas. En el momento oportuno lanzarán sobre nosotros a los meteoritos cuyo número no bajará de cien mil.

El sut cogió un micrófono.

—Atención. Atención. Habla Zanu. Que todas las unidades formen en rueda alrededor del *Kipsedon* según las instrucciones recibidas.

Temoc se acercó a una de las pantallas de televisión.

—Atención —dijo—. Toda la flota aliada a la escucha. Habla el jeddad dirigiéndose a todos los tacomis, tumpis, hopas y marcianos que me siguen. Cuando en esta hora decisiva nos disponemos a enfrentarnos con el enemigo común, hago votos por el triunfo de nuestra causa. No habrá vacilaciones ni dudas. Todos lucharemos por nuestra sagrada libertad, teniendo fe en la victoria de nuestras armas. Hoy puede ser el principio o el fin de la Gran Confederación de Tacom. Luchad como sabéis hacerlo. Vuestro jeddad así lo hará.

Una hora después de esta alocución, los cerebros electrónicos del *Kipsedon* anunciaban:

—Flota tarka a cuatro millones de kilómetros. Número de aeronaves: 200.000. Vanguardia: dos millones de kilómetros. Velocidad: 100.000.

¡Cinco horas más tarde!

—Vanguardia lanza torpedos. Distancia: un millón. Listas todas las unidades. Preparadas las defensas. Distancia del grueso: tres millones de kilómetros. Velocidad: 90.000.

Lanzadas vertiginosamente en el profundo abismo astral, las aeronaves aliadas avanzaban como una gigantesca rueda, presentando al enemigo las bocas de sus miles de lanzatorpedos.

—Que todas las unidades larguen sus cohetes interceptores —ordenó Zanu.

En un segundo escaso, más de 200.000 cohetes robots surcaron el espacio hacia los torpedos que se aproximaban a velocidades de vértigo. A pequeños intervalos, la flota aliada dejaba escapar nuevas oleadas de cohetes interceptores que daban cuenta de los torpedos que mandaban los tarkas. Entre las dos armadas siderales se llenó el espacio de estallidos y fulgores, de ráfagas y de estelas luminosas.

La vanguardia tarka redujo considerablemente su velocidad en espera del grueso de la flota. Las horas pasaron lentamente, sin que en el interior del *Kipsedon* se escuchase un solo ruido estridente. Allí, en el palacio del gran Jumwha, todo era silencio. En los pisos inferiores zumbaban los motores atómicos. En la cámara de control la paz aparecía alterada por el continuo vibrar de los altavoces, el chasquido de las descargas eléctricas, los chirridos de las pantallas y las voces guturales de los tacomis que se movían por la cámara.

Zanu seguía el movimiento de la flota adversaria por la pantalla de televisión. Observó que las formaciones tarkas se abrían dejando paso a las tres esferas gigantes que despegándose del grueso avanzaron a tremenda velocidad sobre la armada aliada.

Zanu observó atentamente la marcha de los tres astros cautivos, rodeados de sus anillos, los cuales se iban alargando por instantes. Segundos después, los anillos habían dejado de ser tales, convirtiéndose en un número impresionante de meteoritos, que no tenían otra misión que la de servir de bólidos aéreos.

—Alerta con los meteoritos —gritó ante los micrófonos—. ¡Desplegad!

La armada aliada se separó tomando ocho direcciones distintas, según los ejes que ocupaban en la formación de rueda, dejando un hueco profundo hacia el que iban dirigidos los bólidos de los hombres antena.

Los primeros llegaron y pasaron de largo, perdiéndose en el resplandor de los anillos de Saturno y dejando tras de sí visibles colas de fuego. Pero el espacio aparecía cubierto de ellos. Algunos, describiendo círculos y parábolas, se estrellaron contra las aeronaves aliadas. Aeronaves y meteoritos se desintegraron en medio de grandes explosiones silenciosas pero de brillante colorido.

Las explosiones descubrieron la verdad a Zanu. Los meteoritos eran en verdad proyectiles radiodirigidos desde los planetillos cautivos, desde los que se les impulsaba y controlaba.

Los proyectiles bolido continuaban llegando en grandes cantidades, iluminando el polvo cósmico con la luz deslumbrante de sus rastros de chispas de fuego.

—Orden general a todas las unidades de la flota —gritó Zanu—. Que todas las aeronaves envíen sus cohetes robots contra los meteoritos. Lancen también las primeras oleadas de torpedos.

Al entrar en juego los cañones atómicos y los rayos paralizadores, eléctricos y cósmicos, el cielo se llenó con luces de todos los colores imaginables; luces amarillas, rojas, verdes, azules, violetas, mezcladas con las ráfagas, las estelas y los rastros de fuego. Se apagaban, se encendían y se volvían a apagar. Cada resplandor fugaz señalaba la destrucción de una nave interplanetaria o el choque aniquilador de dos torpedos o de un cohete robot y un torpedo. Si acaso el resplandor duraba un instante más, debíase al hecho de que la aeronave alcanzada había hecho explosión con todo su cargamento bélico.

De los tubos del *Kipsedon* salían interminables chorros de torpedos y cohetes, y de sus proyectores escapaban los haces, azules unos, invisibles los otros, de los rayos paralizadores, cósmicos, eléctricos, o desintegradores, que destruían lo bolidos proyectiles a centenares. Los rayos desintegradores, enfocados sobre las aeronaves que en la distancia se movían, causaban enormes trastornos y pérdidas al enemigo.

Los torpedos y los cohetes robots, lanzados a centenares de miles, tenían entablada una batalla particular entre una lluvia de meteoritos que no amainaba y que estallaban sobre las formaciones aliadas. Los discos, los conos, los cilindros y los anillos ponían en el espacio millares de aerocohetes que se dirigían rectos hacia las aeronaves de Temoc.

Zanu bramaba órdenes sin cesar. Los bolidos estaban causando terribles brechas en sus líneas. Los platillos se acercaban. El *Kipsedon* largó sus torpedos de kass-cobalto, última creación de Utor. Los rayos desintegradores contuvieron la granizada de proyectiles y bombas volantes que surgió de la superficie del globo.

Los torpedos kass-cobalto estallaron sobre el planetillo de vanguardia. Una inmensa llamarada azul cubrió el espacio, alcanzando sus resplandores a millares de kilómetros. Por un instante todos quedaron cegados. Luego vieron al planetillo envuelto todo él en un halo azul intenso, prosiguiendo por inercia su ruta, mientras en su interior y en su superficie una serie ininterrumpida de explosiones y espantosas deflagraciones lo sacudían, desgajándolo.

Los tacomis mostraron su satisfacción con sendos gruñidos guturales. Media docena de torpedos kass-cobalto habían bastado para poner fuera de combate a uno de los astros cautivos.

El *Kipsedon* se lanzó contra el segundo, que llegaba abriendo un surco infernal entre las aeronaves aliadas, a las que destruía con el fuego de sus baterías y, principalmente, con la persecución encarnizada de sus bolidos radiodirigidos.

Zanu largó seis torpedos kass-cobalto. Uno de ellos estalló a gran distancia, detenido por la barrera de fuego, pero los otros cinco, acompañados de un copioso

número de torpedos simples, lo hicieron sobre la superficie. Como el rayo, así se propagaron las explosiones por todo el planetillo, y al ser destruidas las instalaciones internas atómicas que generaban la fuerza de impulsión, perdió el control y se hundió en el abismo sideral atraído por la fuerza de atracción de Saturno, muy cercano del cual se estaba combatiendo por entonces. Los dos globos cautivos arrastraron tras de sí a las dos terceras partes de los proyectiles bolido radioteledirigidos.

Los torpedos y los cohetes proseguían su autodestrucción, mientras ambas armadas trataban por todos los medios de disminuir sus pérdidas, que eran enormes. Sobre la escuadra que comandaba Zanu se abatían millones de torpedos y centenares de bólidos del tercer autoplaneta que avanzaba al socaire de la tempestad atómica.

Los altavoces y los cerebros electrónicos transmitían y recogían las órdenes y los partes. Los segundos señalaban matemáticamente el número de proyectiles y torpedos que se aproximaban, que salían del *Kipsedon*, que estallaban en el espacio; llevaban una contabilidad perfecta de las bajas de una y de otra parte, medían velocidades, distancias e indicaban rumbos; cargaban, apuntaban y disparaban los aparatos de guerra, guiaban los artefactos hacia su destino y evitaban, mejor que un ser humano, la barrera aérea de protección.

De repente, el *Kipsedon* sufrió una violenta sacudida. Se escuchó un gran chirrido y las luces bailaron, apagándose y encendiéndose.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Temoc.

—Cuatro bólidos han chocado contra la coraza de kass, sin que el campo magnético los hiciera estallar —contestó Zanu, quien, a continuación, se puso a gritar órdenes por los micrófonos. ¡Atención, sala de máquinas! ¡Atención, cámara atómica! ¡Informen desperfectos!

Por uno de los altavoces brotó una voz gutural.

—Averías en sala de electricidad. Campo magnético, destruido. Peligro de torpedos y cohetes robots.

—¡Listas todas las piezas! ¡Fuego de barrera!

El *Kipsedon* se convirtió en un volcán en erupción. Por más de mil bocas distintas surgieron ramalazos de muerte y destrucción. Lo mejor de la técnica tacomis se puso en juego. Torpedos de kass y de cobalto surcaron el espacio en dirección al tercer planetillo.

Temoc lamentaba no haber hecho instalar a bordo del *Kipsedon* los nuevos proyectores del rayo rojo desintegrador, aunque, en realidad, la llegada de la flota tarka no les había dado tiempo para hacerlo. Solamente las cuatro esferas que llevaba Yandot iban equipadas con los proyectores perfeccionados de Utor y Parno.

Las aeronaves de ambos giraban a todo lo ancho de Saturno, persiguiéndose y aniquilándose. Los aliados se mantenían todavía merced a los torpedos de kass de Utor y a los rayos desintegradores, que infligían espantosas bajas a la flota de los hombres antena.

Esferas, platillos volantes, destructores, cruceros, aerocohetes, astronaves de

todos los tamaños y formas, conos y cilindros volantes, anillos, ruedas y bólidos radiodirigidos bailaban una danza satánica en el Cosmos. Hacia los anillos de Saturno caían en continua procesión los restos de las aeronaves destruidas. Muchas aeronaves, averiado el mecanismo de control o sin vida en su interior, seguían su vuelo impertérrito a través de los espacios.

Zanu bramaba órdenes sin cesar. Los primeros torpedos kass-cobalto habían sido aniquilados antes de que llegaran a entrar en contacto con el planetillo superviviente. Lanzó más torpedos sobre éste. Dos llegaron a su destino. Después cayeron hasta seis más, que convirtieron el astro en una cosa azul, que resplandecía y brillaba hasta dañar los ojos. Con la caída del tercer planetillo hacia Saturno, miles de bólidos perdieron el control y se dispersaron en todas direcciones siguiendo cada uno su respectiva trayectoria, la que llevaban en el momento de producirse la destrucción del planetillo madre.

Varios de aquellos bólidos locos aparecieron sobre el *Kipsedon*. La astronave estremeciéndose ante los colosales impactos. Quedó completamente a oscuras.

—¡Luz de emergencia! —pidió a gritos Zanu—. ¡Pronto!

El *Kipsedon* tornó a iluminarse.

—Hay averías en los motores. Un bólido se ha incrustado en los hangares inferiores. Cerramos compuertas.

La batalla estaba estabilizada, mas los hombres antena se estaban imponiendo lentamente. Zanu así lo comprendió.

—Llamada a Yandot. Llamada a Yandot. Aquí Zanu. Aquí, Zanu. Llamada a Yandot. Dirígete a toda velocidad hacia Saturno. Necesitamos tu auxilio con toda urgencia. ¿Hay noticias de las cincuenta mil aeronaves de Tamwer?

La voz de Yandot surgió de los altavoces. Su imagen, la del hombre rojo, apareció en una de las pantallas de televisión.

—Yandot al habla. La flota de Tamwer ha marcado su aproximación. Tardarán cuarenta y ocho horas en reunirse con mi escuadra y más de cuatro días en arribar a Saturno.

—Acude a toda prisa. Transmite mis órdenes.

Zanu miró con preocupación la gran pantalla cóncava de televisión. Había perdido más de la mitad de sus efectivos, y los tarkas seguían casi incólumes. Era preciso destruir las grandes plataformas de lanzamiento y los grandes discos volantes.

—Avante a toda máquina —ordenó—. Concentración de fuego: máxima.

Luego volviéndose a sus hermanos y a los consejeros, explicó:

—Tenemos que destruir esas plataformas si queremos aguantar hasta la llegada de Yandot. Son tan peligrosas como los planetas cautivos que hemos aniquilado.

El *Kipsedon* avanzó rodeado de sus naves satélites, de las que quedaban apenas una docena. Moviéndose hacia el adversario, llevando, según la estrategia sideral, una barrera doble de cohetes y torpedos por delante.

A pesar de todo, un aluvión de proyectiles y torpedos enemigos descargó sobre el

Kipsedon que saltaba como un corzo herido. Sus armas defensivas trabajaban al máximo; los rayos desintegradores incendiaban y hacían desaparecer las aeronaves por docenas. Las ráfagas y las estelas entretejían un tapiz maravilloso de colores. Los torpedos de kass se aplastaban contra los discos volantes llenándolos de luz azul.

Súbitamente, una parte de la cúpula de kass del *Kipsedon* se desgajó. Las luces de emergencia se apagaron. Todos los ocupantes de la astronave rodaron por los suelos. Cayeron trozos de material incandescente. Sonaron sordas explosiones interiores. Estableciéronse algunos cortocircuitos y restallaron algunos latigazos de fuego.

Zanu se incorporó, lanzándose hacia los mandos. Tropezó con el cadáver carbonizado de su hermano Rumbal. Desplomados sobre las palancas del tablero de mandos se hallaban Kanak, el sut de máquinas y hermano suyo, y un piloto tacomis. Éste tenía la cabeza machacada por un trozo de kass desprendido de la cúpula. Su hermano presentaba una gran herida en la cabeza de la que manaba abundante la sangre. El tablero de mandos aparecía salpicado de rojo. Zanu se colocó a toda prisa una escafandra, mientras a su alrededor se incorporaban algunos hombres.

—Atención, sala de electricidad —gritó Zanu—. Conecten los cables con las baterías de reserva. Necesitamos luz.

Temoc se le acercó, tosiendo espasmódicamente.

—¡Colocaos las escafandras! —advirtió el sut de la guerra—. Hay desprendimientos de gases.

Desde las distintas partes y sectores del *Kipsedon* fueron comunicando las novedades que pedía Zanu. Las luces volvieron a la sala de control.

El *Kipsedon* estaba sufriendo una embestida de torpedos que laceraban terriblemente su pesada envoltura.

—¡Atención, naves satélites! ¡Protejan al *Kipsedon*! ¡Concentren el fuego de barrera alrededor de la astronave! ¡No disminuyan la cadencia de fuego! —luego, en voz baja, dijo a Temoc—. Nos han cogido de lleno. Estamos perdidos.

Utor, Parno y algunos viejos tacomis se movían como locos por la sala de dirección, abriendo y cerrando palancas, apretando resortes y transmitiendo órdenes a los demás tripulantes de la astronave. Las luces titilaban burlescamente, en tanto que columnillas de gases se esparcían por los ámbitos del *Kipsedon*. TJarvo, el dos veces centenario *manhmah*, aparecía muerto a un lado de la pantalla cóncava de televisión, rajada de arriba abajo.

Zanu miró por un telescopio. Los discos volantes enemigos evolucionaban rodeando al *Kipsedon* mientras oleadas de aerocohetes se arrojaban sobre las naves satélites manteniéndolas a raya. ¡La gigantesca astronave de color azul se estaba convirtiendo en el centro de una fantástica rueda y en el blanco de millares de bocas voraces!

Una, dos, cinco, diez explosiones conmovieron de nuevo el *Kipsedon*. Las defensas de la astronave tacomis actuaban al máximo de potencia. El kass resistía los terribles impactos y los rayos desintegradores hicieron desaparecer de la rueda a un

par de discos volantes y a centenares de aerocohetes.

Una explosión ensordecedora destrozó la cúpula, arrojando a los tacomis como peleles al suelo. Zanu se incorporó, aturdido. Vio a Parno y a Utor formando una trágica cruz. Temoc, el primogénito del gran Jumwha, yacía en medio de un terrible aplastamiento, entre varios tacomis de piel sarmentosa y cabellos blancos. El sut sintió que todo se acababa. Los tarkas vencían una vez más.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre, reprimiendo el dolor que atenazaba su alma. Miró a su alrededor, tratando de penetrar en la oscuridad, asaetada de vez en cuando por el fogonazo de una explosión próxima. Nada se movía. Reinaba un silencio impresionante, más aterrador que la propia muerte, en la cámara de control.

Se movió, tambaleándose. Luego, corrió hacia el piso inferior. Una sola idea bullía en su mente, la de anunciar a Yandot el fin del *Kipsedon*.

El suelo retemblaba pavorosamente, a efectos de las sacudidas que sufría la astronave, atacada por todos lados. Aquel sector estaba menos castigado. Las luces fluorescentes, por un milagro de previsión técnica, seguían brillando. Se acercó, después de deslizarse por una escalera de vidrio, a un aparato de televisión. Accionó en los mandos. Todo el espacio alrededor del *Kipsedon* aparecía surcado por las ráfagas de los aerocohetes que disparaban impunemente contra él. Zanu estableció contacto con Yandot.

—Zanu llama a Yandot. Zanu llama a Yandot, transmitiendo las últimas órdenes. El *Kipsedon* sucumbe. Ignoro si queda otro ser vivo en toda la astronave. El jeddad Temoc ha muerto, así como todos los consejeros y TJarvo. Los cerebros electrónicos son los únicos que se oponen al ataque adversario. La flota aliada está siendo rechazada hacia Marte. Hay órdenes de resistir a todo trance. Espera a las 50.000 aeronaves de Tamwer antes de arriesgar una nueva batalla con los hombres antena. Sólo con su ayuda podrás vencer a los tarkas. Hemos causado tremendas bajas al enemigo, a quien le hemos destruido sus principales astronaves. Cuando ataques, hazlo sobre las plataformas y los discos volantes. Si consigues destruirlos, la victoria será tuya. Los torpedos de kass-cobalto son de terribles efectos. Me resta ahora transmitir la última voluntad del heredero de Jumwha. Tú, Yandot, como hijo único superviviente de Jumwha y hermano de Temoc, elegido por Vertex como sucesor, quedas nombrado jeddad de los tacomis y Kar Supremo de la Confederación de Tacom. Todos deberán acatar esta orden. Defiende el cetro con tu propia sangre si fuera necesario...

Una espantosa explosión arrojó a Zanu contra la puerta de la cámara. La escafandra se rompió, hiriéndole en el rostro. Un pesado trozo de kass le fracturó un brazo. Sin apenas poder respirar, Zanu se incorporó, ascendiendo, cogido al pasamanos, por la escalera. Por el pasillo avanzaba, tambaleándose, una figura encorvada, debilitada por los años, de faz arrugada y ojos brillantes. Era un tacomis, que saludó con la mano sobre el pecho.

—Todos muertos, sut —murmuró—. Todos muertos. Nada queda.

Se asfixiaban. Entraron, casi a rastras, en la sala de control. Haciendo un gran esfuerzo, el viejo tacomis se irguió en toda su estatura, gritando:

—¡Malditos perros tarkas!

Se desplomó en redondo.

Zanu le contempló un momento. Luego, lentamente, llevándose las manos a la garganta, cayó de rodillas.

—¡Viva Tacom! —musitó.

Una deflagración que inundó de luz el interior del *Kipsedon* acortó la agonía del sut de la guerra tacomis.

El *Kipsedon* había sucumbido.

CAPÍTULO VII

FINAL

—Mirad —exclamó el sargento Garry, señalando con el dedo un punto de la pantalla de televisión.

Los terrestres dirigieron sus miradas hacia donde señalaba el sargento. Vieron una escena que les impresionó hondamente. Los restos de la primera flota aliada huían ante la acometida de las aeronaves tarkas. Atrás, muy atrás, una masa deforme se hundía, atraída por la fuerza de gravedad de Saturno.

—Es el *Kipsedon* —dijo Wilson—. Los hombres antena no le atacan.

—Es natural que no lo hagan —murmuró Kazan. Nada queda a bordo de la astronave que pueda impedir su total destrucción. Hace muchas horas que Zanu dejó de comunicar.

Derek Bedford, Müller y el húngaro sintieron que la esfera en que iban con Yandot se hundía bajo sus pies. Los tarkas habían resultado vencedores. Las nueve mil aeronaves de Yandot poco podían hacer contra el imponente número de naves adversarias.

Yandot habló ante los micrófonos, ordenando a los aparatos supervivientes de la terrible batalla de Saturno se les unieran inmediatamente.

Las horas siguientes pasaron maniobrando y evolucionando para enfrentarse con los tarkas. Apenas unas tres mil naves más se juntaron a la cuadra de Yandot. Las pérdidas habían sido, pues, cuantiosísimas.

Se acercaban hacia Júpiter. Ellos y la gran flota tarka. El planeta fue dejado atrás poco después. Los hombres antena no detuvieron su avance. Siguieron navegando hacia Marte, con el deseo evidente de acabar con sus enemigos y reconquistar el planeta.

Yandot dejó que las distancias se fueran acortando hasta el punto de que, tres días después de la batalla de Saturno, estaba en condiciones de librar una nueva batalla en los espacios del rojizo Marte.

Empezó como todas las batallas siderales, mediante el envío preliminar de gran cantidad de cohetes y torpedos atómicos y de cobalto.

El Hombre Rojo fraccionó su escuadra en diversas secciones. Los destructores lanzaron fintas constantes contra los discos y las grandes plataformas de lanzamiento, empleando torpedos de kass.

El plan de Yandot resultó excelente. En pocos minutos fue destruido buen número de aeronaves. Los tarkas, empero, se apercibieron del plan adversario y cargaron con sus aerocohetes, entablándose empeñada y furiosa batalla en la que esperaban triunfar merced a su superioridad.

Pero los tacomis todavía no habían jugado su carta más decisiva: el empleo del Rayo Rojo Desintegrador, perfeccionamiento efectuado por Parno y Utor de los rayos desintegradores simples.

Yandot tenía montado cuatro proyectores de ese género, de mayor potencia y alcance, en las cuatro esferas volantes que quedaban de las naves satélites del *Kipsedon*.

Con sus maniobras y evoluciones consiguió Yandot mantener nivelada la contienda durante horas enteras, sin que ninguna de las dos partes diese señales de desfallecimiento. Sólo cuando recibió la noticia de que la escuadra de Tamwer había cruzado la órbita de Júpiter ordenó el ataque general. Los tacomis que se aproximaban debían atacar por retaguardia las naves enemigas, ya que Yandot con sus movimientos y sabiendo la ruta que seguían los de Tamwer, lo había dispuesto así.

Los tarkas pronto se percataron de la aparición de escuadra tan numerosa, pero no por eso abandonaron el campo. Tenía en línea todavía más de 150.000 aeronaves y se sabían, por tanto, tres veces superiores en número.

Entablóse la gran batalla. Aprovechando su ventaja de posición, los tacomis asaetaron la flota enemiga con millones de torpedos, que se enfrentaron con los que enviaba la armada tarka, dando espacio y tiempo para que los torpedos de kass-cobalto pasaran la barrera y se estrellaran con terribles efectos sobre las grandes plataformas cónicas, cilíndricas y anilladas.

Durante horas y más horas se libró una encarnizada batalla de aniquilamiento. Al fin se vio que numerosas plataformas tarkas abandonaban la lucha y ponían rumbo a Júpiter. Yandot no se dejó engañar por aquella maniobra. Comprendió certeramente que los hombres antena no abandonarían el espacio bajo ningún aspecto. Sólo estaban poniendo a salvo sus efectivos de desembarco Pero supo aprovecharse de esta maniobra enemiga para infundir valor a los suyos y redoblar los esfuerzos de ataque. Cuando la batalla se estabilizó, Yandot hizo funcionar su Rayo Rojo Desintegrador. Cuatro estelas rojas partieron en dirección a la flota tarka, cuatro estelas que fueron observadas por millares de ojos atentos. Las estelas atravesaron las formaciones enemigas y no menos de cuatrocientas aeronaves se incendiaron y estallaron en millones de fragmentos.

Por donde cruzó el Rayo Rojo se abrieron profundas brechas, mientras los torpedos de kass-cobalto seguían abatiéndose sobre los discos volantes y las plataformas de lanzamiento.

Los hombres antena prosiguieron tercios su lucha, a pesar de las grandes pérdidas que les infligía el Rayo Rojo. Al fin se notó un movimiento de balanceo. Las naves siderales enemigas evolucionaban alejándose del enemigo, demostrando de esta manera que no hallaban forma de anular o compensar los terribles efectos del Rayo Rojo.

—¡Se retiran! —rugió Müller—. ¡Somos dueños de la situación!

Sus compañeros corearon sus palabras con una serie de alegres exclamaciones. Yandot, imperturbable, no se apartaba un solo instante de su puesto de mando, dirigiendo a todas las aeronaves en la lucha, incluso a las de Tamwer, que reconocían la jefatura del hijo de Jumwha. Pero pasaron algunas horas antes de que, definitivamente, los hombres antena, dando por perdida la acción, emprendieran la retirada hacia Júpiter, donde mantenían bases.

La Flota Aliada los persiguió incansablemente, desperdigándolos y causándoles un gran número de bajas al descender sobre Júpiter. Millares de aeronaves se estrellaron sobre la superficie helada del planeta. Cuando las baterías aéreas de los tarkas pudieron proteger con sus bombas volantes a sus aeronaves, Yandot dio orden de retirada hacia Marte.

Los terrestres quedáronse sorprendidos. ¡Abandonaban la lucha cuando la victoria total la tenían al alcance de la mano!

Müller no pudo contener sus impulsos.

—¿Por qué no atacamos las bases y expulsamos a los hombres antena de Júpiter? —preguntó.

Yandot pasó el dorso de su mano por su frente sudorosa y respondió guturalmente:

—Hemos vencido. Los tarkas han dejado de representar un serio peligro en este sistema planetario. El sacrificio del *Kipsedon* no ha sido estéril. Les hemos destruido casi las tres cuartas partes de sus efectivos iniciales y nosotros somos más fuertes ahora que al principio. Pasará mucho tiempo antes de que estén en condiciones de replicar adecuadamente. Para entonces, habremos organizado ya nuestras conquistas y los tiranos de Júpiter. Tal vez en un día no muy lejano, emprendamos la reconquista del destruido Tacom, de Tumpa e, incluso, de Tarka. Si en las actuales circunstancias arriesgamos un ataque contra Júpiter, perderíamos muchas aeronaves, y en la flota de Tamwer viajan con los tacomis sus mujeres e hijos. Muchos han muerto por una buena causa. Podrían morir muchos más. No lo deseo ni lo quiero. De todos modos, el peligro de los hombres antena ha sido temporalmente conjurado. Hemos vencido.

Los terrestres asintieron con las cabezas. El hombre rojo tenía razón. No sabían que las aeronaves de Tamwer vinieran tripuladas por hombres que traían sus bienes y sus familias consigo.

Habían vencido. Como había dicho Yandot, el sacrificio del *Kipsedon* no había sido estéril. Después de todo, el gran Jumwha no había fracasado en su misión. Su gigantesca astronave y los viejos y decrepitos tripulantes habían hecho posible la victoria sobre la Flota de Tarka. El gran Jumwha, Vertex, Temoc, Zanu, TJarvo y los demás podían descansar tranquilos en su tumba. Los tacomis habían encontrado por fin un mundo que reunía mejores condiciones de habitabilidad que Tacom. En Venus se asentaría la futura civilización tacomis.

* * *

En una gran explanada de la isla de Yer-Mun se reunía una inmensa multitud compuesta por miles de tacomis y centenares de millares de tumpis. En el centro, veíase una astronave ahusada y, junto a ella, una plataforma artificial.

En ésta había erigidos varios sillones. En el más alto, desde el cual se dominaba toda la multitud, sentábase Yandot, el hombre rojo.

Vestía enteramente de negro, luciendo sobre la camisa un sol amarillo y un rayo del mismo color. De los hombros le colgaba una capa carmesí y en la mano derecha sostenía una especie de cetro. A su izquierda se sentaba Niva, bellamente vestida y adornada su cabeza con una diadema de esmeraldas y brillantes.

Yandot había sido elegido Kar Supremo de la Gran Confederación de Tacom, como descendiente de la casa reinante por parte de su madre Laya, esposa de Jumwaha, héroe nacional de Tacom, y por ser el salvador de la raza tacomis.

En la plataforma tenían asiento los representantes de los planetas que integraban la Confederación: Tamwer, el jeddad valeroso que había logrado salvar de la destrucción de Tacom cincuenta mil aeronaves; Tug-Zi, jeddad de los tacomis de Venus; Gomal nombrado jeddad por su comportamiento en la liberación de Marte, y los jeddads tumpis, marcianos y hopas. Y por fin, Kazan, elevado a la categoría de jeddad por Yandot y nombrado gobernador de una provincia de Venus en la que se asentarían los libertados de Sibiriakof que no quisieran retornar a sus lares y algunas familias tacomis.

Se había concedido una parte de Venus a los hombres amarillos, mientras los hopas vivirían con los marcianos en Marte. Cuando más adelante se expulsase a los tarkas de Júpiter, los tumpis irían a habitar ese planeta donde las condiciones climatológicas eran más parecidas a las de Tumpa, quedando Venus exclusivamente para los rojos tacomis.

Dimitri Kazan no estaba alegre. Aunque al fin había alcanzado su máxima ambición, la de ser alguien y poder gobernar a un buen número de gentes, le entristecía el hecho de que Tania Gurevich se disponía a emprender el regreso a la Tierra con Wilson, Garry, Derek Bedford, Lanca, el profesor Hoppel y los técnicos secuestrados en Oak Ridge.

La astronave que se hallaba posada junto a la plataforma los iba a conducir en vuelo directo a su patria.

Yandot se levantó, siendo imitado por todos los componentes del Consejo de la Confederación.

Estrechó la mano de John Garry, que estaba emocionado; la del teniente Fred Wilson, el cual reconocía la nobleza de aquellos seres de piel cobriza; la de Lanca y la del capitán Derek Bedford. Cuando le llegó el turno al profesor, éste exclamó:

—Estamos muy agradecidos por tus atenciones y las riquezas con que has tenido a bien de obsequiarnos. Siempre recordaré mi estancia entre vosotros y las lecciones de tus gloriosos hermanos. Todos nosotros te apreciamos, Yandot.

—Siempre tendréis un puesto en mis dominios —contestó el hombre rojo—. Tú eres bueno, profesor. Pero sé que en la Tierra hay odios, rencores y ansias de conquista. Advierte a tu mundo que los tacomis ejerceremos el control sideral. Que eviten cualquier intento de cruzar el espacio en son de guerra. Deseamos vivir tranquilos y dejar en paz a los hombres de la Tierra.

—Así lo haré. Proclamaré tus deseos.

Se dirigieron hacia la astronave, mientras la multitud prorrumpía en vítores y exclamaciones de despedida.

Kazan, con el corazón en un puño, contempló primero al alemán Karl Müller, abrazado a Olga Fedorova. Detrás de ellos, el húngaro sonreía alegre, estrechando las manos de los americanos que se despedían de Niva y de la pareja. Tania, junto a Wilson, devolvió la mirada de Kazan. El teniente se aproximó a Dimitri. Sonrió.

—¿Amigos, Kazan? —dijo tendiendo la diestra.

—No niego que a veces te he odiado con toda mi alma —contestó Dimitri—, pero nunca he dejado de considerarte como compañero.

Se estrecharon fuertemente las manos.

—Ha ganado el mejor —murmuró Kazan.

—Sí. Eso creo —replicó sonriendo el americano—. Tania se queda contigo.

—¿Qué? —el asombro de Dimitri no reconocía límites.

—Lo que has oído. Ella me lo ha confesado. Es de ti de quien está enamorada. A mí me aprecia como a un buen amigo. Tania no puede olvidar sus recuerdos de niña, como tampoco el respeto con que siempre la has tratado. Me ha encargado que transmita a su padre sus mejores deseos y que la perdone por su decisión. Cree que será feliz aquí contigo. Pero te advierto una cosa, ruso del demonio, pórtate bien con ella o de lo contrario soy capaz de venir a pedirte cuentas. Adiós.

—Hasta la vista, aviador de siete suelas. Que tengas mucha suerte.

Wilson subió a la astronave, no sin antes gustar la caricia de un beso con que le recompensó Tania. Kazan corrió junto a la muchacha y la abrazó fuertemente.

—Tania... Tania —murmuró Kazan—. Me has hecho el hombre más feliz de... Venus. Te amo... te amo.

La muchacha, por toda respuesta, ofreció sus labios a los del hombre amado.

Los motores de la astronave zumbaron apagadamente y, con la misma suavidad que una pluma, empezó a ascender hacia el espacio. Por los transparentes de las ventanas, los norteamericanos agitaron sus pañuelos. La muchedumbre rugió.

Yandot, con el brazo izquierdo pasado en torno a los hombros de su esposa Niva, agitó en el aire su Cetro.

La astronave aumentó repentinamente su velocidad y se perdió en la capa de nubes que rodeaba Venus.

Empezaba una nueva era en la vida del lucero de la mañana de la Tierra. Una era encauzada por el sacrificio heroico de los que sucumbieron con el *Kipsedon*.

FIN

WALTER CARRIGAN Y LA ODISEA DEL *KIPSEDON*

Dentro del conjunto de la ciencia ficción popular española, normalmente identificada con los conocidos *bolsilibros* o, en denominación que yo personalmente prefiero aunque algunos intenten buscarle connotaciones peyorativas, las humildes *novelas de a duro*, es posible encontrar, siempre que se sepa buscar, pequeñas joyas olvidadas que desmienten por méritos propios las descalificaciones, a veces por desconocimiento, a veces por mala fe, de la totalidad de un subgénero que englobará, como poco, quizá el noventa por ciento de la totalidad de la literatura de anticipación escrita en nuestro país.

Ciertamente no es para ignorar esta ingente cantidad de literatura cuantificable en más de tres mil títulos, y aunque es preciso reconocer que entre el trigo hay también mucha paja, no por ello resulta desdeñable una fracción quizá minoritaria, una serie de obras interesantes y de innegable calidad merecedoras de ser consideradas como clásicos de la ciencia ficción española con todos los honores, obras que, de haber sido escritas y publicadas allende el océano Atlántico, o incluso en nuestro propio país fuera del *guetto* de las colecciones de *bolsilibros*, habrían merecido mejor y más justo destino. Obras que, olvidadas durante varias décadas y condenadas a un injusto ostracismo, merecen una segunda oportunidad, aquélla que en su día no tuvieron.

Por fortuna los tiempos han cambiado y, poco a poco, comienza a vislumbrarse una tenue luz que anuncia el final del túnel. Aunque la literatura popular, al menos en su vertiente de *bolsilibros*, es hoy un género completamente muerto, empieza a resurgir un interés, todavía modesto pero no por ello menos real, por todo este acervo cultural arrinconado durante tanto tiempo en polvorientos anaqueles de anónimos almacenes o, con suerte, en colecciones privadas de aficionados al género o, simplemente, a coleccionar, e iniciativas tan loables como la de *Pulp Ediciones* o *Río Henares*, que tanto monta, en la cual me satisface participar, han demostrado palpablemente que, pese a vaticinios agoreros y desprecios elitistas, el interés por el género no sólo no ha muerto, sino que por el contrario sigue vivo y goza de buena salud dentro de los escuálidos parámetros, eso sí, en los que estamos acostumbrados a movernos los sufridos aficionados a la ciencia ficción.

Creo que no es necesario hablar, a estas alturas, de obras tan conocidas como la *Saga de los Aznar* o el ciclo del *Orden Estelar*, las dos cumbres señeras de la ciencia ficción popular española y punta de lanza de la recuperación del género, pero sí me gustaría recordar que no se trata en modo alguno de casos únicos y, sin quitarles un ápice de su mérito, que ambas lo poseen sobrado, desearía recordar otras obras importantes aunque en modo alguno tan extensas, algunas recientemente reeditadas

pero la mayoría todavía inéditas: Serían los casos de las series cortas de Pascual Enguídanos (*Más allá del Sol*, *Heredó un mundo* y *Finan*) junto con un buen puñado de novelas independientes del mismo autor y de Ángel Torres Quesada, así como diversas obras de escritores tales como Eduardo Texeira, José Negri Haro, José Luis Benet Sanchís, Vicente Adam Cardona, Domingo Santos (sí, el Domingo Santos juvenil que firmó bajo seudónimo sus primeras incursiones literarias en *Luchadores del Espacio* y *Espacio*), Luis García Lecha y tantos otros que me he dejado en el tintero.

He dejado para el final, de forma deliberada, una de las joyas del género, la tetralogía del *Kipsedon* que ahora les presentamos en la cuidada reedición que tienen ustedes en sus manos, dado que por muchos motivos —y no sólo el de la calidad— resulta ser merecedora de interés. Su autor fue Ramón Brotóns Espí, un valenciano —como la mayor parte de los escritores de la colección *Luchadores del Espacio*— nacido en 1932 que, allá por los primeros años de la década de los cincuenta, era un joven estudiante de derecho con una afición desmedida, según sus propias palabras, por la lectura, el cine y los deportes. Por entonces ya escribía novelas bélicas para la colección *Comandos*, también publicada por la Editorial Valenciana, y una noche soñó con una astronave perdida en el espacio tripulada por unos hombres de tez cobriza y largos miembros. Apenas despertó se apresuró a escribir los detalles de ese sueño que se esfumaba por momentos de su memoria, plasmando el primer capítulo de *El hombre rojo de Tacom*. Este fue el origen de la *Odisea del Kipsedon*, un título —el de *Odisea*— que utilizamos por vez primera en esta edición a sugerencia del propio autor y que, como se verá más adelante, está plenamente justificado.

Las cuatro novelas de la serie, publicadas en 1955 con los números 40 a 43 de la colección, aparecieron firmadas por *Walter Carrigan*, el seudónimo que ya utilizaba Brotóns en la colección *Comandos*, lo que ha inducido a error a algunos investigadores que, confundidos probablemente por su similitud con *Lou Carrigan*, atribuyeron erróneamente la paternidad de la serie del *Kipsedon* a Antonio Vera Ramírez, uno de los más prolíficos autores españoles de literatura popular. Deshecho el equívoco por el propio autor, éste me confirmó que la epopeya del *Kipsedon* fue su única aportación a la colección *Luchadores del Espacio*, aunque fue un habitual de la colección *Comandos*, donde publicó un total de diez novelas —más una firmada con el seudónimo de *Ray Broston*—, dado que las cuatro restantes firmadas como *Walter Carrigan* fueron escritas en realidad por su amigo José Caballer, a quien introdujo en la *Editorial Valenciana*, antes de que éste creara su propio seudónimo de *Larry Winters*.

Y es una lástima que Brotóns no escribiera más novelas de ciencia ficción, porque la historia del *Kipsedon* pedía a gritos una continuación que, sin duda, hubiera supuesto un digno complemento a la justamente celebrada *Saga de los Aznar*. Lamentablemente esto no ocurrió, y poco después las oposiciones primero, y la tarea de sacar adelante a su familia después, hicieron que el autor del *Kipsedon* dejara de

escribir. Como me dijo personalmente, parafraseando a su *alter ego* Walter Carrigan, “el barco de la imaginación se hundió en el proceloso mar de la dura realidad”.

Unos párrafos atrás he advertido que el calificativo de *odisea* con el que, a petición del autor, hemos bautizado a la aventura del *Kipsedon*, estaba más que justificado, y ahora me corresponde explicarlo. Para ello, es preciso resaltar en primer lugar que, a diferencia de lo que suele ocurrir en la ciencia ficción popular, el conjunto de la narración presenta una profundidad y un desarrollo de los personajes realmente insólitos por estos pagos. Pero esto, aun siendo en sí mismo importante, no lo justificaría por sí solo.

Evidentemente, la palabra *odisea* ha sido empleada profusamente, y con distintos sentidos, a lo largo de los siglos y los milenios, pero una de sus acepciones más interesantes, precisamente la que hemos elegido nosotros, es aquélla que define a un viaje iniciático del, o los, protagonistas, a lo largo de toda una serie de circunstancias que rebasan con creces lo que pudiéramos considerar *normal*, es el Ulises, en definitiva, que se ve condenado a vagar por todo el Mediterráneo, que es lo mismo que decir por la totalidad del mundo conocido por los antiguos, enfrentándose a peligros sin tasa que sólo logrará vencer gracias a su indómita voluntad y a su excepcional ingenio, siendo premiado con el anhelado —en su caso— retorno a Ítaca. Si prefieren —yo personalmente, no— recurrir a un barbarismo que ha hecho fortuna en estos últimos tiempos, podríamos hablar de un *tour de force* singular.

Es precisamente en este sentido en el que hemos calificado de *odisea* a la aventura del *Kipsedon*, ya que en ella encontramos todos los ingredientes necesarios para justificar nuestro atrevimiento. La narración, que comienza como una de tantas historias de ciencia ficción ambientadas en el mundo de la guerra fría, con la llegada de unos visitantes fabulosos dotados de un poder tecnológico infinitamente superior al de los terrestres, comienza a ir poco a poco *in crescendo* dejando atrás el estrecho escenario de nuestro planeta para llevarnos a la vastedad de los espacios siderales, donde seremos testigos privilegiados de una lucha sin cuartel entre dos razas mortalmente enemigas —los *tacomis* y los *tarkas* o, si se prefiere, los *hombres rojos* y los *hombres antena*— cuyo único final posible ha de ser forzosamente la aniquilación de una de ellas, el cual tiene lugar en el marco de la batalla espacial más apocalíptica que yo haya leído jamás.

Por si fuera poco, Brotóns sabe engarzar con habilidad todos los tópicos imprescindibles dentro de la *space opera*, siendo especialmente relevante la soltura con la que describe —no en vano era autor de novelas bélicas— las batallas espaciales que jalonan toda la obra. Pero no nos engañemos, la aventura del *Kipsedon* no es sólo una mera sucesión de *batallitas* ya que, subyaciendo a los inevitables tópicos que eran de inclusión obligada en este tipo de novelas, podemos encontrarnos con mucho más que con los habituales argumentos planos y maniqueos de la literatura popular.

En primer lugar está el tratamiento que se da a los personajes principales, los

cuales están bastante trabajados desde el punto de vista psicológico, e incluso alguno de ellos experimenta a lo largo de la narración una evolución en su personalidad muy verosímil y bastante bien conseguida.

Por otro lado, y esto es también una novedad, se trata de una historia claramente coral con un personaje principal indiscutible —Yandot, el hermano menor de los descendientes del creador del *Kipsedon*, nombrado al final de la novela emperador supremo de la Confederación de Tacom— y multitud de personajes secundarios, básicamente los terrestres inicialmente secuestrados, pero luego convertidos en aliados incondicionales de los tacomis. Este juego con los personajes da agilidad a la narración y la provee de perspectiva, al alternar capítulo a capítulo la visión personal de los distintos protagonistas.

Otro acierto evidente es el enfoque dado a la dinámica de la historia: lejos de ser los protagonistas de la lucha, los terrestres son tan sólo unos meros invitados que, si bien acaban adquiriendo cierta notoriedad en las dos últimas novelas de la serie, no por ello dejan de ser claramente unos simples aprendices frente a los evolucionadísimos tacomis. Y en cuanto a la humanidad en su conjunto, poco se puede decir salvo que es burlada con toda facilidad por los tacomis al tiempo que, más adelante, ni a enterarse llega de la apocalíptica conflagración en la que se está dirimiendo su propio futuro... Porque, aunque los tacomis lo único que buscan es su propia existencia como civilización, amenazados como están por sus enemigos seculares —y éste es otro feliz hallazgo, la huida de cualquier tipo de mesianismo barato—, necesariamente habrán de salvar a unos terrestres indefectiblemente condenados a la derrota ya la esclavitud por parte de los crueles e inhumanos hombres antena.

Evidentemente, si quisiéramos también podríamos hallar ciertas incoherencias y soluciones cogidas por los pelos, menos positivas y merecedoras, por ello, de crítica; pero no voy a hacerlo puesto que sería cometer una injusticia flagrante con una obra que, en su conjunto, merece ser elogiada. Además, si disculpamos de sus gazapos, a veces clamorosos, a los autores clásicos norteamericanos cuyas obras no son significativamente mejores que la de Brotóns o, por poner un ejemplo mucho más reciente, aceptamos sin inmutarnos las descaradas exageraciones de *La guerra de las galaxias*, ¿por qué no habríamos de hacerlo con el autor valenciano?

Tan sólo un reproche, cariñoso reproche, me atrevo a hacerle, mi pesar porque no continuara una serie que lo estaba pidiendo a gritos y que hubiera sido, de haberse convertido en saga, un digno contrapunto a la justamente afamada *Saga de los Aznar*, a la que sólo impide la comparación con la serie del *Kipsedon* la brevedad de esta última.

Una última advertencia me queda por hacerles antes de que inicien la lectura de la aventura del *Kipsedon*: Cuando mis amigos de Río Henares decidieron reeditarla en un único volumen, me pidieron que la revisara con objeto de suprimir las posibles redundancias existentes en los cuatro volúmenes originales, algo inevitable en este

tipo de novelas —y exigido por las editoriales a los autores— con objeto de facilitar la comprensión del argumento a aquellos lectores que, por diversas circunstancias, no leyeran las distintas entregas en su orden natural, algo bastante normal en una época —y así me ocurrió a mí sin ir más lejos— en la que el mercado de segunda mano y los cambios de novelas eran algo tan importante, o más si cabe, como la adquisición de los ejemplares en los quioscos, recién salidos de la imprenta. Evidentemente tales redundancias, en forma normalmente de introducciones incluidas en los números intermedios, resultaban superfluas en un volumen único, razón por la que estaba perfectamente justificada la iniciativa.

Por fortuna, en el caso de las cuatro novelas del *Kipsedon* los cortes entre una y otra son muy limpios, y de hecho tan sólo tuve que suprimir la introducción existente en el segundo volumen sin necesidad de tocar una coma más en el resto de la obra que, salvo en lo referente a la corrección de erratas y la supresión de alguna pequeña incoherencia interna —algo asimismo habitual en este tipo de literatura escrita sobre la marcha—, reproduce el texto original de forma íntegra. He respetado, no obstante, la división en cuatro episodios, que audazmente he calificado de *libros*, conservando asimismo los títulos originales de los mismos.

Y eso es todo, tan sólo me resta invitarlos a disfrutar con la excelente *Odisea del Kipsedon*. Les aseguro que merece la pena.

José Carlos Canalda Cámara